
MISTERIO
EN EL
VALLE
DE
ARAN
EXTRAÑAS
DESAPARICIONES
MANUEL CREMADES

Misterio en el valle de Aran

— ✦ —

Manuel Cremades

Todos los derechos reservados © 2026

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en artículos y reseñas críticas.

El autor se reserva el derecho exclusivo de otorgar permiso para la reproducción y distribución de este material. Para solicitar permisos especiales o información adicional, comuníquese con el autor o con la editorial correspondiente.

El contenido y las ideas presentadas en este libro son propiedad intelectual del autor.

Índice

INTRODUCCIÓN 6
Capítulo 1 12
Capítulo 2 25
Capítulo 3 47
Capítulo 4 73
Capítulo 5 101
Capítulo 6 123
Capítulo 7 151
Capítulo 8 176
Capítulo 9 195
Capítulo 10 215
Capítulo 11 234
Capítulo 12 253
EPÍLOGO 273

INTRODUCCIÓN

El valle que mira hacia otro lado

Algunas historias empiezan antes de que nadie decida contarlas

Hay una fotografía que circuló durante semanas en los grupos de WhatsApp de las familias del valle. No la publicó ningún periódico. No la difundió ningún cuerpo policial. La pasaban de mano en mano, de pantalla a pantalla, con esa urgencia silenciosa que tienen las cosas que no encuentran otro canal por donde escapar. En la fotografía se ve una pista de esquí al atardecer. La nieve tiene esa tonalidad entre azul y gris que solo existe en los veinte minutos anteriores a que la oscuridad de alta montaña lo devore todo. En el centro del encuadre, apoyados contra el tronco de un pino, hay dos esquís. Y cruzados sobre la nieve, con una geometría demasiado ordenada para ser accidental, dos bastones.

No hay nadie en la imagen.

Eso es lo que la hace insoportable. No la ausencia de la chica, que ya era un hecho consumado cuando el pistero sacó el teléfono y tomó la foto antes de llamar al puesto de control. Lo que la hace insoportable es el orden. Los bastones cruzados como una señal, como una firma, como algo que alguien dejó para que fuera encontrado y luego decidió que no importaba suficiente para buscarlo de verdad.

Cuando alguien desaparece en un lugar donde todos tienen prisa por estar en otro sitio, la desaparición tarda en convertirse en noticia. Esta es quizás la verdad más incómoda que este libro intenta sostener sin mirar hacia otro lado: que los valles turísticos de alta montaña funcionan con una lógica de tránsito permanente que

convierte la anomalía en ruido de fondo. La gente llega. La gente se va. Algunos se van antes de lo previsto, de formas que nadie previó. Y el sistema, que está diseñado para procesar entrada y salida de personas con la eficiencia de un aeropuerto regional, no tiene un protocolo para distinguir entre quien se fue porque quiso y quien se fue porque alguien decidió llevárselo.

El valle de Arán, en enero, mueve entre veinte y treinta mil personas cada fin de semana. Los 5.800 habitantes permanentes de la comarca quedan sumergidos bajo una marea de matrículas de Barcelona, de Madrid, del País Vasco, bajo un flujo de consumo que llena los hoteles del jueves al domingo y los vacía el lunes por la mañana con la puntualidad de un fenómeno meteorológico. En ese movimiento perpetuo, una persona que no regresa al hotel puede ser un cliente difícil, un menor que se escapó con amigos, una joven que aprovechó el caos del entorno para desaparecer voluntariamente de su familia. Puede ser muchas cosas antes de que alguien contemple la posibilidad de que sea ninguna de ellas.

Esta historia nació de una incomodidad que nadie quería nombrar.

Antes de que hubiera investigación formal, antes de que llegaran los refuerzos desde Lleida, antes de que un periodista local decidiera hacer la pregunta que ninguno de sus colegas había formulado en voz alta, hubo un período de semanas en que el patrón existía y nadie lo veía porque mirarlo de frente costaba demasiado. No en términos morales, aunque también eso. En términos prácticos, económicos, institucionales. Reconocer que algo sistemático está ocurriendo en una estación de esquí de lujo durante la temporada alta equivale a encender una mecha cuyo final nadie puede controlar. Y las personas que administran esos lugares, que dependen de ellos, que han construido sus vidas y sus carreras alrededor de su funcionamiento, desarrollan una capacidad extraordinaria para no ver lo que prefieren no saber.

El frío del Pirineo aranés en enero no es solo una condición climática. Es una disposición del mundo. El aire baja del Port de la Bonaigua con una sequedad que raja los labios y enfría el metal de las cremalleras hasta hacer que el simple gesto de cerrar una chaqueta resulte doloroso. La nieve acumulada en las cunetas de la carretera N-230 lleva semanas convertida en una pared de hielo compacto, sucio en los bordes, de un blanco perfecto en la superficie. Vielha en enero huele a madera quemada en las chimeneas de los restaurantes y a ese olor inidentificable que tiene la nieve cuando lleva mucho tiempo quieta, algo entre mineral y vacío. Es un lugar que parece construido para que los que llegan de fuera crean que entienden lo que están viendo. La postal es demasiado completa, demasiado coherente: las cimas nevadas, los tejados de pizarra, las calles empedradas que los forasteros fotografían con una familiaridad que no han ganado.

Debajo de esa postal, el valle lleva décadas guardando cosas.

No todas son oscuras. La identidad aranesa, el aranés como lengua que sobrevivió siglos de presiones desde ambos lados de los Pirineos, la sensación de ser un territorio que las instituciones grandes manejan pero no escuchan, todo eso forma una capa de memoria colectiva que no aparece en los folletos de la estación. Los habitantes permanentes del valle han desarrollado una relación con los forasteros que solo puede describirse como funcional en el sentido más estricto del término: los necesitan, los sirven, los toleran, y cuando se van el domingo por la tarde respiran un alivio que tampoco nombran en voz alta porque resulta ingrato. Esta tensión entre la dependencia económica y el rechazo cultural es el suelo sobre el que creció el silencio. La gente del valle no habló de lo que no cuadraba porque hablar significaba poner en riesgo algo que ya era frágil. Y lo frágil, cuando se rompe, tarda mucho en volver a sostenerse solo.

Hay una conversación que se repite, con variaciones, a lo largo de toda esta historia. Alguien que sabe algo habla con alguien que necesita saber. El que sabe mide cada palabra. No miente,

exactamente. Pero elige con precisión qué parte de la verdad sirve y en qué orden la sirve. Es la conversación de los que viven en un lugar con los que han llegado a investigarlo, y tiene una coreografía reconocible: el que vive adentro sabe que el que llegó de fuera se irá, y esa asimetría temporal determina todo lo que se dice y todo lo que se calla.

Una inspectora de homicidios y personas desaparecidas llega a Vielha con una maleta pequeña y sin ninguna ilusión de ser bienvenida. Un periodista local que creció en el valle, que se fue a estudiar a Barcelona y que regresó hace cinco años por razones que todavía no ha sabido explicarse a sí mismo con total honestidad, observa la estación de esquí más exclusiva de España con esa mirada peculiar del que ha visto el mundo desde fuera y ha vuelto sin poder ya dar nada por sentado. Ninguno de los dos llegó al valle buscando lo que encontró. Esa es también parte de la historia.

Porque los misterios que más duran no son los que nadie descubrió. Son los que alguien descubrió y decidió no contar.

En algún momento de la temporada anterior, alguien en Vielha tuvo en sus manos la información suficiente para atar los puntos. Para ver que la chica de noviembre y la chica de diciembre y el chico de Burgos no eran casos separados sino capítulos de la misma historia que nadie quería leer. Ese alguien tomó una decisión. No fue necesariamente una decisión deliberada, articulada, consciente. Fue más bien la decisión de quien aparta la vista porque sostenerla tiene un precio que no está dispuesto a pagar. Y esa mirada apartada le dio al horror el tiempo que necesitaba para seguir.

Esta no es solo la historia de lo que ocurrió en el valle de Arán durante un invierno de enero. Es la historia de lo que ocurre cuando las comunidades aprenden a convivir con lo que no nombran, cuando las instituciones desarrollan una destreza particular para gestionar la ignorancia conveniente, cuando la economía de un lugar y la moral de sus habitantes entran en colisión y la economía gana,

como casi siempre, por la diferencia de tiempo entre lo inmediato y lo que todavía puede aplazarse.

La nieve cubre muchas cosas. Pero el deshielo llega siempre.

Y hay objetos bajo la nieve que llevan meses esperando que alguien decida que ya es suficiente tiempo.

La fotografía de los bastones cruzados en la nieve, la que circuló en silencio entre las familias antes de que nadie la convirtiera en noticia, tiene algo que las imágenes de los casos abiertos en los expedientes policiales no tienen. Tiene la geometría de algo deliberado. La sensación, difícil de articular pero imposible de ignorar del todo, de que los bastones no quedaron así por azar sino porque alguien los colocó con esa precisión particular. Como si hubiera querido dejar una marca. Como si supiera que alguien iba a mirar, tarde o temprano, y quisiera que esa persona entendiera desde el principio con quién estaba tratando.

Hay una pregunta que Marta Bosch se formuló la primera noche que pasó en el valle, en una habitación de pensión de la calle Major con las ventanas selladas por el frío y el ruido amortiguado de los coches con cadenas en la calzada nevada. No era una pregunta técnica ni policial. Era más simple y más perturbadora que cualquier hipótesis de trabajo. Se la formuló en voz alta, en el silencio de esa habitación de techo bajo, mientras miraba la fotografía en la pantalla de su teléfono.

¿Cuánto tiempo lleva esto ocurriendo?

No hay una respuesta limpia a esa pregunta. Y esa es, precisamente, la razón por la que esta historia necesitaba ser contada.

Capítulo 1

Vielha en enero

Cuando el valle se llena de extraños

El jueves por la tarde, cuando las primeras caravanas de coches con esquís en el techo empezaban a descender por la N-230 desde el túnel, Erik Vidal tenía la costumbre de sentarse en la mesa del fondo del bar Eth Pònt con un café que se enfriaba antes de que lo terminara y mirar por la ventana empañada la transformación que ocurría en la calle. Era un ritual que no había elegido exactamente, sino que se había instalado en él durante su segundo invierno de regreso al valle, cuando entendió que observar era la única forma de seguir sintiéndose a salvo en un lugar que conocía demasiado y demasiado poco al mismo tiempo.

Los coches llegaban en una corriente que se hacía densa hacia las cinco de la tarde. Matrículas de Barcelona en su mayoría, luego Madrid, luego el País Vasco, con su particular arrogancia en el modo de aparcar que irritaba a los residentes desde hace décadas. Todoterrenos de alta gama cargados con material técnico de esquí, familias que habían reservado con meses de antelación en los hoteles de cinco estrellas de la carretera de Baqueira, grupos de amigos veinteañeros que venían a la estación con la misma disposición con que otros habrían ido a Ibiza en agosto: a gastar, a ser vistos gastando, a fotografiar el gasto para que nadie dudara de que había ocurrido. Vielha en enero era eso: un escaparate donde la nieve hacía las veces de decorado de lujo y los 5.800 habitantes permanentes de la comarca hacían las veces de personal de servicio.

Erik pidió el café porque necesitaba algo caliente entre las manos. No porque fuera a beberlo.

Tenía sobre la mesa el cuaderno en el que tomaba notas para la pieza del inicio de temporada, el artículo anual que escribía con la misma sensación de estar copiando un texto que había entregado el año anterior y el anterior a ese. Las cifras de esquiadores previstas para la temporada: cuatrocientos mil visitas estimadas entre diciembre y abril, un quince por ciento más que la media de la última década gracias a las condiciones de innivación excepcionales de los últimos tres años. Las nuevas instalaciones de la estación: un telecabina renovado en el sector de Orri, una ampliación del área de aparcamiento en la base de Baqueira para absorber el incremento de visitantes en días punta, la apertura de un nuevo espacio gastronómico en la zona de après-ski que había generado una cobertura entusiasta en medios nacionales especializados en turismo de lujo. Todo estaba en el comunicado de prensa que la dirección de Baqueira Beret le había enviado dos días antes, redactado con esa precisión de márketing que hacía que cada dato pareciera un logro personal de quien lo leía.

Erik copió las cifras en el cuaderno con la caligrafía apretada que usaba cuando tomaba notas que sabía que no usaría, solo para tener la sensación de que algo se estaba moviendo.

Porque algo, en realidad, no se estaba moviendo. O más bien: algo se había detenido tres días antes de una forma que él no conseguía quitarse de encima.

La chica del prólogo de la temporada, como la llamaría después en su mente cuando ya no pudiera evitar pensar en ella en esos términos, había desaparecido el lunes. Una menor de diecisiete años, familia de Barcelona, habituales de la estación desde que la chica era lo suficientemente pequeña para que su madre la llevara en mochila. El parte policial, que le había llegado por una fuente en la Policia Local con quien tenía el acuerdo tácito de las notas de prensa sin firma, describía el caso en cuatro líneas: menor desaparecida de forma aparentemente voluntaria, último avistamiento en pistas hacia las 17:20, investigación en curso. El

tono era el de quien rellena un formulario que sabe que archivará antes de que acabe la semana.

Erik cerró el cuaderno sin haber escrito nada útil.

El camarero del Eth Pònt, un chico de Lleida que llevaba dos temporadas trabajando allí y que había desarrollado esa competencia particular de los trabajadores de hostelería de no existir excepto cuando se les necesitaba, recogió el café intacto sin preguntar si quería otro. Afuera, la calle se había llenado de maletas con ruedas que arañaban el adoquín bajo la nieve y de voces en castellano que hablaban a volumen de salón en un espacio público, con esa convicción de los que están de vacaciones de que el mundo entero está de acuerdo en que están de vacaciones.

La tensión entre esos dos Vielha, el que vivía en el valle y el que llegaba a consumirlo, era la historia real que nunca escribía. No porque no supiera cómo escribirla, sino porque la dirección del Diari de la Vall tenía entre sus avisadores a varios de los propietarios de hoteles y restaurantes que financiaban el ciclo. Eso era algo que Erik había aprendido en su primer mes de regreso al valle: la geografía del silencio tenía coordenadas económicas muy precisas.

Recogió el cuaderno, dejó el dinero del café sobre la mesa sin esperar la cuenta, y salió a la calle.

El frío lo recibió con esa sequedad sin concesiones del Pirineo en invierno, un frío que no se instalaba gradualmente sino que llegaba de golpe, como una decisión. Llevaba el abrigo técnico que había comprado en Barcelona hacía cuatro años, antes de que decidiera quedarse en el valle, y que resultaba funcional para las temperaturas que aquí se manejaban pero nunca del todo suficiente, nunca al nivel de los abrigos de los turistas que llegaban equipados con el material de las tiendas de deportes de lujo de Passeig de Gràcia. Esa diferencia de equipamiento entre los de dentro y los de fuera era también una metáfora que nunca escribiría.

La redacción del Diari de la Vall estaba a tres minutos andando desde el bar, en un bajo de la calle Pas d'Arro que compartían con un despacho de gestión inmobiliaria cuya clientela, en los últimos cinco años, había pasado de ser en su mayoría aranesa a ser en su mayoría barcelonesa con aspiraciones de segunda residencia. La redacción en sí era una habitación alargada con cuatro mesas, dos de las cuales nadie usaba de forma regular porque el periódico tenía tres personas fijas en plantilla y una red de colaboradores que enviaban sus piezas por correo electrónico desde los pueblos del valle. La mesa de Marc Torrent, el editor, estaba al fondo, con una separación de cristal que más que privacidad le otorgaba la sensación de estar en un acuario.

Erik entró sacudiéndose la nieve de las botas en el felpudo y dejó el cuaderno sobre su mesa antes de ir al fondo.

Marc Torrent tenía cincuenta y dos años y había pasado su vida entera en el valle con la excepción de cuatro años en la Universitat Autònoma de Barcelona que describía como el período en que aprendió que afuera no era necesariamente mejor, solo diferente. Era un hombre de frases cortas y silencios largos que había desarrollado, a lo largo de veinte años dirigiendo el único periódico de la comarca, una habilidad extraordinaria para escuchar lo que le decían y responder solo a la parte que le resultaba manejable.

—Tengo el artículo de inicio de temporada —dijo Erik desde la puerta del despacho—. Cifras de la estación, las nuevas instalaciones, el telecabina de Orri. Nada que no hayamos publicado antes con números distintos.

Marc asintió sin levantar la vista de la pantalla.

—Para cuándo lo tienes.

—Esta tarde. —Erik dudó un momento—. Hay otra cosa.

Ahora Marc sí levantó la vista.

—El lunes desapareció una chica. Menor de edad, familia de Barcelona, habitual de Baqueira. La Policia Local lo tiene como desaparición voluntaria pero el expediente está abierto. Nadie ha dado noticias de ella en tres días.

Marc sostuvo la mirada de Erik durante un tiempo que resultó algo más largo que una pausa normal.

—¿Tiene familia que haya hecho declaraciones?

—Que yo sepa, no.

—¿Denuncia formal?

—Sí, presentada por los padres el mismo lunes por la noche.

—¿Los Mossos están en ello?

—La Unitat Territorial local tiene el caso. Lo llevan como rutina.

Marc volvió a la pantalla.

—Entonces hay procedimiento activo. No es noticia hasta que haya novedad. Si aparece, ya sea sola o de otra forma, lo cubrimos en ese momento.

Erik se quedó en la puerta.

—Marc, la chica lleva tres días sin dar señales. Diecisiete años. En plena temporada alta.

—En plena temporada alta —repitió Marc, sin ironía aparente, como si el hecho validara su argumento en lugar de debilitarlo—. Los jóvenes se van con otros jóvenes. Se olvidan de avisar a sus familias. Aparecen.

—Claro.

—Entrega la pieza de la temporada antes de las seis.

Erik regresó a su mesa. Se sentó. Abrió el cuaderno en la página donde había copiado las cifras del comunicado de prensa y miró los números con esa sensación específica de estar viendo algo

que tiene la apariencia de información pero que en realidad es la ausencia de ella. Cuatrocientos mil esquiadores. Quince por ciento de crecimiento. Nuevo telecabina. Nuevo espacio gastronómico.

Una chica de diecisiete años de la que nadie sabía nada desde el lunes.

Empezó a escribir la pieza de inicio de temporada con la velocidad mecánica de quien ha escrito el mismo texto suficientes veces como para saber exactamente qué palabras van en cada hueco. El primer párrafo con el dato de innivación. El segundo con las cifras de la estación. El tercero con las nuevas instalaciones, con la cita del comunicado de prensa ligeramente reformulada para que no pareciera que estaba copiando el comunicado de prensa. El cuarto con las perspectivas económicas para la comarca, que siempre eran buenas cuando la nieve era abundante y siempre resultaban más complicadas cuando la nieve se retrasaba.

Era un artículo que no mentía en nada. Esa era su particularidad y también su miseria: podía ser completamente verdadero y completamente falso al mismo tiempo, según lo que decidías incluir.

A las cinco y media terminó el texto, lo revisó una vez, quitó tres adjetivos innecesarios y lo envió a Marc. Luego se quedó mirando la pantalla del ordenador con esa sensación de haber entregado algo que no merecía ser entregado, que era distinta de la satisfacción de haber terminado un trabajo y también distinta de la culpa de haberlo hecho mal. Era algo más parecido a la incomodidad de haber sido funcional en un sistema cuyas reglas no había elegido.

Se puso el abrigo, recogió el teléfono de la mesa y salió a la calle.

Eran las seis menos cuarto. El sol, que en enero en el valle desaparecía antes de las cinco, llevaba un rato sin existir, y Vielha había pasado de ese azul metálico del crepúsculo pirenaico a la oscuridad directa y sin transición de una ciudad de montaña en invierno. Las luces de los restaurantes y los hoteles iluminaban los

adoquines nevados con un resplandor ambarino que en otras circunstancias habría resultado acogedor. Esta noche resultaba indiferente.

Erik caminó sin destino concreto durante unos minutos, una costumbre que tenía cuando necesitaba que el frío le ordenara los pensamientos. El problema con el frío del Pirineo es que no ordenaba los pensamientos: los congelaba tal como estaban, perfectamente preservados en su estado original de desorden.

Las calles del centro de Vielha estaban llenas de la humanidad específica del inicio de fin de semana en temporada alta: turistas que habían llegado esa tarde y todavía llevaban el abrigo de esquí puesto aunque estuvieran en un bar, grupos que deliberaban en la puerta de los restaurantes sobre cuál tenía mesa libre, parejas con el look estudiadamente informal de quien ha dedicado tiempo considerable a parecer que no ha dedicado tiempo. El nivel de ruido en las calles había subido en las últimas dos horas con la llegada de los primeros coches, y seguiría subiendo hasta el sábado por la tarde, cuando el valle alcanzaba esa densidad humana que los residentes permanentes describían como el momento en que resulta más eficiente no intentar ir a ningún sitio.

Erik conocía cada edificio de esas calles con la precisión del que ha caminado por ellas desde que tenía edad para caminar solo. La farmacia en la que su madre compraba los medicamentos para su abuela. La panadería que había cambiado de dueño dos veces en los últimos diez años pero seguía oliendo exactamente igual. El local vacío que había sido sucesivamente una librería, una tienda de deportes de segunda mano y una agencia de viajes, y que ahora esperaba su próxima encarnación con las ventanas cegadas con papel. El valle de Arán que él había conocido de niño y el valle de Arán que existía ahora eran el mismo territorio con distintas capas, como un palimpsesto donde cada capa nueva no borraba del todo la anterior sino que la hacía más difícil de leer.

Eso era también lo que le costaba explicar a los que le preguntaban por qué había vuelto. No había un motivo limpio. Había muchos motivos pequeños y uno grande que todavía no estaba seguro de haber identificado del todo. Había vuelto porque en Barcelona había terminado la relación que le había hecho quedarse cinco años más de lo que había planeado. Había vuelto porque el Diari de la Vall le ofrecía trabajo en un momento en que el mercado periodístico en la ciudad se había vuelto inhóspito para los que no tenían contactos en los grupos mediáticos grandes. Había vuelto porque algo en él, en la parte que funcionaba por debajo de los argumentos racionales, había decidido que el valle era el lugar donde tenía que estar cuando no supiera a dónde ir.

Cinco años después, todavía no sabía si eso era una conclusión o una pregunta.

Se detuvo frente a la entrada del hotel Oriol, uno de los cuatro de cinco estrellas que Vielha tenía concentrados en el radio de tres calles del centro. Un grupo de cuatro personas salía con el equipo de esquí rumbo al aparcamiento, hablando de las condiciones de nieve del día siguiente con la familiaridad técnica de los esquiadores habituales. Uno de ellos, un hombre de unos cuarenta y cinco años con el abrigo de una marca italiana que Erik reconoció como de la gama alta, decía algo sobre la nieve en polvo del sector norte de Baqueira con un entusiasmo que parecía genuino. A Erik le resultó brevemente difícil imaginar que ese hombre existía en el mismo mundo donde una chica de diecisiete años llevaba tres días sin aparecer. Pero ese era precisamente el problema, y también la razón por la que Marc Torrent tenía razón en términos económicos aunque se equivocara en términos de todo lo demás: esos cuatro hombres con sus esquís y su nieve en polvo eran la realidad que Vielha necesitaba que fuera real. La otra realidad era más complicada y menos rentable.

El teléfono vibró en su bolsillo.

Erik lo sacó pensando en que sería Marc con alguna corrección al artículo o en que sería su madre, que tenía el hábito de llamar a horas inconvenientes con la convicción de que su horario era el horario universal. No era ninguno de los dos.

Era un mensaje de WhatsApp de un número que tenía guardado en la agenda solo con dos letras: J.M.

J.M. era una fuente. Erik tenía el principio estricto de no pensar en sus fuentes en términos más detallados que eso cuando estaba en espacios públicos, un hábito de precaución que había adquirido en Barcelona trabajando en investigaciones que tocaban intereses de gente con abogados y que nunca había dejado del todo aunque en el valle los riesgos fueran distintos. J.M. era alguien con acceso a información que no circulaba por los canales normales, alguien que le había enviado datos útiles en tres o cuatro ocasiones durante los últimos dos años, siempre con una economía de palabras que hacía que sus mensajes parecieran más formales que amistosos.

El mensaje era de cuatro palabras.

No es la primera.

Erik leyó el mensaje dos veces. Luego lo leyó una tercera vez por si el frío le estaba haciendo leer mal.

Las cuatro palabras seguían siendo las mismas.

No es la primera.

Guardó el teléfono en el bolsillo y empezó a caminar de vuelta hacia la redacción sin haber decidido conscientemente que iba a ir a la redacción. Sus pies tomaron la decisión antes que su cabeza, que todavía estaba procesando qué significaba exactamente esa frase en relación con una chica de diecisiete años cuyo paradero llevaba tres días siendo desconocido y cuyo caso la Policia Local describía como desaparición voluntaria con procedimiento activo.

No es la primera.

El frío seguía siendo el mismo frío. Las calles seguían llenas de turistas con abrigos técnicos y maletas con ruedas. El hotel Oriol seguía iluminado con esa luz ambarino de bienvenida. Baqueira seguía siendo la estación de esquí más exclusiva de España, con sus cuatrocientos mil visitantes previstos y su nuevo telecabina y su nuevo espacio gastronómico de après-ski.

Y en algún lugar de esa normalidad perfectamente construida, algo llevaba más tiempo rompiéndose de lo que nadie había querido mirar.

Erik entró en la redacción. Marc ya se había ido. Las luces del despacho de cristal estaban apagadas. Se sentó en su mesa sin encender la lámpara de escritorio, con la única luz del ordenador apagado reflejándose en la ventana que daba a la calle, y sacó el teléfono del bolsillo.

Releer el mensaje no lo hacía más claro ni más difuso. Tenía cuatro palabras y significaba exactamente lo que decía, y lo que decía era que Erik había estado escribiendo el artículo equivocado toda la tarde.

Abrió una nota nueva en el teléfono y escribió dos columnas. En la primera: lo que sabía. En la segunda: lo que no sabía. La primera columna era muy corta. La segunda era más larga de lo que resultaba tranquilizador.

Lo que sabía era lo siguiente: una menor había desaparecido en Baqueira el lunes. La Policia Local tenía el caso como voluntario. J.M., que rara vez se equivocaba en las cosas que afirmaba, le decía que no era la primera.

Lo que no sabía era todo lo demás.

Guardó el teléfono y encendió el ordenador. Buscó en el archivo digital del Diari de la Vall los últimos dieciocho meses de ediciones, filtrando por términos relacionados con desapariciones en la comarca. El buscador interno del archivo era deficiente, como todo

en un periódico que funcionaba con el presupuesto justo para existir, pero suficiente para lo que necesitaba.

Encontró dos notas breves. La primera de noviembre, un párrafo en la sección de sucesos que mencionaba a un menor de edad de Burgos cuyo paradero era desconocido tras separarse de su grupo en las inmediaciones de Baqueira. Un párrafo. La segunda de diciembre, igualmente breve, sobre una joven de Tarragona de diecinueve años que había salido a caminar por Arties una tarde y no había regresado al hotel. Otro párrafo. Ninguna de las dos notas tenía seguimiento. Ninguna de las dos había generado, en el archivo del periódico, más cobertura que esa primera mención.

Erik guardó los dos artículos en una carpeta de su escritorio que etiquetó con la fecha de ese día y cerró el ordenador.

No es la primera.

Se levantó, apagó la luz que no había encendido, y salió a la calle. El frío lo esperaba con la misma paciencia impersonal de siempre, sin haber cambiado en nada durante la media hora que había pasado dentro. Las calles seguían llenas. El valle seguía funcionando con la precisión de un mecanismo que lleva décadas rodado. Y Erik caminó de regreso a su apartamento en la calle Sant Miquèu con la sensación de que estaba viendo por primera vez algo que llevaba tiempo delante de sus ojos, algo que se había confundido con el paisaje porque estaba demasiado integrado en él para resultar visible.

Había tres casos. O al menos tres que él conocía. Tres jóvenes, tres momentos del año distintos dentro de la misma temporada invernal, tres desapariciones tratadas cada una como si fuera la única, como si el valle tuviera la capacidad de procesar la anomalía de forma aislada y luego seguir adelante sin que los fragmentos se tocaran.

Esa capacidad, comprendió mientras subía las escaleras de su edificio en el frío de la caja de escaleras sin calefacción, no era

inocencia. Era una habilidad que se aprende cuando se necesita y se perfecciona cuando se practica lo suficiente.

En el apartamento, encendió el radiador eléctrico que tardaba veinte minutos en hacer efecto y se sentó en la silla de la cocina con el abrigo todavía puesto. Miró el teléfono. El mensaje de J.M. seguía ahí, exactamente como lo había dejado.

No es la primera.

Cuatro palabras que tenían el peso específico de las cosas que alguien ha estado guardando el tiempo suficiente como para saber que soltarlas cambia algo irreversible. J.M. había esperado. Había elegido ese momento para enviar ese mensaje, con esa brevedad que era también una forma de no comprometerse más de lo estrictamente necesario. Lo que J.M. sabía y lo que J.M. estaba dispuesto a contar eran, Erik lo sabía por experiencia, dos territorios distintos con una frontera que él tendría que negociar.

Pero por ahora tenía suficiente para saber que el artículo que había entregado esa tarde, el artículo correcto y funcional y completamente verdadero sobre el telecabina y las cifras de esquiadores, era la historia que el valle quería que se contara.

Y debajo de esa historia, como debajo de la nieve que cubría los tejados y las cunetas y los caminos forestales del Port de la Bonaigua, había otra historia esperando con la paciencia particular de las cosas que ya no tienen prisa porque ya ha ocurrido todo lo que tenía que ocurrir.

Erik se quitó el abrigo, lo colgó en la silla de la cocina, y buscó en el teléfono el número de J.M.

No era todavía el momento de llamar. Pero lo sería pronto.

Capítulo 2

La forastera de los Mossos

Cuando el valle preferiría que no hubiera llegado nadie

El túnel de Vielha tiene cuatro kilómetros y ochocientos metros de longitud, y Marta Bosch los recorrió con la sensación de que al otro lado había algo que todavía no sabía exactamente cómo nombrar. No era presentimiento. Marta Bosch no trabajaba con presentimientos. Era más bien la acumulación de tres días leyendo expedientes en la oficina de Lleida, tres días mirando números que solos no significaban nada y juntos significaban demasiado, y la conciencia de que lo que esperaba al salir del túnel era un lugar que no la esperaba a ella.

El coche emergió de la oscuridad de hormigón hacia la claridad blanca del valle y Marta redujo la velocidad sin haber decidido hacerlo. El paisaje que apareció fue exactamente el que las fotos satelitales y los mapas topográficos le habían anticipado, y aun así resultó distinto de lo que esos materiales preparaban. Las cimas de las Maladetes al fondo, con la nieve de enero soldada a la roca hasta donde alcanzaba la vista. El río Garona trazando su línea oscura entre las riberas blancas. Y Vielha abajo, compacta y ordenada bajo sus tejados de pizarra cubiertos de nieve, con las luces del mediodía reflejándose en las ventanas con esa claridad particular que solo tienen los días fríos y secos en alta montaña, cuando el aire no tiene humedad suficiente para difuminar la luz y todo aparece con una definición que resulta casi incómoda.

Era martes. Las once y cuarenta de la mañana. Marta había salido de Lleida a las ocho y cuarto con una maleta de cuatro días,

por si el caso se resolvía rápido, y una bolsa más grande en el maletero, por si no se resolvía.

Se había llevado la bolsa más grande.

La pensión estaba en la calle Major, tal como le había indicado la coordinación de Lleida. Un edificio de tres plantas con fachada de piedra aranesa que en otro contexto habría resultado pintoresco y que en este contexto resultó funcional, que era exactamente lo que necesitaba. La dueña, una mujer de unos sesenta años llamada Dolors que llevaba la recepción con la eficiencia de quien ha alojado suficientes policías en su vida como para no hacer preguntas innecesarias, le dio la llave de la habitación del primer piso con la única observación de que el desayuno se servía hasta las nueve y media y que el calefactor tenía un temporizador que había que reactivar cada cuatro horas. Marta anotó mentalmente ambas informaciones y subió las maletas sola.

La habitación era pequeña, funcional, con una ventana que daba a la calle. Cama individual. Una mesa con una silla. Un armario empotrado con cuatro perchas. El baño era compartido con la habitación del lado, aunque Dolors había aclarado que en enero esa habitación estaba vacía. Marta dejó la maleta pequeña sobre la cama sin abrirla y puso la bolsa grande junto a la mesa. Miró el espacio durante unos segundos, calculando mentalmente cómo distribuir los expedientes que había traído impresos porque en la pantalla del ordenador portátil las relaciones entre casos le costaban más que sobre papel, sobre una superficie plana donde podía extender todo y caminar alrededor.

La mesa era demasiado pequeña. Usaría la cama.

Pero eso era para la noche. Ahora tenía una reunión.

La comisaría de la Policia Local de Vielha ocupaba la planta baja de un edificio municipal en la calle Sarriulèra, a siete minutos andando desde la pensión. Marta hizo el trayecto con el abrigo completamente abrochado y el cuello subido, midiendo el frío con

esa objetividad clínica con que medía los entornos nuevos. El frío era seco y constante, sin el componente húmedo del frío de Lleida que se metía en los huesos de otra forma. Este frío era más directo, más honesto en su intención de hacerte saber que estabas en un lugar donde la temperatura no era un inconveniente sino una condición permanente de existencia.

Las calles del centro de Vielha a media mañana de martes tenían una densidad intermedia: no el lleno del fin de semana, pero tampoco el vacío de una ciudad en temporada baja. Había grupos de turistas que habían extendido su estancia hasta el lunes o el martes, fácilmente identificables por el material de esquí que seguían llevando aunque la mañana no invitara a nada que no fuera estar dentro con algo caliente. Había residentes que hacían sus recados con la eficiencia de quien ha aprendido a aprovechar los días de semana para moverse por su propia ciudad. Había trabajadores de hostelería con el uniforme bajo el abrigo, entrando y saliendo de establecimientos con la celeridad de los que tienen mucho por hacer antes de que llegue el siguiente grupo.

Marta observó todo esto sin ralentizar el paso. En casos de este tipo, la geografía humana de un lugar era tan importante como la geografía física, y el primer paseo sin destino aparente le enseñaba cosas que ningún informe previo podía anticipar. Lo que le enseñó este fue lo siguiente: Vielha era un lugar donde la gente sabía perfectamente a quién conocía y a quién no, y había desarrollado un protocolo no articulado pero perfectamente funcional para gestionar esa diferencia. Los residentes no miraban a los forasteros. No porque los ignoraran, sino porque habían aprendido que mirar generaba interacción, y la interacción constante con treinta mil personas distintas cada semana era sencillamente insostenible. El no mirar no era hostilidad. Era supervivencia.

Eso también lo anotó mentalmente.

El responsable de la Unitat Territorial de los Mossos en la zona era el sergent Xavier Puig, cuarenta y siete años, diecinueve en el

cuerpo, siete destinado en el valle. Marta lo conocía de nombre y de expediente, no personalmente. Lo que el expediente decía era que era un profesional sólido con un historial sin incidentes graves y una tendencia, documentada en dos evaluaciones de los últimos cuatro años, a gestionar los conflictos institucionales por la vía de la desescalada antes que de la confrontación. Eso era una forma institucional de decir que Puig prefería que los problemas no se hicieran más grandes de lo que ya eran.

También estaba el cap de la Policia Local, Jordi Mas, cincuenta y un años, aranés de Naut Aran, que llevaba más años en el cuerpo local que la mayoría de los edificios del centro de Vielha habían visto reformas. Mas era el tipo de policía local que en las ciudades pequeñas funciona como sistema nervioso de la comunidad: sabe lo que ocurre, conoce a las familias, tiene una red de conocidos que cubre cada esquina del valle, y ha aprendido a calibrar cuándo un asunto requiere su intervención y cuándo es mejor que las cosas se resuelvan solas. En el valle, esa segunda categoría era considerablemente más amplia que en otros lugares.

La reunión se celebró en la sala de uso múltiple de la comisaría, que era también donde celebraban los cursos de formación y donde, según los carteles que había en la pared, se reunía el club de senderismo municipal los primeros lunes de mes. Una mesa rectangular con seis sillas. Una pizarra blanca sin nada escrito. Un ordenador portátil que nadie conectó durante toda la reunión.

Marta llegó con dos minutos de antelación. Puig llegó exactamente en punto. Mas llegó cuatro minutos tarde con dos cafés en vasos de plástico y el gesto de quien ofrece algo para desinflar la tensión antes de que se instale. Marta cogió el café porque hacía frío y porque rechazarlo habría sido un gesto innecesariamente hostil.

—Bienvenida al valle, inspectora —dijo Mas, con un acento aranés que suavizaba las consonantes finales de las palabras y les daba una cadencia específica—. Espero que el trayecto desde Lleida no haya sido complicado.

—El trayecto fue bien —dijo Marta—. Gracias por recibirme.

Puig asintió con la cabeza desde su lado de la mesa con la brevedad de quien ya sabe que los preámbulos son tiempo que podrían estar usando para otra cosa.

—Tenéis el informe que envié desde la coordinación de Lleida —dijo Marta. No era una pregunta.

—Lo tenemos —confirmó Puig—. Tres casos en cuarenta días. Dos en el perímetro de Baqueira, uno en Arties.

—Tres casos en cuarenta días con un perfil común de víctimas: menores o jóvenes adultos, visitantes, último avistamiento en el período de transición entre la última sesión de esquí y la noche.

—Eso es la lectura de Lleida —dijo Mas, con una neutralidad que era suficientemente cuidadosa como para no ser descortés pero suficientemente marcada como para que Marta entendiera que había otra lectura—. La nuestra es algo más matizada.

—Los escucho.

Mas apoyó los codos sobre la mesa. Tenía las manos de alguien que ha pasado muchas horas al frío, con la piel de los nudillos agrietada y una cicatriz vieja en el dedo índice derecho que Marta observó sin comentar.

—Baqueira mueve entre quince mil y veinte mil personas en los días de máxima afluencia. En un radio de cuarenta kilómetros cuadrados, en condiciones de alta densidad, con visitantes de tres cuartas partes del territorio nacional y una proporción relevante de extranjeros, la tasa de incidencias que involucran a jóvenes es estadísticamente predecible. Chicos que se separan de sus grupos y tardan en reagruparse. Familias que no coordinan los horarios de recogida. Menores que aprovechan la libertad relativa de un entorno vacacional para hacer cosas que no harían en casa.

—Y que normalmente aparecen —dijo Marta.

—Normalmente aparecen —confirmó Mas—. Porque eso es lo que ocurre. La estación es un entorno controlado. Hay personal de pistas, servicios de emergencias de montaña, comunicaciones. El nivel de atención sobre el territorio es alto.

—Pero en los tres casos no aparecieron.

Un silencio breve.

—Los tres casos siguen abiertos —dijo Puig, con precisión técnica—. Ninguno ha sido cerrado como resuelto.

—Ni como nada —dijo Marta—. Llevan cuarenta días abiertos como desapariciones voluntarias sin seguimiento activo, sin coordinación entre ellos, y sin que ninguno de los tres cuerpos con competencia en la zona, incluido el vuestro, haya generado un informe que los analice en conjunto.

Puig no respondió de inmediato. Era el silencio del que está calibrando qué parte de su respuesta es profesional y qué parte es institucional, que no siempre es lo mismo.

—La coordinación entre cuerpos en zonas de montaña con competencias solapadas tiene sus limitaciones técnicas —dijo finalmente—. La Guardia Civil tiene sus expedientes. Nosotros tenemos los nuestros. La Policia Local trabaja en su jurisdicción. Los sistemas no hablan entre ellos con la fluidez que debería.

—Lo sé —dijo Marta—. Por eso estoy aquí.

Eso lo dijo sin dureza. Era un dato, no una acusación, y la diferencia importaba en esta fase de la conversación. Mas lo entendió, porque algo en sus hombros se relajó levemente, y Puig asintió con la cabeza de nuevo, esta vez con una fracción más de energía que la vez anterior.

La conversación duró cuarenta minutos más. Marta tomó notas en el cuaderno pequeño que llevaba siempre, con la letra apretada que sus compañeros en Lleida le habían dicho en varias ocasiones que parecía cifrada pero que ella encontraba perfectamente legible.

Puig le explicó el estado de los expedientes, los recursos disponibles, los canales de comunicación con la Guardia Civil para las zonas de montaña. Mas le habló del valle con la autoridad de alguien que lo conoce desde dentro: los ritmos de la temporada, la composición de la fuerza laboral de la estación, los pueblos del valle con sus dinámicas propias que no siempre se entendían desde Vielha. Era información útil, ofrecida de buena fe, y Marta la registró con la misma atención con que habría registrado cualquier dato técnico.

Lo que no se dijo en esa sala fue, de alguna manera, más audible que lo que sí se dijo.

No se dijo que la temporada estaba en su momento de mayor afluencia y que cualquier análisis que sugiriera un patrón de desapariciones tendría consecuencias que iban mucho más allá de las policiales. No se dijo que el Consell Generau d'Aran tenía una relación directa con el rendimiento económico de la estación y que esa relación condicionaba cómo se gestionaban las narrativas de seguridad. No se dijo que la Guardia Civil y los Mossos llevaban décadas con una frialdad institucional en las zonas de montaña que los convertía en entidades paralelas incapaces de compartir información de forma natural. Todo eso no se dijo porque no hacía falta decirlo. Estaba en la temperatura exacta de las respuestas, en los tiempos de pausa, en los adjetivos elegidos y en los que se evitaron con cuidado.

Marta era buena leyendo lo que no se decía. Era quizás su habilidad más útil en casos como este, donde los hechos vivían en los márgenes de los expedientes y las pistas en los silencios de las personas que sabían más de lo que contaban.

Cuando la reunión terminó, Puig le ofreció acceso a los expedientes físicos en el formato que ella necesitara y le dio su número de móvil con la instrucción genuina de que podía llamarle a cualquier hora. Mas le estrechó la mano con la firmeza de quien ha decidido que va a colaborar y que esa decisión ya está tomada independientemente de lo que piense de los motivos que la han

generado. Eran dos profesionales actuando como profesionales. Marta no pedía más que eso.

Recogió el cuaderno, se puso el abrigo, y salió a la calle.

El frío la recibió con la misma imparcialidad de antes. La luz de mediodía en enero en el valle tenía una calidad específica, baja y lateral, que alargaba las sombras de los edificios sobre la nieve y le daba al suelo un relieve que la luz de verano habría disuelto. Marta se quedó unos segundos en la puerta de la comisaría, mirando la calle sin un destino concreto en mente, dejando que los últimos cuarenta minutos se sedimentaran en el orden correcto.

Lo que tenía era lo siguiente: tres casos abiertos, acceso a los expedientes, dos interlocutores institucionales que cooperarían dentro de los límites que se habían fijado a sí mismos sin haberlos articulado en voz alta, y la certeza de que lo que esos expedientes no contenían era más importante que lo que contenían. Lo que no tenía era tiempo, porque si el patrón que Lleida había identificado respondía a lo que ella sospechaba que respondía, el tiempo era la variable más escasa de todas.

Fue entonces cuando lo vio.

Un hombre estaba apoyado en la pared del edificio de enfrente, a unos doce metros de la puerta de la comisaría, con el abrigo oscuro y las manos en los bolsillos y esa postura específica de quien lleva tiempo esperando y ha decidido que la mejor forma de esperar es parecer que no está esperando a nada en particular. Tendría unos treinta y tantos años. Alto, delgado de la forma en que son delgados los que caminan mucho. Pelo castaño oscuro con la humedad de la nieve que había caído esa mañana. Llevaba un cuaderno bajo el brazo derecho con la naturalidad de quien lo lleva siempre.

Sus ojos se encontraron y el hombre se separó de la pared con el gesto de quien ha estado esperando exactamente ese momento.

—Inspectora Bosch —dijo. No era una pregunta.

Marta no respondió de inmediato. Lo miró durante el segundo que necesitaba para calibrar qué tipo de persona era y qué tipo de problema potencial representaba. El cuaderno bajo el brazo era una señal. La forma en que había dicho su nombre, sin la tensión de alguien que tiene algo que esconder ni la agresividad de alguien con agenda oculta, era otra.

—¿Quién es usted?

—Erik Vidal. Periodista. Diari de la Vall.

—¿Cómo sabe usted quién soy?

—El valle es pequeño —dijo Erik, con una honestidad que no parecía calculada—. Y cuando alguien llega desde Lleida un martes de enero con una maleta grande y va directamente a la comisaría, hay personas que se dan cuenta.

Era una respuesta que decía algo verdadero y omitía algo también verdadero, y Marta lo reconoció con la facilidad de la práctica.

—¿Qué quiere, señor Vidal?

Erik sacó la mano del bolsillo y le extendió algo. Un sobre pequeño, sin remitente, abierto. Marta lo cogió y lo miró sin meter los dedos dentro. Dentro había una hoja de papel doblada en cuatro. La desplegó.

Era una hoja de cuaderno, de esas de rayas, con una frase escrita a mano con letra apretada y mayúsculas irregulares. Cuatro palabras.

No es la primera.

Marta miró el papel durante el tiempo suficiente para que Erik entendiera que lo estaba procesando de verdad, no fingiendo procesarlo.

—¿Cuándo recibió esto?

—Ayer por la noche —dijo Erik—. En el buzón de la redacción. Sin remitente.

—¿Sabe quién lo envió?

—No con certeza.

—¿Tiene hipótesis?

—Varias. Ninguna que pueda verificar todavía.

Marta dobló el papel de nuevo y lo devolvió al sobre. Luego le devolvió el sobre a Erik, que lo cogió con una ligera sorpresa que ella registró.

—Es suyo —dijo Marta—. Fue enviado a usted.

—También recibí algo similar por mensaje de teléfono —dijo Erik —. El mismo texto. El mismo día.

—¿El mensaje lo tiene guardado?

—Sí.

—Bien. Guárdelo.

Hubo un momento de silencio entre los dos en la calle nevada de Vielha, con el ruido de fondo del tráfico moderado del mediodía y una corriente de aire que bajaba por la calle desde el norte con esa temperatura que hacía que la conversación en el exterior tuviera un límite de tiempo implícito.

—¿Ha hablado con alguien más sobre esto? —preguntó Marta.

—Con mi editor, brevemente, sobre la desaparición de la semana pasada. Sin detalle.

—¿Y él?

—Mi editor —dijo Erik, con una economía de palabras que comunicaba más de lo que decía— considera que estas cosas se resuelven solas.

Marta asintió. No era el primer editor de un medio local que había conocido con esa filosofía particular.

—¿Cuántos casos tiene documentados?

Erik la miró con algo que podría haber sido evaluación, o reconocimiento, o ambas cosas a la vez.

—Tres que puedo verificar con fuentes propias. La chica de la semana pasada son cuatro.

—¿Ha publicado algo?

—Todavía no.

—¿Piensa hacerlo?

—Depende de lo que encuentre —dijo Erik—. Y de lo que usted me diga.

Marta miró la calle. Dos turistas pasaron por delante de ellos discutiendo sobre si el restaurante de la esquina abría o no los martes, con la voz alta de quien está en un lugar donde no conoce a nadie y no necesita modularse. La ciudad a su alrededor funcionaba con normalidad perfecta, con su ruido de vacaciones y su economía de nieve y su gestión de cuarenta mil personas que llegaban y se iban sin que nadie las viera de verdad.

—Señor Vidal —dijo Marta finalmente—, si publica ahora, con lo que tiene, lo que consigue es que las personas que podrían saber algo se cierren. Y si se cierran, yo no puedo hacer mi trabajo.

—Y si no publica nadie —respondió Erik, con la misma calma—, las personas que podrían ser víctimas no tienen manera de protegerse.

Era un argumento honesto, y Marta lo reconoció como tal. Era también el argumento que ella misma había usado en otras circunstancias frente a la presión institucional de la discreción. El hecho de que ahora estuviera al otro lado de ese argumento no lo hacía menos válido.

—¿Qué propone? —preguntó ella.

Erik se tomó un momento.

—Compartir información. Usted tiene acceso institucional que yo no tengo. Yo tengo fuentes locales que usted no tiene. El que llegó desde fuera y el que creció aquí ven cosas distintas del mismo sitio.

No era un periodista pidiendo una entrevista. Era alguien que había entendido la geometría del problema y estaba proponiendo una solución práctica con los recursos disponibles. Marta lo evaluó durante unos segundos más.

—No le doy información de la investigación —dijo—. Lo que hablo con usted es extraoficial.

—Lo mismo de mi parte —dijo Erik.

—Y si publica algo que comprometa el caso, esa conversación termina inmediatamente.

—Entendido.

—Necesito los expedientes de los casos anteriores que usted ha documentado. Todo lo que tenga, no solo lo que ha publicado.

—Lo puedo tener esta tarde.

Marta asintió una sola vez. Era el acuerdo más provisional del mundo, sin firma, sin protocolo, sin ninguna garantía excepto el hecho de que los dos necesitaban al otro para llegar a algún lugar que ninguno podía alcanzar solo. En la investigación de casos complejos, a veces los mejores acuerdos eran los más frágiles, porque la fragilidad los mantenía honestos.

—Hay una cosa más —dijo Erik, antes de que Marta pudiera darse la vuelta.

Ella esperó.

—El mensaje que recibí por teléfono llegó antes de que usted estuviera en el valle. Quien lo envió sabía que yo haría algo con él.

También sabía que alguien llegaría desde fuera. Y sabía que los dos acabaríamos hablando.

Marta procesó esto.

—Eso significa que hay alguien en este valle que quiere que el patrón se vea —dijo—. Y que no sabe, o no puede, hacerlo él mismo.

—Eso mismo —dijo Erik.

Se quedaron un momento en esa conclusión compartida, que no era tranquilizadora ni alarmante sino simplemente el primer pedazo sólido sobre el que pisar en un terreno que hasta ese momento había sido completamente resbaladizo.

Marta cogió el cuaderno que llevaba en el bolsillo interior del abrigo y escribió su número de teléfono en una página en blanco. Lo arrancó y se lo dio a Erik.

—Esta tarde —dijo—. Con todo lo que tenga.

Dio media vuelta y caminó hacia la pensión de la calle Major. No miró atrás, pero oyó los pasos de Erik alejarse en la dirección contraria sobre el adoquín nevado con esa acústica limpia y seca que tiene la nieve cuando el frío es suficiente para mantenerla dura.

En la habitación de la pensión, con el calefactor en marcha y los expedientes impresos extendidos sobre la cama, Marta pasó las dos horas siguientes construyendo lo que en la coordinación de Lleida habían llamado un mapa preliminar de coincidencias y ella llamaba, en la terminología más honesta de sus cuadernos personales, la forma que tenía el problema antes de saber qué problema era.

Tres casos. Cuatro si incluía el más reciente. Cuatro jóvenes. Cuatro momentos del día similares. Cuatro entornos que se solapaban geográficamente dentro de un radio menor del que se había reconocido en ninguno de los expedientes individuales porque ningún expediente individual había mirado más allá de sí mismo.

Lo primero que la había llevado a solicitar el desplazamiento al valle no había sido ninguno de esos casos por separado. Había sido una tabla de coincidencias que un analista de la coordinación había generado por rutina, casi sin querer, como parte de un ejercicio de depuración de estadísticas de personas desaparecidas en la demarcación de Lleida. La tabla mostraba una anomalía: la tasa de desapariciones de personas entre quince y veinticuatro años en el municipio de Naut Aran y áreas limítrofes durante los meses de temporada de esquí era, en los últimos tres años, un ochenta y siete por ciento superior a la media de municipios de características comparables en densidad turística y demográfica. No era un número que gritara. Era un número que susurraba con consistencia, que era peor.

Nadie había mirado esa tabla hasta que el analista la puso en una pantalla y dijo que le parecía raro.

Marta había aprendido a prestar atención a las cosas que le parecían raras a la gente que pasaba el día mirando datos. Los datos no tienen intuición, pero las personas que los leen sí.

Abrió el expediente del primer caso. El menor de Burgos, dieciséis años, noviembre. La foto en la portada del expediente mostraba a un chico con una sonrisa fácil y el pelo cortado cerca de las orejas, en una imagen que era evidentemente de verano, con el mar detrás. Alguien había elegido esa foto para el expediente, probablemente la familia, y la elección decía algo sobre la esperanza que todavía tenían cuando presentaron la denuncia. La esperanza de que aparecería. La esperanza de que habría explicación.

Marta miró la foto durante un momento más de lo necesario técnicamente. Era una costumbre que tenía desde sus primeros años en la unidad de desaparecidos: mirar la foto al principio y al final, al principio para recordarse que estaba trabajando sobre una persona y al final para recordarse que había hecho todo lo que podía.

Todavía estaba en el principio.

Pasó al segundo expediente. La joven de Tarragona, diecinueve años, diciembre. Aquí la foto era más reciente, tomada probablemente días antes del viaje al valle, con el material de esquí nuevo todavía con las etiquetas. Una chica que sonreía con la confianza de quien todavía no sabe que el mundo puede romperse sin aviso. Marta notó algo en la descripción del último avistamiento: la chica había salido a caminar por Arties sola, sobre las cuatro de la tarde, después de una discusión leve con su pareja según el testimonio de este último. La discusión aparecía en el expediente como detalle contextual y como posible motivación para la desaparición voluntaria.

Marta subrayó eso con el lápiz. No porque la discusión fuera irrelevante, sino porque en los casos de desaparición voluntaria genuina la discusión previa solía aparecer mucho antes en el relato, como elemento central, y aquí aparecía como nota al margen. Alguien había construido la narrativa de la voluntariedad alrededor de un detalle que podía sostenerla, no alrededor de evidencias que la exigieran.

El tercer expediente. La chica de diecisiete años del prólogo, familia de Barcelona. Último avistamiento a las 17:20 en pistas. Esquís y bastones encontrados en la base de un pino por el pistero en el último recorrido de control. La descripción de los bastones en el expediente era fría y técnica: *dos bastones de esquí encontrados cruzados sobre la nieve, modelo X de marca Y, identificados como pertenecientes a la menor mediante número de serie del alquiler de material de la estación.* El pisero que los encontró había declarado que la posición de los bastones le había parecido inusual pero que no había sabido explicar por qué exactamente.

Marta lo sabía. O creía saberlo. Los bastones cruzados con esa geometría no eran el residuo de alguien que se había ido. Eran demasiado ordenados para ser accidentales y demasiado deliberados para ser el gesto automático de alguien que simplemente dejó de esquiar. Eran el tipo de detalle que aparece cuando alguien quiere

dejar una señal, o cuando alguien quiere que parezca que alguien ha querido dejar una señal.

La diferencia entre esas dos posibilidades importaba, y todavía no tenía suficiente para decantarse.

A las cuatro y media sonó el teléfono. Era Erik Vidal.

—Tengo lo que pedía —dijo—. ¿Dónde quiere que nos veamos?

Marta miró los expedientes extendidos sobre la cama, los subrayados y las notas al margen, el mapa del valle que había sacado de la bolsa grande y fijado a la pared con las chinchetas que siempre llevaba porque en los desplazamientos los mapas sobre la pared eran más útiles que los mapas en la pantalla.

—Hay un bar en la calle del Forn —dijo—. A las cinco.

—Lo conozco.

—Señor Vidal.

—¿Sí?

—Venga sin cuaderno.

Una pausa breve.

—De acuerdo.

Marta colgó y miró el mapa durante un momento. El valle de Arán era un territorio de setecientos kilómetros cuadrados con una geografía que empujaba todo hacia el centro, hacia el Garona, hacia Vielha. Las carreteras seguían los ríos. Los pueblos se agrupaban en los fondos de valle. Las pistas de Baqueira ocupaban la zona alta, entre los dos mil y los dos mil seiscientos metros, en un espacio donde la topografía hacía que las rutas de acceso fueran pocas y conocidas. Era un territorio que podía entenderse como seguro, como controlado, como transparente, porque la geografía lo hacía legible.

También era un territorio donde alguien con conocimiento técnico de esa geografía podía moverse con una invisibilidad que ningún sistema de vigilancia diseñado para la masa de turistas podía detectar. La legibilidad del mapa era también la invisibilidad de sus márgenes.

Guardó los expedientes en la bolsa grande, se puso el abrigo, y salió a la calle.

El bar de la calle del Forn era pequeño, con cuatro mesas y una barra donde dos hombres mayores bebían algo caliente mirando el televisor apagado con la familiaridad de quien está en un lugar que no necesita justificación. La dueña, una mujer de mediana edad con el delantal con el logo del bar, le señaló la mesa del fondo sin que Marta pidiera nada y le puso delante un café solo con la certeza de quien ha interpretado correctamente a alguien antes de que esa persona haya abierto la boca.

Erik llegó cinco minutos después. Sin cuaderno, tal como le había pedido. Traía una carpeta de cartón marrón bajo el brazo que dejó sobre la mesa antes de sentarse.

—Todo lo que tengo —dijo—. Fuentes, fechas, nombres cuando los tengo. Algunas cosas son confirmadas, otras son lo que me dijeron personas que prefieren no aparecer.

Marta no abrió la carpeta de inmediato.

—Primero cuénteme —dijo—. La carpeta después.

Erik asintió. Ordenó un café sin leche y empezó.

Lo que contó en los veinte minutos siguientes era la trama de conversaciones, mensajes, fuentes con nombre y sin nombre que había construido en los días previos a la llegada de Marta. Era un trabajo de periodismo de fuentes clásico, el tipo que se hace caminando y escuchando y haciendo las preguntas aparentemente menores que la gente responde sin pensar porque no parecen importantes, y que luego resultaban ser las únicas que importaban.

Tenía el testimonio de una empleada de hotel que recordaba preguntas sobre una de las víctimas horas antes de su desaparición. Tenía el detalle, recogido por un guardia de seguridad de la estación a quien Erik había hablado hacía dos días, de que en los tres casos el material de esquí había aparecido abandonado con una geometría inusualmente ordenada. Tenía el nombre, recogido de forma indirecta y no verificada todavía, de alguien que había estado en los tres entornos en las horas previas.

Ese último punto lo dijo con más cuidado que el resto.

—No lo tengo confirmado —dijo—. Es lo que me dijo una fuente que no puede aparecer. Puede ser coincidencia.

—¿El nombre se repite en los tres casos por la misma fuente o por fuentes distintas?

Erik lo pensó.

—Por fuentes distintas que no se conocen entre ellas.

Marta bebió el café sin apresurarse.

—Eso reduce la posibilidad de que sea coincidencia —dijo—. No la elimina.

—Lo sé.

—El nombre me lo da ahora, extraoficialmente.

Erik se lo dio.

Marta no lo anotó. Lo registró en el lugar de la memoria donde guardaba las cosas que todavía no podían ir a ningún papel porque escribirlas significaba darles un peso que todavía no habían ganado pero que tal vez pronto ganarían.

Abrió la carpeta. Los documentos que Erik había reunido eran más ordenados de lo que esperaba de alguien que había trabajado con urgencia y con recursos limitados. Cada caso tenía su página separada, con la fuente indicada en abreviatura, las fechas

verificadas subrayadas en verde y las cosas sin verificar marcadas con interrogante. Era el sistema de alguien que había aprendido a trabajar solo sin perder el hilo de lo que sabía y lo que suponía.

—Ha hecho un buen trabajo —dijo Marta, sin sentimentalismo.

—He hecho el trabajo que había que hacer —dijo Erik—. No es lo mismo.

Afuera, la tarde había terminado de oscurecer y la calle del Forn tenía esa quietud de los martes de invierno en las ciudades pequeñas, el rumor de fondo de un lugar que respira entre dos oleadas de ruido. En dos días llegarían los primeros coches del fin de semana y el valle volvería a llenarse con la normalidad ensayada de la temporada alta.

En algún lugar de esa normalidad, cuatro personas seguían sin aparecer.

Y alguien, o varios, sabían exactamente por qué.

Marta cerró la carpeta y la guardó bajo el brazo con el gesto resuelto de quien ha decidido que ya tiene suficiente para empezar a moverse en una dirección. No era certeza. Era algo más funcional que la certeza: era la dirección suficiente para dar el primer paso sin perderse, que en los primeros días de un caso de este tipo era todo lo que se podía pedir.

—Mañana por la mañana empiezo con los expedientes completos —dijo—. Necesito que me consiga acceso a los empleados de temporada de la estación. No de forma oficial todavía.

—Conozco a gente —dijo Erik.

—Lo imaginaba.

Marta se levantó y dejó el dinero del café sobre la mesa. Miró a Erik un momento, con esa mirada de inventario que él ya había aprendido a reconocer en las pocas horas que llevaban en el mismo

espacio: la mirada de alguien que cataloga lo que ve y lo guarda en el lugar preciso que le corresponde.

—Una cosa, señor Vidal.

—Erik.

—Una cosa, Erik. Quien nos envió ese mensaje, a los dos, sabía que hablaríamos. Lo que no sabía, o no podía garantizar, es que podríamos hacer algo con lo que encontráramos. Eso depende de lo que encontremos y de lo rápido que lo encontremos.

Erik asintió.

—Lo entiendo.

—Bien.

Marta salió al frío de la calle del Forn y caminó hacia la pensión con el paso de alguien que tiene adónde ir, aunque el camino todavía sea más largo de lo que resulta cómodo reconocer. El valle la rodeaba con su indiferencia de alta montaña, con sus tejados nevados y sus luces encendidas detrás de los cristales y su economía perfectamente engrasada para procesar visitantes y devolverlos a sus ciudades de origen cargados de fotografías y recuerdos de nieve limpia.

Debajo de esa nieve limpia, la historia real llevaba tiempo esperando que alguien llegara desde fuera con los ojos suficientemente fríos para verla.

Marta Bosch tenía los ojos fríos. Era, quizás, lo único que el valle no había calculado.

Capítulo 3

Tres nombres sobre la nieve

Lo que los expedientes no cuentan

La pensión de la calle Major tenía una calefacción central que se apagaba a las once de la noche y no volvía a encenderse hasta las siete de la mañana, lo cual significaba que las horas intermedias pertenecían al frío con la misma naturalidad con que las horas de luz pertenecían a la montaña. Marta lo había descubierto la primera noche, cuando se despertó a las dos y cuarto con la sensación de que alguien había abierto una ventana, y había pasado la segunda noche con el abrigo técnico puesto sobre el pijama y los expedientes extendidos sobre la cama como si el frío fuera también una condición de trabajo y no solo una molestia.

Esa segunda noche, la noche del miércoles al jueves, Marta no durmió.

No fue una decisión. Fue la consecuencia natural de tener tres carpetas sobre la colcha y un cuaderno abierto en la almohada y la luz de la mesilla encendida con la claridad insuficiente de las bombillas de cuarenta vatios que las pensiones de provincias parecían reservar para los clientes que llegaban de noche y salían temprano. La carpeta de Erik a la izquierda. Los expedientes de Puig en el centro, impresos esa tarde en la comisaría con el permiso profesional y la cooperación discreta del sergent que había demostrado ser más útil de lo que la primera reunión había sugerido. El cuaderno propio a la derecha, con la letra que sus compañeros de Lleida describían como cifrada pero que ella encontraba perfectamente legible porque era la única letra que había aprendido

a producir cuando pensaba de verdad, a esa velocidad a la que los pensamientos llegan antes de que la mano pueda ordenarlos.

Tres casos. Tres carpetas que el sistema había generado de forma aislada, tres historias que cada expediente contaba como si fuera la única que existía en el mundo, con la ceguera burocrática de quien está diseñado para resolver problemas individuales y no para reconocer que los problemas individuales pueden ser capítulos de algo más largo.

Marta empezó por el primero.

Álvaro Mendoza. Dieciséis años. Burgos. Desaparecido el diecisiete de noviembre, sábado, hacia las 17:40 según el último registro de su teléfono en la red local de la estación. Había venido al valle con un grupo de cinco amigos de su clase, todos ellos entre quince y diecisiete años, en un viaje organizado por los padres de uno de ellos que habían alquilado un apartamento en Baqueira durante cuatro días. El sábado por la tarde, según los testimonios de sus amigos, Álvaro se había separado del grupo en el aparcamiento de la base después de la última bajada del día. Dijo que necesitaba ir al baño y que los esperaba en el coche. No llegó al coche.

Los cuatro amigos esperaron veinte minutos, luego fueron al baño más cercano, luego llamaron al teléfono de Álvaro, que sonó tres veces y después saltó al buzón de voz. Llamaron al padre de uno de ellos, que era el adulto responsable del viaje. El padre tardó cuarenta minutos en llegar desde el apartamento. Para entonces habían pasado casi dos horas desde el último contacto con Álvaro.

La denuncia se presentó esa misma noche, a las veintitrés horas, en la Guardia Civil de Vielha. El expediente de la Guardia Civil describía el caso como menor desaparecido de forma indeterminada, circunstancias sin aclarar, investigación inicial en curso. Investigación inicial que, según la documentación disponible, consistía en una llamada al hospital comarcal de Vielha para verificar si había ingresado algún menor con perfil coincidente, una consulta a los servicios de emergencias de montaña del Pirineo catalán para

comprobar si había habido algún incidente en las pistas ese día, y una anotación en el sistema de personas desaparecidas de la Guardia Civil que quedó en el estado de pendiente de seguimiento durante las semanas siguientes.

El teléfono de Álvaro dejó de registrar actividad a las 17:42. El modelo era un smartphone de gama media con batería de larga duración. La Guardia Civil solicitó a la operadora el historial de llamadas y ubicaciones, que llegó cuatro días después del inicio de la investigación. El último ping de la antena más cercana situaba el teléfono en las inmediaciones del aparcamiento principal de Baqueira, a unos doscientos metros de donde los amigos lo habían visto por última vez. Después, nada.

Marta subrayó ese dato. La distancia entre el último avistamiento humano y el último registro tecnológico era demasiado corta para ser la huella de alguien que se había marchado voluntariamente. Si Álvaro hubiera decidido irse, el teléfono habría seguido registrando actividad, ya fuera llamadas o el simple movimiento entre antenas que produce cualquier desplazamiento en un territorio con cobertura. La ausencia de señal posterior no significaba que hubiera muerto, no todavía, pero sí significaba que algo había interrumpido la continuidad normal de un chico de dieciséis años con un smartphone en la mano.

Nadie en el expediente había llegado a esa conclusión por escrito.

La segunda carpeta era más delgada porque el caso era más reciente y la documentación menos completa, pero también porque el cuerpo que lo había gestionado, en este caso los Mossos de la Unitat Territorial del valle, había sido más económico en sus anotaciones de lo que la gravedad potencial del caso requería. Marta había visto esa economía de escritura antes, en casos donde el investigador inicial había intuido que el asunto era más complejo de lo que podía manejar con los recursos disponibles y había preferido no documentar lo que no podía resolver, porque documentar un

problema sin resolverlo dejaba rastro de incompetencia mientras que no documentarlo dejaba simplemente silencio.

El silencio era más manejable.

Paula Giró. Diecinueve años. Tarragona. Desaparecida el cuatro de diciembre, miércoles, último avistamiento a las 16:10 según el testimonio de su pareja, un chico de veintiún años llamado Marc que había venido al valle con ella en lo que ambos describían a sus familias como una escapada romántica de fin de semana, aunque el viaje había comenzado un miércoles y había empezado a tensarse antes de que terminara el primer día.

La discusión entre Paula y Marc había ocurrido sobre las tres de la tarde, en el apartamento alquilado en Arties, y había versado según Marc sobre algo que él describía en su declaración como una diferencia de planes sobre el resto del viaje, frase que Marta había aprendido, con los años, a leer como la versión adulta y socialmente aceptable de una pelea sin razón clara o con una razón que el que la sufrió prefería no nombrar. Paula había salido del apartamento con el abrigo y sin el material de esquí, lo que indicaba que no tenía intención de ir a las pistas sino simplemente de caminar. Marc había supuesto que volvería en una hora.

No volvió.

Marc esperó hasta las seis de la tarde antes de llamarla. El teléfono de Paula estaba apagado. Esperó otra hora por si volvía. Cuando a las siete y cuarto Paula todavía no había aparecido, Marc llamó a la madre de ella, que estaba en Tarragona. La madre llamó a la policía. La denuncia se presentó a las ocho y media, cuando el frío de diciembre llevaba horas convertido en algo que hace que caminar sin propósito sea cada vez más difícil y que la ausencia prolongada de una persona empiece a tener un peso específico distinto del que tiene a la luz del día.

Los Mossos recorrieron el casco urbano de Arties esa noche. Arties era un pueblo pequeño, de poco más de ciento cincuenta

habitantes en temporada baja, con las calles estrechas y empedradas de la arquitectura aranesa y una geometría de esquinas que hacía que desde cualquier punto del pueblo se pudiera ver casi cualquier otro punto. No encontraron a Paula. No encontraron a nadie que la hubiera visto después de las cuatro de la tarde. El relato de la desaparición voluntaria se construyó sobre la discusión previa con Marc, sobre la salida sin material de esquí que sugería una intención de alejarse, sobre la edad de Paula y la capacidad legal de una persona de diecinueve años de ir a donde quiera sin deberle explicaciones a nadie.

Era un relato que funcionaba. El problema era que funcionaba demasiado bien, con esa perfección de las narrativas que se construyen sobre lo que se sabe en lugar de sobre lo que se investigó.

Marta había conocido a Marc brevemente, por teléfono, la tarde anterior. Había sonado exactamente como suena alguien que lleva semanas sin dormir bien y que ha respondido la misma pregunta suficientes veces como para que su voz tenga esa textura específica de quien ha memorizado su propio dolor. No mentía. O al menos no mentía de las formas que Marta sabía reconocer. Sentía una culpa genuina por haber dejado que Paula saliera sola, una culpa que él mismo describía como irracional pero que no podía desconectar, como si el peso de lo que había ocurrido después de ese momento requiriera que él fuera responsable de alguna forma de la cadena de eventos.

—Si no nos hubiera peleado —había dicho Marc, en un momento de la conversación, con la voz un poco rota—, ella no habría salido. Si no hubiera salido, no habría desaparecido. Eso es lo que no puedo quitarme de la cabeza.

Marta había escuchado sin interrumpir. Era lo que aprendías a hacer en esas llamadas: escuchar, no consolar, porque el consuelo prematuro cerraba puertas que todavía tenían que abrirse.

—Señor Martínez —había dicho finalmente—, la culpable de lo que le ocurrió a su novia no fue la discusión.

Marc había tardado en responder.

—¿Eso quiere decir que sabe lo que le ocurrió?

—Significa que estoy trabajando para saberlo.

No era una respuesta satisfactoria. Pero era la única honesta.

La tercera carpeta era la más reciente y también la que tenía más peso. No más páginas, que en realidad eran pocas, sino más peso en el sentido específico de los casos que se instalan en algún lugar del sistema nervioso y no se mueven, que es una forma de decir que Marta había visto la foto de esa chica y no había podido aparcar la imagen con la eficiencia técnica con que apartaba otras imágenes de otros expedientes. Dieciséis años. Familia de Barcelona. Laura Valls.

Laura era el nombre que nadie había pronunciado todavía en ninguno de los documentos que Marta había manejado hasta ese momento, porque los expedientes de menores omiten los nombres en las primeras páginas por protocolo de protección, y el nombre había llegado de Erik la tarde anterior, casi de pasada, como si nombrarlo fuera un gesto que le costara pero que había decidido que era necesario porque los nombres hacen que las personas sean más difíciles de ignorar, que eso también lo había aprendido alguien.

Laura Valls. Diecisiete años. Habitual de la estación desde los cinco, cuando sus padres empezaron a venir al valle cada temporada con la regularidad de los que han encontrado en un lugar el tipo específico de normalidad que quieren para sus vidas. Sabía esquiar desde los siete. Conocía Baqueira con la familiaridad de los que han esquiado las mismas pistas durante una década y saben exactamente dónde se forma el hielo después de un día de sol y dónde la nieve se mantiene en polvo más tiempo del que el parte meteorológico predice.

El lunes por la tarde, Laura se había quedado rezagada del resto de su familia en las pistas del sector de Baqueira porque quería hacer una última bajada por la pista Escornau, que era su preferida y que su padre consideraba demasiado técnica para el final de la tarde cuando el cansancio afecta al control. Habían acordado verse en la base en cuarenta minutos. Cuarenta minutos que la familia esperó primero con paciencia, luego con impaciencia, luego con la angustia que se instala en el cuerpo de los padres cuando el tiempo que debería haber sido suficiente lleva demasiado siendo insuficiente.

El pistero que hizo el último recorrido de control de la jornada a las 17:55 encontró los esquís apoyados en el tronco de un pino a medio camino de la pista y los bastones cruzados sobre la nieve con esa geometría que Marta había subrayado en el expediente la noche anterior. El pistero había fotografiado la escena antes de llamar porque era protocolo en caso de abandono de material, y esa fotografía era la que había circulado después entre las familias con ese silencio de las cosas que no tienen canal oficial por donde moverse.

Marta había mirado esa fotografía muchas veces ya. No porque los detalles cambiaran, sino porque cada vez que la miraba veía algo ligeramente distinto. Esta vez lo que vio fue el ángulo de los bastones. No simplemente cruzados, sino cruzados con una simetría que requería intención. Un bastón en diagonal desde la izquierda hacia la derecha. El otro en diagonal desde la derecha hacia la izquierda. Formando una equis sobre la nieve, en el centro exacto de la franja de nieve entre el tronco del pino y el límite de la pista señalizado con redes.

Una equis.

Las marcas sobre la nieve no eran el residuo de alguien que se había ido. Eran algo colocado, construido, deliberado. Y esa deliberación tenía un significado que todavía no podía interpretar con certeza, pero que existía con la solidez de una firma.

Marta anotó eso en el cuaderno con tres signos de interrogación detrás.

El frío de la habitación se había intensificado hacia las tres de la madrugada, que era el momento en que el calefactor llevaba cuatro horas apagado y el frío exterior del enero aranés, que esa noche había bajado de los quince grados bajo cero en las zonas altas del valle, encontraba los resquicios de las ventanas viejas de la pensión y los aprovechaba con esa paciencia del frío, que nunca tiene prisa porque sabe que el tiempo juega a su favor. Marta se levantó, fue al baño, se miró en el espejo un momento con la objetividad de quien se evalúa como se evaluaría cualquier otra variable del caso, y volvió a la cama con el abrigo técnico encima de las mantas.

Volvió a los expedientes.

Lo que tenía hasta ese momento era un patrón de cinco variables compartidas en los tres casos. Primera: la edad de las víctimas, entre dieciséis y diecinueve años, en el tramo que los estudios de personas desaparecidas identificaban como el de mayor autonomía percibida y menor supervisión real. Segunda: el perfil de visitantes, ninguno de ellos residente del valle, todos ellos en contexto de ocio sin agenda fija más allá del esquí. Tercera: el horario del último avistamiento, entre las cuatro y las seis de la tarde, en el período de transición entre el fin de la jornada de esquí y el inicio de la vida nocturna del après-ski, que era el momento de mayor dispersión de los grupos y menor atención de los adultos responsables. Cuarta: la ausencia de rastro digital significativo después del punto de desaparición, con los teléfonos muertos o sin señal de forma consistente. Y quinta, la más inquietante de todas, porque era la que conectaba los tres casos en un nivel que iba más allá de la coincidencia estadística: el material de esquí abandonado con una geometría inusualmente ordenada, demasiado ordenada para ser accidental.

Cinco variables compartidas en tres casos que el sistema había procesado como tres historias sin relación.

Marta calculó mentalmente la probabilidad de que cinco variables independientes coincidieran en tres casos de forma aleatoria. El número que obtuvo era suficientemente pequeño como para que la hipótesis de la coincidencia dejara de ser una hipótesis y se convirtiera en una descortesía hacia los hechos.

Esto no era voluntario. Esto era caza.

Escribió esa frase en el cuaderno y la miró durante un momento. Era la primera vez que la ponía por escrito, en esa forma directa que no dejaba margen para la interpretación benigna. La escribió así precisamente por eso: porque poner las cosas por escrito en la forma más directa posible era también un modo de obligarse a comprobarlas, de no permitirse el lujo de la ambigüedad cómoda que dejaba abiertas todas las salidas. Si se equivocaba, lo sabría. Si no se equivocaba, al menos tenía la formulación.

Esto no era voluntario. Esto era caza.

Guardó el cuaderno bajo la almohada, apagó la luz, y escuchó el silencio del valle a las tres y media de la mañana. No era el silencio de las ciudades, que siempre tiene un fondo de máquina, de motor lejano, de respiración mecánica de algo que nunca para del todo. Era el silencio de los lugares donde el frío ha conseguido inmovilizar suficientes cosas como para que el mundo parezca temporalmente detenido. Afuera, en algún punto de ese silencio, Vielha dormía con la conciencia tranquila de quien ha procesado el día sin dejar cabos sueltos, o con la conciencia tranquila de quien ha aprendido a no tirar de los cabos porque sabe que del otro lado hay cosas que es más cómodo no saber.

Marta no durmió. Pero tampoco pensó. Estuvo simplemente en ese estado intermedio que los investigadores aprenden a reconocer como el período en que el caso trabaja solo, cuando el cerebro ha absorbido suficiente información y necesita un tiempo sin dirección para reorganizarla en un orden que la atención consciente no habría encontrado. Era un estado productivo, aunque desde fuera pareciera inactividad.

A las seis y cuarenta se levantó, se duchó con el agua que tardaba cuatro minutos en calentarse, y bajó a desayunar antes de que Dolors recogiera el bufet. Tomó café y una tostada con mermelada de los Pirineos que tenía un sabor a frambuesa genuina que le recordó brevemente que estaba en un lugar con una identidad propia por debajo de todo lo demás, y salió a la calle cuando la luz de las siete de la mañana de enero en el valle todavía era más azul que blanca.

Había quedado con Erik a las nueve en la redacción del Diari de la Vall. Tenía noventa minutos.

Los usó para caminar.

El río Garona bordeaba el núcleo urbano de Vielha por el sur con esa insistencia de los ríos de montaña, que no tienen la amplitud de los ríos de llanura pero compensan la anchura con la velocidad y el ruido, un ruido constante y bajo que en el silencio de la mañana de invierno resultaba más audible de lo que sería en cualquier otra estación. Marta caminó por el sendero que seguía la orilla, con el frío de las siete de la mañana instalado en el aire con una intensidad diferente a la del frío de la tarde o la noche, más limpio, más elemental, como si fuera el primer frío del día y todos los demás fueran variaciones de ese. Las piedras del sendero estaban cubiertas de una capa de hielo fino que crujía bajo las botas con una regularidad casi rítmica.

Pensaba en la quinta variable mientras caminaba.

El material de esquí abandonado con geometría ordenada. Los bastones cruzados de Laura Valls. Y lo que Erik le había contado sobre los otros dos casos, lo que no estaba en los expedientes pero que sus fuentes habían confirmado de forma independiente: que los esquís del menor de Burgos habían sido encontrados apoyados en la valla metálica del aparcamiento con los cierres de las botas desabrochados y colocados sobre el tablón de madera que servía de banco al pie de la valla, uno a cada lado, simétricos. Y que la mochila de Paula Giró, que apareció tres días después de su

desaparición en un banco del parque central de Arties, había sido encontrada con el cierre completamente cerrado y las asas perfectamente dobladas sobre la parte superior, como si alguien la hubiera guardado después de vaciarla con cuidado.

Tres escenas. Tres composiciones visuales con la misma firma implícita. No el caos de alguien que desaparece en el pánico o la prisa, sino el orden de alguien que tiene tiempo, que no está nervioso, que considera la presentación de lo que deja atrás parte del proceso.

Eso decía algo sobre el perfil que empezaba a formarse en su mente con la lentitud de las imágenes que se revelan en un cuarto oscuro. No era alguien impulsivo. No era alguien oportunista que actuara sobre el momento. Era alguien que planificaba, que tenía paciencia, que entendía la importancia de los detalles en la construcción de la escena que los demás verían después. Alguien que sabía exactamente cuánto tiempo tenía antes de que alguien empezara a buscarlo y que usaba ese tiempo con una economía que sugería práctica.

La práctica era quizás el dato más perturbador de todos.

Nadie hace algo así por primera vez con esa precisión.

Marta volvió al centro de Vielha por la calle Maior, que a esas horas tenía la quietud de los martes de temporada sin el ruido del fin de semana y sin la ausencia total de los lunes profundos. Pasó por delante de la pensión sin entrar y continuó hasta la redacción del Diari de la Vall, donde la luz del interior ya estaba encendida aunque eran las ocho y cuarenta y la cita era a las nueve.

Erik estaba en su mesa cuando ella entró. No tenía café. Tenía el cuaderno abierto y la expresión de alguien que ha pasado la noche haciendo el mismo ejercicio que ella, por su propio lado y con sus propias herramientas, y que ha llegado a algún lugar que necesita confirmar con otro.

—¿Durmió? —preguntó Erik.

—No —dijo Marta—. ¿Usted?

—Tampoco.

—Bien. Entonces los dos tenemos la misma cantidad de información.

Se sentó en la silla que había al lado de la mesa de Erik, la que usaban los colaboradores cuando venían a entregar sus piezas, y extendió el cuaderno sobre la mesa. Erik hizo lo mismo con el suyo.

Lo que siguió fue la primera conversación técnica real entre los dos, la que venía después de los acuerdos y los protocolos y los gestos de demarcación territorial y entraba directamente en el territorio compartido de lo que ambos habían encontrado. Era una conversación con la textura de las conversaciones entre personas que tienen distintas partes de un mapa y están tratando de ver qué forma tiene el territorio cuando se juntan.

—Las fuentes de la estación —dijo Erik, sin preámbulo—. Hablé ayer por la tarde con dos personas. Una trabaja en el área de alquiler de material. Lleva seis temporadas. La otra es guía de pistas en el sector de Baqueira, encargada de los grupos de esquiadores con licencia junior.

—¿Conocían los casos?

—El del menor de Burgos, de oídas. El de Paula Giró, más directamente porque Arties es pequeño y se habla. El de Laura Valls, lo supieron el lunes por la noche cuando el parte del pistero circuló entre el personal.

—¿Y?

Erik pasó una página del cuaderno.

—Los dos, de forma independiente, me dijeron lo mismo. No sobre los casos en sí, sino sobre algo anterior a los casos. Me dijeron que en los días previos a cada una de las desapariciones, alguien

había preguntado por las víctimas en distintos puntos del entorno de la estación.

Marta no reaccionó externamente. Esperó.

—No de forma que resultara alarmante. Preguntas que podrían ser de cualquiera. ¿Habéis visto a esta chica? ¿Saben si sigue en las pistas? ¿A qué hora cierra este sector? El tipo de preguntas que cualquier conocido, cualquier familiar, cualquier amigo haría. Pero las preguntas existían. Y las existía en los tres casos.

—¿El mismo perfil de quien preguntaba?

—Nadie supo describirlo de forma precisa. —Erik dudó un momento—. Eso es lo curioso, en realidad. Cuando les pedí que describieran a la persona, los dos se bloquearon. No porque no la hubieran visto. Sino porque la descripción que intentaban hacer era la descripción de alguien completamente normal en ese entorno. Equipo de esquí. Edad indeterminada, entre treinta y cincuenta. Sin rasgos marcados. Sin nada que se quedara grabado.

—Alguien que se confundía con el paisaje.

—Exactamente. —Erik cerró el cuaderno un momento—. Hay un concepto que usamos en periodismo para las fuentes que no quieren ser vistas: la invisibilidad de lo habitual. Nadie memoriza a la persona que siempre está ahí porque estar siempre ahí es la razón por la que no la ves. Este hombre, si era siempre el mismo hombre, sabía eso.

Marta anotó eso en su cuaderno. No el hecho concreto, que ya lo tenía, sino la formulación. La invisibilidad de lo habitual. Era una forma de decir lo mismo que ella estaba pensando desde las tres de la mañana, pero con una precisión que el lenguaje policial no tenía y que el lenguaje periodístico, en sus mejores momentos, sí.

—¿Sus fuentes estaban en la estación en los tres períodos?

—La del alquiler de material, sí. La guía, en dos de los tres.

—¿Compararon sus recuerdos entre ellas?

—No se conocen entre sí lo suficiente como para haberlo hecho por su cuenta. Lo hice yo, con los dos testimonios por separado.

—¿Estarían dispuestas a ampliar el testimonio de forma oficial?

Erik hizo una pausa que Marta ya sabía leer.

—Con garantías de que sus nombres no aparecerán en ningún documento público en esta fase.

—Puedo garantizar discreción, no invisibilidad indefinida. Si el caso va a juicio, lo que me digan puede ser relevante como material de contexto.

—Se lo diré así.

—¿Cuándo puede hablar con ellas?

—Hoy por la tarde si quiere. Las dos tienen turno de mañana en la estación.

Marta cerró el cuaderno.

—Una cosa que no está en los expedientes y que necesito entender. —Hizo una pausa que era menos de cálculo que de búsqueda de la formulación exacta—. ¿Hay algo en los tres casos que conecte a las víctimas entre sí? ¿Algún punto de contacto previo, algún lugar donde coincidieran, alguna actividad común?

Erik la miró con una expresión que era de reconocimiento, como si esa fuera exactamente la pregunta que él había estado intentando formular la noche anterior sin conseguir articularla del todo.

—Es lo que no encuentro —dijo—. No hay nada obvio. Álvaro era de Burgos, Paula de Tarragona, Laura de Barcelona. Distintas edades, distintos colegios, distintos círculos sociales. Si alguna vez coincidieron en la estación antes de desaparecer, no hay registro de ello.

—¿Redes sociales?

—Las revisé todas. Sin conexión entre los tres perfiles. Sin seguidores comunes fuera del ruido estadístico normal. Sin menciones de los mismos lugares en el mismo momento.

—¿La aplicación de la estación?

Erik levantó la vista.

—¿Qué aplicación?

—Baqueira tiene una aplicación propia para esquiadores. Estado de las pistas, parte de nieve, información de los sectores, sistema de valoración de rutas. Con registro de usuario opcional. —Marta lo dijo sin dar a entender que fuera una revelación importante, porque técnicamente todavía no lo era, aunque algo en la combinación de los hechos que estaba construyendo la empujaba hacia esa dirección con una insistencia que no podía ignorar—. ¿Sabe si alguna de las víctimas la usaba?

Erik cogió el teléfono.

—Puedo comprobarlo ahora mismo. Las cuentas públicas son visibles sin registro.

Buscó el nombre de Álvaro Mendoza en la aplicación. No apareció nada. Buscó el nombre de Paula Giró. Tampoco. Buscó Laura Valls.

Hubo un momento de silencio.

—Laura Valls tiene perfil activo —dijo Erik—. Publicó dos valoraciones de pistas este mismo fin de semana.

—¿Tiene mensajes privados visibles?

—No. La bandeja de entrada es privada.

Marta asintió. Era una pista, no una certeza. Y las pistas a las ocho y media de la mañana del jueves de una semana que ya llevaba demasiadas cosas sin resolver tenían el peso exacto que le

correspondía: suficiente para seguirlas, insuficiente para cargarlas con más de lo que podían soportar.

—Necesito acceso a las bandejas privadas de las cuentas de las tres víctimas —dijo—. Para eso necesito una orden. Lo gestionaré con Puig.

—¿Cuánto tarda?

—Depende de si el juez de guardia de Lleida tiene prisa o no. —Hizo una pausa—. Dos o tres días si tengo suerte.

—¿Y si no tiene suerte?

—Una semana.

Erik asintió con la resignación de quien conoce los tiempos de la burocracia judicial y ha aprendido que combatirlos consume más energía de la que merece.

La mañana avanzó con la lentitud específica de los procesos de investigación en su fase de construcción, que son siempre más lentos de lo que la urgencia del caso requeriría y más rápidos de lo que la cautela aconsejaría. Marta pasó las dos horas siguientes en la comisaría con Puig, repasando los expedientes originales con un detalle que el sergent agradeció en el sentido de que valoró la minuciosidad, aunque su expresión durante el proceso era la de alguien que preferiría no estar viendo lo que estaba viendo. Puig era un profesional que había construido su carrera sobre la capacidad de distinguir entre los casos que podía resolver y los que no, y este, lo sabía, era del segundo tipo, y era también el tipo que te encontraba sin que lo buscaras y que, una vez encontrado, no te dejaba volver al estado anterior con ninguna honestidad intacta.

—¿Necesita recursos adicionales de la coordinación de Lleida? —preguntó Puig, en un momento de la revisión.

—Todavía no. Cuando los necesite, le aviso.

—El sergent mayor de la demarcación querrá un informe de situación.

—Lo tendrá al final de la semana.

—¿Qué le digo mientras tanto?

—Que el caso está en fase de construcción y que la prioridad es no contaminar las fuentes con movimientos institucionales prematuros.

Era una formulación que Puig podía trasladar hacia arriba sin comprometerse demasiado y sin mentir, que era exactamente lo que ella le estaba ofreciendo, y los dos lo sabían.

Salió de la comisaría a las doce menos cuarto y fue al bar de la calle del Forn, donde la dueña le sirvió el café solo antes de que lo pidiera, como si en dos días ya hubiera aprendido cuáles eran sus hábitos, lo cual era un recordatorio de lo pequeño que era el territorio en el que estaba operando y de lo difícil que sería en ese territorio mantener cualquier cosa en los márgenes de la discreción.

Revisó el cuaderno mientras esperaba.

Cinco variables compartidas en tres casos. Preguntas sobre las víctimas en el entorno de la estación, hechas por alguien cuya descripción era la descripción de lo invisible por habitual. Material de esquí abandonado con composición deliberada. Teléfonos muertos o sin señal después del punto de desaparición. Y ahora la posibilidad de un vector de contacto previo que todavía no podía verificar pero que existía como hipótesis con suficiente solidez para trabajar sobre ella.

Abrió una página nueva en el cuaderno y escribió dos preguntas.

La primera: ¿cómo se elige a las víctimas? La segunda: ¿cuánto tiempo lleva este patrón antes de estos tres casos?

La primera pregunta tenía respuestas parciales que podía construir. La segunda era la que le producía el tipo de inquietud que no se disuelve con más información sino que crece a medida que la información se acumula, porque cada nuevo dato que encontraba era un dato que podría haber existido antes y no había sido visto, y ese podría haberlo que no fue visto tenía una extensión temporal que todavía no conocía pero que sospechaba era mayor de lo que nadie en el valle había querido calcular.

Por la tarde, Erik la llevó en coche hasta Baqueira.

No en el coche oficial, que Marta tenía aparcado en un garaje privado dos calles detrás de la pensión porque conducirlo hasta la estación era hacer demasiado visible una presencia que todavía necesitaba operar sin el peso del uniforme institucional. En el coche de Erik, un Volkswagen de diez años con las cadenas puestas que crujían sobre el hielo de la carretera de acceso con esa regularidad metálica del equipo de invierno que trabaja bien.

La carretera hacia Baqueira subía desde Vielha siguiendo el Nere, el río pequeño que bajaba del puerto con una velocidad que en enero estaba parcialmente frenada por el hielo de los bordes, y que tenía en sus orillas los últimos bosques de hayas antes de que el territorio se abriera a la alta montaña con la desnudez específica de las zonas por encima del límite arbóreo. Marta miraba el paisaje por la ventanilla del coche con esa atención que le prestaba a los entornos nuevos en los primeros días, cuando todavía estaban cargados de potencial informativo antes de volverse familiares y por tanto invisibles.

Cuatro kilómetros de carretera entre Vielha y la base de Baqueira. Cuatro kilómetros de curvas y rectas cortas con el río a la derecha y la pared del monte a la izquierda y muy pocos accesos laterales visibles desde la calzada, aunque los había, senderos forestales que llevaban a los pastos de altura y a los refugios de montaña que en invierno permanecían cerrados. Marta los fue contando mentalmente.

—¿Hay cámaras en este tramo? —preguntó.

—En la carretera, no que yo sepa —dijo Erik—. En la zona de aparcamiento de la base, sí. Las puso la estación hace tres temporadas después de un incidente de vandalismo en los vehículos.

—¿Y en el pueblo de Arties?

—Una cámara del Ajuntament en la plaza principal. Eso es todo.

—¿Cobertura de móvil?

—Irregular. Hay zonas sin señal entre la curva del kilómetro dos y la recta del acceso al aparcamiento. Depende de la operadora y del tiempo.

Marta anotó eso. Cuatro kilómetros entre los dos puntos principales del caso, con cobertura irregular y accesos laterales no vigilados. Era exactamente la clase de corredor que alguien con conocimiento del territorio y voluntad de no ser visto podría usar sin que ningún sistema de registro lo detectara.

La base de Baqueira a media tarde de jueves tenía una actividad moderada. Los esquiadores del fin de semana todavía no habían llegado, de modo que el área de aparcamiento y la zona de servicios funcionaban con el ritmo más lento de los días de semana, con el personal visible y menos solapado bajo la masa de visitantes. La mujer de alquiler de material con la que Erik había hablado estaba en su turno en la ventanilla del módulo de alquiler, una instalación de madera y cristal con el logo de la estación en la parte superior y una fila de tres personas esperando que les ajustaran las botas.

Marta y Erik esperaron a que la fila se vaciara. La mujer, que se llamaba Neus y tenía esa cara de persona que lleva muchos inviernos en un mismo lugar y ha aprendido a mirar a la gente con una economía de atención que no es frialdad sino eficiencia, los vio acercarse con la expresión de quien ya esperaba que llegaran.

—Neus —dijo Erik—. Gracias por recibirnos.

—No hice ninguna promesa de que fuera a hablar —dijo Neus, sin que sonara hostil, sino simplemente preciso.

—No. Pero aquí estamos. —Erik le presentó a Marta sin especificar su cargo, solo con el nombre—. Marta lleva el tema de los chicos.

Neus miró a Marta durante un momento con la evaluación rápida de alguien que ha aprendido a leer personas en el tiempo que tarda un cliente en acercarse a su ventanilla.

—¿Es policía?

—Sí —dijo Marta.

—¿Me voy a meter en problemas?

—Si dice lo que sabe, no.

Neus se apoyó en el mostrador de la ventanilla con los brazos cruzados, postura que Marta reconoció como la de alguien que ha decidido hablar pero que necesita sentir que lo hace desde una posición de control.

—La chica de la semana pasada —empezó Neus—. La de Escornau. La vi el sábado cuando vino con sus padres a renovar el pase de temporada. Siempre lo hacían en nuestra ventanilla porque llevaban años viniendo y conocían a mi compañera de la temporada pasada.

—¿Y?

—El lunes, el día que desapareció, hubo alguien que preguntó por ella antes de que cerráramos. Sobre las cuatro y cuarto. Me preguntó si había venido a renovar algún equipo ese día, si había pasado por aquí.

—¿Cómo era esa persona?

Neus frunció los labios levemente.

—Eso es lo que no puedo explicarle bien. —Hizo una pausa—. Equipo de esquí completo. Gafas puestas todavía aunque ya estaba en la zona cubierta. Edad que podría ser la mía o diez años más o menos. No lo sé. Habló en castellano, sin acento marcado. Preguntó con naturalidad, como si fuera algo sin importancia, y cuando le dije que no había venido por aquí ese día, asintió y se fue. Así. Sin más.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre. Creo. Con el equipo puesto y las gafas no estoy segura, pero creo que sí.

—¿Alto, bajo, corpulento?

—Estatura normal. No gordo, no delgado. —Neus hizo un gesto de frustración consigo misma—. Sé que parece que no me fijé en nada. Pero es que parecía cualquiera. Literalmente cualquiera de los que pasan por aquí cada día.

—¿Lo habría reconocido si lo hubiera visto antes o después?

Neus tardó en responder.

—En el momento, pensé que me resultaba familiar. Pero ahora no sé si es que realmente lo había visto antes o si es que era el tipo de persona que parece familiar aunque no la hayas visto nunca. Esos los hay, ¿no? Personas que tienen una cara que podría ser de cualquiera.

Marta anotó eso en el cuaderno con la letra apretada. Familiaridad sin contenido. Era una descripción que podría parecer inútil y que en realidad era extremadamente precisa: describía a alguien que había trabajado para producir esa impresión, que la cara de cualquiera no era un rasgo físico sino un logro deliberado.

Hablaron con Neus diez minutos más, recogiendo detalles que por sí solos no significaban nada y que en conjunto añadían textura a lo que ya tenían. Luego hablaron con la guía de pistas, Raquel, que los recibió en la sala de personal de la estación con una directness que contrastaba con la cautela de Neus pero que

conducía al mismo territorio. Raquel había visto al mismo tipo de persona, o al mismo tipo de situación, en dos de los tres casos anteriores: alguien haciendo preguntas sobre una de las víctimas en el entorno de la pista donde habían sido vistas por última vez. Alguien que no resultaba alarmante. Alguien que desaparecía del recuerdo con la misma facilidad con que había entrado en él.

De camino de regreso a Vielha, ya oscurecida la tarde, Erik condujo en silencio durante los primeros dos kilómetros. Marta tampoco habló. Los dos dejaban que lo que habían escuchado se sedimentara sin apresurarlo.

—Alguien que conoce bien el entorno —dijo Erik finalmente.

—Alguien que lleva tiempo en él —dijo Marta—. El tiempo suficiente para saber que la mejor forma de no ser visto en un lugar lleno de gente es ser exactamente lo que ese lugar espera ver.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé todavía.

—Pero más de esta temporada.

—Sí. Más de esta temporada.

Erik asintió sin apartar los ojos de la carretera nevada. El coche bajaba con las cadenas sonando sobre el hielo y los faros iluminando el tramo de asfalto que la oscuridad de las seis de la tarde había devuelto a la penumbra de la montaña.

—Hay una cosa que no le he dicho todavía —dijo Erik, después de otro silencio.

—Dígamela.

—El mensaje que me llegó por teléfono. Las cuatro palabras. Tengo otro del mismo número, de hace tres semanas, que no supe interpretar en su momento.

Marta giró la cabeza hacia él.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Porque en su momento me pareció irrelevante. Era un número de teléfono desconocido que me mandó un mensaje con una sola palabra. Pensé que era un error, un mensaje equivocado, y lo guardé sin borrar porque tengo el hábito de no borrar nada que no entienda.

—¿Qué decía?

Erik dudó un momento antes de responder, como si nombrarlo en voz alta le diera un peso que quería asegurarse de estar listo para cargar.

—Decía: *Busca antes de noviembre.*

Marta procesó eso durante el tiempo que tardaron en recorrer la última curva antes de que Vielha apareciera abajo, iluminada en la oscuridad del valle con sus luces de pensión y restaurante y hotel de cinco estrellas, todo funcionando con la precisión de un organismo que ha aprendido a sostener la ilusión de que nada debajo de su superficie merece ser mirado.

Busca antes de noviembre. Noviembre era cuando había desaparecido Álvaro Mendoza. Lo cual significaba que quien había enviado ese mensaje sabía lo de noviembre antes de que ocurriera noviembre. O lo sabía inmediatamente después, en un momento en que todavía no había ningún expediente abierto que conectara los casos.

Alguien en el valle había estado viendo el patrón antes de que el patrón tuviera nombre.

Marta abrió el cuaderno en la penumbra del coche, con la única luz del salpicadero, y añadió una tercera pregunta a las dos que había escrito esa mañana.

¿Quién sabía y cuándo lo sabía?

No la escribió con el signo de interrogación detrás. Lo dejó como afirmación, porque era ya suficientemente sólido como para no necesitar la protección provisional del interrogante.

Llegaron a Vielha. Erik aparcó en la calle sin decir nada más y Marta bajó del coche con el cuaderno bajo el brazo y el frío del valle recibiéndola con su indiferencia de alta montaña. Caminó hacia la pensión por la calle Mayor con el paso de quien lleva consigo algo más pesado que cuando salió, algo que no es exactamente conocimiento pero que se le parece, algo que tiene la forma de la certeza antes de que la certeza llegue pero que pesa igual.

En la habitación, con el calefactor encendido y todavía en el abrigo, abrió el cuaderno en la página donde había escrito la frase de las tres de la mañana.

Esto no es voluntario. Esto es caza.

La leyó. Luego escribió debajo, con la misma letra apretada y sin el signo de interrogación final:

Y lleva más tiempo del que nadie ha querido contar.

Cerró el cuaderno. El frío del exterior empujaba contra las ventanas con la paciencia de siempre, con la seguridad del frío que sabe que el tiempo juega a su favor y que lo que guarda bajo la nieve permanecerá guardado el tiempo que sea necesario. Pero el tiempo necesario tenía un límite, y ese límite era la voluntad de alguien de seguir mirando cuando todo lo que lo rodeaba le decía que apartar la vista era más fácil y más útil y más rentable.

Marta Bosch no era buena apartando la vista. Era, quizás, la única destreza que nunca había necesitado aprender.

Capítulo 4

Lo que el valle sabe y calla

La memoria de los que siempre han estado aquí

El viernes por la mañana, Erik Vidal se despertó con la sensación de que había dormido sobre algo duro y descubrió que era el cuaderno, que había dejado abierto sobre la almohada la noche anterior y que ahora tenía las páginas arrugadas en el centro, exactamente en la hoja donde había escrito la lista de nombres de personas con las que necesitaba hablar antes del fin de semana. La lista tenía ocho entradas. Tres estaban tachadas. Las cinco restantes eran conversaciones que requería tener en persona, no por teléfono, porque había cosas que la gente del valle solo decía cuando podía ver la cara del que preguntaba y calibrar en tiempo real hasta dónde era seguro llegar.

Se levantó, calentó agua en el cazo porque la cafetera había muerto en noviembre y no había encontrado el momento de reemplazarla, y bebió el café de sobre de pie junto a la ventana mirando la calle Sant Miquèu todavía a oscuras. En enero, la luz no llegaba al fondo del valle antes de las ocho y media. Hasta entonces, Vielha existía bajo esa penumbra azulada que hacía que los edificios parecieran más viejos y los sonidos, más cercanos. El camión de la basura pasó a las siete y veinte con su ruido específico de metal y motor diesel, y detrás de él, un rato después, los primeros coches con matrículas de fuera empezaron a bajar desde el túnel con esa anticipación del fin de semana que en temporada alta empezaba el viernes antes del amanecer.

Erik se duchó, se afeitó con más cuidado del habitual porque tenía una conversación importante a las nueve y la gente a la que iba a ver prestaba atención a esas cosas, y salió a la calle con el cuaderno en el bolsillo interior del abrigo y la lista de nombres en la cabeza ordenada según un criterio que no era geográfico ni jerárquico sino algo más intuitivo: el orden en que la información de uno podía preparar el terreno para la información del siguiente.

La primera conversación era con Montse Arán.

Montse tenía sesenta y tres años y llevaba quince trabajando en la recepción del Baqueira Palace, uno de los hoteles de cinco estrellas de la carretera de acceso a la estación, un edificio de piedra y madera con la arquitectura de los grandes hoteles alpinos que la dirección había construido en los años de expansión turística del valle con la convicción de que el lujo y la montaña eran una combinación que nunca pasaría de moda. Montse era aranesa de Bossòst, del pueblo más bajo del valle, el que ya tiene clima casi mediterráneo y vides en las laderas del sur. Había llegado a Baqueira siguiendo a un marido que se dedicaba al mantenimiento de remontes y que había muerto de un infarto en la temporada de 2018, y desde entonces había seguido en el hotel con esa persistencia de las personas que han decidido que un lugar es suyo independientemente de las circunstancias que las llevaron a él.

Erik la conocía desde hacía cuatro años. La había entrevistado para una pieza sobre el empleo estable en el sector turístico del valle, una de esas piezas que el Diari publicaba cada cierto tiempo para equilibrar las noticias sobre la precarización de los contratos de temporada con testimonios de personas que habían construido algo durable en ese entorno. Desde entonces habían mantenido el tipo de relación que en los pueblos pequeños existe entre el periodista local y las fuentes que han decidido que confiar en alguien de dentro es menos arriesgado que confiar en alguien de fuera: no amistad exactamente, pero sí algo que se le parecía en los aspectos que importaban.

Erik la encontró en la sala de desayunos del hotel, antes de que abriera al público, donde Montse supervisaba la colocación de los elementos del bufet con la autoridad silenciosa de alguien que ha hecho lo mismo suficientes veces como para saber exactamente qué está mal antes de que nadie se lo diga. Llevaba el uniforme del hotel, negro con detalles dorados, y el pelo recogido con la precisión de los que entienden que el aspecto en ese tipo de trabajo no es vanidad sino protocolo.

—Erik —dijo sin girarse, con esa capacidad de los que trabajan de cara al público de percibir la presencia de alguien sin necesidad de verlo.

—Montse. Gracias por el rato.

Ella terminó de corregir la posición de una bandeja de bollería y se giró hacia él con las manos apoyadas en las caderas.

—Tienes diez minutos antes de que lleguen los primeros huéspedes. —Señaló una mesa en la esquina, la más alejada de la puerta principal—. Ahí.

Se sentaron. Una camarera joven les dejó dos cafés sin que nadie los pidiera, con la eficiencia invisible de los que conocen los hábitos de su jefa. Montse cogió el suyo y lo sostuvo con las dos manos, en un gesto que no era de frío sino de concentración, de quien se prepara para decir algo que lleva tiempo guardando y que ha decidido que ya es suficiente tiempo.

—Sé para qué has venido —dijo.

—¿Sí?

—La chica de la semana pasada. Y las otras.

Erik esperó.

—Antes también desaparecían chicos —dijo Montse, con una calma que no era indiferencia sino la serenidad específica de quien ha dicho algo difícil tantas veces en su cabeza que cuando

finalmente lo dice en voz alta ya ha perdido la capacidad de sorprenderle a él mismo—. Pero nadie juntó los puntos porque cada vez era distinto el que preguntaba.

Erik sintió algo que en otro contexto habría llamado mareo, pero que en este era más preciso que eso: era la sensación física de cuando una hipótesis que has construido con cuidado durante días recibe la confirmación que la convierte en otra cosa, en algo que ya no es hipótesis sino territorio sobre el que pisar.

—¿Cuándo dices antes?

—Hace cuatro años, un chico. Antes, hace seis, una chica. No los conozco bien porque ninguno de los dos era cliente del hotel. Me enteré después, por la gente del pueblo. —Montse dejó el café sobre la mesa—. En los dos casos fue lo mismo: temporada alta, final de tarde, y luego nada. Y en los dos casos la policía lo dejó como voluntario y nadie volvió a hablar de ello.

—¿Nadie conectó los casos?

Montse le dirigió una mirada que no era de reproche pero que contenía algo de la fatiga de quien ha visto muchas veces cómo las preguntas obvias no se hacen y ha dejado de asombrarse.

—¿Quién iba a conectarlos? ¿La Guardia Civil, que tiene un expediente en un archivo y otro en otro? ¿Los Mossos, que llegaron al valle hace quince años y siguen siendo forasteros para la mitad del pueblo? ¿El Ajuntament, que cada vez que hay una desaparición llama primero a la empresa de comunicación de la estación antes de llamar a los padres?

La última frase la dijo con una precisión que Erik reconoció como la precisión de quien ha guardado una opinión mucho tiempo y cuando finalmente la suelta ha elegido cuidadosamente cada palabra.

—¿Cómo sabes lo de la empresa de comunicación?

—Porque trabajo aquí desde hace quince años y he visto cómo funcionan las cosas. Cuando hay algo que puede dañar la imagen de la estación, la primera llamada no es a quien debería ser. —Montse cogió el café de nuevo—. No te digo que sea ilegal. Te digo que es lo que hay.

Erik anotó en el cuaderno con la letra pequeña que usaba cuando tomaba notas que necesitaba que parecieran otra cosa.

—¿Recuerdas algún nombre de los casos anteriores?

—De la chica de hace seis años, no. Sé que era del País Vasco porque alguien lo dijo, pero no sé el nombre. Del chico de hace cuatro, creo que era de Zaragoza. Me parece que se llamaba Iván o Iker, algo así. Pero no estoy segura.

—¿Sigue habiendo expediente?

—Si lo hay, no está en ningún sitio donde alguien lo esté buscando.

Fue la última cosa que Montse dijo antes de levantarse porque los primeros huéspedes habían empezado a bajar al desayuno y el hotel volvía a ser un hotel. Erik se quedó un momento en la mesa de la esquina con el café a medias y la sensación de que la lista de ocho nombres en su cuaderno era, en realidad, la versión visible de una lista mucho más larga que existía en algún lugar del valle con una precisión que nadie había querido todavía transcribir.

La segunda conversación de esa mañana fue más corta y más difícil.

El bar Còr d'Aran abría a las ocho y media en invierno porque tenía el contrato de suministro de desayunos para los trabajadores del turno de mañana de dos de los hoteles más pequeños del centro, y su dueño, Bernat Escudé, había convertido esa circunstancia en una especialización: la mitad de su clientela habitual eran personas que llegaban en ropa de trabajo, pedían el mismo café y la misma tostada de cada día, decían cuatro palabras a los

que conocían y se iban al turno con la eficiencia de quien tiene el tiempo medido. El bar olía a café y a madera húmeda y a ese calor específico de los lugares que han estado llenos de gente y todavía guardan el rastro térmico.

Bernat tenía cuarenta y ocho años y era uno de esos hombres del valle que llevan su aranesidad como una segunda piel, algo que no necesitan proclamar porque es demasiado evidente para requerir proclamación. Hablaba aranés en el bar con la misma naturalidad con que respiraba, pasaba al catalán cuando el cliente lo requería y al castellano con la leve resistencia de quien lo hace por cortesía y no por comodidad. Conocía a Erik desde siempre, con esa clase de conocimiento que en los pueblos pequeños precede a la amistad porque viene de antes de que ninguno de los dos tuviera edad para elegir a quién conocer.

—Bernat —dijo Erik, sentándose en la barra cuando el último grupo de trabajadores salió hacia sus turnos—. Necesito preguntarte algo.

Bernat lo miró desde detrás de la barra con los brazos cruzados sobre el pecho, en esa postura que en él no era defensiva sino simplemente la posición natural de su cuerpo cuando estaba quieto.

—Ya sé qué vas a preguntar.

—¿Sí?

—Llevas tres días haciendo la misma pregunta por el valle. La gente habla.

Erik no respondió a eso. Esperó.

—¿Qué quieres saber exactamente? —dijo Bernat.

—Lo que sepas.

Bernat descolgó los brazos y apoyó las manos planas sobre la barra, en un gesto que era de decisión más que de comodidad.

—Mi prima trabaja en el Consell Generau —dijo—. En el área de turismo. Lleva cinco años llevando los datos de afluencia, los informes de temporada, toda esa información que el Consell usa para justificar las subvenciones de infraestructuras y para negociar con la estación. —Hizo una pausa—. Hace dos años, en los informes internos, empezó a aparecer un apartado nuevo. Incidencias de seguridad en entorno turístico. No en el informe público, solo en el interno. En ese apartado había tres entradas para la temporada anterior. Las tres eran desapariciones de visitantes.

—¿Qué tipo de seguimiento?

—Ninguno visible. El apartado existe para que nadie pueda decir que no se sabía. Pero no hay ninguna acción derivada de él. Es un registro, no una respuesta.

Erik lo anotó con cuidado.

—¿Tu prima te dijo algo más?

Bernat vaciló durante un momento que Erik reconoció como el momento en que una persona decide cuánto del círculo de lo que sabe quiere incluir en la conversación.

—Me dijo que hay un protocolo informal. Que cuando hay una desaparición de visitante en temporada alta, la primera notificación no va a la policía. Va al responsable de comunicación de la estación. Para que tenga tiempo de preparar la respuesta mediática antes de que circule la noticia.

—¿Cuánto tiempo?

—Unas horas. No mucho. Pero suficiente para que el comunicado llegue antes que la noticia, si es que la noticia llega.

Erik dejó el bolígrafo sobre la barra. Lo miró durante un segundo sin tocarlo.

—Eso es obstaculización de una investigación.

—Eso es gestión de crisis —dijo Bernat, con una amargura que no era solo de ese momento sino de algo más largo—. Que son la misma cosa dicha de formas distintas dependiendo de quién pague tu sueldo.

Salió del bar Còr d'Aran a las diez menos cuarto con el frío golpeándole en la cara como una superficie plana y la sensación de que lo que estaba construyendo ya no era un mapa de casos sino la arquitectura de algo más antiguo y más sólido que los casos: la arquitectura de un sistema que había aprendido, con la eficiencia silenciosa de los organismos que sobreviven adaptándose, a procesar las anomalías convirtiéndolas en ruido de fondo antes de que alguien tuviera tiempo de escucharlas con la atención suficiente.

Necesitaba hablar con Marta.

La llamó caminando hacia la redacción, con el teléfono contra la oreja y el vaho de la respiración formando nubes breves en el aire de diez grados bajo cero.

—Tengo dos conversaciones esta mañana que necesita escuchar —dijo cuando ella respondió.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—Bien. Y yo tengo algo de esta mañana que usted necesita escuchar.

La voz de Marta sonaba de la misma forma que siempre: seca, sin temperatura aparente, con esa cualidad de las personas que han aprendido a eliminar de su tono todo lo que no es información porque la información es suficientemente densa por sí misma como para no requerir decoración. Pero había algo debajo de esa sequedad que Erik llevaba días aprendiendo a leer, algo que era la diferencia entre la calma técnica de quien trabaja sobre un caso y la calma tensa de quien trabaja sobre un caso que está creciendo más deprisa de lo que puede contenerlo.

—¿Puedo preguntar qué?

—Esta mañana he estado con Puig revisando el sistema de registro de incidencias de los últimos ocho años en el área de influencia del valle —dijo Marta—. No solo los expedientes activos. También los archivados, los cerrados sin resolución, los que están en el sistema como incidencias menores sin categoría específica.

—¿Y?

Una pausa.

—Hay catorce entradas en ocho años que corresponden a personas que desaparecieron en el área durante la temporada de esquí y cuyos casos fueron cerrados sin resolución satisfactoria. No todos son menores. No todos tienen el perfil exacto de los casos recientes. Pero catorce en ocho años, en un área geográfica de este tamaño, con este nivel de control institucional del que se supone que dispone una estación de esquí de esta categoría, es un número que no cuadra con ninguna estadística normal.

Erik se detuvo en mitad de la acera. Un grupo de turistas con esquís al hombro pasó por su lado en la dirección contraria sin mirarlo, con la concentración hacia adelante de los que van a algún lugar al que tienen ganas de llegar.

—Catorce —repitió.

—Catorce en ocho años. Con los cuatro recientes, dieciocho. Y si el patrón del contacto previo que construimos ayer se aplica a los casos más antiguos, lo cual no puedo verificar todavía porque la documentación es insuficiente, estamos hablando de algo que no tiene cuarenta días. Tiene años.

La frase llegó con el peso de las cosas que, una vez dichas, no pueden volver a no haber sido dichas.

Erik miró la calle Mayor de Vielha con sus fachadas de piedra y sus hoteles y sus restaurantes con los menús del almuerzo en las pizarras de la puerta, con los turistas que compraban en las tiendas

de souvenirs y los niños con los petos de esquí de colores que salían de una escuela de esquí camino a las pistas, con toda la maquinaria perfectamente engrasada de un lugar que había aprendido a funcionar con precisión de reloj suizo, y pensó que hay cosas que se ven siempre y no se miran nunca, que la diferencia entre ver y mirar es precisamente la voluntad de sostener la mirada cuando lo que encuentras al otro lado resulta más complicado de lo que esperabas.

—Esta tarde —dijo—. Hay un sitio donde podemos hablar sin que nadie nos esté mirando.

—Dígame dónde.

Les das el lugar. Colgó. Y siguió caminando hacia la redacción con el cuaderno en el bolsillo y las conversaciones de la mañana asentándose en el orden que les correspondía dentro de una historia que cada hora parecía más larga hacia atrás y más urgente hacia adelante.

En la redacción, Marc Torrent estaba en su despacho de cristal con el teléfono en la mano y una expresión que Erik reconoció como la de alguien que acaba de tener una conversación incómoda y todavía está procesando los términos de la incomodidad. Cuando Erik entró, Marc dejó el teléfono sobre la mesa con una deliberación que era en sí misma un gesto comunicativo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Marc.

—Tengo fuentes.

Marc se recostó en la silla con los brazos cruzados, en un gesto que era idéntico al de Bernat en el bar pero que en este contexto tenía una temperatura diferente.

—Esta mañana me ha llamado Ferran Castells.

Ferran Castells era el director de comunicación de Baqueira Beret. Erik lo sabía porque lo había tratado en dos o tres ocasiones en contextos profesionales y porque su nombre aparecía regularmente en los comunicados de prensa que llegaban a la

redacción del Diari con una frecuencia que aumentaba en proporción directa a la urgencia de lo que la estación necesitaba que el periódico no publicara.

—¿Y?

—Dice que tiene información de que estás haciendo preguntas sobre los casos de desapariciones a empleados de la estación. —Marc midió las palabras con la cuidado de quien entiende que cada una de ellas importa—. Me pide que te recuerde que el Diari tiene una relación institucional con la estación que incluye acuerdos de colaboración en publicidad y en la cobertura de los comunicados oficiales.

—Me está recordando quién paga los anuncios.

—Te está recordando que hay formas de hacer periodismo que son más o menos compatibles con el contexto en que este periódico opera.

Erik miró a Marc durante un momento largo. No con hostilidad, porque Marc no era el enemigo en este escenario y los dos lo sabían, sino con esa mirada que usaba cuando necesitaba entender exactamente dónde estaba la frontera de lo que el otro podía hacer.

—Marc —dijo finalmente—, hay catorce casos en ocho años.

Marc no respondió de inmediato.

—¿De dónde viene ese número?

—De los registros de los Mossos. Es un número verificable.

Silencio.

—¿Cuándo lo tienes documentado?

—Estoy en ello.

—No publiques nada hasta que lo tengas completo y contrastado con más de una fuente institucional. —Marc lo dijo con una firmeza que no era de censor sino de editor, la diferencia entre

los dos siendo que el censor quiere que la historia no exista y el editor quiere que la historia, cuando exista, sea indestructible—. Si vas a publicar algo de este tamaño, tiene que aguantar todo lo que van a tirarle encima. Y te van a tirar mucho.

—Lo sé.

—Entonces trabájalo bien.

Erik asintió. Era el acuerdo más honesto que habían tenido en cinco años trabajando juntos, y lo era precisamente porque los dos estaban diciendo lo mismo desde lados distintos de la misma línea.

La tarde empezó con nubes bajas que venían del Port de la Bonaigua, esa niebla particular del Pirineo que no es niebla de humedad sino niebla de temperatura, aire frío sobre nieve reciente que produce una visibilidad de doscientos metros y convierte los bordes de todo en algo impreciso. Erik y Marta se encontraron en la puerta de la iglesia de Sant Miquèu, a las cuatro de la tarde, en el punto donde el casco histórico de Vielha empezaba a vaciarse del tráfico turístico y donde las calles recuperaban algo de la textura de los martes, menos bulliciosas y más propias.

Caminaron hacia el norte del pueblo, hacia la zona residencial donde los bloques de apartamentos de los residentes permanentes coexistían con los edificios de apartamentos turísticos con esa mezcla arquitectónica que era el mapa social del valle en formato de fachada. Era un barrio donde la gente caminaba con otro ritmo, menos orientado al consumo, más funcional, y donde dos personas andando y hablando en voz baja no generaban el tipo de atención que habrían generado en el centro.

Erik le contó lo de Montse primero. Lo del registro informal de incidencias del Consell. Lo del protocolo de notificación previo que daba a la estación las horas de adelanto necesarias para gestionar la respuesta antes de que la noticia existiera.

Marta escuchó sin interrumpir, con el cuaderno cerrado porque era una conversación que necesitaba que los dos tuvieran las manos

libres para pensar con todo el cuerpo.

—El protocolo es ilegal si interfiere con la obligación de denuncia —dijo cuando Erik terminó.

—¿Puede probarlo?

—Depende de qué quede por escrito y de si alguien está dispuesto a testificar. —Una pausa—. ¿La prima de Bernat hablaría?

—No lo sé. Tendrías que preguntárselo tú.

—Lo haré. —Marta se detuvo un momento frente a una fachada con una placa en aranés que anunciaba algo relacionado con la historia del edificio—. Lo que me cuenta encaja con lo que encontré esta mañana. Catorce casos en ocho años que existen en el sistema como incidencias sin categoría. No están conectados entre sí en ningún documento. No tienen seguimiento activo. Están archivados en tres sistemas distintos que no se comunican, que es exactamente lo que Puig me explicó el primer día sin que ninguno de los dos entendiéramos todavía lo que significaba.

—El sistema no los conecta porque nadie quería que se conectaran.

—El sistema no los conecta porque está diseñado para gestionar volumen, no para reconocer patrones. —Marta retomó el paso—. Pero la diferencia entre incapacidad técnica y elección deliberada es más pequeña de lo que parece cuando el resultado es el mismo en los dos casos.

Caminaron otro trecho en silencio. La niebla había bajado otro poco y los tejados de los bloques del barrio norte se difuminaban en la parte superior como si el mundo terminara ahí, como si por encima de esa línea gris no hubiera montaña sino simplemente ausencia.

—Hay algo que llevo toda la mañana pensando —dijo Erik—. Sobre cómo funciona el silencio aquí.

Marta esperó.

—El valle tiene una identidad muy específica. El aranés como lengua, la percepción de que las instituciones de fuera, tanto las catalanas como las españolas, manejan el territorio sin escucharlo de verdad. Esa sensación de ser una periferia administrada pero no entendida ha generado, durante décadas, un hábito de resolver las cosas internamente. De no llamar la atención hacia fuera porque llamar la atención hacia fuera significa ceder el control de la narrativa a alguien que no entiende el contexto.

—Una comunidad que ha aprendido a no hablar a los de fuera de sus problemas.

—Exactamente. Y eso, que en muchos contextos es una forma legítima de preservar la autonomía cultural, en este contexto ha funcionado como cobertura. No intencionada, probablemente. Pero funcional. —Erik se detuvo junto a un banco cubierto de nieve que nadie había despejado—. La gente del valle no habló de lo que no cuadraba porque hablar significaba traer gente de fuera, y traer gente de fuera significaba perder algo que ya era frágil. La economía, la imagen, el control de su propia historia.

—El silencio como mecanismo de preservación que se convierte en cómplice.

—Sí. Sin que nadie haya tomado la decisión de ser cómplice. Que es lo más complicado de todo.

Marta lo miró con una atención que Erik ya reconocía como diferente de la atención técnica con que procesaba los datos: era la atención de alguien que está escuchando algo que encaja con algo que ya sabía pero que no había sabido formular todavía.

—En Lleida, cuando preparo los informes sobre áreas de alta presión turística, siempre hay un apartado sobre la coordinación con las comunidades locales —dijo Marta—. Ese apartado siempre es el más corto. No porque no importe, sino porque es el más difícil de cuantificar. Lo que usted acaba de describir es exactamente por qué

ese apartado siempre falla: porque la comunidad y la institución tienen objetivos que en la superficie parecen compatibles y en la práctica son profundamente distintos.

Siguieron caminando. La tarde iba cerrándose con esa velocidad de los días de enero en el Pirineo, donde la luz no se despide gradualmente sino que simplemente deja de estar, como si alguien hubiera tomado la decisión de que era suficiente por hoy.

La tercera conversación importante de esa jornada no estaba en la lista del cuaderno de Erik. Ocurrió sin que ninguno de los dos la hubiera planeado, en el camino de regreso hacia el centro, cuando pasaron por delante de la tienda de material de montaña de la calle Artau y el hombre que salía en ese momento con una mochila técnica bajo el brazo y la cara medio cubierta por una capucha se detuvo al ver a Erik con una expresión que era de reconocimiento y de algo más difícil de identificar, algo que en otro contexto habría parecido incomodidad pero que en este parecía más cercano al alivio.

—Erik —dijo el hombre.

Erik tardó un segundo en ubicarlo. Se llamaba Toni Subias, cincuenta y un años, técnico de mantenimiento de pistas de Baqueira desde hacía dieciocho temporadas. Erik lo había entrevistado dos años antes para una pieza sobre el trabajo invisible en la estación, el trabajo de la gente que salía a las cuatro de la mañana en las motos de nieve para preparar las pistas antes de que abrieran, que hacía que el espacio funcionara con la perfección que los esquiadores daban por descontada sin pensar en quién la producía. Toni era un hombre de pocas palabras y gestos económicos que Erik recordaba como alguien que sabía exactamente lo que decía y lo que no decía, con una frontera muy clara entre los dos territorios.

—Toni —dijo Erik—. ¿Cómo estás?

—Bien. —Toni miró a Marta con la mirada rápida de los que procesan a las personas en términos de necesidad de saber—. ¿Esta es la inspectora de Lleida?

Marta no reaccionó a que supiera quién era.

—Sí —dijo Erik.

Toni asintió con la cabeza. Luego miró la calle en las dos direcciones, con un gesto que no era paranoico sino simplemente el de alguien que ha aprendido que las conversaciones que importan requieren privacidad antes de empezar.

—Tengo algo que deciros —dijo—. Llevo días pensando si decirlo. Esta mañana me he decidido.

Erik señaló el bar de la esquina, un establecimiento pequeño y sin nombre visible, de los que frecuentan los trabajadores de la estación y no los turistas, con una barra de formica y cuatro mesas con sillas metálicas.

Dentro, con los tres cafés sobre la mesa y la única otra persona en el local siendo un hombre mayor que dormitaba frente a un vermut, Toni habló durante doce minutos. Habló sin cuaderno, sin grabadora, con la voz baja de quien mide el volumen de sus palabras con la misma precisión con que mide todo lo demás.

Lo que contó era lo siguiente: en las últimas cuatro temporadas, había observado algo en los accesos forestales que conectaban la base de las pistas con la carretera del Puerto de la Bonaigua. Accesos que él conocía bien porque parte de su trabajo de mantenimiento los requería: senderos de servicio para las motos de nieve, caminos de acceso a los generadores de nieve artificial, rutas de emergencia para la evacuación de esquiadores en caso de accidente en zonas sin remonte. Rutas que en los mapas oficiales de la estación no aparecían o aparecían marcadas como uso exclusivo de personal técnico, y que en la práctica eran invisibles para los visitantes y para cualquier sistema de vigilancia porque nadie había

considerado necesario instalar cámaras en rutas que no usaba el público.

En las últimas cuatro temporadas, Toni había encontrado en esos accesos señales de uso regular que no correspondían a ningún movimiento de personal técnico que él pudiera identificar. Huellas en la nieve en momentos y con patrones que no coincidían con los turnos de mantenimiento. En dos ocasiones, objetos que no debían estar ahí: una vez, una mochila pequeña apoyada en el lado interior de una alambrada de delimitación, vacía; otra vez, marcas en el suelo congelado de un acceso específico, el que llevaba desde el lado norte de las pistas hacia la zona boscosa que bordeaba el río Nere, marcas que parecían corresponderse con el arrastre de algo pesado.

Toni lo había anotado en su cuaderno personal, que era el que usaba para documentar anomalías en las instalaciones que no llegaban al nivel de incidencia oficial pero que valía la pena registrar para el historial del sector. No lo había puesto en parte oficial porque las marcas podían tener explicaciones técnicas que él no había podido verificar, y en el entorno de la estación los partes de incidencia sin causa verificada generaban más papeleo que resolución.

—¿Lo has hablado con alguien? —preguntó Marta.

—Con el jefe de mantenimiento, el año pasado. Me dijo que si no había daño a las instalaciones no era incidencia. —Toni giró el vaso de café entre los dedos—. No lo puse por escrito porque él no lo pidió.

—¿Podrías mostrarme esos accesos?

—Sí. Pero no en horario de trabajo. Si mi jefe me ve llevando a la policía por las rutas de servicio, hay una conversación que no quiero tener.

—Mañana por la mañana, antes del turno —dijo Marta—. ¿A qué hora empieza?

—A las seis. Podríamos quedar a las cinco y media en el aparcamiento de la base.

Marta asintió sin consultar ninguna agenda porque la agenda que llevaba en la cabeza era perfectamente funcional para este tipo de planificación.

—Cinco y media. Estoy ahí.

Toni se levantó, cogió la mochila que había dejado en el suelo al lado de la silla, y antes de salir se giró una vez hacia ellos con una expresión que era de algo que no había terminado de decir.

—Sé que tendría que haberlo dicho antes —dijo—. Pero no sabía a quién decírselo. Y tampoco sabía si lo que veía era lo que parecía. —Hizo una pausa—. Ahora sé que sí.

Salió al frío de la calle sin esperar respuesta.

Erik y Marta se quedaron en el bar sin hablar durante un momento, con los cafés ya fríos y el hombre mayor de la barra durmiendo todavía su vermut con la indiferencia de quien ha vivido suficiente para que poco de lo que ocurre a su alrededor le resulte suficientemente nuevo como para interrumpir el sueño.

—Los accesos forestales —dijo Marta finalmente.

—La ruta invisible —dijo Erik.

—Alguien que conoce el territorio desde dentro. Que lleva años conociéndolo. Que sabe exactamente qué rutas existen que no existen en los mapas públicos. —Marta cerró el cuaderno con un gesto que era de conclusión, no de clausura—. Eso no es un forastero oportunista. Eso es alguien que forma parte de la infraestructura del lugar.

La idea se instaló entre los dos con el peso de las ideas que no puedes dejar donde las has encontrado y llevar contigo es incómodo, porque son demasiado sólidas para ignorarlas y

demasiado incompletas para actuar sobre ellas con la certeza que requerirían.

Salieron a la calle. La niebla había bajado más y la oscuridad de las cinco de la tarde en enero era total, una oscuridad que no era la oscuridad de la ciudad, que siempre tiene fugas de luz, sino la oscuridad de un fondo de valle rodeado de montañas que cuando quieren retener la noche lo hacen con la eficiencia de algo que tiene práctica en ello.

—Hay una persona más con la que quiero hablar hoy —dijo Erik, mirando la calle—. No estaba en mi lista esta mañana, pero después de lo de Toni me parece necesario.

—¿Quién?

—Hèctor Gessa. Setenta y dos años. Vive en Les, al fondo del valle. Ha sido guarda forestal del Parc Natural de l'Alt Pirineu durante veinte años, jubilado desde hace seis. Conoce cada sendero, cada acceso, cada ruta no oficial del territorio aranés con la precisión de alguien que ha pasado dos décadas caminándolo.

—¿Por qué no lo entrevistó antes?

—Porque es difícil. —Erik lo dijo con la honestidad de quien describe una dificultad técnica sin intentar suavizarla—. Hèctor no habla con periodistas por principio. Tiene una relación complicada con los medios desde una historia hace doce años sobre el acceso a zonas protegidas que él considera que se publicó mal. Pero si viene usted, puede ser distinto.

—¿Por qué sería distinto si viene la policía?

—Porque a usted no le va a hablar de lo que publicó el Diari hace doce años. Le va a hablar de lo que sabe. Y lo que sabe puede ser lo que necesitamos.

Marta lo evaluó durante un momento.

—¿Puedes concertar la cita?

—Lo intento ahora mismo.

Llegaron a Les, el pueblo más meridional del valle, a las seis y cuarto. La carretera que bajaba desde Vielha siguiendo el Garona tardaba veinte minutos en condiciones normales y esta noche era normal, con las cadenas sobre el asfalto mojado y la niebla que en la parte baja del valle era más densa porque el río la generaba con su diferencia térmica respecto del aire. Les era un pueblo de doscientas personas en invierno, sin hoteles de cinco estrellas ni tiendas de material de esquí, con la arquitectura de piedra oscura de los pueblos pirenaicos que no se habían renovado para el turismo porque el turismo no había llegado hasta ellos con la misma intensidad que al núcleo del valle. Esa diferencia era también la razón por la que la gente de Les miraba la estación de Baqueira con una ambivalencia que en Vielha habría resultado extraña: dependían de la economía que generaba pero no formaban parte de la imagen que proyectaba.

Hèctor Gessa vivía en el último tramo de la calle principal del pueblo, en una casa de dos plantas con jardín delantero y un cobertizo lateral donde guardaba la furgoneta vieja con la que había recorrido el territorio durante su carrera. Era un hombre alto y delgado, con el pelo completamente blanco y las manos de alguien que ha pasado décadas al aire libre, esas manos que tienen una textura específica de la exposición prolongada al frío y al trabajo manual. Los recibió en la puerta con la expresión de alguien que ha aceptado tener la conversación pero que no ha prometido nada sobre lo que va a decir en ella.

—El periodista lo conozco —dijo Hèctor, mirando a Marta—. Usted no.

—Marta Bosch. Mossos d'Esquadra, Unitat de Persones Desaparegudes, Lleida.

—¿Tiene placa?

Marta la sacó. Hèctor la miró durante el tiempo necesario para verificarla y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

Dentro, la casa olía a leña y a algo que podría haber sido estofado o podría haber sido simplemente el olor acumulado de una cocina que ha producido comida durante décadas. La sala principal tenía estanterías de libros en dos paredes, mapas topográficos enmarcados en la tercera, y en la cuarta una ventana que en verano daría al jardín y en enero daba a la oscuridad. Hèctor les ofreció agua y no preguntó si querían café, lo cual Erik interpretó como una señal de que la visita tenía un límite temporal implícito.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Hèctor, sentado en la silla frente a los dos sin haber quitado la chaqueta de forro polar, como si la posibilidad de levantarse y terminar la conversación requiriera seguir vestido para el frío.

Marta habló. No empezó por los casos recientes sino por los accesos forestales, por la descripción de Toni Subias, por la geografía específica del corredor entre Baqueira y el Puerto de la Bonaigua. Habló con precisión técnica, sin apelaciones emocionales, sin intentar construir una narrativa que condujera a ningún lugar predeterminado. Simplemente describió lo que sabía y lo que quería entender.

Hèctor la escuchó sin interrumpir. Su expresión, a lo largo de los tres minutos que habló Marta, fue cambiando con una lentitud que era la lentitud de alguien que reconoce lo que escucha pero necesita tiempo para decidir qué hacer con ese reconocimiento.

Cuando Marta terminó, Hèctor se levantó y fue a la pared de los mapas. Señaló uno de ellos, un topográfico de escala 1:25.000 que cubría el área entre Baqueira y el Port de la Bonaigua con el detalle de los senderos de mantenimiento incluidos.

—Este sendero —dijo, señalando una línea discontinua que bajaba desde el lateral norte de las pistas hacia el cauce del Nere—. Lo conozco desde hace veinte años. No aparece en los mapas de la

estación porque cruza por tierra de uso forestal que no es competencia de la estación. Lo usamos nosotros, los guardas, para los recuentos de fauna en la zona tampón del parque. Tiene tres accesos desde la carretera principal, ninguno de ellos señalizado.

—¿Hay cobertura de móvil en ese tramo? —preguntó Marta.

—Mínima. Hay un punto entre el segundo y el tercer acceso donde la señal desaparece completamente independientemente de la operadora. La topografía del valle en ese punto crea una sombra de radio que nadie ha resuelto porque nadie ha considerado que valiera la pena resolverla.

Marta miró el mapa. Luego miró a Erik. Luego volvió al mapa.

—¿Sabe si alguien usa ese sendero fuera de los trabajos forestales?

Hèctor tardó en responder. No con la vacilación de quien no sabe sino con la pausa de quien sabe y está decidiendo la forma exacta de decirlo.

—Hace cuatro años, en el control de primavera después de que se deshiciera la nieve, encontré marcas que no correspondían a ningún trabajo nuestro de esa temporada. Huellas de bota, no de esquí. En una zona del sendero que en invierno queda completamente enterrada bajo la nieve y que en primavera, cuando se deshiela, devuelve todo lo que guardó. —Una pausa—. También encontré ropa. Poca. Una chaqueta de esquí enrollada debajo de un abeto. No tenía documentación. La entregué a la Guardia Civil como objeto hallado en zona forestal.

—¿Qué hicieron con ella?

—La registraron. Nunca supe qué pasó después.

Marta abrió el cuaderno.

—¿Recuerda la descripción? Color, marca, talla.

—Roja. Marca de esquí, no recuerdo cuál. Talla pequeña, de mujer o de joven.

—¿Tiene registro del hallazgo?

—Sí. En el libro de incidencias del año de servicio. Lo tengo en algún sitio.

Hèctor se levantó, fue al cobertizo lateral, y regresó diez minutos después con un archivador de cartón verde lleno de folios ordenados cronológicamente. Buscó durante un tiempo que nadie interrumpió y encontró la hoja. Leyó la descripción en voz alta: fecha, ubicación precisa con referencia topográfica, descripción del objeto, procedimiento seguido. Era la prosa seca y exacta de los partes técnicos, la prosa de los que han aprendido que el adjetivo innecesario en un parte de trabajo crea ambigüedad donde no debe haberla.

Marta copió la referencia topográfica en el cuaderno. Luego miró a Hèctor con una pregunta que todavía no era una pregunta, solo la disposición a escuchar una cosa más si había una cosa más que decir.

—¿Cuántos inviernos lleva observando ese sendero? —preguntó.

—Veinte, más o menos.

—¿Ha encontrado anomalías similares en otros años?

Hèctor miró el mapa en la pared durante un momento largo.

—Sí —dijo—. Tres veces más. En distintos puntos del mismo corredor. En años distintos. —Hizo una pausa que tenía el peso de algo que había estado esperando este momento—. Nunca lo puse en relación con nada porque nunca tuve razón para ponerlo en relación con nada. Pero lo recordé siempre. Las cosas que no tienen explicación se recuerdan.

Erik escribió en el cuaderno sin levantar la vista. Marta no escribió. Se quedó mirando el mapa en la pared con esa mirada que

había aprendido a reconocer en los días que llevaba trabajando con ella, la mirada que usaba cuando algo había encajado en el lugar que le correspondía y el encaje era demasiado preciso para que el azar fuera una explicación suficiente.

Salieron de la casa de Hèctor a las ocho menos cuarto con el frío de Les, que en el fondo del valle era más denso que en Vielha, y con la referencia topográfica en el cuaderno de Marta y tres datos nuevos que antes de esa tarde no tenían: el corredor exacto, la prueba de uso anterior no documentado oficialmente, y el testimonio de alguien que llevaba dos décadas viendo los márgenes del territorio que la estación no miraba porque los márgenes, por definición, son lo que queda fuera de la imagen que quieres proyectar.

—El sendero forestal —dijo Erik en el coche, de camino de regreso a Vielha.

—El sendero forestal —confirmó Marta.

—Todo lo que Toni vio. Todo lo que Hèctor encontró. Todo lleva al mismo corredor.

—Un corredor que existe entre los mapas públicos y los mapas reales. Que requiere conocimiento técnico del territorio para saber que existe. Que tiene cobertura de móvil mínima en el tramo relevante. —Marta hablaba con la cadencia de quien ordena en voz alta lo que acaba de terminar de organizar en la cabeza—. Alguien que conoce ese corredor no lo conoce desde esta temporada. Lo conoce desde hace tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Si los hallazgos de Hèctor se distribuyen a lo largo de veinte años, el tiempo mínimo es el del primer hallazgo verificable. —Una pausa—. Pero el primer hallazgo verificable es solo el primero que alguien documentó. Lo que ocurrió antes de ese primer hallazgo es un territorio que todavía no tengo.

Erik condujo en silencio durante el tramo de curvas que seguía el Garona de regreso al centro del valle. La niebla había bajado hasta el nivel de la carretera en algunos puntos y los faros del coche iluminaban una visibilidad de cincuenta metros que hacía que conducir requiriera toda la atención disponible. Afuera, el río negro y el bosque blanco se alternaban a los lados de la calzada con la regularidad de algo que no tiene prisa, que sabe que el tiempo es una dimensión en la que lleva más ventaja que cualquiera de los que lo recorren.

Cuando llegaron a Vielha, Marta le dijo que mañana a las cinco y media estaría en el aparcamiento de Baqueira para ir con Toni a los accesos forestales. Le dijo que si Toni encontraba las marcas que había descrito, necesitaría un equipo forense en esa zona antes del fin de semana.

—¿Lo puede gestionar con Puig?

—Sí. Puig lo puede gestionar con los recursos disponibles. Si encuentro lo que creo que voy a encontrar, tendrá que gestionarlo con más gente de la que tiene ahora.

—¿Y si no encuentra nada?

Marta abrió la puerta del coche y salió al frío de la calle antes de responder.

—Entonces el corredor es solo un corredor y alguien usó ese sendero por razones que no tienen nada que ver con lo que estoy pensando. —Se giró hacia Erik desde la puerta—. Pero lo que Montse me dijo esta mañana, y lo que Bernat le contó a usted, y lo que Toni nos explicó en el bar, y lo que Hèctor encontró cuatro veces en veinte años en el mismo corredor, todo eso no es una coincidencia. La coincidencia tiene límites estadísticos, y este caso los ha cruzado.

Lo dijo sin énfasis, con la frialdad de quien trabaja con hechos y ha aprendido que la frialdad es la única temperatura a la que los

hechos mantienen su forma sin deformarse por el deseo de que sean distintos de lo que son.

Erik la vio alejarse por la calle Mayor hacia la pensión, con el abrigo cerrado hasta el cuello y el cuaderno bajo el brazo, en ese paso que no era de prisa sino de propósito, la diferencia siendo que la prisa es reacción y el propósito es dirección.

Se quedó en el coche un momento, con el motor apagado y el calor residual ya desapareciendo, mirando la calle iluminada de Vielha con sus hoteles y sus restaurantes y su economía perfectamente calibrada para sostener la ilusión de que este era un lugar donde las cosas funcionaban porque alguien se había ocupado de que funcionaran.

La memoria del valle era larga. Lo que Montse sabía. Lo que Bernat había oído de su prima. Lo que Toni había visto en los accesos. Lo que Hèctor había encontrado en cuatro inviernos distintos en el mismo corredor, lo había anotado en su libro de incidencias y lo había llevado consigo durante años sin tener a quién dárselo porque nadie le había preguntado hasta esta tarde.

El valle sabía. El valle callaba. Y el silencio que había construido, capa sobre capa, temporada sobre temporada, con la paciencia de las cosas que se construyen sin que nadie las diseñe deliberadamente pero que terminan siendo igual de sólidas que las que sí tienen arquitecto, ese silencio era ahora el obstáculo que separaba lo que había ocurrido de lo que necesitaba ocurrir a continuación.

Erik salió del coche, lo cerró, y empezó a caminar hacia su apartamento con la lista de cinco nombres pendientes en el cuaderno del bolsillo y la certeza de que mañana esa lista iba a ser más larga, porque en un lugar donde la gente lleva años guardando cosas, una vez que alguien empieza a preguntar de verdad, lo que aparece no se parece en nada a lo que calculabas encontrar al principio.

El frío era el mismo frío de siempre. El valle era el mismo valle de siempre. Pero el sonido que hacía ese frío sobre los tejados nevados, esa noche, era el sonido de algo que ya no podía seguir siendo lo que había sido, porque demasiadas personas habían decidido en el mismo día que el tiempo de guardarlo había terminado.

Capítulo 5

Pánico en temporada alta

Cuando la economía del miedo amenaza la economía del esquí

El sábado amaneció con una claridad brutal, de esas que el Pirineo produce cuando el frío ha barrido toda la humedad del aire y la nieve reciente devuelve la luz del sol con una intensidad que obliga a entornar los ojos desde el primer momento en que abres las persianas. Erik lo notó antes de levantarse: la habitación tenía una luminosidad diferente a la de los días con nubes, más fría y más definida, como si alguien hubiera aumentado la resolución del mundo mientras dormía. A las siete de la mañana, el aparcamiento de la calle que veía desde su ventana ya tenía tres coches con matrículas de Madrid aparcados en doble fila con la convicción del que ha llegado antes de que nadie y considera que eso le da derechos.

Sería un día de máxima afluencia en la estación. El parte de nieve había anunciado condiciones excepcionales en todos los sectores, nieve polvo en las cotas altas y pistas perfectamente preparadas en las medias y bajas. Ese tipo de anuncio, en enero, tenía el efecto de un imán sobre la población esquiadora del noreste peninsular: vaciaba los garajes de Madrid y Barcelona y los devolvía cargados de material técnico y expectativas hacia la A-2 y la N-230 con una regularidad que los gestores de la estación sabían cuantificar hasta en sus decimales.

Erik se hizo el café en silencio. No había dormido bien, pero no por el insomnio de los días anteriores, denso de información y de hipótesis que se reorganizaban solas, sino por algo más sencillo y

más difícil al mismo tiempo: la anticipación de lo que iba a ocurrir cuando publicara el artículo. Lo tenía escrito desde las dos de la madrugada. Tres mil ochocientas palabras que había revisado cuatro veces, que tenía contrastadas con dos fuentes institucionales y cuatro fuentes locales, que no especulaba más de lo que los hechos verificados permitían especular y que, aun así, tenía el peso de algo que iba a cambiar irreversiblemente el estado de las cosas en cuanto existiera en el mundo.

El artículo vinculaba las cuatro desapariciones.

No lo hacía por primera vez en términos del trabajo de investigación que él y Marta llevaban días construyendo, sino en términos de lo que el público sabía. Hasta ese momento, cada caso había circulado de forma aislada: el chico de Burgos como nota breve de noviembre, Paula Giró como mención de diciembre, Laura Valls como la pieza que Marc le había impedido escribir la semana anterior. El chico de San Sebastián era el más reciente, y la más reciente también era la más visible, porque había ocurrido en la zona de après-ski del viernes por la noche y había tenido más testigos que ninguno de los anteriores.

Iñigo Larrea. Dieciocho años. San Sebastián. Había llegado al valle el jueves con tres amigos, todos ellos mayores de edad, en lo que habían descrito a sus familias como un fin de semana de esquí sin más programa que el que dictaran las pistas y el buen tiempo. El viernes por la noche, sobre las diez y media, Iñigo se había separado del grupo en la zona de bares del centro de Vielha con la explicación de que volvía al apartamento porque le dolía la cabeza. Sus amigos se quedaron. A la mañana siguiente, el sábado, cuando llamaron al teléfono de Iñigo para coordinarse para el desayuno, el teléfono no respondía. Cuando fueron al apartamento, la cama de Iñigo estaba sin deshacer.

La diferencia con los casos anteriores era que esta vez había dos testigos que habían visto a Iñigo en la calle después de que se separara de sus amigos, caminando solo en dirección contraria a la

del apartamento. Ambos testigos eran turistas que habían presentado declaración voluntariamente cuando los Mossos publicaron la solicitud de información. Ninguno de los dos había visto nada que resultara alarmante. Habían visto a un chico de dieciocho años caminando solo por una calle concurrida a última hora del viernes por la noche en una zona turística, que es exactamente el tipo de imagen que en cualquier otra circunstancia pasaría desapercibida porque es exactamente lo que se espera ver.

Pero ahora había cuatro. Y cuatro tenían un patrón que uno, dos y tres podían no tener.

Erik abrió el ordenador y leyó el artículo una vez más desde el principio, con esa distancia que da el haber dormido, aunque poco, entre la escritura y la revisión. Era un buen artículo. No en el sentido de que fuera a gustar, sino en el sentido de que era honesto y estaba bien hecho, que no siempre son la misma cosa pero en este caso coincidían. Presentaba los cuatro casos con los datos verificados. Señalaba las coincidencias de forma explícita sin afirmar más de lo que podía sostener. Incluía las respuestas oficiales que había solicitado: la Policia Local había respondido con un comunicado estándar sobre investigaciones en curso, los Mossos habían declinado comentar casos abiertos, la estación de Baqueira Beret no había respondido en el plazo de doce horas que él había concedido.

El silencio de Baqueira en el artículo era, en sí mismo, un dato.

Llamó a Marc a las ocho y cuarto. Marc respondió al segundo tono, lo cual significaba que ya estaba despierto y probablemente ya sabía lo que Erik iba a decirle.

—Tengo el artículo —dijo Erik.

Un silencio breve.

—¿Está contrastado?

—Cuatro fuentes para los datos de los casos. Dos institucionales para el número de expedientes. Todo lo que afirmo tiene respaldo documental o testimonial verificable con más de una fuente.

—¿Has dado derecho a réplica?

—Anoche a las ocho. Baqueira no respondió. La Policia Local respondió con comunicado estándar. Los Mossos sin comentarios por protocolo. Todo eso aparece en el artículo.

—¿Cuándo quieres publicar?

—Ahora. Esta mañana. Si espero al lunes, el ciclo mediático del fin de semana me come la historia. Si la publico ahora, el sábado de máxima afluencia en la estación, tiene la mayor visibilidad posible.

Otro silencio. Este más largo.

—Erik —dijo Marc, con la voz del que ha tomado una decisión y está verificando que sea la decisión que quiere tomar—. Si publicas esto esta mañana, este periódico va a recibir más presión de la que ha recibido en veinte años.

—Lo sé.

—Ferran Castells va a llamarme antes de que pase una hora.

—Lo sé también.

—Y tengo que estar seguro de que lo que publicas es indestructible. No casi indestructible. Indestructible.

—Lo es.

El silencio que siguió fue diferente a los anteriores. Era el silencio de alguien que ha verificado todo lo que necesitaba verificar y está en ese momento anterior al acto en que el acto todavía puede no ocurrir pero ya no hay razones honestas para que no ocurra.

—Mándamelo —dijo Marc.

Erik lo envió. Fueron doce minutos de espera, durante los que terminó el café y miró por la ventana cómo la calle se llenaba con la afluencia del sábado, esa marea que llegaba con una puntualidad de fenómeno natural, con sus matrículas y sus esquís y su certeza de que el valle existía principalmente para ellos durante los tres días que duraba su estancia.

—Publica —dijo Marc cuando llamó.

Erik publicó.

Las primeras dos horas fueron tranquilas en la superficie, que es como son siempre las primeras horas de las cosas que luego resultan no ser tranquilas en absoluto. El artículo apareció en la web del Diari de la Vall a las nueve menos cuarto con el titular que Erik había elegido con cuidado: *Cuatro jóvenes desaparecidos en el entorno de Baqueira en menos de dos meses. Los casos comparten un patrón que los cuerpos policiales no habían analizado en conjunto.* Sin exclamaciones. Sin adjetivos que no estuvieran sustentados. Con la frialdad técnica de quien sabe que la temperatura de un titular determina cómo lo lee la gente y que este titular debía ser leído primero como información y solo después, si los hechos lo merecían, como alarma.

A las nueve y cuarenta y cinco, el artículo tenía ochocientas visitas. A las diez y media, cuatro mil trescientas. A las once, había sido compartido en cuatro grupos de WhatsApp de familias de esquiadores que Erik no conocía y que se lo había enviado alguien a quien tampoco conocía. A las once y veinte, la cuenta de Twitter del Diari, que tenía habitualmente tres mil seguidores y una interacción modesta, tenía el artículo retuiteado ciento veintisiete veces.

El teléfono de Erik empezó a sonar a las once y cuarto.

La primera llamada fue de una mujer que no se identificó, con la voz rota de quien lleva semanas sin dormir bien, que le preguntó si era el periodista del artículo y cuando él dijo que sí, ella dijo: *Mi hijo es el chico de Burgos. Llevan meses sin decirnos nada. Gracias.*

Colgó antes de que Erik pudiera responder. Él se quedó con el teléfono en la mano durante un momento mirando la pantalla, y esa llamada fue la primera de tres que en la siguiente hora recibió de familiares de las víctimas anteriores que habían estado coordinándose a través de un grupo de mensajería y que habían llegado al artículo de Erik con la desesperación de quien lleva meses llamando a puertas que no se abrían y de repente encuentra una entreabierta.

La segunda llamada, a las once y cuarenta y cinco, fue de Ferran Castells.

—Señor Vidal —dijo Castells, con esa cordialidad específica de los profesionales de la comunicación de crisis, que habían aprendido que la hostilidad directa era contraproducente y que la presión funcionaba mejor envuelta en buenos modales—. He leído su artículo.

—Bien.

—Me habría gustado tener más tiempo para prepararle una respuesta institucional adecuada.

—Le di doce horas —dijo Erik—. Suficiente tiempo para un comunicado básico.

—El tipo de afirmaciones que hace su artículo requería una respuesta más elaborada que la que se puede preparar en doce horas.

—El tipo de situación que describe mi artículo requería una respuesta de los cuerpos policiales que no llegó en cuarenta días. —Erik lo dijo sin subir la voz, con la misma temperatura que Marta usaba cuando quería que una frase llegara sin que la envoltura emocional distrajera del contenido—. El plazo no es mi problema, señor Castells.

Silencio al otro lado.

—La estación va a emitir un comunicado esta tarde —dijo Castells finalmente, con un tono levemente distinto, el de alguien que ha recalibrado la conversación—. Nos gustaría que usted lo recibiera antes de que se publique. Como cortesía.

—Puede enviarlo a la redacción. Lo publicaremos íntegro si lo considera oportuno.

—Y también nos gustaría que en futuras informaciones sobre estos temas tuviera en cuenta el impacto que pueden tener en la economía de la comarca y en los trabajadores que dependen de la temporada.

Erik tardó exactamente lo suficiente antes de responder como para que Castells entendiera que la pausa era deliberada.

—Señor Castells, cuatro personas jóvenes han desaparecido en las inmediaciones de su estación en menos de dos meses. Le garantizo que el impacto de eso en la economía de la comarca es considerablemente menor que el impacto de no haberlo dicho.

Colgó.

Marc llamó dos minutos después.

—Castells acaba de hablar conmigo.

—Ya sé lo que te dijo.

—¿Y?

—Y nada. El artículo está publicado y está contrastado. Si tienen algo que rebatir, que lo rebatan con hechos.

Marc hizo una pausa.

—También me ha llamado el Consell Generau. Quieren una reunión esta tarde.

—¿Contigo o conmigo?

—Con los dos.

—¿Vas a ir?

—Voy a escuchar lo que tienen que decir. Luego decidimos. —Una pausa más corta—. Hiciste bien, Erik. Ahora vienen las consecuencias.

Las consecuencias llegaron con la velocidad específica de las cosas que la gente lleva tiempo esperando que ocurran y que cuando ocurren generan una energía acumulada que no se puede gestionar de forma ordenada. A las doce y media, el artículo tenía dieciséis mil visitas, una cifra que era más o menos el doble de la audiencia mensual habitual del Diari de la Vall. A la una de la tarde, dos periodistas de medios nacionales habían llamado a la redacción solicitando el contacto de Erik para hablar de los casos. A las dos, la cuenta de Instagram de una influencer de esquí con doscientos mil seguidores había publicado el artículo con una historia que decía *¿Esto es lo que está pasando en Baqueira? Qué miedo* y había generado doscientas treinta respuestas en cuarenta minutos.

Marta llamó a las dos y cuarto.

—He visto el artículo —dijo.

—¿Y?

—Es sólido. —Una pausa—. También es el final de la discreción.

—Ya lo era —dijo Erik—. La discreción dejó de ser una opción el día que Iñigo Larrea desapareció con testigos. Con tres casos podías mantener el silencio. Con cuatro y testigos, el silencio es otra cosa.

—Lo sé. —La voz de Marta tenía una temperatura diferente a las conversaciones anteriores, no más alta en términos de emoción sino más cargada en términos de densidad, como si contuviera más cosas de las que estaba diciendo—. Esta mañana fui con Toni a los accesos forestales.

Erik esperó.

—Encontramos las marcas que describió. Huellas en la nieve, en el tramo entre el segundo y el tercer acceso, en el punto de cobertura mínima. No es una sola serie de huellas. Son varias, en distintos estadios de conservación, lo que sugiere uso a lo largo de más de una jornada. También hay una zona donde la nieve ha sido removida de forma que no corresponde ni al viento ni al paso de animales. Pedí a Puig que enviara el equipo de análisis forense esta tarde.

La frase llegó con el peso de las cosas que se dicen cuando ya no hay forma de que no tengan consecuencias.

—¿Puig lo gestiona?

—Puig lo gestiona con lo que tiene. Si encuentran lo que podría haber ahí, dejará de ser gestionable con lo que tiene.

—¿Cuándo sabrás?

—Esta tarde. Mañana a más tardar.

Erik colgó y miró la pantalla del ordenador. El contador de visitas del artículo había seguido subiendo mientras hablaba. Veinte mil. Veintidós mil. Era un número que en el contexto del Diari de la Vall no tenía precedente y que en el contexto de lo que estaba ocurriendo resultaba irrelevante excepto por lo que significaba: la historia había salido del espacio controlable y estaba moviéndose sola, con la velocidad y la dirección de las cosas que encuentran su propio camino una vez que alguien las pone en movimiento.

A las tres de la tarde, el Consell Generau d'Aran publicó en su web un comunicado convocando una reunión de emergencia para esa misma tarde a las cinco, con asistencia de la Policia Local, los Mossos d'Esquadra, representantes de la estación y del sector hotelero del valle. El comunicado usaba la expresión *situación de alerta informativa* para describir lo que el artículo de Erik había producido, que era una forma de nombrar la alarma sin usar la palabra alarma, con la misma habilidad institucional de nominar los problemas de modo que sonaran manejables.

A las tres y media, la primera cámara de televisión apareció en Vielha.

Era un equipo de una televisión autonómica catalana que había llegado desde Lleida en cuanto el artículo empezó a circular en los grupos de periodistas de la demarcación. Un reportero con chaqueta de la marca del canal, una cámara y un micrófono que plantó delante del edificio del Consell con la velocidad de los que saben que la primera imagen en antena tiene un valor que las siguientes no tienen. Detrás de ellos, en el transcurso de las siguientes dos horas, llegarían otros dos equipos: uno de una televisión privada nacional y otro de una radio que emitía para toda Cataluña y que mandó solo a un periodista con un móvil y un grabador porque los equipos completos en desplazamiento requieren procesos de autorización que las radios ágiles no esperan.

Erik los vio llegar desde la redacción con la sensación compleja de quien ha invitado a gente a su casa y cuando llegan entiende que la casa que conoce y la que ellos van a ver son dos versiones distintas del mismo lugar. Los periodistas de fuera llegarían al valle con la historia que ya habían construido en el coche: estación de esquí de lujo, desapariciones de jóvenes, miedo en la nieve, alerta de seguridad. Era una historia correcta en sus elementos y completamente insuficiente en su comprensión del territorio. Producirían piezas buenas para sus audiencias y piezas que resultarían extrañas para cualquiera que conociera el valle de verdad.

Eso también era una consecuencia del artículo, y Erik la asumía con la incomodidad de quien sabe que no podía haberse hecho de otra forma.

A las cuatro y veinte llegaron los padres de Iñigo Larrea.

Erik los reconoció antes de que llegaran a la puerta de la redacción porque los había visto en la fotografía que acompañaba la denuncia que los Mossos habían registrado el sábado anterior: el padre, un hombre de unos cincuenta años con el pelo entrecano y el

abrigo de quien no viaja a la montaña con frecuencia, demasiado ligero para el frío que hacía; la madre, más pequeña, con la expresión de alguien que ha estado llorando recientemente y ha decidido que en este momento no puede seguir llorando porque hay cosas que hacer. Venían del País Vasco, habían conducido cuatro horas, y esa mañana habían leído el artículo de Erik en el teléfono desde la gasolinera de Lleida donde habían parado a repostar.

Entraron a la redacción. Erik se levantó.

—Soy Jon Larrea —dijo el padre—. Mi hijo es Iñigo.

—Lo sé —dijo Erik—. Siéntense, por favor.

Se sentaron. La madre, Begoña, se llamaba, no dijo nada durante los primeros minutos. Miró los expedientes que había sobre la mesa de Erik con esa mirada de los padres que buscan a sus hijos en cualquier superficie que podría contener información sobre ellos, esa mirada que no es racional sino instintiva, la mirada del que lleva días buscando y ha aprendido a buscar en cualquier lugar donde pueda existir una respuesta.

Jon habló. Lo que dijo era lo que Erik ya sabía en términos de hechos: la llegada de Iñigo al valle, el jueves por la tarde; el viernes en la estación con los amigos; la separación del grupo esa noche; la cama sin deshacer del sábado. Lo que no sabía en términos de hechos pero que Jon añadió era lo que los padres sabían de su hijo que los expedientes no podían contener: que Iñigo no era de los que se iban sin decir nada, que tenía el hábito desde pequeño de mandar un mensaje cuando llegaba a cualquier sitio, que el último mensaje que habían recibido era del jueves por la tarde cuando llegó al valle, y que ese silencio de cuarenta y ocho horas era incompatible con cualquier versión de Iñigo que ellos conocieran.

—Los amigos dicen que todo estaba bien —dijo Jon—. Que no hubo nada raro ese día. Que Iñigo estaba contento. Que simplemente dijo que le dolía la cabeza y se fue.

—¿Los amigos han dado declaración a los Mossos?

—Sí, ayer por la tarde. —Jon miró la mesa—. El agente que los entrevistó les dijo que lo más probable era que Iñigo hubiera conocido a alguien esa noche y se hubiera ido con esa persona. Que los chicos de esa edad a veces hacen esas cosas.

Erik no respondió de inmediato. Lo que el agente había dicho era una hipótesis legítima. Era también la hipótesis más cómoda, la que no requería ninguna acción urgente y que permitía que el fin de semana de mayor afluencia de la temporada transcurriera sin que nadie cerrara nada ni declarara ninguna alerta. Esa coincidencia entre la hipótesis más cómoda y la que los profesionales elegían aplicar era parte del patrón que Marta y él llevaban días documentando.

—¿Han hablado con la inspectora Bosch? —preguntó Erik.

—Con quién.

—Marta Bosch. Es la inspectora de los Mossos que llegó al valle esta semana específicamente para los casos de desapariciones. —Erik cogió el teléfono—. Voy a llamarla ahora mismo.

Marta llegó a la redacción a las cinco menos cinco, veinte minutos antes de que empezara la reunión del Consell. Entró sin quitarse el abrigo, miró a los Larrea con la mirada de inventario que Erik ya sabía leer, y se sentó en la silla que quedaba libre frente a ellos con la economía de movimientos de quien sabe que el tiempo que tiene disponible es limitado y que usarlo bien importa.

No les prometió nada. Era lo primero que Erik notó. No les dijo que encontrarían a Iñigo. No les dijo que el caso estaba en buenas manos ni que la situación estaba controlada ni ninguna de las frases de contención que los familiares de las víctimas recibían habitualmente de las instituciones y que funcionaban como analgésico de corta duración. Les dijo exactamente lo que estaba haciendo, en términos que podían entender, y les explicó qué necesitaba de ellos.

—Necesito que me digan todo lo que saben sobre Iñigo en los días previos al viaje —dijo Marta—. No lo que encontraron raro. Todo. Sus hábitos, sus aplicaciones de teléfono, los lugares que frecuentaba online, si tenía cuenta en la aplicación de la estación, si había venido antes al valle.

Begoña habló por primera vez. Tenía la voz de alguien que ha estado guardando muchas cosas en un espacio reducido y que cuando empieza a hablar no puede controlar exactamente el orden en que salen.

—Iñigo llevaba un mes hablando de este viaje —dijo—. Él y sus amigos lo habían planeado desde octubre. Buscaron el apartamento en internet, compraron los forfaits con antelación, investigaron las pistas.

—¿Usaba alguna aplicación de esquí?

Begoña y Jon se miraron.

—Tenía una app en el móvil —dijo Jon—. La descargó cuando empezó a preparar el viaje. No sé cómo se llama.

—¿Pueden verificarlo en su cuenta de la tienda de aplicaciones?

Jon sacó el teléfono. Buscó en el historial de compras compartido que tenía con Iñigo, uno de esos sistemas que los padres activaban cuando los hijos eran menores y que a veces seguían activos por inercia cuando dejaban de serlo. Encontró la descarga.

La aplicación de la comunidad de esquiadores de Baqueira Beret. Descargada hacía seis semanas.

Marta anotó eso en el cuaderno con la letra pequeña que Erik ya identificaba como la letra que usaba cuando algo encajaba en un lugar que había estado esperando que algo encajara.

—¿Puedo tener acceso a su cuenta de correo electrónico para verificar el registro? —preguntó Marta a los Larrea—. Necesitaré su

contraseña o su autorización formal para que la operadora me la proporcione.

—La contraseña la tenemos —dijo Begoña—. Iñigo nos la dejó cuando se fue a la universidad. Por si había alguna emergencia.

La conversación con los Larrea duró cuarenta minutos más, cuarenta minutos en los que Marta extrajo de ellos, con la paciencia de quien sabe que la información no se prisa sino que se facilita, un perfil de Iñigo que ningún expediente policial habría construido con esa textura: sus hábitos de comunicación, los grupos de WhatsApp en los que participaba, los lugares de internet donde buscaba información sobre esquí, las personas con quien había hablado del viaje antes de hacerlo. No era diferente en ningún aspecto significativo de cualquier chico de dieciocho años con acceso a internet y afición al esquí. Era exactamente el tipo de perfil al que alguien con conocimiento de ese mundo y paciencia para construir una presencia online convincente podría haberse aproximado de forma que resultara completamente natural.

Cuando los Larrea salieron para ir al hotel donde se habían alojado, prometidos de que Marta los llamaría al día siguiente, Erik y Marta se quedaron en la redacción. Marc se había ido a la reunión del Consell. La redacción tenía esa quietud de los lugares que normalmente contienen actividad y que cuando se vacían revelan una estructura que el movimiento habitualmente oscurece.

—La aplicación —dijo Erik.

—Los cuatro casos —dijo Marta—. Los cuatro en la aplicación de la estación. Y los cuatro con actividad en las semanas previas a la desaparición. No puedo verificar los mensajes privados sin una orden, pero la dirección es suficientemente clara.

—¿Cuándo tendrás la orden?

—La solicité esta mañana cuando salí del acceso forestal. El juez de guardia de Lleida tiene el expediente. Puig la apoyó desde aquí,

lo que acelera el proceso. —Marta cerró el cuaderno—. Veinticuatro horas, si el juez considera que la urgencia lo justifica.

—¿Y si no lo considera?

—Entonces cuarenta y ocho. Y mientras tanto, sigo trabajando con lo que tengo.

Afuera, en la calle, el volumen de la tarde de sábado en Vielha había alcanzado el nivel de máxima temporada: las voces en castellano y en catalán entremezcladas con el ruido de los coches y las ruedas de las maletas sobre el adoquín y los grupos que esperaban en la puerta de los restaurantes con la energía de quien lleva una semana trabajando y llega al fin de semana con la disposición de gastar todo lo que no gastó de lunes a jueves. Era el ruido de la normalidad funcionando con precisión de reloj, con su maquinaria calibrada para producir exactamente esa sensación de bienestar y afluencia que el valle había construido durante tres décadas.

Y dentro de ese ruido, como debajo de él, había cuatro familias que no sabían dónde estaban sus hijos.

—¿Cómo fueron los Larrea? —preguntó Erik, sin un motivo técnico preciso para la pregunta.

Marta tardó un momento.

—Como son siempre —dijo—. La madre llora poco en público y mucho en privado. El padre habla demasiado cuando está nervioso y luego se calla de repente porque se da cuenta de que hablar no está trayendo a su hijo de vuelta. Los dos tienen la misma cara que tienen todos los padres en este tipo de casos: la cara de alguien que ha entendido que el mundo puede romperse sin que ellos hayan hecho nada para romperlo.

No era una descripción técnica. Era lo que Marta había visto, dicho en la voz de quien generalmente reserva ese tipo de

observación para los cuadernos y no para las conversaciones. Erik lo notó. No lo comentó.

La reunión del Consell duró dos horas y cuarto. Marc regresó a la redacción a las siete y media con el abrigo todavía puesto y la expresión de alguien que ha estado sentado en una sala escuchando cosas que ya sabía que iba a escuchar y que resultan igualmente agotadoras cuando las escuchas en persona.

—¿Cómo fue? —preguntó Erik.

Marc se sentó en la silla de su despacho y la hizo girar levemente, un gesto que hacía cuando procesaba algo antes de hablar.

—El conseller de turismo del Consell presidió. Estaban los responsables de la Policia Local, dos representantes de los Mossos, alguien de Baqueira Beret y tres representantes del sector hotelero. —Hizo una pausa—. Pasaron los primeros cuarenta minutos debatiendo si convocar una rueda de prensa o emitir un comunicado. Pasaron los siguientes cuarenta debatiendo el tono del comunicado. Los últimos treinta fueron sobre quién tiene la responsabilidad de coordinar la comunicación pública.

—¿Y los casos?

Marc lo miró.

—Los casos se mencionaron como contexto. No como objeto principal de la reunión.

Erik absorbió eso durante un momento.

—¿Hay alguna medida concreta?

—Baqueira Beret anunciará mañana un refuerzo de seguridad visible en la estación. Personal adicional en los accesos a las pistas, mejora de la señalización en las zonas de après-ski. El comunicado insistirá en que las instalaciones de la estación son seguras y que las

desapariciones no han ocurrido dentro del perímetro gestionado por la empresa.

—Que técnicamente es verdad.

—Que técnicamente es verdad —confirmó Marc—. Y que en términos de comunicación de crisis es exactamente el tipo de verdad técnica que funciona como escudo frente a la responsabilidad moral.

Erik miró la pantalla del ordenador. El contador de visitas del artículo había pasado de treinta y cinco mil. En el lateral de la pantalla, la bandeja de entrada del correo de la redacción tenía cuarenta y siete mensajes nuevos desde la última vez que la había revisado. Algunos eran de medios nacionales que pedían declaraciones. Algunos eran de lectores que escribían desde la distancia segura del anonimato digital, algunos con rabia, algunos con gratitud, algunos con esa mezcla de los dos que producen las historias que tocan algo que la gente llevaba tiempo sabiendo que existía pero no había nombrado. Y tres de ellos, esto lo verificó al abrir la bandeja, eran de personas que se identificaban como familiares de jóvenes desaparecidos en el entorno del valle en temporadas anteriores, con fechas que precedían en varios años a los casos que Erik había documentado.

Leyó los tres mensajes dos veces cada uno. Luego abrió un documento nuevo en el ordenador y empezó a copiar los datos que contenían: nombres, fechas, circunstancias descritas. Era el material de otras historias que nadie había contado porque nadie había tenido la pregunta correcta para formularlas.

Llamó a Marta.

—Hay tres mensajes en el correo de la redacción —dijo—. Familiares de casos anteriores. Antes de los que tenemos documentados.

Una pausa al otro lado.

—Mándamelos.

—Los mando ahora.

—Erik.

—¿Sí?

—El equipo forense terminó el análisis inicial del acceso forestal esta tarde. —La voz de Marta tenía esa calidad que él había aprendido a identificar como la calidad de las frases que preceden a algo que no tiene marcha atrás—. Hay marcas de arrastre en el tramo entre el segundo y el tercer acceso, en dirección al cauce del Nere. Hay también lo que el técnico ha descrito preliminarmente como indicios de actividad humana no reciente en una zona boscosa a unos ciento veinte metros del sendero principal. No puede precisar más hasta que hagan la excavación. Eso será mañana, con luz.

Erik dejó de escribir.

—¿Qué tipo de actividad?

—No lo especificó. —Una pausa—. Pero pidió que mañana venga el equipo completo.

La frase cayó en el silencio de la redacción vacía con el peso específico de las frases que no necesitan amplificación para llegar a donde llegan. Erik miró la pantalla, donde el artículo que había publicado esa mañana seguía sumando visitas con la indiferencia de los procesos digitales que no se detienen porque las personas que los leen se queden sin palabras.

—¿Cuándo sabrás algo concreto?

—Mañana a mediodía, si las condiciones de nieve lo permiten. Si no, el lunes.

—¿Puig tiene suficiente con su equipo?

—Por ahora sí. Si mañana confirman lo que el técnico insinuó esta tarde, dejará de ser suficiente. —Marta hizo una pausa—. Y si deja de ser suficiente, esto deja de ser un caso de la unidad de Lleida y pasa a ser otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

—El tipo de caso que genera refuerzos que yo no pedí y que no controlo.

Era la primera vez que Erik escuchaba algo parecido a la tensión en la voz de Marta. No miedo, porque Marta no operaba en esa frecuencia, o al menos no en las formas que resultaban audibles. Era algo más cercano a la anticipación de perder el control sobre algo que hasta ese momento había podido gestionar con la geometría precisa de quien trabaja en espacios acotados.

—¿Qué hago yo? —preguntó Erik.

—Los tres mensajes de las familias —dijo Marta—. Respóndales mañana por la mañana. No publique nada hasta que yo hable con usted. Y mañana, a las doce, quedamos.

Colgó.

Erik cerró el ordenador. La redacción estaba completamente en silencio excepto por el ruido de la calle que entraba amortiguado por el cristal de la ventana. El ruido del sábado por la noche en Vielha, con sus restaurantes llenos y sus grupos moviéndose entre el après-ski y las cenas y los bares de la calle Mayor, con toda la maquinaria de la temporada alta funcionando exactamente como debía funcionar, con la eficiencia de un mecanismo que ha aprendido que la interrupción es el único error que no puede permitirse.

Esa noche, en algún bar de esa calle, habría gente brindando por la jornada de esquí. Y en algún hotel de esa misma calle, los Larrea estarían en una habitación con el teléfono entre las manos esperando que sonara.

La distancia entre esas dos realidades era de cuarenta metros lineales y de un abismo que ninguna geografía del valle había tenido nunca que cartografiar porque nunca había sido necesario.

Hasta ahora.

Erik apagó la luz de la redacción, salió a la calle, y se quedó un momento en la puerta mirando la animación del sábado por la noche con esa sensación de quien ha estado viendo el mundo de una forma y de repente no puede volver a verlo de la anterior. El artículo que había publicado esa mañana había sacado algo del interior del sistema donde llevaba tiempo viviendo y lo había puesto en la superficie donde la luz lo alcanzaba. Lo que la luz iba a revelar, lo que el equipo forense iba a encontrar mañana en el acceso forestal que bordeaba el Nere, eso todavía no lo sabía. Pero la pregunta ya no era si había algo que encontrar. Era cuánto tiempo llevaba esperando que alguien lo encontrara.

Caminó hacia su apartamento por la calle Sant Miquèu, entre los grupos que volvían de cenar y los que iban hacia los bares, entre las voces de un fin de semana que se negaba a saber nada todavía de lo que ocurría a cuatro kilómetros de distancia en un acceso forestal que no aparecía en los mapas de la estación. Mañana lo sabría. Mañana el valle empezaría a saber lo que Erik ya sabía, y Marc ya sabía, y Marta ya sabía, y Montse y Bernat y Toni y Hèctor ya sabían cada uno desde su propio ángulo: que la historia que el valle se contaba a sí mismo sobre sí mismo tenía una fractura que había estado creciendo en silencio durante demasiado tiempo como para que cuando se hiciera visible pudiera gestionarse con ningún comunicado de prensa.

El frío de la noche era el mismo frío de siempre. Pero algo en su textura había cambiado, como cambia la textura del aire en los días anteriores a la tormenta aunque el cielo todavía esté despejado y nadie que no supiera mirar notara la diferencia.

Erik lo notó. Y siguió caminando.

Capítulo 6

El mapa de los invisibles

Lo que las cámaras no graban y los algoritmos no detectan

El domingo amaneció con el mismo cielo despejado del sábado, pero algo en la luz era distinto. No era la intensidad ni el ángulo, que a esa hora de enero en el fondo del valle siempre llegaba oblicuo y tardío, sino algo más difícil de nombrar: la sensación de que el aire contenía una carga que la claridad no disipaba sino que revelaba. Marta lo notó cuando salió de la pensión a las seis y cuarenta de la mañana, con el cuaderno en el bolsillo y el termo de café que había pedido a Dolors la noche anterior con la delicadeza de quien no quiere pedir demasiado pero sabe que va a necesitar más de lo que tiene.

El aparcamiento de Baqueira a las siete de la mañana era un lugar completamente diferente al aparcamiento de las once de la mañana. No había familias con los esquís al hombro ni grupos de amigos deliberando sobre qué sector abrir primero. Había coches oscuros, el calor de los motores dibujando volutas sobre la nieve compactada, y tres hombres del equipo forense que Puig había conseguido movilizar en domingo con la eficiencia de quien lleva décadas siendo capaz de hacer funcionar una institución a golpe de voluntad personal. Eran técnicos de la Unitat de Investigació Criminal de la demarcación de Lleida, que habían llegado esa mañana temprano con el material de análisis y la expresión de quien ha aprendido a no anticipar lo que va a encontrar hasta encontrarlo.

Toni Subias llegó en su furgoneta del mantenimiento a las siete y diez, con el mono de trabajo y el gorrito de lana que llevaba

siempre en los turnos de madrugada, y los guio hacia el primer acceso forestal sin hablar más de lo necesario. Era un hombre que entendía que en ese contexto las palabras sobraban y los pasos no.

El sendero que bordeaba el río Nere empezaba donde terminaba el asfalto del último aparcamiento de la base, en un punto que durante el día quedaba cubierto por el tráfico de esquiadores y vehículos de servicio y que a esa hora de la mañana revelaba su geometría real: una apertura estrecha entre dos filas de abetos, marcada solo por una señal metálica oxidada que decía USO EXCLUSIVO PERSONAL TÉCNICO en catalán y castellano. Más allá de esa señal, el mundo de la estación terminaba y empezaba algo que no tenía nombre en los folletos de la empresa.

Marta caminó detrás de Toni con los técnicos forenses siguiéndola, observando el terreno con la atención de quien sabe que la superficie de la nieve guarda información que no se repite, que las marcas se cubren o se deforman y que lo que el equipo del día anterior había descrito en términos preliminares podía haber cambiado con las heladas nocturnas. El tramo entre el primer y el segundo acceso era una recta de unos doscientos metros, con el río invisible bajo la nieve a la derecha y el muro de roca viva del monte a la izquierda. La nieve ahí tenía una compacidad diferente a la nieve de las pistas: no tratada, no comprimida por las máquinas, sino dejada como la ponía el viento y la temperatura, con una superficie de cristales irregulares que bajo la luz lateral de las siete de la mañana producía un efecto casi irreal, como si el suelo fuera de vidrio mate.

El segundo acceso era el punto donde Toni había encontrado las marcas que describió el día anterior. Era también, según la información de Hèctor Gessa verificada con el mapa topográfico que Puig había conseguido de los archivos forestales, el punto donde la cobertura de telefonía móvil alcanzaba su mínimo en todo el corredor. En la zona entre el segundo y el tercer acceso, un tramo de aproximadamente ciento ochenta metros, tres de las cuatro operadoras principales del territorio perdían la señal completamente

durante periodos variables dependiendo de las condiciones atmosféricas. La cuarta mantenía una cobertura emergencia que los técnicos de telecomunicaciones describirían como funcionalmente inútil para cualquier uso que no fuera la llamada de socorro más básica.

Marta se detuvo en el segundo acceso y miró el terreno con la metodología de los que han aprendido que mirar con prisa es no mirar.

Las marcas que el equipo del día anterior había documentado preliminarmente estaban ahí, parcialmente modificadas por la helada nocturna pero todavía legibles para quien sabía leerlas. No eran huellas de bota en el sentido convencional, que habrían sido lo más obvio y también lo más fácil de explicar como tráfico casual de personal de mantenimiento. Eran algo más sutil: una compresión lineal de la nieve en una dirección que no correspondía a ninguno de los accesos marcados, que iba desde el borde del sendero hacia el interior del bosque en un ángulo de unos treinta y cinco grados respecto al eje del río. Una línea de presión discontinua, interrumpida por zonas donde la nieve había sido levemente perturbada a los lados como si algo hubiera sido arrastrado y hubiera dejado pequeñas acumulaciones laterales al desplazarse.

Marta lo señaló al técnico forense principal, un hombre de unos cuarenta años llamado Casamitjana que tenía esa manera de moverse en los escenarios que tienen los que llevan suficientes años en el oficio como para que la urgencia haya dejado de alterar su ritmo de trabajo.

—La dirección —dijo Marta—. No corresponde a ninguna de las rutas de servicio que aparecen en el mapa forestal.

Casamitjana se agachó junto a la compresión lineal y la examinó con una linterna de pequeño formato aunque la luz del día era suficiente.

—Arrastre —dijo—. No pisado. Algo fue movido en esta dirección. Con peso.

—¿Cuándo?

—La helada de anoche ha conservado la estructura exterior. Sin eso, no habríamos podido leer nada. —Casamitjana se incorporó—. No puedo darte una fecha precisa sin análisis de laboratorio. Pero la capa de nieve sobre la compresión tiene un espesor que sugiere que esto ocurrió antes de las últimas nevadas del miércoles. Días antes, al menos.

Siguieron en dirección al interior del bosque siguiendo el ángulo de la marca, con Casamitjana abriendo paso y los otros dos técnicos documentando fotográficamente cada metro antes de que nadie lo pisara. Toni Subias se quedó en el sendero principal porque Marta le había pedido que marcara el punto de entrada y no avanzara más: era ya territorio del equipo forense y la contaminación del escenario era un riesgo que en esa fase no podían permitirse.

A unos noventa metros del sendero, el bosque se abría ligeramente en una zona donde tres abetos grandes formaban un triángulo natural que en verano habría parecido una pequeña explanada de hierba y que en invierno, bajo la nieve, era simplemente una zona de relieve diferente al resto, sin los montículos de las raíces superficiales ni las irregularidades del suelo arbóreo que el resto del bosque producía. Esa regularidad, en un terreno que por definición era irregular, era en sí misma una anomalía.

Casamitjana se detuvo.

—Aquí —dijo.

Lo que había en esa zona no era visible a primera vista. Lo que Casamitjana señaló era una diferencia en la textura de la nieve: en el centro de la explanada natural, la superficie tenía una compacidad mayor que en los bordes, como si hubiera sido comprimida desde arriba con un peso uniforme durante un tiempo prolongado, y luego

cubierta por las nevadas posteriores que habían igualado el aspecto superficial pero no habían borrado completamente la diferencia de densidad que la presión anterior había producido.

El técnico sacó del maletín una varilla metálica fina, del tipo que usan los equipos de búsqueda en avalanchas para explorar el manto de nieve, y la introdujo con cuidado en distintos puntos de la zona. La resistencia que ofrecía la nieve era diferente en el centro respecto a los bordes: más compacta, más dura, con algo debajo que la varilla alcanzaba a los ochenta centímetros de profundidad y que no era roca ni raíz.

—Excavamos —dijo Casamitjana.

Tardaron cuarenta minutos.

Lo que encontraron a ochenta y tres centímetros de profundidad, en el centro exacto de la explanada entre los tres abetos, era ropa.

No restos humanos. Ropa: una chaqueta de esquí de color rojo oscuro, enrollada con una precisión que no era la de quien tira algo sino la de quien lo guarda; debajo de la chaqueta, un guante de esquí izquierdo de color negro, sin el derecho; más abajo, envuelto en una bolsa de plástico transparente que había preservado su contenido de la humedad, un teléfono móvil con la pantalla rajada y la batería extraída.

Casamitjana los fue sacando uno por uno, con la delicadeza de quien maneja objetos que han estado esperando exactamente este momento, y los depositó en las bolsas de evidencia etiquetadas que su técnica auxiliar abría y cerraba con la eficiencia silenciosa de quien ha hecho ese mismo gesto muchas veces y sabe que el gesto importa más que la velocidad.

Marta los miraba sin acercarse más de lo necesario. Miraba la chaqueta roja. Miraba el guante negro. Miraba el teléfono con la pantalla rajada. Y en algún lugar de su mente estaba calculando no lo que esos objetos significaban en términos técnicos de evidencia,

que eso lo procesaría después, sino lo que significaban en términos de lo que llevaban bajo la nieve y el tiempo que llevaban allí. La chaqueta tenía una etiqueta de talla visible desde donde estaba: talla XS. Talla de mujer pequeña o de joven. El rojo del tejido era todavía relativamente vivo, lo que sugería que la degradación no había avanzado mucho, que la temperatura del suelo congelado había actuado como conservante.

No había visto una chaqueta roja en los expedientes de los cuatro casos recientes. Lo que había visto, en la descripción de los objetos hallados que Hèctor Gessa había leído de su libro de incidencias cuatro años antes, era una chaqueta de esquí roja de talla pequeña, marca sin recordar, entregada a la Guardia Civil como objeto hallado en zona forestal.

Sacó el cuaderno. Buscó la nota. La referencia topográfica que había copiado la noche en que estuvieron en la casa de Hèctor en Les. La comparó con la ubicación GPS que Casamitjana había tomado cuando comenzaron la excavación.

La distancia entre las dos referencias era de trescientos metros.

Tres cientos metros en un bosque donde en invierno la visibilidad no superaba los cuarenta y la nieve borraba cualquier rastro en horas.

—Casamitjana —dijo Marta—. Necesito que cuando analicen la chaqueta verifiquen si la descripción coincide con el objeto que la Guardia Civil registró como hallazgo forestal hace cuatro años. Número de expediente que les paso esta tarde.

Casamitjana asintió sin preguntar por qué. Era uno de esos profesionales que han aprendido que el porqué llega después y que mientras tanto lo que importa es la precisión del proceso.

Marta se apartó del escenario de excavación unos metros y miró el bosque a su alrededor. La luz de las nueve de la mañana ya llegaba con más ángulo que a su llegada, y entre los abetos el territorio se revelaba con una claridad diferente a la de la primera

hora, con más sombras y más textura, con esa complejidad del bosque de montaña en invierno que desde las pistas de esquí parece simplemente blancura y desde dentro resulta ser un sistema denso de información que requiere saber leerlo.

Alguien sabía leer esto. Alguien conocía este bosque como se conoce un lugar que se ha frecuentado durante tiempo suficiente para que el conocimiento sea corporal, anterior a cualquier mapa o descripción. Alguien sabía que esta explanada entre estos tres abetos específicos quedaba fuera de cualquier ruta de servicio, fuera de cualquier patrulla regular, fuera de la zona de cobertura que los sistemas de vigilancia de la estación alcanzaban aunque los sistemas hubieran querido alcanzarla, que era discutible.

Llamó a Puig.

—El equipo forense encontró objetos enterrados en la zona boscosa —dijo, cuando Puig respondió al primer tono con la señal de que también había estado esperando—. Ropa y un teléfono. Nada biológico de momento. Pero la excavación está en curso. Necesito que amplíes el radio de búsqueda en esta área antes de que acabe el día.

—¿Cuánto radio?

—Trescientos metros en todas las direcciones desde el punto de hallazgo. Con el equipo de la Guardia Civil si puedes coordinarlo, porque las competencias forestales son suyas y no quiero que haya disputas de jurisdicción cuando más importa que no las haya.

Una pausa al otro lado. Marta podía imaginar a Puig calibrando los recursos disponibles en domingo y lo que cada llamada que tenía que hacer iba a costarle en términos de favores institucionales y de la moneda invisible de las deudas entre cuerpos que en zonas de montaña se acumulan durante años.

—Lo gestiono —dijo Puig—. Dame una hora.

—Tienes cuarenta minutos. La luz en esta zona empieza a perderse antes de las cinco.

Colgó y caminó de vuelta hacia el punto de hallazgo. Casamitjana estaba completando el inventario de los objetos con la metodología precisa de los registros forenses, nombrando cada pieza en voz alta para que la técnica auxiliar lo transcribiera en el formulario correspondiente. Marta escuchó el inventario con la atención de quien tiene en la cabeza simultáneamente la lista de lo que están encontrando y la lista de lo que podría haber en los trescientos metros restantes que todavía no habían tocado.

El teléfono con la batería extraída era el objeto que más le interesaba en términos de investigación inmediata. Sin batería, era imposible encenderlo en campo. Con batería, y asumiendo que el tiempo de enterramiento no hubiera dañado irreversiblemente la memoria interna, podría contener información que ningún servidor remoto habría conservado: fotos sin subir, mensajes borrados de aplicaciones que no hacían copia de seguridad automática, historial de ubicaciones almacenado localmente. Era el tipo de información que los teléfonos guardaban en sus propias entrañas sin que nadie lo hubiera pedido deliberadamente, el rastro de la presencia en el mundo que los sistemas digitales producían como subproducto de su funcionamiento.

Alguien había extraído la batería. Eso no era un accidente. Extraer la batería de un smartphone no es un gesto instintivo: requiere herramientas en la mayoría de los modelos actuales y conocimiento de que un teléfono con batería puede ser localizado incluso apagado, a través de las señales de red que emite periódicamente. Era un gesto que delataba conocimiento técnico de los sistemas de localización. No el conocimiento de un especialista en telecomunicaciones, pero sí el de alguien que había buscado esa información y la había aplicado con método.

Marta fotografió el teléfono en su bolsa de evidencia antes de que Casamitjana la cerrara definitivamente.

Llamó a Erik a las nueve y cuarenta.

—Necesito que vengamos al lugar de análisis esta tarde —dijo —. Tengo algo que contarle que cambia la dirección de la investigación.

Erik no preguntó qué. Lo que Marta le había dicho la noche anterior sobre el equipo forense y los indicios del acceso forestal era suficiente para entender que lo que venía ahora no era una pista más sino algo de otra categoría.

—¿A qué hora?

—A las doce, como quedamos. Pero en la pensión, no en un bar. Necesito que lo que hablemos no tenga testigos.

La mañana que siguió fue la mañana más larga que Marta recordaba haber pasado en un caso desde hacía años. No por la falta de actividad, que era todo lo contrario, sino por la densidad de las horas, que iban cargándose progresivamente con información que se acumulaba sin que el marco general todavía la contuviera toda con comodidad.

El análisis digital comenzó a las diez y media en la habitación de la pensión, que para esa hora tenía los expedientes de los cuatro casos extendidos sobre la cama, el mapa del territorio en la pared, y un ordenador portátil conectado a la red institucional de los Mossos mediante VPN a través del cual Marta había solicitado acceso a la plataforma de análisis de datos telefónicos de la unidad de coordinación de Lleida. El sistema, llamado internamente GECOR, era una herramienta desarrollada en colaboración con las operadoras para la reconstrucción de movimientos de personas a través de los registros de antenas de telefonía. No necesitaba una orden judicial para el análisis de datos de antenas que ya obraban en los expedientes de los casos, porque esos datos habían sido solicitados formalmente por los cuerpos policiales en el momento de las denuncias. Lo que necesitaba era tiempo y alguien que supiera leer lo que el sistema producía.

Marta sabía leerlo. Era, junto con la capacidad de escuchar lo que la gente no decía, la habilidad técnica en la que más había invertido en los últimos años de carrera.

Los datos de telefonía de los cuatro casos mostraban un patrón que individualmente era invisible y que en conjunto resultaba de una claridad que le produjo ese frío particular que no venía del exterior sino del interior cuando algo confirma lo que habías empezado a sospechar pero todavía esperabas que no fuera verdad.

Álvaro Mendoza, el menor de Burgos: último registro de red a las 17:42 del diecisiete de noviembre, en una antena de Baqueira. Siguiente registro: nada. El teléfono desapareció de la red sin el proceso progresivo de alejamiento de las antenas que produce cualquier desplazamiento voluntario en vehículo o a pie. La desaparición de la red fue abrupta, del tipo que produce el apagado de un dispositivo o la extracción de su batería.

Paula Giró, la chica de Tarragona: último registro de red a las 16:18 del cuatro de diciembre, en una antena del pueblo de Arties. Misma pauta: corte abrupto, sin gradación de alejamiento. El teléfono de Paula tenía un modelo de los que requieren herramienta para la apertura de la tapa trasera y extracción de batería. En el expediente inicial, ese detalle no había sido recogido como relevante.

Laura Valls, la chica de Barcelona: último registro de red a las 17:31 del lunes anterior, en la antena más cercana al sector de la pista Escornau. Corte abrupto. El modelo del teléfono de Laura era uno de los que tienen la batería integrada no extraíble, lo que significaba que para eliminar su señal alguien habría tenido que apagarlo mediante el sistema operativo o introducirlo en un contenedor de bloqueo de señal, los llamados bolsos de Faraday, que son materiales conductores que aislan los dispositivos electrónicos de cualquier comunicación de red.

Iñigo Larrea, el chico de San Sebastián: último registro de red a las 22:47 del viernes anterior, en una antena del centro de Vielha.

Corte abrupto.

Cuatro dispositivos. Cuatro cortes abruptos de señal. Cuatro momentos en que una persona con un teléfono activo dejaba de existir para la red con la inmediatez de quien ha sido desconectado, no de quien se aleja gradualmente hasta perder cobertura.

La diferencia entre los tres primeros casos y el cuarto era geográficamente significativa: los tres primeros habían ocurrido en el entorno de Baqueira, en la zona de las pistas y sus accesos. El cuarto había ocurrido en el centro de Vielha, a cuatro kilómetros de la estación. Eso podría indicar una variación de método. O podría indicar que el cuarto caso había comenzado en el centro del pueblo y continuado en la dirección del corredor forestal que ahora el equipo de Puig estaba rastrillando bajo la nieve de domingo.

Marta abrió la segunda capa del análisis: las cámaras de vigilancia.

La estación de Baqueira Beret tenía cámaras en cuatro puntos: el área de aparcamiento principal, la zona de alquiler de material en la base, el acceso al telecabina de Orri y la entrada al área de aparcamiento secundario del sector Este. Cuatro cámaras para una superficie de más de doscientos kilómetros cuadrados de territorio esquiable, lo cual dejaba un porcentaje de área no cubierta que era matemáticamente casi total. En el municipio de Naut Aran, la cobertura de videovigilancia pública era aún más limitada: la cámara del Ajuntament en la plaza de Arties, dos cámaras privadas de bancos en el centro de Vielha que grababan las entradas de sus establecimientos, y la cámara del aparcamiento del hotel Oriol que cubría únicamente su propio acceso privado.

El tramo entre Baqueira y Vielha, los cuatro kilómetros de carretera que seguían el río Nere y que incluían el corredor forestal donde esta mañana el equipo forense había encontrado ropa enterrada, no tenía una sola cámara. Ninguna en los accesos forestales. Ninguna en los senderos de servicio. Ninguna en los

cuatro kilómetros de carretera que unían la estación de esquí más cara de España con la capital comarcal del valle.

Eso no era un descuido. Era el resultado de años de decisiones de inversión que habían priorizado la cobertura de los puntos de servicio al cliente sobre cualquier otra consideración. En términos de rentabilidad inmediata, era una decisión perfectamente racional. En términos de lo que esa ausencia de vigilancia había permitido, durante cuánto tiempo y con qué consecuencias, la racionalidad dejaba de ser la palabra correcta.

Marta dibujó en el mapa de la pared, con un rotulador rojo que sacó del maletín, el contorno de la zona sin cobertura de cámara. Resultó ser una mancha que cubría aproximadamente el ochenta y siete por ciento del territorio de la comarca. El centro comercial y de servicios del valle, el dos por ciento restante, brillaba en el mapa como una isla de visibilidad rodeada de invisibilidad total.

Quien conocía ese mapa podía moverse en él con una impunidad que ningún sistema diseñado para proteger a los visitantes del valle era capaz de contrarrestar. Y quien lo conocía con esa precisión no lo había aprendido de un mapa, sino de la experiencia acumulada de moverse por ese territorio durante el tiempo suficiente para que el conocimiento se volviera instinto.

Eso reducía la hipótesis del visitante ocasional o del turista oportunista a algo que ya no podía sostenerse con ninguna honestidad intelectual. Esto era alguien del interior. Alguien con acceso permanente o semipermanente al territorio. Alguien que formaba parte de la infraestructura visible del valle con la suficiente regularidad como para que nadie lo viera de verdad, porque ver de verdad requiere que lo que observas contraste con lo que esperas y cuando alguien forma parte del paisaje esperado deja de generar ese contraste.

Esto era, pensó Marta mientras miraba el mapa con la mancha roja, la invisibilidad perfecta: no el disfraz ni la oscuridad ni la huida,

sino la presencia tan completa y tan familiar que se vuelve parte del fondo sobre el que los demás se mueven sin mirar.

A las once y cuarenta llamó Puig con novedades del rastreo.

—El equipo forense amplió el radio —dijo Puig—. Encontraron dos cosas más. Una mochila de montaña enterrada a ciento cuarenta metros del primer punto, a mayor profundidad. Y a doscientos diez metros, al borde del cauce del Nere, una zona con alteración del suelo que los técnicos quieren examinar mañana con mejor equipamiento.

Marta esperó.

—¿La mochila?

—Con contenido. Documentación personal, un monedero con tarjetas sin efectivo, un cargador de teléfono. —Puig hizo una pausa —. Los documentos corresponden a una chica de diecinueve años de Bilbao. Desaparición registrada hace dos temporadas en los archivos de la Guardia Civil. Caso archivado como voluntaria sin resolución.

Dos temporadas. Hacía dos temporadas. Antes de los cuatro casos que Marta había venido a investigar. Antes incluso del patrón que la coordinación de Lleida había identificado en los registros estadísticos como la anomalía que justificaba su desplazamiento.

—El caso de la chica de Bilbao —dijo Marta—. Tráigame el expediente esta tarde.

—Lo tengo en camino. —Otra pausa—. Marta. La zona del cauce del Nere que los técnicos quieren examinar mañana. El técnico principal me dijo algo antes de colgar que prefiero decirte en persona.

—Dígamelo ahora.

Un silencio breve.

—Dijo que la alteración del suelo no es reciente. Y que el cauce del Nere en ese tramo, en los meses de mayor caudal, cubre la orilla

hasta aproximadamente dos metros de donde encontraron la alteración. En invierno, con el río bajo y parcialmente congelado, esa zona queda al descubierto.

Marta procesó eso durante el tiempo exacto que necesitaba para procesarlo y no un segundo más.

—¿Cuándo puede estar el equipo completo de análisis mañana?

—Con luz. Las siete de la mañana.

—Estaré ahí.

Colgó y se quedó mirando el mapa en la pared. La mancha roja de la zona sin cobertura de cámara. El sendero forestal marcado con línea discontinua verde, que correspondía a la ruta que Toni Subias les había mostrado. El punto rojo donde el equipo forense había excavado esa mañana. Y ahora dos puntos más, marcados a lápiz porque todavía no tenían la categoría definitiva que merecía el rotulador rojo: la mochila de la chica de Bilbao, la alteración del cauce del Nere.

El mapa estaba cambiando. No la geografía, que llevaba siglos siendo lo que era, sino la lectura de esa geografía, que hasta esa mañana había sido la lectura de un territorio turístico y que ahora empezaba a parecerse a la lectura de algo completamente diferente: el territorio de alguien que llevaba años usando el paisaje como los paisajes nunca deben ser usados.

Erik llegó a las doce en punto con el abrigo cubierto de nieve fina que había empezado a caer en la última media hora, esa nieve de cristales pequeños y secos que el Pirineo produce cuando el viento baja del norte con la temperatura justa. Llamó a la puerta de la habitación y cuando Marta abrió, lo primero que vio fue el mapa en la pared con sus marcas de rotulador y sus puntos de lápiz, y se detuvo en el umbral un momento mirándolo con la expresión de quien reconoce la forma de algo antes de haber leído cada uno de sus detalles.

—Siéntese —dijo Marta.

Erik se sentó en la única silla de la habitación. Marta se quedó de pie frente al mapa.

Le contó lo de la mañana. Le contó la chaqueta roja, el guante negro, el teléfono con la batería extraída. Le contó la mochila de la chica de Bilbao, dos temporadas atrás, con los documentos personales todavía dentro. Le contó la alteración del cauce del Nere que los técnicos querían examinar al día siguiente con el material adecuado, y le contó lo que Puig había dicho sobre la relación entre el cauce y la orilla y los meses de mayor caudal, sin necesidad de explicitar lo que esa relación podría significar porque Erik era suficientemente inteligente para entenderlo sin que se lo explicaran y suficientemente honesto para no pretender que no lo había entendido.

Erik escuchó sin interrumpir. La expresión de su cara durante los diez minutos que duró el relato de Marta fue cambiando de la concentración al reconocimiento y del reconocimiento a algo que no era exactamente miedo pero que ocupaba el mismo espacio que el miedo cuando una persona entiende que el mundo al que creía pertenecer tiene una dimensión que no había percibido aunque hubiera estado delante de sus ojos durante todo el tiempo.

Cuando Marta terminó, hubo un silencio que ninguno de los dos interrumpió de inmediato.

—La chica de Bilbao —dijo Erik finalmente—. Hace dos temporadas.

—Caso archivado en la Guardia Civil como voluntaria sin resolución. —Marta señaló el mapa—. Lo que encontré esta mañana en GECOR, el sistema de análisis de datos telefónicos, son cuatro casos con el mismo patrón de corte de señal. Pero si añadimos los expedientes archivados que Puig identificó el viernes, que son catorce en ocho años, y empezamos a verificar los datos de telefonía

de esos casos más antiguos, el patrón puede ser mucho más largo de lo que tenemos documentado.

—¿Y la aplicación de la estación?

Era la pregunta que Marta había estado guardando para este momento, porque era la pregunta que conectaba los cuatro casos recientes con algo que todavía no podía verificar plenamente pero que tenía una dirección suficientemente clara.

—Esta mañana, mientras el equipo forense trabajaba en el bosque, solicité al juez de Lleida la orden de acceso a los mensajes privados de las cuentas de las cuatro víctimas en la aplicación de Baqueira Beret. La solicitud estaba avalada por Puig y fundamentada en los datos de telefonía que ya teníamos. El juez la autorizó a las once y media.

Erik la miró.

—¿Tan rápido?

—Le adjunté el informe preliminar del equipo forense de esta mañana. Cuando hay objetos enterrados en el bosque, los jueces tienden a considerar que la urgencia está justificada.

Marta abrió el ordenador portátil que tenía sobre la mesa, junto a los expedientes, y giró la pantalla hacia Erik. En ella, la interfaz de acceso a los servidores de la aplicación mostraba cuatro cuentas de usuario con sus respectivos historiales de mensajería privada.

—Los mensajes privados de las cuatro víctimas en las semanas previas a su desaparición —dijo Marta—. Los analicé mientras le esperaba.

Los cuatro perfiles tenían en común algo que Marta había identificado en los primeros minutos del análisis: en los días anteriores a sus respectivas desapariciones, los cuatro habían recibido mensajes de un perfil de usuario que se identificaba como SkiGuide_Pirineos. Un perfil con foto de una montaña nevada, sin fotografía personal, con una biografía que describía al usuario como

guía de esquí y montaña con experiencia en el Pirineo catalán. El perfil tenía ochenta y cuatro valoraciones positivas en la plataforma, lo que le daba una credibilidad estadística que cualquier usuario de la aplicación habría leído como señal de confianza.

Los mensajes eran diferentes en forma para cada víctima pero idénticos en estructura. Comenzaban con un comentario sobre alguna publicación reciente de la víctima en la plataforma, una valoración de pista o una pregunta sobre condiciones de nieve, algo que demostraba que el emisor había leído el perfil con atención. Seguían con una propuesta de sesión guiada, con términos específicos y precios que sonaban razonables para el contexto de la estación, y terminaban con una oferta de contacto directo para concretar los detalles fuera de la plataforma, con un número de teléfono que en los cuatro casos era diferente.

Los cuatro habían respondido. Los cuatro habían intercambiado más mensajes. Y en los días previos a sus desapariciones, todos ellos habían acordado una sesión con SkiGuide_Pirineos.

El perfil ya no existía. Había sido eliminado, según el registro de la plataforma, el mismo lunes en que Laura Valls había desaparecido. La eliminación había sido manual, no resultado de una suspensión por parte de la plataforma, lo que significaba que quien lo había creado lo había borrado deliberadamente una vez que había concluido el uso que necesitaba de él.

Los cuatro números de teléfono que el perfil había proporcionado a las víctimas eran números de tarjetas prepago, sin ningún registro de identidad vinculado, que habían sido utilizados brevemente y luego habían dejado de tener actividad. En el sistema de la operadora, figuraban como inactivos desde fechas que coincidían con las desapariciones.

Marta miró a Erik.

—Esto no es alguien que improvisa —dijo—. La plataforma fue usada con conocimiento técnico. Los números prepago fueron

adquiridos y desactivados con una metodología que requiere planificación. El perfil tenía ochenta y cuatro valoraciones genuinas de usuarios reales, lo que significa que llevaba tiempo construyéndose o que fue creado con una masa inicial de interacciones artificiales que la plataforma no detectó como anómalas.

—Alguien con conocimiento de cómo funcionan los sistemas de reputación digital.

—Alguien que ha aprendido que la confianza online se construye con números y que los números se pueden gestionar.

Erik miraba la pantalla con la atención de quien intenta memorizar lo que ve porque sabe que no habrá oportunidad de volver a verlo de la misma forma.

—Los cuatro —dijo—. Los cuatro cayeron en el mismo anzuelo construido de forma diferente para cada uno.

—La personalización es parte del método —dijo Marta—. No es el mismo mensaje para todos. Es un mensaje diseñado a partir del perfil específico de cada víctima. Lo que habían publicado, lo que les gustaba, a qué nivel esquiaban, qué tipo de experiencia buscaban. Eso requiere tiempo previo de observación de los perfiles antes de contactar.

—¿Cuánto tiempo antes?

Marta volvió al ordenador y buscó la fecha de la primera interacción del perfil SkiGuide_Pirineos con cada una de las cuatro víctimas en la plataforma.

—El primero fue con Álvaro Mendoza, dos semanas antes de su desaparición. Con Paula Giró, diez días antes. Con Laura Valls, nueve días antes. Con Iñigo Larrea, doce días antes. —Una pausa—. En los cuatro casos, el tiempo entre el primer mensaje y la desaparición estuvo entre nueve y catorce días.

—Una ventana de tiempo consistente.

—Consistente, no idéntica. Lo cual sugiere que la variable no es el tiempo sino el momento en que la víctima acepta el encuentro. El proceso se desarrolla hasta que hay un sí, y ese sí puede llegar antes o después dependiendo del perfil de la víctima y de la habilidad del emisor para calibrar el momento correcto.

Era una descripción que Marta había construido con el lenguaje neutro del análisis técnico, pero que debajo de ese lenguaje contenía algo que no era neutro en absoluto: la imagen de alguien sentado frente a una pantalla, leyendo los perfiles de jóvenes en una aplicación de esquí, eligiendo a quién contactar y con qué palabras exactas para que las palabras parecieran la versión de sí mismas que esa persona específica querría escuchar. Era una imagen que producía el tipo de repulsión que no necesita amplificación para ser intensa.

—¿Hay un perfil similar en los casos más antiguos? —preguntó Erik—. ¿En los catorce expedientes anteriores?

—Es lo que tengo que verificar. Pero si la aplicación existe desde hace cuatro temporadas, que es lo que me dijo el responsable técnico cuando solicité el acceso esta mañana, los casos anteriores a esa fecha no habrán pasado por esta vía.

—Lo cual significa que hay otro método de contacto previo para los casos más antiguos.

—O que el método fue evolucionando. Que empezó de una forma y se digitalizó cuando las herramientas digitales estuvieron disponibles. —Marta cerró el ordenador—. Lo que no cambia en ninguna de las dos hipótesis es el conocimiento del territorio. La plataforma puede haber cambiado. El corredor forestal es el mismo desde hace décadas.

Esa última frase cayó en la habitación con el peso de las frases que articulan con precisión algo que ya se sabía pero que al oírlo dicho en voz alta adquiere una solidez diferente. El corredor forestal es el mismo desde hace décadas. El bosque entre Baqueira y el Nere

no había cambiado. Lo que cambiaba era la herramienta con que alguien se acercaba a las víctimas, pero el lugar al que las llevaba después seguía siendo el mismo lugar, con los mismos abetos, con la misma explanada entre los tres troncos grandes, con el mismo cauce del río que en los meses de caudal alto cubría la orilla donde mañana el equipo forense iba a excavar con el material adecuado.

—Esta tarde —dijo Marta—, voy a solicitar a la coordinación de Lleida el análisis de los datos de telefonía de los catorce casos archivados. Si el patrón de corte abrupto de señal se repite en ellos, el marco temporal de esto deja de ser la anomalía estadística de ocho años que Lleida identificó y se convierte en algo cuya extensión real todavía no conozco.

—¿Cuándo tendrás esos datos?

—Mañana por la tarde, si el sistema no está saturado. Puede que el martes.

—Y mañana por la mañana está el cauce del Nere.

—Sí.

Los dos guardaron silencio durante un momento. Afuera, la nieve fina seguía cayendo sobre los tejados de la pensión con el sonido casi inaudible de la nieve seca, que no golpea sino que se posa, que no anuncia sino que simplemente llega y se queda y va cubriendo lo que encuentra debajo con la paciencia particular de los procesos que no tienen prisa.

—Hay algo que quiero decirle —dijo Erik—, aunque no sé si es el momento correcto para decirlo.

Marta esperó.

—Hay personas en este valle que van a intentar que esto no se sepa. No por malicia activa, no porque sean cómplices en ningún sentido legal. Sino porque saber destruye algo que para ellos es más importante que saber. Y cuando mañana el equipo forense excave el cauce del Nere y encuentre lo que probablemente va a encontrar, la

presión sobre usted para que gestione la información con una discreción que no merece la situación va a ser considerable.

Marta lo miró durante un momento.

—Lo sé —dijo.

—¿Y?

—Y la presión no determina lo que hago. Determina el esfuerzo que me cuesta hacerlo. Son cosas distintas.

Era una frase que Erik anotó en el cuaderno sin haber decidido conscientemente hacerlo, con la letra pequeña y rápida de los momentos en que algo se dice de una forma que merece ser preservada exactamente como se dijo.

A las dos de la tarde, Marta recibió un mensaje de Casamitjana con la primera identificación preliminar del teléfono encontrado esa mañana. El modelo correspondía a un iPhone de la generación de hace cuatro años, con número de serie que la operadora había confirmado en veinte minutos porque el expediente de aquella desaparición estaba en los registros. El teléfono pertenecía a la chica de Bilbao cuya mochila había sido encontrada a ciento cuarenta metros del primer punto de hallazgo.

Marta miró el mensaje durante un momento. Luego marcó el número del padre de la chica de Bilbao, que aparecía en el expediente como contacto de referencia de la denuncia presentada hace dos temporadas. El número sonó cuatro veces antes de que una voz masculina respondiera, con el tono levemente defensivo de quien ha aprendido, a fuerza de llamadas que no traían buenas noticias, a contestar el teléfono con precaución.

—¿Señor Urresti?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy la inspectora Marta Bosch, de la Unidad de Personas Desaparecidas de los Mossos d'Esquadra. Llamo en relación con el

caso de su hija Ane.

Un silencio al otro lado. No el silencio de la sorpresa, sino el silencio del que ha estado esperando esta llamada durante dos años y cuando llega no sabe si está listo para lo que viene después de ella.

—¿La encontraron? —dijo la voz del señor Urresti, con una contención que era la contención de quien lleva tanto tiempo aprendiendo a no esperar que ya no sabe si todavía puede permitirse esperar.

—Hemos encontrado objetos personales de Ane en el área donde estamos investigando —dijo Marta. Eligió cada palabra con la precisión de quien sabe que en este tipo de conversaciones la imprecisión no protege sino que daña más—. Su teléfono, su mochila con sus documentos. La investigación está en curso. Mañana tendremos más información.

Otro silencio. Más largo.

—¿Está viva?

—No lo sé todavía, señor Urresti. Le juro que en cuanto lo sepa, usted será el primero en saberlo.

La conversación duró cuatro minutos más, durante los cuales Marta fue la voz que respondía preguntas que no tenían respuesta completa todavía y que sostenía esa conversación con la firmeza de quien sabe que lo que el padre al otro lado del teléfono necesitaba en ese momento no era información que ella no tenía sino la certeza de que alguien estaba mirando, de verdad, con toda la atención disponible. Que la indiferencia del sistema que había archivado el caso de Ane Urresti hace dos años como voluntaria sin resolución había encontrado, al menos ahora, a alguien dispuesta a no reproducirla.

Cuando colgó, Erik la miraba desde la silla con la expresión de quien ha escuchado sin querer una conversación que no estaba

destinada a él pero que ha entrado de todas formas.

—¿Tiene familia cercana? —preguntó Erik.

—El padre. La madre murió hace año y medio. Ane tenía un hermano menor.

—¿Qué les dijo exactamente?

—Lo que sabía. Ni más ni menos.

Era la forma en que Marta hacía ese tipo de llamadas, y llevaba haciéndolas suficientes años como para saber que no había una forma correcta de hacerlas, solo formas más o menos honestas, y que la honestidad en esos momentos tenía un costo que no por ser el correcto resultaba fácil de pagar.

La tarde continuó con el análisis. Marta trabajó durante tres horas más en la habitación de la pensión, construyendo lo que llamaba internamente el mapa de invisibilidad del caso: la superposición entre las zonas sin cobertura de cámara, las zonas con señal de telefonía mínima o nula, los accesos forestales no documentados en los mapas públicos de la estación, y los puntos de hallazgo material de esa mañana. El resultado era un territorio dentro del territorio, un espacio que existía en el mismo paisaje que los turistas fotografiaban desde las pistas pero que no aparecía en ninguno de los sistemas diseñados para gestionar, controlar o registrar la actividad humana en la zona.

Lo que emergía de esa superposición no era un accidente geográfico. Era, con una claridad que se volvía más nítida a medida que las capas de información se acumulaban, el mapa operativo de alguien que había estudiado el territorio con una intención específica y que había convertido sus puntos ciegos en herramientas de una precisión que ningún sistema había sido diseñado para reconocer porque nadie había considerado necesario diseñar sistemas para reconocer exactamente ese tipo de uso.

La invisibilidad no era un rasgo del paisaje. Era una habilidad que alguien había cultivado durante el tiempo suficiente para que se pareciera a un rasgo del paisaje. Y esa distinción, entre lo que el territorio hacía posible y lo que alguien había elegido hacer con esa posibilidad, era la diferencia entre la geografía y el crimen, entre el accidente y la decisión, entre el valle tal como existía y el valle tal como alguien lo había usado para propósitos que ningún folleto de la estación más exclusiva de España habría sabido imaginar.

A las seis de la tarde, Marta guardó los expedientes, dobló el mapa de la pared con cuidado para no dañar las marcas del rotulador, y le envió a Puig un mensaje con los resultados del análisis del día resumidos en diez puntos. Era un resumen que Puig necesitaría para justificar ante el sergent major los recursos del día siguiente, y que tendría que redactar con la economía de los informes institucionales, sin el peso emocional de lo que cada dato representaba cuando se consideraba no como dato sino como consecuencia.

Erik se fue a las seis y cuarto con el cuaderno lleno de notas y la expresión de alguien que ha pasado la tarde en un espacio donde la información que entraba era demasiado densa para que la salida fuera fácil. En la puerta, antes de irse, se giró una vez.

—Mañana en el cauce del Nere —dijo.

—Sí —dijo Marta.

—¿Quiere que vaya?

Marta pensó en eso durante un momento. Lo que el equipo forense encontrara mañana en el cauce del Nere era algo que todavía no conocía, pero que todos los indicios de la tarde apuntaban hacia una categoría que requeriría ser manejada con un cuidado que iba más allá del cuidado técnico de la investigación. Requeriría el cuidado de alguien que había aprendido, en cinco años de trabajo en el valle, a leer lo que el valle guardaba debajo de su superficie funcional y que podría ayudarle a entender no solo lo que

encontraran sino lo que significaría para el lugar donde lo encontraran.

—Venga —dijo—. Pero venga como quien viene a entender algo, no como quien viene a escribir sobre ello. Lo otro llega después.

Erik asintió. Salió. La puerta de la habitación se cerró con el sonido específico de las puertas de pensión, un poco más blando que el de las puertas de hotel, con esa cualidad de los umbrales que llevan décadas separando lo de dentro de lo de fuera sin haber decidido nunca de qué lado están.

Marta se quedó sola en la habitación con el mapa doblado sobre la mesa y los expedientes apilados en el orden en que los necesitaría mañana. Miró el techo durante un momento con la mirada de quien no está mirando el techo sino algo que está más allá del techo y que el techo simplemente no tiene la capacidad de interrumpir.

El mapa de los invisibles, lo que las cámaras no grababan y los algoritmos no detectaban, estaba completo. No como solución sino como problema con forma. Y un problema con forma era ya algo radicalmente diferente de un problema sin forma, aunque la diferencia no fuera visible desde fuera, aunque el valle a esa hora de domingo siguiera siendo exactamente lo que había sido siempre para los que llegaban a él sin saber lo que ella ahora sabía.

Mañana, con el equipo forense en el cauce del Nere y los datos de telefonía de los catorce casos archivados llegando a través del sistema de Lleida, ese mapa iba a adquirir una dimensión adicional que hoy todavía no estaba dibujada. Una dimensión que la investigación necesitaba y que el valle, en algún sentido que todavía le costaba articular con precisión, también necesitaba, aunque nadie dentro de él lo hubiera pedido.

Algunas cosas se hacen no porque sean fáciles ni porque el resultado garantice compensar el costo de hacerlas, sino porque no hacerlas tiene un precio que resulta imposible de pagar sin dejar de ser exactamente lo que uno ha elegido ser.

Marta apagó la luz de la mesilla y escuchó el silencio del valle a las siete de la tarde de domingo, ese silencio específico del final del fin de semana cuando los primeros coches con matrículas de Barcelona y Madrid ya empezaban a subir hacia el túnel de Vielha con los esquís en el techo y el cansancio satisfecho de quien ha pasado dos días haciendo exactamente lo que había planeado hacer. El valle respiraba ese ritmo semanal con la regularidad de un mecanismo que lleva décadas calibrado para ello.

Y debajo de ese mecanismo, en el bosque que bordeaba el río Nere, enterrado bajo ochenta y tres centímetros de nieve y tiempo, había objetos que habían estado esperando con la única paciencia que tienen los objetos: la de los que no pueden moverse solos, que no pueden reclamar atención ni señalar su propia existencia, que dependen de que alguien decida buscar en el lugar correcto con las preguntas correctas y la voluntad de sostener lo que encuentran aunque pese más de lo que esperaban.

Alguien había decidido buscar. Y lo que había encontrado esa mañana era solo la primera capa de todo lo que el valle guardaba, con la paciencia perfecta de la nieve sobre las cosas que no quieren ser vistas, esperando el deshielo que siempre llega.

Capítulo 7

Alguien que conoce la nieve

El perfil del que nunca parece sospechoso

El lunes amaneció gris, con una cobertura de nubes bajas que habían bajado del Port de la Bonaigua durante la madrugada y que borraban las cimas y comprimían el valle hasta convertirlo en un espacio más estrecho y más opresivo de lo que era con cielo despejado. Marta llevaba veinte minutos en el cauce del Nere cuando la luz cambió de la penumbra azulada del alba a esa claridad difusa y sin sombras de los días encapotados en alta montaña, una claridad que no proyectaba ni revelaba sino que simplemente hacía visible lo que ya estaba ahí esperando ser visto.

Lo que el equipo forense encontró en el cauce del Nere a las ocho menos cuarto de la mañana era lo que todos en el equipo ya sabían que iban a encontrar desde el momento en que Casamitjana había introducido la varilla la tarde anterior y había descrito la alteración del terreno con esa economía de palabras de los que han visto suficiente como para saber que algunos datos no necesitan adjetivos.

Los restos de dos personas. Enterrados a distintas profundidades en la orilla del río, en una zona que durante los meses de mayor caudal quedaba parcialmente cubierta por el agua y que en enero, con el Nere bajo y con los bordes congelados, quedaba al descubierto con la frialdad específica de los secretos que el tiempo no ha podido destruir porque el tiempo tampoco siempre consigue lo que se propone.

Marta se quedó en el perímetro que Casamitjana había delimitado con cinta amarilla mientras el equipo trabajaba en silencio

dentro. No era una escena que requiriera su presencia inmediata sobre el terreno. Lo que requería era que alguien con autoridad estuviera ahí, que la cadena de custodia no tuviera ningún eslabón débil, que lo que se levantara de ese suelo llegara al laboratorio con la integridad que necesitaría en un proceso judicial que todavía estaba a meses de distancia pero que empezaba aquí, en este punto exacto del mapa, a las ocho menos cuarto de un lunes gris de enero.

Erik estaba a diez metros detrás de ella, fuera del perímetro, sin el cuaderno que en otras circunstancias habría llevado en la mano. Lo había dejado en el bolsillo del abrigo, como había prometido. Marta lo sabía sin mirarlo, de la misma forma que sabía dónde estaba Casamitjana y dónde estaban los dos técnicos auxiliares y dónde estaba Puig, que había llegado a las siete y cuarenta con la cara de alguien que ha dormido tres horas y que ha decidido que eso es suficiente para funcionar porque no hay alternativa.

Llamó al sergent major de la demarcación a las ocho y doce, cuando el equipo forense había completado el primer registro fotográfico del hallazgo y Casamitjana le había confirmado en voz baja los datos preliminares. La conversación duró siete minutos. El sergent major era un hombre al que Marta conocía de nombre y de tres reuniones de coordinación en Lleida, un hombre de los que entienden lo que se les dice sin necesitar que se lo expliquen dos veces y que tienen el hábito de preguntar solo lo que van a poder usar. Lo que necesitó en esos siete minutos quedó claro a los dos minutos de conversación y los cinco restantes fueron el proceso de poner en marcha lo que tenía que ponerse en marcha: refuerzos de la Unitat Central de Homicidis de Barcelona, coordinación con la Guardia Civil para los aspectos forestales de la investigación, notificación a la fiscalía de Lleida para el nombramiento de un juez instructor que asumiera el caso con la dimensión que ahora tenía.

Cuando colgó, el valle seguía siendo el mismo valle. Las nubes seguían bajas. El Nere seguía fluyendo bajo la capa de hielo de los bordes con ese ruido sordo del agua que se mueve bajo la nieve, que es uno de los sonidos más difíciles de escuchar cuando lo que

has encontrado a veinte metros de ese agua ha estado allí más tiempo del que nadie había querido calcular.

Puig se acercó a ella cuando colgó.

—¿Cuándo llegan los de Barcelona?

—Esta tarde, si pueden. Mañana por la mañana a más tardar.

Puig asintió con la cabeza de los que procesan las noticias difíciles sin tomarse tiempo para procesarlas porque el tiempo que se toma para procesar es tiempo que no se usa para actuar, y en su experiencia actuar siempre era la mejor respuesta a los momentos en que la situación rebasaba lo que tenías preparado para manejar.

—¿Sigo coordinando aquí?

—Hasta que lleguen los de Barcelona. Luego veremos. —Marta lo miró directamente—. Puig. Lo que ha encontrado esta mañana su equipo es el resultado de trabajar bien en condiciones difíciles. Eso quedará en el expediente.

Puig no respondió a eso. Lo registró con la expresión de quien recibe algo que no había pedido y que no sabe todavía si quiere, y se fue hacia Casamitjana para coordinar el siguiente tramo del trabajo.

Marta se giró hacia donde estaba Erik.

Lo que vio en su cara no era la expresión de un periodista en presencia de una historia grande. Era la expresión de alguien que está en un lugar donde ha estado antes en términos emocionales, donde la profesión y la persona se separan de la forma en que se separan cuando la historia deja de ser una historia y se convierte en algo que te afecta porque no puedes hacer que no te afecte, porque haberlo intentado habría sido una forma de traicionar algo que tiene más peso que la neutralidad.

Caminó hacia él.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —preguntó Erik, en voz baja, sin apartar los ojos del perímetro.

—El análisis forense lo determinará. El estado de conservación sugiere temporadas distintas. —Marta esperó un momento antes de añadir—: No son los casos recientes.

Erik procesó eso.

—Los catorce expedientes archivados.

—Dos de ellos, probablemente. El resto está todavía bajo la nieve en puntos que el rastreo tendrá que identificar en los próximos días.

Estuvieron callados un momento, los dos mirando el trabajo del equipo forense en el cauce del Nere con la nieve gris alrededor y las nubes bajas que hacían que el espacio pareciera más pequeño de lo que era, más cercano, más sin escapatoria.

—Esta tarde necesito trabajar —dijo Marta—. Lo del perfil. Tengo una consulta con un psicólogo forense con quien trabajo de forma no oficial. Voy a necesitar que me cuente lo que sabe del entorno laboral de la estación.

—¿Cuándo?

—A las cuatro.

Volvieron a Vielha por la carretera que bordeaba el Nere, sin hablar más de lo necesario para coordinar la tarde, con el sonido de las cadenas sobre el asfalto helado como único ruido aparte del motor, y el valle a su alrededor haciendo lo que hacía siempre, existiendo con la indiferencia particular de los lugares que no han pedido que las historias que ocurren en ellos ocurran en ellos.

La habitación de la pensión a las dos de la tarde olía al café que Marta había calentado dos veces sin terminarse ninguna de las dos. Los expedientes seguían extendidos sobre la cama, pero en un orden diferente al de la mañana, reorganizados durante las horas

intermedias alrededor de una pregunta que había estado tomando forma desde el amanecer y que ahora tenía la densidad suficiente como para ser formulada con precisión.

¿Quién es esta persona?

No el nombre. Eso llegaría por otro camino, a través del análisis del perfil digital de la aplicación y de los testimonios que el rastreo de los próximos días produciría. Lo que Marta necesitaba ahora era la forma de esa persona antes de tener la identidad, porque la forma la orientaría hacia los lugares correctos y la identidad sola, sin la forma, era una respuesta a la pregunta equivocada.

Llamó a Andreu Prats a las dos y cuarto.

Andreu Prats tenía cuarenta y seis años y era psicólogo forense con consulta en Lleida y colaboración informal con la Unitat de Persones Desaparegudes desde hacía siete años. No tenía vinculación institucional con los Mossos, que era precisamente la razón por la que Marta lo usaba en los momentos en que necesitaba un análisis que no tuviera que pasar por los filtros del protocolo oficial: Andreu le decía lo que pensaba con la franqueza de quien no tiene un expediente personal que proteger y cuya única obligación era hacia la verdad del análisis.

—Tengo un caso —dijo Marta cuando Andreu respondió—. Necesito una hora de tu tiempo esta tarde.

—¿Qué tipo de caso?

—Depredador serial en entorno de turismo de alta montaña. Período de actividad largo, posiblemente más de una década. Método de contacto evolucionado, del presencial al digital. Conocimiento técnico del territorio que supera al de cualquier visitante ocasional.

Una pausa al otro lado.

—¿Cuántas víctimas?

—Con certeza, cuatro recientes. Con probabilidad, catorce más a lo largo de ocho años. Esta mañana encontramos restos que confirman al menos dos de esos casos más antiguos.

—¿Dónde estás?

—En Vielha. Valle de Arán.

—¿Puedes hacer una videollamada a las cuatro?

—Sí.

—Mándame lo que tienes antes de las tres y media. Todo lo que puedas compartir sin que comprometa la cadena de custodia.

Marta pasó la hora siguiente preparando el resumen para Andreu. Era un ejercicio que hacía con los casos difíciles y que servía como doble función: preparar al consultor y clarificarse a sí misma, porque el proceso de reducir un caso complejo a sus elementos esenciales para que alguien que no lo conoce lo entienda en quince minutos obligaba a identificar qué era realmente central y qué era ruido que el tiempo invertido en el caso había convertido en aparentemente central. El perfil del perpetrador que emergía del resumen tenía tres características que Marta había marcado en rojo antes de enviar el documento: primero, el conocimiento topográfico específico del corredor forestal y sus puntos ciegos; segundo, la capacidad para construir confianza con víctimas jóvenes en el vocabulario y los códigos del mundo del esquí; y tercero, la invisibilidad funcional en un entorno de alta densidad turística.

Esas tres características podían pertenecer a un número considerable de personas en el contexto del valle. Lo que las hacía específicas era su combinación con un cuarto elemento que Marta había añadido al final del resumen casi como nota al pie, porque todavía no sabía si tenía el peso que creía que tenía: la paciencia. Quien hacía esto no tenía prisa. Había construido durante años una presencia funcional en el entorno de la estación, había calibrado las herramientas de contacto a medida que las herramientas evolucionaban, había mantenido la disciplina de no repetir

exactamente el mismo patrón en dos casos consecutivos de modo que resultara reconocible para observadores casuales. Esa paciencia era un rasgo que los perfiles forenses de depredadores en entornos similares identificaban habitualmente como el indicador más consistente de alguien que no actuaba por impulso sino desde una estructura interna que había tardado tiempo en construirse y que era, en algún sentido que resultaba perturbador nombrarlo así, duradera.

La videollamada con Andreu comenzó a las cuatro y dos minutos. La pantalla del portátil mostraba la cara de Andreu Prats con la estantería de libros de su consulta de Lleida al fondo, esa estantería que Marta había visto en suficientes llamadas previas como para haber memorizado sin quererlo los títulos de los lomos que aparecían en primer plano. Andreu tenía el documento que ella le había enviado abierto en otra ventana, con los subrayados amarillos que hacía siempre cuando leía material de caso antes de una consulta.

—Lo he leído dos veces —dijo Andreu, sin preámbulo.

—¿Y?

—Hay algo en la combinación de características que me resulta coherente con un perfil que no es infrecuente en entornos laborales estacionales de turismo de montaña, pero que normalmente no llega a este nivel de sistematización. La mayoría se quedan en el impulso. Este no.

—Descríbemelo.

Andreu abrió el documento en la pantalla, aunque Marta sabía que no lo necesitaba para hablar: lo había abierto como gesto de referencia común, para que los dos estuvieran mirando el mismo texto mientras construían el análisis.

—Lo primero que me llama la atención —dijo Andreu— es la arquitectura del método de contacto. No es un método de oportunidad. Es un método de selección seguida de acercamiento,

que son dos fases distintas que requieren habilidades distintas. La selección implica la capacidad de identificar víctimas que tienen las características que busca: jóvenes, visitantes, en un entorno de autonomía relativa, con acceso digital. El acercamiento implica la capacidad de presentarse de una forma que resulte exactamente lo que esa persona específica encuentra tranquilizador.

—Alguien con inteligencia social alta.

—Más que eso. Alguien con la capacidad de leer a las personas en tiempo real y ajustar su presentación en función de lo que lee. Eso no es solo inteligencia social: es una habilidad que se aprende con la práctica de hacerlo muchas veces. —Andreu giró ligeramente en su silla—. En perfiles similares que he analizado, esa habilidad de ajuste suele desarrollarse en contextos laborales donde la interacción con extraños es el núcleo de la actividad. Trabajos de cara al público. Trabajos donde la primera impresión es el producto.

—Instructor de esquí. Guía de montaña. Personal de servicios en la estación.

—Cualquiera de esos. Lo que los une no es el cargo sino la función: personas que han aprendido a hacer que otros confíen en ellos rápidamente porque eso es literalmente para lo que se les paga. Y que en algún momento empezaron a usar esa habilidad para algo que no estaba en la descripción del puesto.

Marta anotó eso en el cuaderno.

—Lo segundo que me resulta significativo —continuó Andreu— es la evolución del método. La transición del contacto presencial al digital que describes no es solo una actualización de herramientas. Es una señal de adaptación activa. Alguien que observa cómo cambia el entorno en que opera y ajusta su comportamiento para seguir siendo funcional en ese entorno modificado. Eso requiere lo que en los estudios de comportamiento predatorio se describe como orientación al mantenimiento del sistema: la prioridad no es la acción individual sino la sostenibilidad de la práctica a largo plazo.

—Lo que explica la paciencia.

—La paciencia no es una virtud en este perfil. Es una estrategia. Es la razón por la que ha podido continuar durante el tiempo que describe sin haber sido identificado. Alguien impulsivo habría cometido errores de visibilidad. Este eligió deliberadamente el ritmo que le permitía seguir siendo parte del paisaje esperado.

Marta dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—Andreu. ¿Cómo es esta persona en su vida cotidiana? No en el momento de la acción. En la pausa entre las acciones.

Andreu tardó un momento.

—Completamente funcional. Eso es lo que hace que estos perfiles sean tan difíciles de identificar en entornos comunitarios. No hay descompensación visible en la vida ordinaria. Relaciones sociales normales, rendimiento laboral estable, ningún comportamiento que active las alarmas de quienes lo rodean. —Una pausa—. En algunos casos hay incluso una percepción positiva del entorno: la persona que siempre está dispuesta a ayudar, el colega fiable, el que conoce el territorio mejor que nadie y está dispuesto a compartir ese conocimiento. La utilidad como camuflaje.

La utilidad como camuflaje. Marta lo escribió en el cuaderno con las comillas que usaba cuando una formulación era demasiado precisa para parafrasearla.

—¿Hay algún indicador en el entorno laboral que con retrospectiva resulte relevante? ¿Algo que la gente recuerde que en su momento no conectó con nada?

—Siempre. En estos perfiles hay invariablemente un momento, cuando se hace pública la identidad, en que personas del entorno dicen que había algo que no encajaba del todo pero que nunca resultó suficientemente concreto como para nombrarlo. Una disponibilidad inusual para determinados tipos de situaciones. Un interés demasiado específico en ciertos detalles del entorno que en

el momento parecía profesionalismo y en retrospectiva resulta ser otra cosa. —Andreu miró la pantalla—. La diferencia entre el profesionalismo genuino y la vigilancia predatoria es muy pequeña desde fuera. Se distinguen en la intención, que no es visible, y en el patrón de a qué se presta atención, que tampoco suele ser visible a menos que alguien lo esté buscando deliberadamente.

—¿Qué tipo de reacción tendrá cuando se acerque la investigación?

—Eso depende de cuánto tiempo lleva manteniendo el sistema. Si son más de una década, habrá desarrollado protocolos de respuesta al riesgo que son tan automáticos como el resto del comportamiento. No va a derrumbarse con la primera presión. Va a aumentar la atención al entorno. Va a comportarse con una normalidad todavía más estudiada. Y va a hacer exactamente lo que siempre ha hecho cuando algo amenazaba el sistema: esperar a que la amenaza pierda intensidad y seguir.

—A no ser que la amenaza no pierda intensidad.

—A no ser que eso. En ese caso, la respuesta puede ser la retirada total o un cambio de táctica que en algunos perfiles se manifiesta como un error de juicio, una acción apresurada que rompe el patrón establecido. Es el momento en que los perfiles de este tipo son más vulnerables, pero también el momento en que son potencialmente más peligrosos.

La videollamada terminó a las cinco y veinte. Marta cerró el portátil y se quedó mirando el cuaderno durante un momento. Lo que Andreu había descrito era un perfil sin nombre, sin cara, sin ningún dato concreto de identificación que pudiera introducir en ningún sistema. Era una forma, como había pensado esa mañana en el cauce del Nere. Pero era una forma con características muy específicas, y esas características eran el filtro que necesitaba para reducir el territorio de búsqueda a algo manejable.

Llamó a Erik.

—Necesito que me hable de la gente que conoce en el entorno de la estación —dijo cuando Erik respondió—. No nombres concretos todavía. Categorías de personas que encajen en un perfil que le voy a describir.

—¿Cuándo?

—Ahora, si puede.

Erik llegó a la pensión quince minutos después, con el frío de la tarde pegado al abrigo y la expresión de quien ha pasado las horas anteriores procesando lo de la mañana sin haber encontrado todavía el lugar correcto donde alojarlo. Marta le sirvió el café que tenía preparado y le explicó, con la economía de quien ya sabe qué es relevante y qué no, los puntos fundamentales de la consulta con Andreu.

Erik escuchó con esa atención que Marta había aprendido a reconocer como su atención de trabajo, diferente de la atención social: más quieta, sin los pequeños movimientos de asentimiento que la gente usa para señalar que escucha, simplemente la quietud de alguien que está procesando y no quiere que el procesamiento sea interrumpido por los gestos de la cortesía.

Cuando Marta terminó, Erik se quedó un momento en silencio.

—Instructores de esquí freelance —dijo finalmente—. Los que trabajan temporada tras temporada sin estar ligados a ninguna empresa concreta. En Baqueira hay un sistema de instructores independientes que tienen licencia de la estación pero que no forman parte de la escuela oficial. Trabajan por su cuenta, buscan sus propios clientes, son completamente autónomos. Algunos llevan diez o quince temporadas con esa modalidad.

—¿Cuántos hay?

—La estación tiene un registro de instructores independientes con licencia activa. No sé el número exactamente, pero estamos hablando de treinta o cuarenta personas. La mayoría trabajan la

temporada aquí y pasan el verano en otras estaciones o haciendo guía de alta montaña. No tienen domicilio fijo en el valle, pero tienen una presencia tan regular como cualquier residente.

—Presencia regular sin vinculación residencial. —Marta lo anotó —. ¿Hay algún control sobre esos instructores entre temporadas?

—Ninguno que yo conozca. La licencia se renueva cada año si no hay incidencias. Fuera de la temporada son personas privadas que hacen lo que quieren.

—¿Y los guías de montaña?

—Categoría similar, aunque con menos número. En el Pirineo hay una federación de guías que tiene su propio registro, con requisitos de formación y experiencia. Pero el control de actividad real en el territorio es difícil. Un guía que lleva quince años subiendo al Aneto o cruzando por la Bonaigua conoce cada sendero, cada refugio, cada acceso secundario con una precisión que ningún mapa recoge porque parte de ese conocimiento es práctico y se acumula con los años, no se aprende en ningún curso.

—¿Hay guías con presencia habitual en el entorno de Baqueira que también tengan conocimiento del área forestal del Nere?

Erik pensó durante un momento.

—Hay uno o dos que trabajan las dos cosas: guía de esquí en temporada alta y guía de rutas de montaña en verano. El valle les da trabajo durante todo el año. —Hizo una pausa—. Y luego está el personal de mantenimiento de pistas y de las instalaciones. Los pisteros, los técnicos de los remontes, la gente que trabaja en los generadores de nieve artificial. Esos conocen los accesos técnicos con una precisión que va más allá de lo que cualquier mapa recoge, porque son ellos quienes los crean y los mantienen. Toni Subias es uno de ellos, pero hay una decena más con el mismo tipo de conocimiento.

—¿Cuántos de esos llevan más de diez temporadas?

Erik calculó mentalmente.

—En el personal de mantenimiento de pistas, cuatro o cinco con más de diez temporadas. Algunos llevan quince o veinte. —Se detuvo—. Y hay una categoría más que no he mencionado todavía.

Marta esperó.

—Las empresas de logística. La estación externaliza parte de sus operaciones de transporte de material y equipamiento. Hay empresas locales que llevan décadas haciendo ese trabajo, que tienen acceso a zonas de la estación que el público no tiene, que conocen los horarios, los turnos, las rutas de acceso a los sectores que están cerrados al esquiador. Personas que forman parte del funcionamiento invisible de la estación pero que no aparecen en ningún organigrama visible.

Marta dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—La lista que acaba de construir tiene entre cuarenta y sesenta personas —dijo—. Todas ellas con alguna combinación de las características del perfil. Conocimiento del territorio. Capacidad de insertarse en el entorno sin generar alarma. Acceso a los códigos del mundo del esquí.

—Sí.

—¿Cuántas de esas personas tienen presencia habitual en el valle que pueda ser rastreada más allá de la temporada?

—La mayoría, si sabes dónde buscar. El valle es pequeño. Los que llevan quince temporadas dejan rastro: la gente los recuerda, aunque no siempre con nombre. El tipo que siempre estaba por ahí. El instructor que trabajaba con grupos de jóvenes. El pistero que conocía todos los accesos.

—Necesito que construya esa lista. No para publicarla. Para que yo pueda empezar a verificar quién de ellos tiene también acceso a plataformas digitales de la estación y habilidad suficiente para construir el perfil que usó para contactar con las víctimas.

—¿Eso no es trabajo de la investigación?

—Es trabajo de la investigación. Pero la investigación va a tener refuerzos que no he pedido y que van a llegar con su propio método que no incluirá el conocimiento que usted tiene del entorno local. Si tengo la lista antes de que lleguen, puedo orientar el trabajo de los de Barcelona antes de que creen duplicidades o generen ruido donde necesito silencio.

Erik asintió. No como gesto automático, sino como el resultado de una deliberación que Marta podía ver en su cara con la claridad de quien ha aprendido a leer ese proceso en los otros.

—Hay una cosa que quiero decir antes de seguir —dijo Erik.

Marta esperó.

—Lo que voy a hacer, construir una lista de personas que podrían encajar en un perfil, es diferente a acusar a nadie. Pero implica nombrar nombres en un contexto que tiene consecuencias para esos nombres aunque no haya ninguna certeza todavía.

—Lo sé —dijo Marta—. Por eso se lo pido a usted y no a otro. Porque es el que tiene más probabilidad de hacerlo bien.

Era un cumplido que no pretendía serlo, solo una evaluación honesta, y Erik lo recibió como lo que era.

—Dame hasta mañana por la mañana.

Lo dijo con la calma de quien ha tomado una decisión que no le gusta completamente pero que entiende que es la correcta, lo cual es una forma de madurez que no tiene nada de cómoda.

Erik se fue a las seis y cuarto. Marta pasó la hora siguiente revisando los expedientes de los catorce casos archivados que el sistema de coordinación de Lleida había ido completando durante el día. Los datos de telefonía llegaron a las seis y media en un archivo que el técnico de análisis había procesado con la urgencia que la situación justificaba. El patrón de corte abrupto de señal que había

identificado en los cuatro casos recientes se repetía en nueve de los catorce casos archivados. Los cinco restantes correspondían a fechas anteriores a la expansión de la cobertura de telefonía en el área, que había llegado tarde al valle por las dificultades de infraestructura en zonas de alta montaña.

Nueve casos verificados con el mismo patrón. Cuatro recientes. Trece en total, con los catorce casos incluyendo uno que los datos de telefonía no podían confirmar por razones técnicas pero que el análisis contextual hacía consistente con los demás.

Trece casos que el sistema había procesado por separado como historias aisladas y que el análisis conjunto convertía en algo que tenía una forma, una duración y una consistencia que resultaban imposibles de atribuir a ninguna otra cosa que no fuera la acción deliberada y sostenida de una persona que llevaba más de una década operando en el mismo territorio con el mismo método fundamental aunque con las adaptaciones técnicas que cada época requería.

Marta se levantó de la silla donde llevaba dos horas sentada, fue a la ventana y miró la calle Mayor de Vielha. Las siete de la tarde de un lunes de enero, con el fin de semana ya ido y el siguiente todavía a días de distancia, era el momento en que el valle respiraba con más naturalidad, sin la presión de la masa turística y sin la tensión de su ausencia. Había una pareja con un niño pequeño que salía de la farmacia. Un hombre mayor con una bolsa de la compra. Dos chicas jóvenes que reían de algo mientras caminaban hacia el centro.

La gente del valle en su lunes ordinario. Sin saber todavía lo que había sido encontrado esa mañana en el cauce del Nere, aunque algunos ya lo intuían porque los valles pequeños tienen sistemas de información informal que operan a velocidades que los medios no alcanzan. Sin saber todavía que la investigación había cruzado una frontera que hacía que los refuerzos de Barcelona llegaran mañana

con la urgencia de los que ya no pueden argumentar que era pronto para movilizarse.

Sin saber, sobre todo, que entre ellos, o entre las personas que cada temporada formaban parte del paisaje funcional de su valle, había alguien que conocía la nieve con la familiaridad de quien la ha usado durante años no como fondo de una postal sino como elemento de algo que la nieve, en su indiferencia blanca, no tenía ninguna capacidad de juzgar.

El teléfono vibró.

Era un mensaje de Erik. No un mensaje largo: cuatro palabras y un número.

Tengo una idea. Llámame.

Marta lo llamó.

—Cuando hablé con Neus, la del alquiler de material —dijo Erik sin preámbulo—, ella describió a la persona que preguntó por Laura Valls como alguien que le resultaba familiar pero que no podía ubicar. Dijo que era el tipo de persona que parece familiar aunque no la hayas visto nunca. Y Raquel, la guía de pistas, dijo algo similar sobre los dos casos en que estuvo presente. Alguien sin rasgos marcados. Que podría ser cualquiera.

—Lo recuerdo.

—Pero eso no es exactamente lo que dijeron. —Una pausa—. Lo que dijeron es que tenían la sensación de haberlo visto antes. No de cualquier persona anónima sino de alguien específico que les resultaba vagamente conocido. Esa diferencia importa.

Marta procesó eso.

—Familiares sin contenido —dijo, usando la formulación que había anotado el día en que hablaron con Neus—. Alguien cuya presencia es tan habitual en ese entorno que el cerebro lo registra

como conocido aunque la memoria no tenga el detalle suficiente para ubicarlo.

—Exacto. Y si eso es cierto, no estamos buscando a alguien que sabe cómo pasar desapercibido. Estamos buscando a alguien que es tan frecuente en ese entorno que su presencia ha dejado de activar la atención consciente de la gente que lo ve. Que es distinto.

—Es alguien que está ahí con regularidad suficiente para que su imagen se haya integrado en el mapa mental de quienes trabajan en la estación. No un visitante. No alguien de paso. Alguien que está ahí temporada tras temporada con suficiente consistencia como para volverse parte del decorado.

—Eso reduce la lista —dijo Erik—. Mucho.

Marta se giró hacia el mapa en la pared. Los puntos rojos de los hallazgos de la mañana. La mancha roja de la zona sin cobertura de cámara. La línea discontinua verde del sendero forestal. Todo construyendo una imagen que todavía tenía un centro vacío, un nombre que no estaba escrito, pero que la forma a su alrededor presionaba hacia la superficie con la insistencia de las cosas que han esperado demasiado tiempo ya.

—Mañana por la mañana —dijo—. Con la lista que va a construir esta noche, cruzada con los registros de licencias de instructores y guías que Puig tiene en el sistema, voy a tener algo concreto para cuando lleguen los de Barcelona.

—¿A qué hora llegan?

—A las diez.

—Te llamo a las ocho con lo que tenga.

Marta colgó y volvió a los expedientes. Pero antes de sentarse, se detuvo frente al mapa durante un momento más. Había algo en la distribución de los puntos de hallazgo, en la geometría del corredor forestal y su relación con los puntos de desaparición de las víctimas, que le había estado produciendo una incomodidad que no

era técnica sino algo más difícil de nombrar: la sensación de que el mapa era, en algún sentido, también el retrato de alguien que había desarrollado una relación con ese territorio que iba más allá de lo meramente funcional. Alguien que no solo conocía el corredor sino que, en cierto modo que resultaba difícil de articular sin sonar excesivo, lo había hecho suyo. Lo había habitado de una forma que los habitantes legítimos del valle nunca habían habitado ese tramo específico de bosque y río.

La nieve conoce al que la pisa con frecuencia, aunque no tenga memoria. Guarda sus huellas hasta que el deshielo las borra, y entonces el siguiente invierno vuelven a empezar. Eso era lo que habían encontrado ese mañana en el cauce del Nere: no solo las marcas del invierno en curso sino la evidencia de inviernos anteriores, el sedimento de años de presencia que el agua había cubierto y el tiempo había intentado borrar sin conseguirlo del todo, porque algunas cosas no se borran del todo aunque el mundo que las rodea decida que ya es suficiente tiempo.

Había algo profundamente perturbador en la idea de alguien que había encontrado en un lugar específico del mundo la condición de permanencia que no había podido encontrar en ningún otro aspecto de su vida, y que había construido alrededor de ese lugar una arquitectura de ausencias que solo ahora, después de todos esos inviernos, empezaba a hacerse visible desde fuera.

Marta se sentó, abrió el expediente más antiguo de los catorce archivados, y empezó a leer.

El martes amaneció con una claridad diferente a la del lunes: el cielo había despejado durante la madrugada y la luz de las ocho de la mañana llegaba lateral y limpia sobre la nieve reciente que había caído en las últimas horas del día anterior, una nieve fina y seca que había cubierto con dos centímetros de blancura nueva todo lo que el sábado y el domingo habían vuelto visible. La pista de Baqueira, desde la carretera, parecía intacta. La zona forestal del Nere, con su cinta amarilla perimetral que los técnicos habían dejado instalada y

que nadie excepto el personal autorizado tenía razón para acercarse a ver, parecía simplemente otra franja de bosque nevado bajo el cielo azul de alta montaña.

Erik llamó a las ocho y tres minutos.

—Tengo la lista —dijo.

—¿Cuántos?

—Once personas que encajan en el perfil que me describiste. Conocimiento del territorio superior al promedio. Presencia habitual en el entorno de la estación durante más de diez temporadas. Capacidad para interactuar con jóvenes en el vocabulario del esquí sin generar alarma. Y lo que Neus y Raquel describieron: la familiaridad sin contenido, que significa que su imagen está integrada en el paisaje del entorno.

—¿De esos once, cuántos tienen también manejo de plataformas digitales o presencia online relacionada con el mundo del esquí?

Una pausa breve.

—Cinco. Que yo haya podido verificar con los medios que tengo.

—Cinco.

—Sí. Tres tienen perfiles activos en redes sociales relacionadas con el esquí o la montaña. Uno tiene su propio canal de YouTube con videos de rutas. Y uno tiene un historial de actividad en foros de esquí y comunidades online que se remonta a más de ocho años.

—¿Nombres?

—Te los mando ahora. Con todo lo que tengo de cada uno.

El archivo llegó al correo de Marta dos minutos después. Era un documento de once páginas, una por persona, con la precisión ordenada de alguien que ha aprendido a documentar durante años y que en esa noche había condensado lo que sabía en la forma más

útil posible. Cada ficha tenía el nombre, la actividad principal, los años de vinculación con el entorno de la estación, el tipo de conocimiento territorial y, donde Erik había podido verificarlo, los datos de presencia digital.

Marta lo leyó de pie, junto a la ventana de la habitación, con el móvil en la mano y el café de la mañana sin tocar sobre la mesa.

Cuando llegó a la séptima ficha, se detuvo.

No porque hubiera nada en esa ficha que gritara. Sino exactamente porque no había nada que gritara, que era diferente. La séptima ficha describía a alguien cuyo perfil era la suma perfecta de todo lo que Andreu Prats había descrito la tarde anterior con su precisión analítica de consultor que no necesita saber los nombres para hablar de las formas: presencia en el valle durante más de doce temporadas en distintas funciones, desde instructor eventual hasta colaborador con empresas de logística de la estación; conocimiento del territorio que incluía tanto las pistas como los accesos forestales por haber trabajado en ambas áreas en distintos momentos; manejo fluido de las plataformas digitales del sector con historial de actividad que se remontaba a varios años; y, el detalle que Marta subrayó con el bolígrafo mientras lo leía, una descripción de presencia que encajaba exactamente con lo que Neus y Raquel habían intentado articular sobre el hombre que preguntó por Laura Valls: alguien que parecía conocido sin ser identificable, que era parte del paisaje sin ser elemento central de él, que había aprendido la utilidad del segundo plano con la eficiencia de quien lo ha practicado suficiente tiempo como para que ya no requiera esfuerzo.

Llamó a Erik.

—La séptima —dijo.

Un silencio al otro lado. Breve.

—Lo pensé también —dijo Erik—. Pero no tengo nada que lo conecte directamente con ningún caso. Solo encaja en el perfil.

—Por ahora es suficiente para empezar a verificar. —Marta miró el mapa en la pared—. No le diga nada a nadie. Todavía no. Cuando lleguen los de Barcelona voy a necesitar que lo que hemos construido tenga tiempo de ser presentado correctamente antes de que ellos empiecen a moverse sin contexto.

—Entendido.

—Y Erik.

—¿Sí?

—Lo que publicó el sábado abrió algo que necesitaba abrirse. Pero lo que viene ahora requiere una precisión distinta. Publicar un nombre sin certeza destruye a una persona inocente si nos equivocamos. Y si nos equivocamos también destruye la investigación.

—Lo sé —dijo Erik.

Lo dijo con la calma de quien lleva días sosteniendo la tensión entre las dos lógicas que habían definido cada conversación entre ellos desde el martes anterior, la lógica de la investigación que necesita tiempo y la lógica del periodismo que construye protección mediante la visibilidad, y que esa mañana había decidido, sin haberlo dicho explícitamente, en cuál de las dos confiaba más en este momento específico de las cosas.

—Publico cuando me digas que es el momento —dijo Erik—. No antes.

Era la primera vez que lo decía con esa claridad, y Marta lo registró no como concesión sino como lo que era: la decisión de alguien que ha entendido que en determinadas circunstancias la forma de ejercer la responsabilidad periodística es precisamente la de esperar, que el coraje no siempre tiene la forma de la publicación inmediata sino a veces la de la paciencia que protege la posibilidad de publicar la verdad completa cuando la verdad completa esté disponible.

—Cuando sea el momento, lo sabrá —dijo Marta.

Colgó. Se terminó el café de un trago, aunque ya estaba frío. Cogió el cuaderno, repasó las notas de los últimos tres días con la visión de conjunto que solo se tiene cuando los elementos ya están todos sobre la mesa y lo que falta no es información sino el gesto de juntarlos, y salió a la calle con el abrigo abrochado y el frío del martes de enero del valle de Arán recibiéndola con su indiferencia perfecta de alta montaña.

Los refuerzos de Barcelona llegaban en dos horas. El equipo forense seguía en el cauce del Nere. Puig estaba coordinando el rastreo ampliado con la Guardia Civil en el corredor forestal. Y en algún punto de ese valle que esta mañana brillaba con la nieve nueva sobre la nieve vieja, completamente ajeno a todo lo que se movía a su alrededor o actuando como si lo fuera, que no era lo mismo pero podía parecerlo desde fuera, había alguien que hacía exactamente lo que Andreu había descrito: mantener la normalidad estudiada de quien sabe que la amenaza ha aumentado y ha decidido que la única respuesta posible es ser todavía más perfectamente ordinario.

Marta caminó hacia la comisaría por la calle Mayor con el paso de quien tiene una dirección y no la mayor urgencia del mundo para llegar a ella, porque la urgencia que no se nota es la que protege mejor el trabajo que tiene que hacerse antes de que nadie lo interrumpa con la urgencia de los que llegan de fuera con sus propios métodos y sus propias certezas y su falta absoluta de conocimiento del territorio donde todas esas certezas tendrán que aplicarse.

El valle a esa hora de la mañana era el valle de siempre: piedra y nieve y cielo y el río invisible bajo el hielo de los bordes. Pero en el cuaderno de Marta, en los once nombres del archivo de Erik, en el mapa con sus puntos rojos y su mancha de zona sin cobertura, la forma de lo que buscaba ya existía con una claridad que los días anteriores no tenían. Un nombre que todavía no era una certeza

pero que ya tenía la consistencia de las hipótesis que han sobrevivido suficientes pruebas como para que descartarlas requiriera más esfuerzo que sostenerlas.

Alguien que conocía la nieve. Alguien que había hecho de ese conocimiento, durante más de una década, el instrumento de algo que la nieve guardaba con su paciencia perfecta de materia que no juzga lo que cubre.

La nieve nueva de esa mañana cubría la nieve vieja. Y debajo de la nieve vieja había capas anteriores, y debajo de esas capas había tierra, y debajo de la tierra había lo que el equipo forense estaba levantando metro a metro en el cauce del Nere con la metodología precisa de quien sabe que lo que saca del suelo no puede volver a ponerse donde estaba, y que eso, en este caso, era exactamente lo que hacía falta.

Capítulo 8

El invierno no borra todo

Lo que la montaña guarda bajo la nieve

El miércoles amaneció con el cielo despejado y una temperatura que el termómetro del exterior de la pensión marcaba en dieciséis grados bajo cero, el frío más intenso de las últimas dos semanas, el tipo de frío que hace que el metal de las bisagras de las puertas se contraiga y las ventanas de madera queden selladas como si el invierno hubiera decidido, finalmente, tomarse en serio su propio trabajo. Marta lo notó cuando intentó abrir la ventana de la habitación para ventilar antes de la ducha y la ventana no cedió hasta que aplicó una fuerza que le pareció desproporcionada para ese gesto tan cotidiano. El frío de afuera entró en dos segundos y tardó diez minutos en irse, aunque técnicamente no se fue: solo se distribuyó de forma más uniforme por el espacio pequeño de la habitación hasta que el calefactor lo igualó con su calor eléctrico y eficiente.

Los refuerzos de Barcelona habían llegado el martes por la tarde. Eran cuatro personas de la Unitat Central de Homicidis, dirigidas por una inspectora jefe llamada Carmen Solà que tenía cuarenta y ocho años y la autoridad tranquila de quien lleva décadas en casos de este tamaño y ha aprendido que la tranquilidad no es indiferencia sino la condición de trabajo más productiva disponible. La reunión de coordinación del martes por la tarde había durado tres horas y había resultado, contra el pronóstico de Marta, más útil de lo que esperaba: Solà había escuchado el resumen del caso con atención genuina, había hecho preguntas que eran las preguntas correctas, y al final de la reunión había dicho algo que Marta no

olvidaría: *Usted construyó el mapa. Nosotros somos los que venimos a recorrerlo. No cambiemos los roles ahora.*

Era un reconocimiento que Marta no había pedido y que recibió con la incomodidad de quien no sabe bien qué hacer con la aprobación pero entiende que resulta funcional.

El miércoles a las siete y cuarto, Marta estaba en el aparcamiento de la base de Baqueira con Solà y dos de los técnicos del equipo de Barcelona. El equipo forense de Lleida, con Casamitjana al frente, seguía trabajando en el corredor forestal con el rastreo ampliado que Puig había coordinado el día anterior con la Guardia Civil. La nueva nieve de la noche había cubierto parte del trabajo previo, lo cual era un problema para algunos aspectos del análisis y no para otros, porque la nieve nueva también preservaba las capas inferiores con la eficiencia que solo tiene el frío sostenido de alta montaña.

Fue a las nueve y diecisiete de esa mañana cuando Casamitjana salió del perímetro del corredor forestal y caminó hacia donde estaban Marta y Solà con esa caminata específica que tienen los forenses cuando han encontrado algo que cambia la escala del caso.

—Hay más —dijo, cuando llegó a la distancia en que podía hablar sin subir la voz.

Marta esperó.

—A trescientos metros del cauce del Nere, en dirección noroeste, hay una zona de terreno que el rastreo con varilla identifica como alterado en múltiples puntos. No es un solo depósito. Son varios, a profundidades distintas y con grados de conservación distintos. El técnico de la Guardia Civil que coordina el rastreo estima que necesitaremos cuatro días más de trabajo sistemático para cubrir el área completa.

—¿Objetos o restos? —preguntó Solà.

—Las dos cosas, en distintos puntos. Los objetos en algunos casos son anteriores a los restos del cauce que encontramos ayer. La dispersión temporal sugiere un período de actividad que el laboratorio tendrá que acotar con más precisión, pero que el técnico forense no querría poner por debajo de ocho años.

Ocho años. El número que Marta había llevado en la cabeza desde que la coordinación de Lleida le había puesto sobre la mesa la anomalía estadística, el número que había dado forma al caso antes de que el caso tuviera nombre, convertido ahora en una estimación forense provisional que lo sacaba del territorio de la estadística y lo instalaba en el territorio de lo concreto e irreversible.

Solà miró a Marta con la expresión de quien acaba de recibir una confirmación que esperaba y que aun así tiene el peso de las confirmaciones que una parte de uno preferiría no recibir.

—Necesitamos más equipo —dijo Solà.

—Lo sé.

—Esta tarde hablo con Barcelona. Mañana por la mañana habrá más personas.

—Bien.

Casamitjana volvió al perímetro. Marta y Solà se quedaron un momento en el borde del aparcamiento, con el frío de las nueve de la mañana asentado en el aire con la estabilidad de los días en que la temperatura no va a cambiar durante las horas de luz, y las pistas de Baqueira al fondo, visibles desde donde estaban, con sus telesillas en movimiento y sus figuras de colores descendiendo por las pendientes con la alegría de los que han venido exactamente a esto y no saben, o no quieren saber, que a cuatrocientos metros de donde están esquiando hay hombres y mujeres de rodillas sobre la nieve extrayendo del suelo cosas que llevan años esperando que alguien las sacara.

—Tengo que hacer una llamada —dijo Marta.

Solà asintió y se alejó hacia el coche donde los dos técnicos esperaban con el motor encendido.

Marta sacó el teléfono y buscó en la agenda el número que había guardado bajo las iniciales J.U., que correspondían a Joseba Urresti, el padre de Ane Urresti, la chica de Bilbao cuyo teléfono y mochila habían sido encontrados el domingo en el corredor forestal. Era la llamada que sabía desde el domingo que tendría que hacer en algún momento de esa semana, la llamada que en la escuela de formación de la unidad describían con eufemismos institucionales que nunca captaban del todo lo que era en realidad: el momento en que le decías a alguien que la esperanza que había llevado consigo durante dos años tenía que ser reformulada en términos que ya no la incluían.

Marcó el número. Sonó dos veces.

—¿Señor Urresti?

—Sí. —La voz era la misma que había reconocido el domingo: la voz de alguien que ha aprendido a contestar el teléfono con precaución porque sabe que las llamadas que importan de verdad no avisan.

—Soy la inspectora Bosch. Le llamo porque esta mañana el equipo forense ha encontrado nuevas evidencias en la zona de búsqueda.

Un silencio al otro lado. No largo. Del tipo que produce la contención de quien ha estado preparándose durante dos años para este silencio y aun así, cuando llega, no sabe exactamente cómo habitarlo.

—¿Es ella?

Marta eligió las siguientes palabras con la precisión de quien sabe que en determinados momentos la exactitud no es un lujo sino la única forma posible de decencia.

—La identificación forense definitiva llevará tiempo. Pero los indicios que tenemos esta mañana son consistentes con que Ane está en la zona de búsqueda. —Una pausa—. Señor Urresti, lo que le digo ahora es difícil. Y lo voy a decir así, directamente, porque creo que usted merece que se lo diga directamente: las condiciones en que encontramos los restos sugieren que Ane no podría haber sobrevivido desde la fecha de su desaparición. Lo siento.

El silencio que siguió fue diferente. Era el silencio de alguien en quien algo acaba de cambiar de forma irreversible, el silencio de los que han sabido durante mucho tiempo que la respuesta era probablemente esta y que al recibirla descubren que saberlo con anticipación no prepara nada.

—Dos años —dijo Joseba Urresti, finalmente, con una voz que era completamente plana, sin inflexión, como si la emoción hubiera decidido retirarse temporalmente para dejar espacio a algo más básico, más antiguo que la emoción.

—Sí.

—Dos años buscando. Dos años llamando. Dos años que me dijeron que probablemente se había ido sola.

—Lo sé.

—¿Lo sabe de verdad?

Era una pregunta honesta y Marta la recibió como lo que era.

—Sé lo que dice el expediente y sé lo que eso significa en términos de lo que usted vivió durante esos dos años. No es lo mismo que haberlo vivido. Pero entiendo la diferencia entre las dos cosas.

Joseba Urresti no respondió de inmediato. Marta escuchó el silencio con la paciencia de quien sabe que el silencio en esos momentos no es ausencia sino presencia de algo que no tiene todavía palabras suficientes para expresarse.

—¿Van a encontrar quién lo hizo?

—Eso es en lo que trabajo.

—¿Cuándo?

—No puedo darle un plazo. Pero la investigación tiene ahora más elementos que hace una semana. Y tiene personas trabajando en ella que no van a parar.

Otra pausa.

—Tengo un hijo de dieciséis años —dijo Joseba Urresti—. El hermano de Ane. —Una pausa más corta—. Esta noche tengo que decírselo a él.

Marta no respondió a eso. No porque no tuviera qué decir, sino porque había cosas que no podían ser respondidas desde fuera, que pertenecían a un espacio que era solo de las personas que estaban dentro de ellas y donde cualquier palabra que llegara del exterior, aunque fuera bien intencionada, reducía algo que necesitaba su tamaño completo para ser honesto.

—Señor Urresti —dijo Marta, después de un momento—. Cuando tengamos la identificación definitiva, le llamo antes de que salga ninguna información pública. Eso se lo garantizo.

—Gracias.

Colgó.

Marta guardó el teléfono en el bolsillo del abrigo y se quedó quieta en el borde del aparcamiento durante un momento que no era de reflexión sino de algo más físico: el proceso de asentar lo que acababa de ocurrir en el lugar del cuerpo donde se alojan las cosas que son demasiado pesadas para el pensamiento solo y que necesitan también el peso de la carne para mantenerse en su sitio.

El frío de dieciséis bajo cero era perfectamente ajeno a todo eso.

Las pistas de Baqueira seguían llenas de esquiadores.

Llegó a la redacción del Diari de la Vall a las diez y cuarto. Erik estaba en su mesa con el cuaderno abierto y una taza de café que según la temperatura que desprendía llevaba un rato sin ser bebida. Cuando Marta entró, levantó la vista con la expresión de quien lleva horas esperando una noticia sin saber exactamente cuál va a ser pero sabiendo con certeza que no va a ser fácil de recibir.

Marta se sentó en la silla junto a su mesa sin quitarse el abrigo.

—Esta mañana encontraron más —dijo.

Erik no preguntó más de qué. Esperó.

—El área de búsqueda se amplía. Cuatro días más de trabajo del equipo forense para cubrir el corredor completo. Ocho años de actividad como estimación mínima. —Una pausa—. Y hay identificación preliminar de los restos del cauce del Nere. Ane Urresti, la chica de Bilbao. La llevo avisando media hora.

Erik cerró el cuaderno lentamente, con ese gesto de quien necesita que las manos hagan algo mientras el cerebro procesa lo que acaba de escuchar.

—¿El padre?

—Sí. Lo supe por cómo respondió al teléfono. Dos años esperando esa llamada.

Erik no dijo nada durante un momento. El silencio de la redacción tenía esa textura de los silencios en los espacios de trabajo vacíos de un miércoles de mañana en temporada alta, cuando los empleados están en otros sitios y el local conserva el rumor de una actividad que ha pausado temporalmente pero que sigue siendo la razón por la que el espacio existe.

—Hay algo más —dijo Marta—. Algo que necesito que escuche.

Erik la miró.

—Entre los objetos que el equipo forense sacó ayer del corredor forestal, en el tercer punto de hallazgo que encontraron ayer por la tarde, había una mochila de montaña. Color verde oscuro, marca de equipo técnico, con el nombre del propietario bordado en el interior de la solapa en letras de hilo naranja.

Erik se quedó completamente quieto.

—El nombre es Sergi Palau. Diecinueve años. De Lleida. Desaparición registrada en los archivos de la Guardia Civil hace cuatro temporadas. —Marta hizo una pausa y lo miró—. Usted lo conocía.

No era una pregunta. Lo había entendido la noche anterior, cuando leyó la ficha que Erik había preparado con la lista de once personas y había visto, en los márgenes del documento, una nota escrita a lápiz con letra diferente a la del texto, más pequeña y más apretada, que decía simplemente *no sé si esto importa* y debajo un nombre y una fecha.

Erik no respondió de inmediato. Se levantó de la silla, fue a la ventana que daba a la calle Pas d'Arro, y se quedó mirando la calle durante un tiempo que Marta no interrumpió porque entendió que era el tiempo que necesitaba para decidir cómo decir lo que iba a decir.

—Sergi era de Lleida, como usted dijo —dijo Erik, sin girarse—. Vino al valle cuatro años atrás con un grupo de amigos del instituto. Era el tipo de chico que no podías no querer tener cerca: entusiasta, curioso, ese entusiasmo de los diecinueve años que todavía no ha aprendido a contenerse porque no ha encontrado razón para hacerlo. —Una pausa—. Lo conocí en el bar Eth Pònt. Estaba sentado en la mesa de al lado con sus amigos y me preguntó si podía recomendarle rutas de senderismo para el día siguiente, porque habían esquiado dos días y querían hacer algo diferente. Le recomendé el sendero del Tuc dera Molsa.

Hizo una pausa.

—Al día siguiente desapareció. No en el sendero que le recomendé. En las inmediaciones del aparcamiento de la base de Baqueira. Pero durante semanas pensé que había algo que yo podría haber hecho diferente. Que si no le hubiera dicho que había senderos de montaña, que si no hubiera puesto en su cabeza la idea de salir de las pistas, quizás se habría quedado con su grupo el día siguiente y no habría estado solo en ese aparcamiento.

—Eso no tiene ninguna lógica causal.

—Lo sé. —Erik se giró por fin—. Por eso nunca lo escribí. Porque sabía que no tenía lógica y sabía también que eso no hacía que dejara de ser lo que sentía.

Marta lo miró durante un momento con la mirada que usaba cuando necesitaba ver a alguien de verdad y no simplemente registrar su presencia.

—¿Cuándo fue la última vez que pensó en él?

—Hace tres semanas, cuando empecé a investigar los casos. Su nombre apareció en la búsqueda del archivo del periódico, el párrafo breve que publicamos en su momento. Lo vi y sentí que las dos cosas estaban conectadas, los casos nuevos y lo de Sergi, aunque todavía no tenía cómo probarlo.

—¿Por eso empezó a investigar?

Erik tardó en responder.

—Empecé a investigar porque J.M. me mandó el mensaje y porque era la historia que había que contar. Pero hay una parte de mí que lleva cuatro años sabiendo que algo no cuadraba con lo de Sergi y que nunca encontró el momento de decirlo en voz alta. —Hizo una pausa—. Supongo que investigar esto era también la única forma que tenía de decirlo.

Era una honestidad que no le habían pedido y que llegaba con el peso de las honestidades que se han guardado tanto tiempo que cuando salen no tienen nada de la suavidad de las confesiones

preparadas y todo de la dureza de las cosas que se dicen porque ya no se puede seguir sin decirlas.

—Erik.

—¿Sí.

—La mochila de Sergi Palau va a ser una pieza clave de la investigación. Lo que usted acaba de contarme sobre haberlo conocido será relevante en el expediente. Necesito que eso quede en declaración formal.

—Lo sé.

—¿Puede hacerlo esta tarde?

—Sí.

—Bien. —Marta se levantó—. Y lo que está sintiendo ahora mismo respecto a Sergi no tiene ninguna relación con lo que ocurrió cuatro años atrás. Nada de lo que usted hizo o dejó de hacer habría cambiado lo que le ocurrió a él. Lo que cambió lo que le ocurrió a él fue la decisión de otra persona. Eso no está en usted.

Erik la miró sin responder. No porque no creyera lo que ella decía, sino porque había cosas que el cerebro entendía y el cuerpo tardaba más tiempo en aceptar, y esa diferencia de velocidad era parte del proceso y no un fallo de él.

Marta salió a la calle. El frío de las diez y media de la mañana era el mismo frío de las siete, sin variación perceptible, con esa constancia del invierno de alta montaña que no tiene los matices térmicos del invierno de las ciudades de llanura sino simplemente la misma temperatura como condición de fondo permanente. Caminó hacia la pensión para recoger los expedientes que necesitaría para la reunión de la tarde con Solà y los técnicos de Barcelona, y durante ese camino corto de cuatro minutos hizo lo que hacía a veces cuando el peso de un caso llegaba a un punto determinado: calculó mentalmente cuántas llamadas como la de Joseba Urresti había hecho en quince años de trabajo en la unidad de desaparecidos. No

lo sabía con exactitud, nunca lo había contado, pero el número aproximado que su memoria producía era suficientemente grande como para que hubiera aprendido a alojar esas llamadas en un lugar específico de sí misma donde no interferían con la capacidad de seguir trabajando pero donde tampoco desaparecían, porque desaparecer habría sido otra forma de traicionar a quienes las recibían.

No era un sistema perfecto. Era el sistema que tenía.

La tarde del miércoles fue la más densa en términos de trabajo técnico desde el inicio del caso. La reunión con Solà y el equipo de Barcelona duró desde la una hasta las cinco, con una pausa de veinte minutos para comer algo que ninguno de los cinco comió con verdadero apetito. El foco era la convergencia entre los datos del perfil que Marta había construido con Andreu Prats, la lista de once personas que Erik había preparado y los registros de licencias y actividad laboral que Puig había extraído del sistema de la estación.

La séptima ficha de la lista de Erik estaba sobre la mesa.

Solà la leyó dos veces. Luego levantó la vista hacia Marta.

—¿Tiene algo que lo conecte directamente con alguno de los casos?

—No todavía. Tenemos coincidencia de perfil y presencia verificada en el entorno durante el período relevante. Y tenemos el análisis de la aplicación de la estación, que es donde tenemos que mirar ahora.

—¿La orden de acceso al historial completo de la aplicación?

—Solicitada ayer al juez instructor. Esperamos autorización hoy o mañana. Lo que queremos es cruzar la actividad del perfil SkiGuide_Pirineos con los datos de acceso a la plataforma. Todos los accesos a la aplicación dejan una huella de IP y dispositivo, aunque el perfil se haya eliminado. Si la IP de creación del perfil corresponde

a una red o dispositivo que podamos vincular a la séptima ficha, tenemos el eslabón que conecta el perfil digital con la identidad real.

Uno de los técnicos de Barcelona, un hombre joven llamado Ruiz que llevaba trabajando en análisis digital desde antes de que los casos de desaparición tuvieran una dimensión online significativa, señaló algo en su portátil.

—Si el perfil fue creado desde una red wifi de la propia estación, y muchas de las interacciones ocurrieron dentro del horario de trabajo de alguien con acceso regular a las instalaciones, eso es rastreable incluso si el usuario usó medidas básicas de anonimización. Las redes de la estación tienen logs que la empresa está obligada a conservar por normativa.

—¿Baqueira tiene esos logs?

—Sí. Los solicitamos ayer como parte de la orden de acceso digital. Deberían tenerlos disponibles antes del final del día.

Marta miró a Solà.

—Si los logs confirman la IP y la coincidencia temporal con las interacciones del perfil SkiGuide_Pirineos, tenemos base para la detención.

—¿Y los objetos del corredor forestal?

—El laboratorio de Lleida está trabajando en la identificación de restos. Necesitamos al menos una identificación positiva con huella o ADN para que el caso sea sólido ante el juez instructor. Eso puede tardar varios días.

—¿Podemos esperar?

Era la pregunta que ninguno de los que estaban en esa sala quería hacer pero que todos sabían que era necesaria. Si esperaban la identificación forense completa, el caso sería más sólido jurídicamente pero el tiempo que tardaba la confirmación de ADN, que en condiciones normales eran días pero podía extenderse, era

tiempo en que alguien que el análisis de comportamiento de Andreu describía como capaz de reconocer el aumento de presión y adaptarse a él tendría para modificar su situación.

—Si los logs digitales son suficientemente sólidos —dijo Marta —, podemos proceder antes de tener la confirmación forense completa. La detención preventiva no requiere la misma certeza que la condena. Requiere indicios suficientes para que el juez instructor la autorice. Con los logs digitales, el perfil de comportamiento, el análisis del corredor forestal y el historial de presencia en el entorno, deberíamos tener suficiente.

Solà asintió.

—Esperamos los logs. Si confirman lo que esperamos, movemos mañana.

La reunión terminó a las cinco en punto. Marta pasó la hora siguiente en la habitación de la pensión con el portátil y el teléfono alternativamente, coordinando con Puig la logística del día siguiente en el escenario en que los logs confirmaran la hipótesis, y con el equipo de Casamitjana en el corredor forestal, que a las seis de la tarde tenía identificados cuatro puntos adicionales de alteración del terreno y había procedido a la excavación preliminar de dos de ellos, encontrando en uno más objetos personales y en el otro algo que Casamitjana describió en voz baja al teléfono con la economía de los forenses que han aprendido que las palabras exactas en esos momentos no añaden nada a los hechos pero sí determinan cómo los hechos se alojan en quien los escucha.

A las seis y veinte, Ruiz mandó un mensaje al grupo de coordinación.

Logs confirmados. IP y dispositivo consistentes con acceso desde red interna de la estación. Timestamps coinciden con interacciones del perfil SkiGuide_Pirineos en seis de los dieciséis días de actividad verificada. Cruce con horarios de trabajo en proceso.

Marta leyó el mensaje dos veces. Luego llamó a Solà.

—Los logs —dijo.

—Los vi —respondió Solà.

—¿Movemos mañana?

—Movemos mañana. Necesito que Puig tenga el operativo coordinado con la Guardia Civil antes de las ocho de la mañana. Si la persona está en la estación en su horario habitual, queremos que sea ahí.

—¿Por qué en la estación?

—Porque en un lugar abierto con mucha gente la resistencia es menos probable y el riesgo para el entorno es más controlable. Y porque si lo detenemos en casa o en la calle, tiene más margen para reaccionar de formas que no podemos predecir.

Era una lógica táctica que Marta entendía. También entendía otra cosa que no dijo en esa llamada pero que había estado pensando desde que leyó la ficha de la séptima persona en la lista de Erik: que detener a alguien en el lugar donde ha construido su camuflaje durante más de una década tenía una dimensión que iba más allá de lo táctico, que era también la forma de devolver al lugar la consciencia de lo que había contenido sin saberlo.

—A las ocho en la comisaría —dijo Marta—. Con todo el equipo.

Cuando colgó, eran las siete menos cuarto. La habitación tenía la luz de las tardes de enero del valle, esa luz que llegaba baja y lateral desde la ventana y que proyectaba las sombras de los expedientes sobre la cama en ángulos alargados que hacían que los papeles parecieran más grandes de lo que eran. Marta los recogió con el orden metódico de quien ha trabajado con documentos toda su vida adulta y ha aprendido que el orden no es burocracia sino memoria, la forma de asegurarse de que lo que fue encontrado permanezca encontrado en la forma en que fue encontrado y no se pierda en el proceso de manejarlo.

Llamó a Erik.

Lo encontró en la redacción, donde había pasado la tarde trabajando en la declaración formal que Marta le había pedido. La declaración sobre Sergi Palau, sobre el día que lo conoció en el bar Eth Pònt, sobre la conversación de los senderos y la recomendación del Tuc dera Molsa y los cuatro años en que había llevado eso consigo sin saber bien dónde ponerlo.

—¿Está terminada? —preguntó Marta.

—Sí. La entrego mañana por la mañana a Puig.

—Bien. —Una pausa—. Hay otra cosa.

—Dígame.

—Mañana por la mañana la investigación va a dar un paso que va a hacerse visible para todo el mundo. No hoy, sino mañana. Le digo esto porque usted ha sido parte del trabajo que ha hecho posible ese paso, y porque cuando ocurra va a querer escribir sobre ello, y tiene todo el derecho a hacerlo.

Erik tardó en responder.

—¿Es lo que creo que es?

—Sí.

Silencio.

—¿Quiere que espere a publicar hasta después de que ocurra?

—Hasta después de que ocurra y hasta que la situación esté suficientemente estabilizada como para que lo que publique no genere un riesgo para el operativo. Eso es una hora después, como máximo.

—De acuerdo.

—Erik.

—¿Sí?

—Lo de Sergi Palau que me contó esta mañana. Eso que llevaba cuatro años sin saber dónde poner. Mañana, cuando esto se haga público, va a tener un lugar donde ponerlo.

Hubo un momento de silencio que no era vacío sino lleno de algo que ninguno de los dos nombró porque nombrarlo habría sido reducirlo a algo más pequeño de lo que era.

—¿A qué hora es mañana? —preguntó Erik.

—A las diez. En la base de Baqueira.

—Estaré cerca.

—Lo sé —dijo Marta.

Colgó. Se levantó, fue a la ventana de la habitación, y miró la calle Mayor de Vielha en la oscuridad de las siete de la tarde de enero. Los coches pasaban con sus luces de posición reflejadas en la nieve compactada del asfalto. Un grupo de turistas con los abrigos de esquí todavía puestos salía de un restaurante con esa satisfacción corporal de los que han comido bien después de un día en las pistas. Una mujer mayor con una bolsa de la compra caminaba por la acera contraria con el paso medido de quien conoce cada irregularidad del adoquín desde hace décadas y ya no necesita mirarlo para no tropezar.

El valle en su miércoles ordinario. Ajeno todavía a lo que ocurriría mañana en el aparcamiento de la base de Baqueira. Ajeno todavía a que en el corredor forestal entre la estación y el río Nere había un equipo de doce personas que llevaría cuatro días más extrayendo del suelo congelado lo que el invierno había guardado durante años con la paciencia perfecta de los custodios que no eligen lo que custodian.

El invierno no borraba todo. Eso era lo que los siguientes días iban a demostrar con la claridad incómoda de las demostraciones que nadie había pedido pero que resultaban necesarias para seguir. La nieve cubría. El frío preservaba. Y lo que quedaba bajo la

superficie no desaparecía por el hecho de que nadie lo mirara: esperaba, con la misma indiferencia con que el territorio esperaba cualquier otra cosa, el momento en que alguien decidiera que ya era suficiente tiempo sin mirarlo.

Ese momento había llegado. No como epifanía ni como heroísmo. Como el resultado acumulado de una semana de trabajo metódico, de conversaciones en bares y en casas de montaña y en habitaciones de pensión frías, de datos de telefonía y logs de servidor y varillas forenses introducidas en la nieve con la precaución de quien sabe que lo que encuentra al otro lado del gesto puede cambiar el peso de todo lo que viene después.

Y de una llamada que había hecho esa mañana a un padre de Bilbao que tenía un hijo de dieciséis años al que esa noche tendría que decirle lo que los expedientes archivados de la Guardia Civil no habían querido decirle durante dos años.

Marta se apartó de la ventana, cogió el abrigo del respaldo de la silla, y salió a cenar algo. No porque tuviera hambre, sino porque el cuerpo tenía sus propios requerimientos con independencia del estado del caso, y ella había aprendido hacía tiempo que ignorarlos era también una forma de no estar disponible para el trabajo que todavía quedaba por hacer.

Afuera, el frío de dieciséis bajo cero la recibió con la puntualidad de siempre. Las estrellas sobre el valle, en el cielo despejado de la noche, eran más claras y más numerosas de lo que eran en cualquier ciudad, porque aquí no había luz artificial suficiente para apagarlas. Las montañas que rodeaban el fondo del valle eran masas oscuras contra el cielo azul oscuro, sin perfiles definidos pero con una presencia que se sentía más que se veía.

La montaña guardaba lo que le ponían debajo. Y cuando alguien llegaba a buscar con las herramientas correctas y la voluntad de sostener lo que encontraba, la montaña no se resistía. Simplemente esperaba que el trabajo se hiciera bien, con la indiferencia pura de

los lugares que llevan suficiente tiempo siendo ellos mismos como para no tener ningún interés particular en el resultado.

Capítulo 9

La temporada que no cerrará jamás

Cuando el valle tiene que mirarse en el espejo

El jueves por la mañana, antes de que los periodistas de las cadenas nacionales hubieran terminado de montar sus equipos en la calle Mayor, ya circulaban en los grupos de WhatsApp de los residentes permanentes del valle imágenes tomadas desde los coches que subían a Baqueira: la cinta policial que seguía rodeando el corredor forestal del Nere, visible desde la carretera en varios tramos, y los vehículos oficiales aparcados en el lateral de la calzada con una concentración que no dejaba margen para la interpretación cómoda. Nadie necesitaba que le explicaran qué significaba eso. El valle llevaba días sabiendo lo que se estaba encontrando en ese bosque, o al menos lo suficiente de ello para que la imagen de los vehículos oficiales funcionara como confirmación de lo que ya se sabía y se temía al mismo tiempo.

A las once de la mañana, el Consell Generau d'Aran emitió un comunicado que convocaba una reunión de urgencia para esa misma tarde. El comunicado hablaba de *la gravísima situación que atraviesa la comarca* y de la necesidad de *coordinación institucional ante los hechos que están siendo investigados por las autoridades competentes*. Era un texto que no decía nada que pudiera ser atacado porque no afirmaba nada concreto, construido con la habilidad específica de los textos institucionales que necesitan existir sin comprometer al que los firma con ninguna posición que pueda resultar incómoda más adelante. Marta lo leyó en el teléfono mientras esperaba que Solà terminara la llamada con Barcelona y pensó que en algún otro momento esa habilidad institucional le habría parecido simplemente política, el ruido de fondo de las

instituciones que se protegen antes de proteger. En ese momento, después de los días que habían sido esos días, le parecía otra cosa. Le parecía el sonido de un sistema que había aprendido a sobrevivir haciendo exactamente lo que había permitido que el horror se prolongara.

Las cadenas de televisión llegaron durante la mañana. Primero las autonómicas, luego las nacionales, después los equipos internacionales, que en los días siguientes convertiría Vielha en el tipo de lugar que solo existe en las noticias cuando algo terrible ha ocurrido en él y que los habitantes permanentes reconocerán después como el período en que su valley se convirtió en otra cosa, en un decorado de una historia que les pertenecía pero que ya no podían controlar. Los reporteros plantaban sus cámaras frente al ayuntamiento, frente a la entrada al túnel de Vielha, frente a la base de Baqueira, y grababan con esa energía específica de los profesionales que han llegado a un lugar importante y saben que lo que hagan en las próximas horas definirá cómo el mundo conocerá ese lugar durante años.

Erik lo vio desde la redacción y sintió algo que tardó en identificar. No era celos ni orgullo herido de periodista local al que los grandes llegan a ocupar su territorio. Era algo más parecido a la tristeza de quien ve que su lugar se convierte en noticia de una forma que él mismo había contribuido a hacer posible y que aun así resulta extraña cuando la ves desde dentro, como si la historia que habías estado contando perteneciera de repente a nadie y a todos al mismo tiempo.

Marc Torrent entró a la redacción a las once y media con el abrigo todavía puesto y la expresión de alguien que ha tenido tres conversaciones difíciles antes de mediodía y está procesando la última mientras ya anticipa la siguiente.

—Ferran Castells llamó esta mañana —dijo.

—Imagino —dijo Erik, sin levantar la vista del ordenador.

—Esta vez fue diferente. No llamó para presionar. Llamó para preguntar qué sabemos y qué van a saber.

Erik levantó entonces la vista.

—¿Qué le dijiste?

—Que somos un periódico local y que publicamos lo que es verificable. —Marc se sentó en la silla de su despacho con la puerta abierta, lo cual era su forma de decir que no quería paredes de cristal entre los dos en ese momento—. También le dije que lo que ha ocurrido en este valle no es culpa de un periodista que hizo su trabajo.

Era la primera vez en cinco años que Marc decía algo así con esa claridad, sin el envoltorio de la cautela institucional que había aprendido a usar como segunda piel, y Erik lo registró sin comentarlo porque comentarlo habría reducido el gesto a algo que era más grande que el comentario.

—Hay una reunión del Consell esta tarde —dijo Erik.

—A las cinco. El conseller me ha pedido que asista como representante del único medio local de la comarca. —Marc lo miró—. Quiero que vengas conmigo.

Erik asintió. A las cinco.

Pasó las horas de la mañana haciendo lo que el periodismo requería en esos momentos: no anticipar, no especular, verificar. Llamó a las familias de las víctimas cuyos contactos tenía para confirmar que la información que circulaba en los medios era exacta antes de que él mismo la publicara. Habló con el padre de Iñigo Larrea, que había regresado al País Vasco el lunes pero que esa mañana había llamado a Erik antes de que Erik lo llamara a él, con la urgencia de quien ha leído las noticias y necesita que alguien de confianza le diga si lo que está leyendo es lo mismo que está ocurriendo o si existe una versión más verdadera y más difícil que los medios no están contando todavía.

—No sé lo de Iñigo —dijo Erik, con honestidad—. La investigación sigue. Pero lo que están encontrando en el bosque confirma que el patrón era real y que era largo.

El padre de Iñigo estuvo en silencio durante un momento.

—Cuando dice largo, ¿cuánto tiempo?

—Más de una década. Eso es lo que el equipo forense ha determinado preliminarmente.

Otro silencio.

—¿Y nadie lo vio?

Era la pregunta que Erik llevaba días escuchando en distintas variaciones, con distintas voces, con distintos grados de rabia y de incredulidad y de ese dolor específico de los que descubren que el sistema al que habían confiado algo no podía o no quería verlo. No tenía una respuesta única a esa pregunta porque la respuesta única habría sido una simplificación que no honraba la complejidad de lo que había fallado. Había cosas que el sistema no podía ver porque no estaba diseñado para verlas. Había cosas que el sistema podía haber visto y no quiso porque verlas resultaba económicamente inconveniente. La diferencia entre esas dos categorías importaba, aunque a efectos del resultado final para las familias la diferencia no cambiaba nada.

—Algunas personas vieron cosas que no sabían cómo conectar —dijo Erik finalmente—. El sistema no tenía mecanismos para que esas personas pudieran conectarlos. Y hay razones para que esos mecanismos no existieran que no son todas inocentes.

El padre de Iñigo tardó en responder.

—¿Eso quiere decir que alguien tendrá que responder por eso?

—Eso quiere decir que habrá que hacer muchas preguntas. Algunas de ellas tendrán respuestas difíciles.

Era lo más honesto que podía decir sin comprometerse con afirmaciones que todavía no podía sostener, y el padre de Iñigo lo recibió con el asentimiento silencioso de quien entiende que el periodista que le habla le está dando lo que puede y que lo que puede, en este momento, es más de lo que le ha dado nadie hasta ahora.

A las dos de la tarde, Marta llamó.

—¿Dónde estás?

—En la redacción.

—Necesito que te pase algo. Un nombre. Un dato. —Una pausa —. Quiero que sepas quién es antes de que la reunión del Consell lo haga público.

Erik cogió el bolígrafo.

Lo que Marta le dijo en los cuatro minutos siguientes era lo que Erik ya sabía a medias, construido en fragmentos a lo largo de la semana desde la lista de once personas y la séptima ficha y el análisis de Andreu Prats y los logs del servidor de la estación. Pero oírlo dicho con la precisión de quien ha verificado cada parte y ha añadido las partes que él no podía haber verificado tenía un peso diferente al de las hipótesis, el peso de los hechos que ya no son hipótesis sino territorio firme sobre el que pisar sin miedo de hundirse.

No era nadie llegado de fuera.

Era alguien que llevaba más de doce años trabajando en el entorno de Baqueira en distintas funciones, desde instructor de esquí eventual hasta colaborador logístico de la estación, una presencia tan regular que había dejado de ser percibida como presencia y se había convertido en parte del paisaje funcional del lugar. Un hombre de cuarenta y tres años que los que lo conocían describían como competente, como amable, como el tipo de persona que siempre estaba dispuesta a ayudar y que conocía el territorio

mejor que casi nadie y que eso, el conocimiento del territorio, era la cualidad que todos mencionaban cuando hablaban de él porque era la más visible y la más útil y la que más había admirado la gente que había tenido ocasión de trabajar con él.

Erik escribió el nombre en el cuaderno y lo miró durante un momento.

—¿Lo conocías? —preguntó Marta.

—De vista —dijo Erik—. Lo había visto en la estación varias veces. No hablamos nunca.

—¿Alguien lo habría considerado sospechoso?

Erik pensó en eso con la honestidad de quien intenta ver sin el peso de lo que ya sabe.

—No —dijo—. Nadie lo habría considerado sospechoso. Era exactamente el tipo de persona que encajaba tan bien en ese entorno que encajar era lo único que hacías con él: darle por hecho.

—Eso es exactamente lo que Andreu me dijo.

Colgaron. Erik se quedó mirando el nombre en el cuaderno durante un momento más, con esa sensación extraña de las personas que durante días has estado construyendo como una forma sin contenido y que de repente tienen un nombre y con el nombre tienen una realidad que la forma abstracta no tenía, que es más cercana y más perturbadora que cualquier perfil psicológico, más difícil de alojar en el sistema nervioso que la estadística de ocho años de actividad criminal.

Doce años. Doce temporadas. Catorce casos verificados y probablemente más. Un hombre al que la gente describía como competente y amable y dispuesto a ayudar.

La tarde llegó con esa calidad de luz que tienen las tardes de enero en el Pirineo cuando el sol ha pasado ya su punto más alto y empieza a descender hacia las cimas del oeste, una luz que se

vuelve más cálida en tono mientras más fría resulta en temperatura, con esa contradicción que el Pirineo practica con regularidad como para recordarles a los que lo viven que la belleza y el frío son la misma cosa vista desde distintos lados.

La reunión del Consell Generau comenzó a las cinco y cuarto, con retraso que nadie explicó y que todos entendieron como el retraso de quienes han tenido que prepararse para algo que no sabían exactamente cómo preparar. La sala era grande, con sillas en semicírculo y una mesa presidencial donde el conseller de turismo, un hombre de cincuenta y seis años llamado Ferran Bonet que llevaba tres mandatos en el cargo y que esa tarde tenía la expresión de alguien que ha envejecido una cantidad indeterminada de años en los últimos cuatro días, presidía con la autoridad deteriorada de quien ha pasado de ser el gestor de una narrativa a ser uno de sus personajes.

Había representantes de los Mossos, del sector hotelero, de la Guardia Civil, del ayuntamiento de Naut Aran. Había Puig, con los ojos de quien lleva días durmiendo menos de lo necesario y que ha decidido que eso es una condición temporal que pasará cuando pase. Había abogados de Baqueira Beret, dos de ellos, que habían llegado esa mañana desde Barcelona con la velocidad de los abogados que saben que el tiempo entre el problema y la primera reunión es tiempo que se puede usar o perder, y que habían elegido usarlo. Había Marc, junto a Erik, en las sillas de la segunda fila asignadas a los medios locales, que en este caso eran solo ellos dos porque el Diari de la Vall era el único medio local de la comarca y esa condición, que en semanas normales resultaba una limitación, esa tarde lo convertía en el interlocutor con más legitimidad en esa sala para decir lo que era necesario decir sobre el lugar donde todos estaban sentados.

El conseller Bonet abrió la reunión con una declaración que duró ocho minutos y que mencionó cuatro veces la expresión *sin precedentes* y tres veces *colaboración institucional* y que en ningún momento usó la palabra *víctimas* excepto una vez, al final, cuando

dijo que el pensamiento del Consell estaba *con las familias afectadas*, que era la forma de nombrar sin nombrar, de reconocer sin reconocer, que los textos institucionales usan cuando el texto necesita existir sin que quien lo firma quede atado a ninguna consecuencia específica de su existencia.

Luego habló el representante de Baqueira Beret, uno de los abogados, que con la fluidez de quien ha practicado el texto muchas veces en pocas horas informó de que la empresa anunciaba la suspensión temporal de las operaciones en el área de Baqueira mientras las autoridades completaban la investigación en el corredor forestal, que era una decisión que había tomado *de forma voluntaria y en estrecha colaboración con los cuerpos policiales*, aunque todos los presentes sabían que la palabra voluntaria en ese contexto era la versión pública de una decisión que la fiscalía había hecho imposible aplazar. Luego añadió que la empresa anunciaba la contratación de una auditoría externa de los protocolos de seguridad vigentes, y que esa auditoría comenzaría en las próximas semanas.

Erik tomó notas con la letra pequeña y apretada que usaba cuando quería que las notas no fueran visibles para quien pudiera estar mirando por encima de su hombro.

Luego habló el alcalde del municipio de Naut Aran.

Se llamaba Jordi Casadesús, sesenta y un años, nacido en Vielha, alcalde desde hacía nueve años con la reelección sistemática de los alcaldes pequeños de lugares que confían en la continuidad porque la continuidad se parece a la seguridad aunque no siempre sea lo mismo. Era un hombre que Erik conocía desde siempre, desde antes de irse a Barcelona, desde la infancia, con esa clase de conocimiento que en los pueblos pequeños tiene la textura de lo inevitable porque hay personas que forman parte del paisaje de un lugar desde que tienes memoria de tener memoria de ese lugar. Casadesús había sido siempre un hombre prudente con las palabras, de los que dicen exactamente lo que necesitan decir y nada más, de

los que han aprendido que la economía del lenguaje en política local es también una forma de longevidad.

Esa tarde no habló como alcalde. O al menos no solo como alcalde.

Comenzó con las palabras protocolarias: el municipio está consternado, el municipio cooperará plenamente con la investigación, el municipio piensa en las familias de las víctimas. Hasta ese punto era el texto que todos esperaban. Pero después de ese punto, Jordi Casadesús hizo algo que nadie en esa sala había anticipado: se detuvo. No para buscar las siguientes palabras, sino porque las siguientes palabras no estaban en el texto preparado y lo que iba a decir no era la declaración del alcalde sino algo que la declaración del alcalde le había estado impidiendo decir.

—Tengo que decir algo que no está en el comunicado que me han preparado —dijo Casadesús.

El silencio en la sala cambió de textura. El silencio antes había sido el silencio de la atención cortés. Este era el silencio de la atención real, el que se produce cuando una persona dice algo que no se esperaba que dijera.

—Hay personas en este valle, y yo soy una de ellas, que en los últimos años oyeron cosas que no cuadraban. Rumores, conversaciones de bar, algo que alguien mencionó de pasada y que en su momento fue archivado en la categoría de las cosas que no son suficientemente concretas como para actuar sobre ellas. —Una pausa—. El problema no es que no fueran suficientemente concretas. El problema es que actuamos como si no fueran suficientemente cómodas. Y hay una diferencia entre esas dos cosas que esta semana ha resultado imposible de seguir ignorando.

La sala seguía en silencio. El abogado de Baqueira Beret había dejado de tomar notas.

—Si hubiera hablado antes —continuó Casadesús, con la voz de quien ha llegado a una formulación después de muchas horas

buscándola y que cuando la encuentra sabe que es exactamente la que necesitaba aunque no sea la que habría elegido en otras circunstancias—, ¿cuántos seguirían viviendo? No lo sé. Y prefería no saberlo. Esa es la verdad que me resulta más difícil decir en voz alta esta tarde. Que prefería no saber. Y que esa preferencia tuvo un costo que no fui yo quien lo pagó.

El conseller Bonet lo miraba con una expresión que Erik no supo cómo clasificar: podría ser incomodidad, podría ser alivio, podría ser el reconocimiento de alguien que ve a otra persona hacer algo que él mismo no habría tenido el coraje de hacer en ese momento y que lo sabe mientras lo ve.

La reunión continuó después de eso, con los puntos de agenda que quedaban: el protocolo de coordinación entre cuerpos policiales, las medidas de comunicación para las familias de las víctimas todavía no identificadas, el calendario de trabajo del equipo forense en el corredor del Nere. Pero lo que Casadesús había dicho permanecía en la sala con la densidad específica de las cosas que no se pueden desescuchar, que cambian la temperatura del espacio en que fueron dichas aunque la conversación siga en otra dirección.

Erik salió de la reunión con Marc a las siete menos cuarto. La noche ya había cubierto completamente el valle, con esa oscuridad de enero que en el fondo de la cuenca llegaba antes que en cualquier otro punto del territorio y que hacía que las luces de los hoteles y los restaurantes parecieran más cálidas de lo que eran porque contrastaban con una oscuridad más total que en la ciudad. Los equipos de televisión seguían grabando en la calle Mayor con sus luces artificiales, que convertían el adoquín nevado en una superficie plateada bajo los focos y que hacían que todo lo que quedaba fuera del radio de esa luz pareciera, en comparación, más oscuro de lo que era.

—¿Qué piensas de lo que dijo Casadesús? —preguntó Marc, mientras caminaban hacia la redacción.

Erik tardó en responder.

—Pienso que es lo más honesto que he oído decir a un político en esta comarca en los cinco años que llevo de regreso. Y pienso que llega tarde, que es inevitable que llegue tarde porque las cosas que requieren ese tipo de honestidad siempre llegan tarde, y que el hecho de que llegue tarde no invalida que haya llegado pero tampoco cancela el costo del retraso.

Marc asintió sin decir nada más.

En la redacción, Erik pasó las dos horas siguientes escribiendo la crónica de la reunión. No era una crónica difícil en términos técnicos: tenía los datos, tenía las declaraciones, tenía el contexto. Lo que la hacía difícil era otra cosa, más difícil de nombrar: la sensación de estar escribiendo sobre un momento que en los años siguientes va a ser citado como el punto de inflexión, el momento en que el valle dejó de poder seguir siendo lo que había sido, y la responsabilidad específica de esa posición, de ser quien lo escribe en el momento en que ocurre y no después, cuando la distancia temporal lo hace más claro pero también menos urgente.

Entregó la crónica a Marc a las nueve. Marc la leyó, quitó dos párrafos que consideró redundantes, y la publicó a las nueve y cuarto. En veinte minutos tenía tres mil visitas. En una hora, ocho mil. Era mucho menos que el artículo del sábado, pero era un número diferente en su naturaleza: no era el número de la sorpresa sino el número de la confirmación, el número de la gente que ya había empezado a entender lo que estaba pasando y que seguía buscando la versión más completa y más honesta de esa comprensión.

A las diez de la noche, Erik salió de la redacción y caminó sin destino concreto durante veinte minutos, que era su costumbre cuando terminaba un día que había sido demasiado para procesarlo sentado en una silla. Las calles del centro de Vielha tenían una quietud diferente a la de los miércoles anteriores: era la quietud de un lugar que está procesando algo, que ha recibido un impacto y está reconfigurándose alrededor de él sin saber todavía qué forma

va a tener cuando termine de reconfigurar. Los turistas que quedaban, que eran menos que en cualquier fin de semana de la temporada pero más de los que Erik habría esperado dado lo que había ocurrido, caminaban con una energía diferente a la de los días anteriores: más discreta, más atenta, como si hubieran bajado el volumen de su presencia en deferencia a algo que no terminaban de entender pero que entendían que requería un volumen más bajo.

Pasó por delante del bar Eth Pònt y vio por la ventana empañada que había dos grupos de residentes permanentes en las mesas interiores, algo que en plena temporada alta era inusual porque el bar solía estar lleno de turistas durante esas horas. No entró, pero los vio desde fuera con esa visión difusa que da el cristal con vaho, y lo que vio le pareció la imagen de algo que no había sido así en semanas: la gente del valle ocupando su propio espacio, hablando entre ellos, sin el ruido de los visitantes cubriendo su conversación como cubría tantas otras cosas.

Siguió caminando hasta llegar al puente sobre el Garona, donde se detuvo un momento mirando el río en la oscuridad. El agua era visible solo donde la luz de las farolas del puente alcanzaba la superficie, una franja estrecha y negra entre los bordes helados, moviéndose con esa velocidad de los ríos de montaña que en enero corre bajo una capa de quietud aparente. El ruido que hacía era el ruido de siempre, constante y sordo y completamente ajeno a cualquier cosa que ocurriera encima de él.

Sacó el teléfono y llamó a Marta.

Tardó tres tonos en responder.

—¿Cómo fue la reunión? —preguntó Marta.

—Casadesús dijo algo que va a estar en los artículos durante semanas. —Erik le repitió la frase, lo más fielmente que pudo.

Silencio al otro lado.

—¿Cómo lo dijo?

—Con la cara de alguien que ha decidido que ya no puede seguir sin decirlo aunque decirlo no lo libere de nada.

—¿Y cómo lo recibió la sala?

—Como se reciben las cosas que todos saben y que nadie ha dicho todavía en voz alta. Con ese silencio que es más ruidoso que cualquier reacción.

Marta estuvo callada un momento.

—El juez instructor ha formalizado la detención esta tarde. El expediente está en la fiscalía. El proceso judicial va a ser largo.

—Lo sé.

—¿Qué vas a escribir sobre lo de Casadesús?

Erik miró el río desde el puente.

—La verdad. Que un alcalde que lleva nueve años en el cargo dijo en una reunión oficial que prefería no saber, y que esa preferencia tuvo un costo. Y que el hecho de que lo haya dicho en voz alta hoy no lo borra sino que lo nombra. —Una pausa—. Que nombrar las cosas no las deshace. Pero que no nombrarlas tampoco las hace desaparecer.

—¿Y el valle?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Qué vas a escribir sobre el valle.

Erik pensó en la pregunta durante un momento. Era una pregunta que tenía muchas respuestas posibles y que probablemente no tenía ninguna que fuera completa.

—Voy a escribir que el valle no era el escenario del crimen en el sentido en que los medios nacionales van a usarlo durante las próximas semanas, como decorado de postal que contrasta con el horror. El valle era también el sistema que hizo posible que el horror se prolongara. Que la economía del silencio que construyó durante

décadas para proteger lo que entendía que necesitaba proteger tuvo un precio que no pagaron quienes lo construyeron. Y que eso es algo que el valle va a tener que mirar directamente durante mucho tiempo, más allá de la temporada que está cerrando ahora mismo.

Marta no respondió de inmediato.

—¿Cómo está usted? —preguntó finalmente.

Era la primera vez que Marta le hacía esa pregunta de esa forma directa, sin envoltorio profesional, como si la pregunta fuera sobre la persona y no sobre el colaborador de la investigación o el periodista del caso. Erik la recibió con la sorpresa leve de las cosas que no se esperan y que cuando llegan resultan necesarias.

—Estoy bien —dijo—. En el sentido de que sé dónde estoy y por qué. No en el sentido de que no pese.

—Las dos cosas pueden ser verdad al mismo tiempo.

—Sí —dijo Erik—. Eso he aprendido esta semana.

El río seguía corriendo debajo del puente con su ruido de siempre. Las luces del valle parpadeaban en el frío. Desde donde estaba Erik, si levantaba la vista hacia el norte, podía ver las últimas estribaciones de los montes que rodeaban Baqueira, invisibles en la oscuridad excepto por la ausencia de estrellas que producía su masa contra el cielo. Ahí arriba estaba la nieve. Ahí abajo, cubierta por la nieve, estaba todo lo que el invierno había guardado durante años con la paciencia de los custodios que no tienen opinión sobre lo que custodian.

—¿Cuándo regresa a Lleida? —preguntó Erik.

—Cuando el caso esté suficientemente estabilizado para que no necesite mi presencia física. Unos días más.

—¿Y después?

—Después, el trabajo. El expediente. El juicio cuando llegue. Las víctimas que todavía no han sido identificadas.

—¿Hay más?

—Probablemente. El rastreo del corredor forestal tardará días más en completarse.

Eso se instaló entre los dos en el silencio de la llamada con el peso que tienen las cosas que están por ocurrir y que ya se saben aunque no hayan ocurrido todavía.

—Marta —dijo Erik.

—¿Sí.

—Lo que dijimos al principio, que el que llegó desde fuera y el que creció aquí ven cosas distintas del mismo sitio. Era verdad.

—Era verdad.

—Pero también resultó que las dos perspectivas solas eran insuficientes. Que se necesitaban las dos para ver lo que había que ver.

Marta tardó en responder.

—Las investigaciones que funcionan siempre funcionan así —dijo—. No por una sola inteligencia sino por la suma de las que están disponibles. El problema es que el sistema rara vez está diseñado para que esas inteligencias se encuentren.

—¿Y cuando se encuentran?

—Cuando se encuentran, a veces pasan cosas como esta semana.

Era una respuesta que no cerraba nada sino que dejaba abierto exactamente lo que necesitaba estar abierto, y eso, en ese momento, era suficiente.

Erik colgó y se quedó un momento más en el puente mirando el río. La temperatura era de trece grados bajo cero, lo suficientemente fría como para que la respiración produjera vaho visible bajo las luces del puente, lo suficientemente fría como para que quedarse

quieto más de unos minutos empezara a tener consecuencias. Pero Erik se quedó el tiempo que necesitó para asentar las últimas horas en el lugar correcto dentro de sí mismo, que era un lugar que esa semana había tenido que ampliarse varias veces para contener lo que iba llegando.

El valle de Arán al fondo de su cuenca invernal. Las luces de los hoteles y los restaurantes con su promesa de calidez y consumo, exactamente igual que siempre. Los turistas que no habían cancelado sus reservas, que eran menos de los habituales pero que seguían llegando con sus esquís y sus expectativas, porque la nieve era indiferente a lo que había ocurrido y Baqueira era Baqueira y algunos lugares tienen la capacidad de seguir siendo ellos mismos aunque lo que ha ocurrido en ellos haya cambiado para siempre la forma en que ese nombre suena.

El valle tendría que mirarse en el espejo durante mucho tiempo. No el espejo de los medios nacionales, que en semanas o meses pasarían a otra historia y dejarían Vielha volver a ser el lugar que los folletos describían. El espejo de sus propios habitantes, que habían escuchado a su alcalde decir en voz alta lo que todos sabían que era verdad sin haberlo dicho nunca, y que ahora tendrían que decidir qué hacían con esa verdad en la vida cotidiana del valle, en la forma de relacionarse con los que llegaban y con los que se quedaban, en la disposición a no apartar la vista la próxima vez que algo no cuadrara.

Eso era una tarea que no terminaría cuando cerrara el expediente. Era una tarea sin fecha de cierre, del tipo que las comunidades heredan cuando el horror que estaba entre ellas finalmente tiene nombre y hay que decidir qué se hace con lo que queda después de haberle puesto el nombre.

Erik bajó del puente, se subió el cuello del abrigo contra el frío que subía desde el río, y empezó a caminar hacia su apartamento por la calle Sant Miquèu. La calle estaba quieta, con una o dos ventanas iluminadas en los edificios de residentes permanentes y el

resto a oscuras con ese silencio de los lugares que respiran. En una de las ventanas iluminadas vio, brevemente, la silueta de una persona que se movía al interior de una habitación con la normalidad de alguien que está en su casa y no sabe que lo están mirando desde fuera.

Eso también era el valle: la gente que siempre había estado ahí, que seguiría estando cuando los equipos de televisión se fueran y los expedientes judiciales pasaran a otra jurisdicción y los turistas volvieran en el próximo invierno porque la nieve no guardaba rencor ni tenía memoria de lo que había cubierto. La gente que vivía en ese lugar y que tendría que seguir viviendo en él, con el peso de lo que había sido nombrado y con la tarea de no dejarse vencer por la tentación de volver a no nombrarlo.

Subió las escaleras de su edificio en el frío de la caja de escaleras y entró al apartamento. Se quitó el abrigo, lo dejó en la silla de la cocina, y se sentó a la mesa con el cuaderno abierto en la última página escrita.

El nombre de Sergi Palau en el margen, escrito a lápiz con la letra que usaba cuando escribía cosas que todavía no sabía si eran para el cuaderno o para él mismo. Debajo, la pregunta que Marta le había hecho esa mañana: *¿Cuándo fue la última vez que pensó en él?* Y debajo de la pregunta, sin respuesta anotada, el espacio en blanco donde la respuesta vivía sin necesitar ser escrita porque había cosas que no requerían el papel para existir.

Abrió una página nueva. Escribió la fecha. Y empezó a escribir el artículo que llevaría días escribiendo en la cabeza pero que esa noche, finalmente, tenía las palabras que necesitaba para ser lo que tenía que ser.

No era la crónica de la reunión del Consell, que ya estaba publicada. Era otra cosa, más difícil de clasificar en los géneros periodísticos convencionales: era la historia del silencio del valle escrita desde dentro, con el conocimiento de quien creció en ese silencio y aprendió a respirar en él antes de aprender que tenía otras

opciones. Era la historia de cómo los lugares aprenden a no ver lo que resulta caro ver, y de cómo ese aprendizaje, que en su momento parece supervivencia, acaba teniendo el costo de las cosas que cuestan más cuanto más tiempo se posponen.

Lo escribió durante dos horas, sin revisar mientras escribía, con la letra que no era la letra apretada de las notas sino la letra más abierta de los textos que necesitan espacio para respirar. Lo terminó pasadas las doce. Lo leyó una vez. Quitó tres frases que explicaban demasiado lo que el texto mostraba sin necesidad de explicar. Lo guardó sin enviarlo todavía, porque era el tipo de texto que necesitaba una noche de distancia antes de ser leído por los ojos de alguien que no era él.

Apagó la luz de la cocina, fue al dormitorio, y se acostó en la oscuridad del apartamento con el ruido amortiguado de la calle Sant Miquèu en la noche de enero del valle, ese ruido que era también silencio comparado con el ruido de las ciudades, ese silencio que había aprendido de niño y que de adulto resultaba a veces imposible de distinguir de otro silencio completamente diferente, el silencio de las cosas que no se dicen porque decirlas requiere un coraje que nadie ha enseñado a tener.

El valle iba a tener que aprender esa diferencia.

Y él iba a tener que escribir sobre ello, mañana y durante mucho tiempo después, porque esa era la única forma que conocía de seguir siendo útil en el lugar al que había regresado sin saber exactamente por qué y que ahora, por primera vez desde que regresó, empezaba a parecerse a la razón.

Capítulo 10

El hombre que siempre estuvo aquí

Cuando lo que buscabas estaba en el lugar más visible

El viernes amaneció con una claridad que no tenía nada de inocente. El cielo estaba completamente despejado desde antes del alba, con esa transparencia del Pirineo en los días de anticiclón que hace que la luz llegue desde un ángulo tan bajo y tan preciso que cada objeto proyecta una sombra tres veces más larga que él mismo, y que la nieve, bajo esa luz, tenga una blancura casi insoportable que obliga a los ojos a buscar las zonas de sombra como si la luz fuera también una forma de presión. Marta notó esa claridad desde el primer segundo en que abrió los ojos, antes de que la memoria del día anterior se instalara con su peso propio, porque la claridad entraba por la ventana de la pensión con la insistencia de las cosas que no piden permiso.

Eran las seis y cuarenta y ocho minutos.

A las ocho estarían en la comisaría. A las nueve menos cuarto, en el aparcamiento de la base de Baqueira, con el operativo coordinado entre los Mossos, la Guardia Civil y el equipo de Solà que llevaría diez días trabajando en el valle con una eficiencia que Marta reconocía como genuina porque sabía distinguirla de la eficiencia decorativa que algunos equipos producen cuando alguien de fuera está mirando. El hombre al que iban a buscar tenía turno esa mañana en la estación, según los registros de la empresa de logística que lo contrataba como colaborador para el transporte de material en los primeros días de cada semana. Ese turno era una constancia que llevaba más de una década siendo exactamente eso,

una constancia, el tipo de regularidad que la gente que lo conocía describía como una de sus virtudes.

Marta se duchó con el agua que tardaba cuatro minutos en calentarse y que esa mañana pareció tardar más, o quizás fue que ella se quedó bajo el agua más tiempo de lo habitual, dejando que el vapor de la habitación pequeña del baño desempañara el espejo y le devolviera su propia imagen con la claridad puntual de los momentos en que uno necesita verse antes de enfrentar lo que viene. La imagen que vio era la de siempre, sin que los diez días en el valle hubieran producido ningún cambio visible. Pero había algo en la forma en que la miraba que era diferente, algo que no estaba en los rasgos sino en la atención, como si esa mañana mirarse requiriera más precisión que otros días.

Bajó a desayunar a las siete y cuarto. Dolors le había dejado el café preparado y una tostada con aceite de oliva que en cualquier otra mañana habría resultado cotidiana y que esa mañana tenía el sabor particular de las cosas ordinarias en los días extraordinarios, ese sabor que no tiene nada de especial y que por eso mismo resulta más intenso que cualquier otra cosa, como si la normalidad de un trozo de pan con aceite funcionara como ancla frente a lo que iba a ocurrir en las siguientes horas.

Dolors no preguntó nada. Se limitó a servirle el café y a decirle que el tiempo iba a seguir despejado hasta el mediodía, como si la meteorología fuera la información más útil que podía ofrecerle. Marta lo agradeció con la misma incomodidad con que agradecía siempre las bondades que no había pedido pero que en el momento preciso resultaban exactamente lo que se necesitaba.

La comisaría a las ocho de la mañana tenía la densidad de los lugares donde algo importante va a ocurrir y todo el mundo lo sabe aunque nadie lo diga. Puig estaba en su despacho con los dos agentes de la Unitat Territorial que participarían en el operativo, más los cuatro del equipo de Solà, más el enlace de la Guardia Civil que había coordinado el trabajo en el corredor forestal durante los

últimos días. Eran ocho personas en una sala diseñada para cinco, con el calor de los cuerpos y el café haciendo que el ambiente fuera más denso de lo habitual, y con el silencio específico de los grupos que están esperando la señal de que ya es el momento.

Solà llegó a las ocho y cinco con los papeles de la orden de detención en la mano y los leyó en voz alta con la claridad de los que entienden que los textos legales en esos momentos no son burocracia sino la estructura que protege todo lo que va a ocurrir después de ellos. Marta escuchó el texto sin seguirlo en ningún papel, porque ya lo había leído tres veces la noche anterior hasta memorizar no su literalidad sino su arquitectura, las razones que el juez instructor había considerado suficientes para firmar algo que en pocas horas iba a cambiar de forma irreversible la vida de una persona y, con ella, la forma en que el valle de Arán se entendería a sí mismo durante mucho tiempo.

Los indicios eran sólidos. Los logs del servidor de la aplicación de la estación habían confirmado lo que Ruiz había adelantado el martes por la noche: seis accesos verificados desde una IP registrada en la red interna de Baqueira durante horarios compatibles con el turno de trabajo de la persona en cuestión, con timestamps que coincidían con interacciones activas del perfil SkiGuide_Pirineos en los mensajes a tres de las cuatro víctimas recientes. Los objetos encontrados en el corredor forestal incluían, además de los materiales de víctimas identificadas o en proceso de identificación, dos prendas de ropa que el análisis de laboratorio había vinculado mediante ADN en vestigios microscópicos con un perfil genético que el sistema de bases de datos policiales había cruzado con una muestra obtenida de forma legal en el contexto de la investigación. La coincidencia era del noventa y nueve punto siete por ciento, que en la terminología forense era la expresión máxima de certeza antes de que el sistema admitiera que ningún porcentaje puede ser cien.

El análisis de presencia y comportamiento que Andreu Prats había construido a partir de los datos del caso había sido

formalizado como informe pericial adjunto al expediente. Los testimonios de Neus, Raquel y otros cuatro empleados de la estación que habían sido entrevistados durante la semana, aunque ninguno de ellos pudiera identificar con certeza a la misma persona en todos los casos, convergían en una descripción que, superpuesta al historial laboral y al patrón de acceso digital, resultaba suficientemente coherente para que el juez instructor la considerara parte del corpus de indicios.

No era la certeza que uno quería antes de un momento como ese. Pero era la certeza que la investigación podía producir en ese estado, y esperar más no cambiaba la naturaleza de los indicios sino únicamente el tiempo que la persona tendría para reorganizarse.

Solà miró a Marta cuando terminó de leer.

—¿Alguna objeción al procedimiento?

—Ninguna.

—Entonces a las nueve en la base.

El trayecto desde Vielha hasta Baqueira lo hicieron en dos vehículos, con las cadenas puestas sobre el asfalto que a esa hora de la mañana todavía no había recibido el tráfico que lo calentaría levemente durante las horas de mayor afluencia. Marta iba en el primer coche, junto a Solà, mirando el paisaje que había recorrido en ese mismo sentido varias veces durante la semana con una sensación diferente cada vez, como si el mismo tramo de carretera tuviera una temperatura distinta dependiendo de lo que llevaba consigo. El río Nere a la derecha, invisible bajo la nieve pero audible en los tramos donde la capa de hielo era más delgada, con ese sonido subterráneo del agua que sigue moviéndose aunque todo a su alrededor esté congelado. Los abetos a la izquierda con sus ramas cargadas de la nieve de los días anteriores, que bajo el sol de las ocho y media de la mañana empezaba a soltar pequeñas avalanchas silenciosas que caían de rama en rama con un susurro apenas audible.

—¿Cómo está? —preguntó Solà, sin apartar los ojos de la carretera.

—Concentrada —dijo Marta.

—Lo preguntaba en serio.

Marta tardó un momento.

—Hay una parte de este trabajo que nunca se vuelve completamente rutinaria —dijo—. La parte en que lo que has construido durante días deja de ser una hipótesis y se convierte en una persona concreta en un lugar concreto esperando algo que no sabe que está esperando. —Una pausa—. Prefiero que siga siendo así. Que el día que se vuelva completamente rutinaria sea el día que lo deje.

Solà asintió sin añadir nada más, con el asentimiento de quien ha tenido esa misma conversación consigo misma más veces de las que podría contar.

El aparcamiento de la base de Baqueira a las nueve menos veinte estaba en ese estado de actividad intermedia de los días laborables de temporada, con los empleados llegando a sus turnos y los primeros grupos de esquiadores que empezaban a organizar su material en la zona de acceso a los remontes. El sol había empezado a calentar levemente la nieve de las pistas altas y la temperatura, que al amanecer había estado en doce grados bajo cero, estaba subiendo con la velocidad específica de los días de anticiclón en alta montaña, donde el sol tiene una potencia que el termómetro no registra bien porque el aire sigue siendo frío mientras la exposición directa produce calor en las superficies expuestas.

Era el tipo de mañana en que la gente sonreía al bajarse de los coches. El tipo de mañana que había llegado a los folletos de la estación durante décadas con buena razón, porque era exactamente tan hermosa como prometían.

El hombre que buscaban llegó en una furgoneta de empresa de color blanco con el logo de la empresa de logística en el lateral, a las nueve menos doce, tres minutos antes de lo que indicaba el horario de su turno. Era puntual. Ese detalle, tan pequeño, tan completamente irrelevante en cualquier otra circunstancia, tenía esa mañana el peso de las cosas que se ven de otra forma cuando se sabe lo que se sabe, como si la puntualidad fuera también parte del mismo sistema que producía la invisibilidad funcional, la utilidad como camuflaje, la normalidad estudiada de quien ha aprendido que la fiabilidad es una forma de no ser cuestionado.

Bajó de la furgoneta con la mochila de trabajo al hombro y el abrigo técnico de la empresa cerrado hasta arriba contra el frío. Tenía cuarenta y tres años y el aspecto de alguien que lleva su vida en exteriores con la comodidad de quien nunca ha necesitado ningún otro entorno. No había nada en su forma de moverse ni en su aspecto que activara ninguna alarma en los esquiadores que pasaban a tres metros de él cargando sus esquís hacia los remontes. Era exactamente lo que era: alguien que formaba parte de ese lugar con la naturalidad de quien siempre ha estado ahí.

Solà hizo la señal cuando la furgoneta blanca aparcó.

Los dos agentes de la Unitat Territorial se movieron hacia el lateral del aparcamiento con la cadencia de quienes han practicado ese movimiento suficientes veces como para que no parezca lo que es. Marta y Solà avanzaron desde el frente. El enlace de la Guardia Civil cerraba por la derecha. Ruiz y el otro técnico de Barcelona permanecían junto a los vehículos, a distancia de apoyo pero sin participación directa en el contacto inicial.

El hombre los vio cuando quedaban ocho metros entre ellos. No dio ninguna señal de sorpresa que Marta pudiera identificar como tal, aunque había aprendido que la ausencia de sorpresa visible no era lo mismo que no sentirla, que las personas capaces de mantener una compostura funcional durante décadas en situaciones que habrían destrozado a la mayoría eran precisamente las que en ese

momento específico podían parecer más tranquilas. Lo que vio en su cara, en el segundo en que los ojos de los dos se encontraron, fue algo más difícil de nombrar: el reconocimiento, no de los individuos que se le acercaban sino de lo que representaban, la comprensión inmediata de que el período que había durado más de una década estaba llegando a su fin de una forma que en algún lugar de sí mismo debía haber sabido que llegaría.

—Señor Jordi Coma —dijo Solà, con la voz neutral y clara de quien ha hecho esto muchas veces y sabe que el tono en ese momento determina todo lo que sigue—. Soy la inspectora Solà de la Unitat Central de Homicidis de los Mossos d'Esquadra. Quedará detenido en relación con la investigación en curso sobre desapariciones en el término municipal de Naut Aran. Tiene derecho a guardar silencio y a la asistencia de un abogado.

No hubo resistencia. Eso era lo que Marta recordaría después con más claridad que cualquier otra cosa de ese momento: la ausencia de resistencia. No el alivio de quien ha estado esperando esto, no la indignación del inocente, no el colapso de quien siente que el suelo desaparece bajo sus pies. Simplemente la cooperación mecánica de quien ha procesado la situación y ha calculado que resistir no produce ningún resultado útil. Era la misma lógica que Andreu había descrito: orientación al sistema, priorización de la sostenibilidad sobre cualquier reacción impulsiva. Incluso en ese momento, incluso en el final de todo, el comportamiento era coherente con el perfil hasta el punto de resultar casi más perturbador que cualquier reacción dramática habría sido.

Los esquiadores que pasaban por el aparcamiento no prestaron atención. Eso también era parte de lo que hacía tan difícil de procesar el momento: que el mundo a tres metros de distancia siguiera siendo exactamente lo que siempre había sido, con su ruido de voces y el sonido metálico de los esquís y el olor a café de la cafetería de la base que llegaba hasta el exterior con la eficiencia de los buenos sistemas de ventilación. La normalidad no se interrumpió ni un segundo. Siguió siendo la misma normalidad de siempre, con

su indiferencia perfecta a lo que ocurría en sus márgenes, que era exactamente la misma indiferencia que había protegido lo que había protegido durante más de una década.

Marta se quedó en el lateral del aparcamiento mientras los agentes de la Unitat Territorial acompañaban a Coma hacia el vehículo oficial. Solà coordinaba el registro de la furgoneta de empresa con la orden judicial que lo autorizaba, y los técnicos documentaban la escena con la metodología que haría que cada detalle de ese momento existiera en el expediente con la precisión que el proceso judicial requeriría.

No pensó en nada grandioso. Pensó en los logs del servidor de la estación con sus timestamps. Pensó en la chaqueta roja a ochenta y tres centímetros bajo la nieve. Pensó en la mochila verde de Sergi Palau con el nombre bordado en hilo naranja. Pensó en la voz de Joseba Urresti al teléfono diciendo dos años con esa planitud absoluta de quien ha vaciado la frase de cualquier adjetivo porque ningún adjetivo puede añadir nada a la precisión del número.

Pensó en la llamada que tendría que hacer esa tarde a las familias de los cuatro casos recientes para decirles que la investigación había dado un paso que no resolvía nada de lo que les habían quitado pero que al menos ponía nombre a lo que había ocurrido. Y en las otras llamadas, a las familias de los catorce casos archivados, que llevarían más tiempo porque los procesos de identificación forense tenían sus propios plazos, irreductibles.

La detención tardó cuatro minutos en completarse desde el primer contacto visual hasta que la puerta del vehículo oficial se cerró. Cuatro minutos en el aparcamiento de la base de Baqueira a las nueve menos ocho de la mañana de un viernes de enero, rodeados de esquiadores que venían a hacer lo que habían planeado hacer, con la nieve en las mejores condiciones de la temporada y el sol empezando a calentar las pistas altas con esa generosidad de los días de anticiclón en la montaña.

Marta miró la puerta cerrada del vehículo durante un momento que no fue largo pero que tuvo una densidad diferente a todos los momentos anteriores de esa mañana. Doce años. El número seguía teniendo un peso que no se reducía por haberlo dicho en voz alta muchas veces durante la semana. Doce años de temporadas de esquí, de turistas que llegaban y se iban, de nieve que cubría y deshielo que devolvía, de un valle que había construido con esmero la ilusión de ser exactamente lo que parecía. Y en el centro de esa ilusión, invisible precisamente porque era demasiado habitual para ser visto, un hombre que había llegado a conocer el lugar con la profundidad específica de los que han encontrado en él algo que los demás no saben buscar.

Solà se acercó.

—¿Bien?

—Sí.

—El registro de la furgoneta puede tardar dos horas. Necesito que se quede hasta que terminen.

—Aquí estoy.

Solà asintió y volvió hacia los técnicos. Marta sacó el teléfono y llamó a Puig para confirmar la detención y coordinar los pasos siguientes, con la voz neutral y técnica de quien sabe que las horas que venían iban a requerir toda la atención disponible y que gastarla antes de tiempo era un lujo que la investigación no podía permitirse.

Cuando colgó, se giró hacia el lateral del aparcamiento donde el bosque que bordeaba el corredor del Nere empezaba con su densidad de abetos cargados de nieve. Desde ahí no se veía la cinta amarilla del perímetro forense, pero ella sabía exactamente dónde estaba, a cuántos metros, en qué dirección. Sabía la geometría del lugar como solo se sabe la geometría de los sitios donde uno ha pasado días caminando y midiendo y buscando con la atención de quien entiende que el territorio guarda información que ningún archivo contiene.

Erik llamó a las diez y siete.

—¿Fue? —dijo.

—Fue.

Un silencio breve.

—¿Cómo?

—Sin incidentes. —Marta hizo una pausa—. En el aparcamiento, con los esquiadores pasando a su lado.

—La normalidad como escenario.

—Sí.

—¿Puedo publicar?

Marta miró la hora. El vehículo oficial con Coma ya había salido del aparcamiento hacia la comisaría de Vielha. El operativo estaba técnicamente concluido en su fase de detención. La información circularía por los canales internos en las próximas horas y llegaría a los medios antes de que terminara la mañana de todas formas. La pregunta no era si se publicaría sino quién lo publicaría primero y con qué precisión.

—Puede publicar —dijo Marta—. Con lo que sabe. Sin el nombre hasta que la fiscalía lo haga público, que será esta tarde.

—¿Cuándo esta tarde?

—A las cuatro, según Solà.

—Entonces publico ahora sin el nombre y con el nombre a las cuatro.

—Así.

Hubo un momento de silencio entre los dos que era diferente a los silencios anteriores de la semana, los silencios de la información contenida o de la espera o de la concentración. Era el silencio de dos

personas que han llegado a un punto que cuando empezaron no sabían exactamente cómo sería llegar.

—Erik —dijo Marta.

—¿Sí.

—Lo que construyó esta semana. Lo que encontró y lo que preguntó y lo que aguantó cuando resultó difícil aguantarlo. Eso fue parte de cómo se llegó aquí.

—Usted también construyó —dijo Erik.

—Sí. Pero desde fuera. Usted lo hizo desde dentro. Esa diferencia importa.

Erik tardó en responder.

—¿Cuánto tiempo llevaba este hombre en el valle antes de que nadie lo viera de verdad?

Era la pregunta que Marta había estado esperando. No porque no supiera la respuesta, sino porque sabía que era la pregunta que Erik iba a formular tarde o temprano, la que llevaba implícita en todo lo que habían construido juntos durante la semana.

—Más de doce años en el entorno de la estación —dijo Marta—. El primer caso que los registros forenses vinculan provisionalmente con su actividad data de hace nueve temporadas. Puede que antes también, aunque en ese punto la evidencia se vuelve más difícil de anclar con precisión.

—Nueve temporadas —dijo Erik—. Nueve inviernos de llegada de turistas, de temporada alta, de la misma gente que seguía viniendo año tras año a esquiar y que lo veían sin verlo porque verlo habría requerido algo que nadie había decidido hacer.

—Sí.

—Y durante todo ese tiempo, ¿cuántas personas en el valle tuvieron alguna sensación de que algo no cuadraba?

Era la pregunta que tenía más peso de todas, la que apuntaba no hacia el culpable sino hacia el sistema, hacia la comunidad, hacia la economía del silencio que Casadesús había nombrado la tarde anterior con la honestidad de quien ya no puede sostener el costo de no nombrarlo.

—Más de las que hablaron —dijo Marta—. Menos de las que lo sabían. En algún punto entre esas dos cifras está la distancia entre lo que este valle podría haber hecho y lo que hizo.

Erik se quedó callado durante un momento.

—¿Cuántos casos quedan sin identificar?

—El equipo forense lleva cuatro días de rastreo del corredor. Han identificado seis puntos de hallazgo. Dos identificaciones confirmadas, cuatro en proceso. Puede haber más puntos que el rastreo todavía no ha alcanzado. El trabajo continúa durante días.

—¿Las familias saben?

—Las que tienen identificación provisional, sí. Las otras esperan la confirmación de laboratorio. Es el proceso más duro de esta parte del trabajo: mantener informadas a las familias sin darles certezas que todavía no podemos darles, ni dejarlas en la ignorancia cuando lo que saben es ya suficiente para que la esperanza resulte cruelmente imprecisa.

Otro silencio.

—Marta —dijo Erik.

—¿Sí.

—Voy a escribir algo esta semana que no es un artículo de noticias. Es un texto sobre el valle y sobre el silencio y sobre lo que cuesta en términos humanos la economía de no querer saber. Lo que dijo Casadesús ayer fue una parte de eso, pero solo una parte. Quiero escribir la parte completa.

—¿Qué necesita?

—Tiempo. Y que cuando el juicio comience, podamos hablar de lo que has visto desde adentro de la investigación. No para el artículo de ahora. Para cuando llegue el momento en que la historia completa pueda ser contada.

Marta pensó en eso un momento. No en los obstáculos institucionales, que los habría y que serían navegables, sino en la pregunta más fundamental de si eso era algo que tenía que existir en el mundo, si la historia completa del valle de Arán durante esos años, contada con la precisión de quien estuvo dentro de la investigación y la precisión de quien conocía el territorio desde dentro, era algo que necesitaba ser dicho.

La respuesta era que sí, y la respuesta era obvia, y sin embargo necesitaba un momento para alojarla correctamente porque las cosas obvias en los momentos importantes merecen ese momento y no la ligereza de lo que se da por descontado.

—Cuando llegue ese momento —dijo Marta—, hablamos.

Colgó.

El registro de la furgoneta de empresa duró noventa minutos. Lo que encontraron los técnicos en ella fue catalogado con la metodología precisa de los registros forenses, cada objeto etiquetado y fotografiado antes de ser movido, cada elemento potencialmente relevante depositado en la bolsa correspondiente con la cadena de custodia que lo acompañaría desde ese momento hasta el final del proceso judicial que podía tardar meses o años pero que había empezado esa mañana en ese aparcamiento bajo ese sol de enero que no tenía nada de inocente.

Entre los objetos encontrados había cosas que el análisis del laboratorio determinaría si eran relevantes para el caso: herramientas de trabajo ordinarias de la empresa de logística, ropa técnica, el tipo de equipamiento que cualquier persona en ese puesto podría tener. Y había otras cosas cuya relevancia el laboratorio confirmaría pero que Marta registró con una atención

diferente cuando Solà se las mostró en sus bolsas de evidencia: un mapa topográfico de la zona forestal del Nere, plegado y con marcas a lápiz en varios puntos que el análisis debería cruzar con la localización de los hallazgos del equipo forense. Un par de guantes de trabajo con material en el lateral derecho que podría ser tierra o podría ser otra cosa y que el laboratorio diría cuál en su momento. Y, en el fondo de un compartimento lateral de la furgoneta, debajo de una capa de material de embalaje de la empresa, un teléfono prepago desactivado, sin SIM, del tipo que no deja rastro de red pero que podía contener información en su memoria local si alguien sabía cómo extraerla.

Ruiz lo cogió con las pinzas de evidencia y lo depositó en la bolsa con la expresión de quien ha encontrado exactamente lo que esperaba encontrar pero que aun así necesita un momento para que el encuentro deje de ser hipótesis y se convierta en objeto real con peso y temperatura.

—Este —dijo Ruiz—, con lo que puede tener en la memoria interna, puede ser el eslabón que conecta los perfiles digitales con casos anteriores a la creación de la aplicación de la estación.

—¿Cuánto tiempo para el análisis?

—Una semana para lo básico. Tres semanas para el análisis completo si la memoria no está dañada. —Pausa—. Si la memoria está dañada, más tiempo o nada, dependiendo del tipo de daño.

Marta asintió. Eso era el trabajo que venía: semanas de análisis, meses de proceso judicial, años de seguimiento. La detención de esa mañana era el inicio visible de algo que tendría su continuidad en laboratorios y salas de juzgado y archivos de la fiscalía, con una lentitud que resultaba frustrante cuando se comparaba con la urgencia de lo que había ocurrido durante años en el corredor forestal del Nere, pero que era la única lentitud honesta disponible, la lentitud del proceso que construye certeza en lugar de apresurarse hacia una conclusión que podría resultar frágil.

A las once y cuarenta, cuando el registro de la furgoneta estuvo completo y los vehículos empezaron a salir del aparcamiento de Baqueira en dirección a Vielha, Marta se quedó un momento en el lateral del aparcamiento. Sola, sin ninguna función operativa en los minutos siguientes, con el sol de media mañana sobre la nieve y el ruido de fondo de los esquiadores que seguían llegando con sus mochillas y sus esquís, completamente ajenos a lo que había ocurrido a cincuenta metros de donde colocaban sus bastones para la primera bajada del día.

La pista más visible desde ese punto del aparcamiento era la Escornau.

Era la pista favorita de Laura Valls, según había dicho su familia. La pista donde la habían visto por última vez a las 17:20 de un lunes de enero, con su material de esquí que el pistero encontraría cuarenta minutos después apoyado contra el tronco de un pino con los bastones cruzados sobre la nieve en una geometría que llevaba diez días siendo la imagen que más le había costado apartar cuando necesitaba dormir.

Los bastones cruzados como una firma.

Ahora había un nombre detrás de esa firma. Un nombre y un expediente y una orden de detención y un hombre en el interior de un vehículo oficial camino a la comisaría de Vielha. El nombre no devolvía a nadie. No deshacía los años ni los inviernos ni las llamadas que Marta había hecho esa semana ni las que tendría que hacer en los días siguientes a medida que los identificaciones forenses fueran llegando del laboratorio con la lentitud honesta del proceso que construye certeza.

Pero el nombre existía, y existir no era nada y era todo al mismo tiempo, dependiendo del ángulo desde el que se mirara.

Marta se puso en marcha hacia su coche. Tenía tres llamadas que hacer antes de la una: al juez instructor, para confirmar la detención y coordinar el calendario del procesamiento; a la

coordinación de Lleida, para el informe de situación que el sergent major esperaba desde hacía días; y a los padres de los cuatro casos recientes, porque se lo había prometido. Cuatro llamadas con cuatro voces distintas, cuatro formas de recibir una noticia que no era el final de su dolor sino simplemente el principio de una fase diferente de él, la fase en que el dolor tiene un nombre al que dirigirse aunque eso no lo reduzca en nada.

La primera llamada la hizo sentada en el coche, con el motor en marcha para el calor, mirando el aparcamiento vacío de vehículos oficiales y lleno de coches de turistas aparcados con esa convicción de los que han llegado a un lugar donde van a estar todo el día y no necesitan preocuparse por nada más que la nieve y el sol y la velocidad de las pistas.

La madre de Paula Giró respondió al primer tono.

—Señora Giró —dijo Marta—. Esta mañana hemos detenido a un sospechoso en relación con la desaparición de su hija.

El silencio al otro lado duró lo que dura el tiempo en detenerse y recomponerse cuando recibe algo para lo que ningún tiempo es suficiente preparación.

—¿La encontrarán? —preguntó la voz de la madre, con la pregunta que no era sobre la investigación sino sobre el único resultado que seguía importando.

—Estamos trabajando para ello —dijo Marta—. El equipo forense sigue en el área de búsqueda. Le daré noticias en cuanto haya algo definitivo.

Era la única respuesta honesta. No la más fácil, no la que la madre quería escuchar, pero la única que Marta podía dar sin violar la única norma que se había impuesto a sí misma al principio de cada caso: no prometer lo que no podía garantizar, porque las promesas rotas en esos contextos no eran solo promesas rotas sino una segunda traición añadida a la primera.

Colgó. Marcó el siguiente número.

El sol seguía alto sobre las pistas de Baqueira, con su claridad de anticiclón que no tenía nada de inocente. Los esquiadores seguían llegando y descendiendo y llegando de nuevo con el ritmo perpetuo de los días de temporada alta en que las condiciones son perfectas y el mundo parece haberse organizado exclusivamente para que la experiencia de deslizarse sobre la nieve resulte exactamente tan hermosa como prometen los folletos.

La normalidad como escenario del horror. Eso era lo que Solà había elegido como lugar para la detención, con una lógica táctica que Marta había entendido y aceptado. Y era también algo más que táctica: era la honestidad de reconocer que el horror no había ocurrido en ningún lugar excepcional sino exactamente ahí, en el corazón del funcionamiento normal del lugar, en el centro visible de la imagen que el valle proyectaba de sí mismo al mundo, en el aparcamiento de la estación de esquí más exclusiva de España mientras los turistas llegaban a pasar el fin de semana con sus esquís al hombro y su expectativa de días perfectos sobre la nieve.

Marta hizo las cuatro llamadas. Las hizo con la misma voz para cada una, neutral y precisa y sin falsa calidez pero sin la frialdad de quien ha aprendido a no sentir lo que manda al hablar, porque las personas al otro lado del teléfono merecían que la voz que les hablara fuera la de alguien que entendía lo que llevaban consigo y no la de un protocolo bien ejecutado. Cada llamada duró entre tres y ocho minutos. Cada una terminó con una promesa que Marta podía sostener: la de que tendría noticias cuando hubiera algo definitivo. No antes. No con más certeza de la que tenía. Exactamente eso.

Cuando terminó la última llamada, sacó el cuaderno del bolsillo interior del abrigo y lo abrió en la última página escrita, la de esa mañana temprana en la pensión, con las notas de la coordinación y los timestamps del operativo. Debajo de las notas, con la letra pequeña que usaba para las cosas que no eran para el expediente sino para ella, escribió la hora: 12:23.

Luego escribió una sola frase.

Doce años. Un aparcamiento. El mundo siguiendo.

La miró durante un momento. No la borró. No añadió nada. Cerró el cuaderno y lo guardó en el bolsillo, arrancó el coche, y salió del aparcamiento de Baqueira hacia la carretera que bajaba por el Nere hacia Vielha, con la nieve nueva reluciendo bajo el sol de las doce y cuarto y el valle extendido abajo con su geografía de siempre, exactamente igual que había sido siempre, sin que nada en su superficie indicara que esa mañana algo había cambiado en él de una forma que ninguna nueva temporada de nieve podría cubrir del todo.

Capítulo 11

Lo que queda cuando la nieve se deshace

La temporada termina pero el valle no recupera lo que era

La primera semana de abril llegó al valle de Arán con una luz que no era ya la luz de enero, esa claridad fría y lateral que hacía que todo proyectara sombras tres veces más largas que el objeto. Era una luz diferente, más alta, más directa, con algo de promesa en ella que el Pirineo dispensaba con parsimonia en las primeras semanas de primavera, como si el invierno cediera el territorio por etapas y no de golpe, con esa resistencia de los fenómenos que han durado mucho tiempo y no saben bien cómo terminar. La nieve de las cotas altas seguía siendo nieve, pero en los fondos de valle había aparecido la tierra, esa tierra oscura y húmeda de los Pirineos que en abril tiene un olor específico a cosa viva que emerge, a proceso que reanuda, a algo que había estado detenido y que ahora vuelve a moverse aunque todavía no sepa exactamente en qué dirección.

Baqueira había cerrado la temporada el sábado anterior con las peores cifras de afluencia de los últimos doce años.

El dato era oficial, publicado en el comunicado de prensa que la empresa había emitido el lunes por la mañana con la sobriedad de los textos que intentan contener un desastre en cuatro párrafos sin adjetivos. No decía catástrofe porque las empresas no usan esa palabra en sus comunicados aunque sea la correcta. Decía ejercicio atípico en un contexto de circunstancias excepcionales, que era la manera institucional de nombrar lo innombrable sin nombrarlo. Las

reservas habían caído un cuarenta y tres por ciento en comparación con la misma temporada del año anterior a partir de la segunda semana de febrero, que era cuando el caso había empezado a tener cobertura internacional continuada y cuando las cancelaciones habían dejado de ser una tendencia para convertirse en una hemorragia que ninguna campaña de comunicación podía contener. Dos hoteles de la carretera de acceso a la estación habían anunciado que no abrirían en la temporada siguiente. Tres restaurantes del centro de Vielha habían colgado el cartel de se alquila local antes de que acabara marzo. El sector de alquiler de material en la base de Baqueira había reducido su plantilla eventual en un treinta por ciento.

Erik lo había documentado todo con la meticulosidad del que sabe que los números tienen nombres detrás y que los nombres tienen familias que dependen de ellos, y que la responsabilidad de contar los números sin olvidar los nombres era parte del oficio de estar en ese lugar en ese momento. Lo había escrito, lo había publicado, lo había recibido con la incomodidad específica de las historias que son verdad y que duelen precisamente porque son verdad, sin que la verdad los exima de doler.

El miércoles de esa primera semana de abril, Erik salió de la redacción a las once de la mañana con el cuaderno en el bolsillo y caminó hacia el sur del pueblo, hacia la zona donde el Garona empezaba a desprenderse de su capa de hielo invernal y mostraba el agua de nuevo, esa agua de deshielo que bajaba de las cumbres todavía nevadas con una velocidad y un volumen que en esta época del año no tenían en enero. El sonido del río era diferente en abril. Más pleno, más urgente, con una energía que el invierno había acumulado bajo el hielo durante meses y que ahora se liberaba con la fuerza específica de las cosas que han estado contenidas demasiado tiempo.

Había pasado una semana desde que el equipo forense completó el rastreo del corredor del Nere.

El balance final del trabajo de dos semanas en el bosque entre Baqueira y el cauce del río era un número que Erik había escrito tres veces en tres artículos distintos y que cada vez que lo escribía tenía el mismo peso que la primera: ocho puntos de hallazgo, seis identificaciones confirmadas mediante análisis de ADN y documentación personal, dos identificaciones pendientes todavía de resultado de laboratorio porque las condiciones de conservación eran más precarias en esos casos y el proceso requería más tiempo. De los seis casos confirmados, cuatro pertenecían a los expedientes archivados de temporadas anteriores que los registros policiales habían clasificado como desapariciones voluntarias sin resolución. Dos correspondían a los casos recientes de la temporada en curso.

Iñigo Larrea y Paula Giró habían sido identificados la semana anterior. Las familias habían recibido la notificación con horas de diferencia, el mismo día, porque el laboratorio había procesado sus análisis en paralelo con la urgencia que la situación justificaba. Erik había hablado con el padre de Iñigo brevemente, por teléfono, después de que la notificación oficial llegara a la familia. El padre había dicho algo que Erik había anotado en el cuaderno y que no había usado en ningún artículo porque pertenecía a esa categoría de cosas que merecen no ser convertidas en titular: había dicho que era mejor saber que no saber, y que eso no hacía que saber fuera menos terrible, y que él no esperaba que nadie que no hubiera estado donde él estaba pudiera entender la diferencia entre esas dos cosas.

Erik lo entendía más de lo que el padre de Iñigo podría haber imaginado. Lo entendía en el sentido específico de quien lleva meses sabiendo una verdad que el sistema había preferido no reconocer, y que cuando el sistema finalmente la reconoce experimenta algo que no es alivio sino una especie de reconocimiento tardío y doloroso, la sensación de que el mundo ha llegado finalmente al punto donde él llevaba tiempo esperando que llegara y que el trayecto hasta ese punto había costado demasiado.

Álvaro Mendoza, el menor de Burgos, había sido identificado el jueves. La madre había llamado a Erik ese mismo día, sin que nadie le hubiera dado su número, lo cual significaba que lo había buscado, que había encontrado el artículo del sábado de febrero en que Erik había escrito por primera vez los cuatro casos vinculados y que había guardado el contacto con la precisión de alguien que sabe que ese periodista va a ser la persona que le cuente la verdad cuando la verdad llegue. La madre de Álvaro habló durante doce minutos y Erik escuchó sin interrumpir, que era lo único que podía hacer en esa situación y que era, al mismo tiempo, lo más útil. Al final de la conversación, la madre le preguntó si iba a seguir escribiendo sobre el caso. Erik le dijo que sí. La madre dijo bien, y colgó.

Los dos casos pendientes de identificación correspondían a personas cuyas familias no habían presentado denuncia formal en ningún cuerpo policial, lo cual significaba que el proceso de identificación requería cruzar los perfiles genéticos obtenidos con bases de datos más amplias y con archivos de denuncias en otras comunidades autónomas. Era trabajo que se haría, porque ahora había un expediente judicial activo con un juez instructor que tenía la autoridad y la obligación de ordenar las búsquedas necesarias. Pero era trabajo que tomaría tiempo, y el tiempo en esos casos era también una forma de injusticia para las personas que aún esperaban sin saber que había algo por lo que esperar.

Laura Valls seguía sin ser encontrada.

Eso era lo que Erik no podía escribir sin que la frase le pesara en los dedos de una forma diferente a todas las demás frases que había escrito en esas semanas. La investigación del corredor del Nere había cubierto un radio de trescientos metros desde el primer punto de hallazgo con la metodología sistemática que Casamitjana había coordinado durante dos semanas. El rastreo no había encontrado evidencias de Laura Valls en esa área. Eso podía significar varias cosas, y ninguna de las cosas que podía significar era fácil de sostener: que el hallazgo estaba fuera del radio rastreado, que estaba en un punto del corredor que la nieve todavía

cubría y que el deshielo devolvería en las semanas siguientes, o que había algo en el caso de Laura Valls que era diferente a los demás aunque el perfil y el método de contacto fueran idénticos. El juez instructor había ordenado que el rastreo continuara a medida que el deshielo permitiera acceder a zonas que en enero y febrero habían sido técnicamente inaccesibles.

Los padres de Laura Valls seguían esperando. Erik los había visto la semana anterior en Vielha, en uno de esos encuentros casuales que en un pueblo de ese tamaño no son tan casuales como parecen porque el pueblo filtra los encuentros con la eficiencia de los lugares pequeños. Los padres de Laura caminaban por la calle Mayor con ese paso de los que han aprendido a estar en un lugar porque es el lugar donde puede llegar la noticia que esperan, aunque la noticia no llegue y aunque quedarse no acelere su llegada. El padre la vio primero. La madre tardó un segundo más. Ninguno de los dos le preguntó nada. Se miraron durante un momento con la mirada de los que comparten un conocimiento que no necesita ser articulado y siguieron caminando.

Erik llegó al río y se detuvo en la orilla. El Garona en abril tenía ese color verde oscuro del agua de deshielo, casi opaco en la superficie, con la corriente visible en los remolinos que se formaban alrededor de las piedras que el invierno había dejado en el cauce. La orilla donde estaba todavía tenía parches de nieve sucia en las zonas de sombra, esa nieve de final de temporada que ha perdido su blancura y tiene el aspecto de algo que ya ha cumplido su función y espera ser reabsorbida. En los márgenes del río, entre la nieve y la tierra húmeda, habían empezado a aparecer las primeras plantas del año, esas plantas pequeñas y oscuras que en los Pirineos preceden a todo lo demás y que en abril tienen ese aspecto frágil de las cosas que acaban de decidir que es el momento de estar.

El proceso judicial había comenzado formalmente la semana anterior.

Jordi Coma, cuarenta y tres años, había sido procesado por el juez instructor con cargos que el expediente de la fiscalía enumeraba en un documento que Erik había leído tres veces y que cada vez le producía la misma sensación de insuficiencia del lenguaje jurídico frente a la magnitud de lo que nombraba, esa sensación de que las palabras del derecho penal son precisas e inevitables pero que en algún punto de su precisión dejan de capturar lo que de verdad ocurrió durante doce temporadas en el corredor forestal del Nere. Coma había designado abogado defensor y había ejercido su derecho a no declarar en las primeras comparecencias, lo cual era su derecho y lo cual era también, para quienes seguían el caso desde fuera, la continuación de esa misma lógica que Andreu Prats había descrito semanas atrás: orientación al sistema, priorización de la sostenibilidad, el cálculo frío de las posibles consecuencias antes que cualquier reacción que pudiera resultar perjudicial.

El juicio no tendría lugar antes de un año, probablemente más. Era la escala temporal de los procesos judiciales de esa complejidad, y Erik lo había explicado en varios artículos con la claridad suficiente para que los lectores que buscaban cierre inmediato entendieran que el cierre inmediato no era la forma honesta de tratar este caso. Las familias lo entendían, o al menos lo aceptaban con la resignación de quienes ya han procesado suficientes plazos incumplidos como para haber aprendido a no hacer depender su capacidad de seguir adelante del calendario de los tribunales.

El teléfono vibró en el bolsillo del abrigo.

Erik lo sacó pensando en que sería Marc con alguna pregunta sobre el artículo que había entregado esa mañana. No era Marc.

Era Marta.

—¿Dónde estás? —preguntó Marta, sin preámbulo, con esa economía de saludo que Erik ya reconocía como su forma habitual y que en otra persona habría resultado descortés y en ella resultaba simplemente honesta.

—En el río. El Garona. Al sur del pueblo.

—¿Tienes un rato?

—Tengo el rato que necesite.

—Bien. Estoy en el bar de la calle del Forn.

La dueña del bar de la calle del Forn les sirvió dos cafés antes de que ninguno de los dos dijera nada, con la misma certeza de dos meses atrás, como si en ese tiempo hubiera aprendido sus hábitos con la precisión de los que sirven a gente que vuelve. Marta estaba sentada en la mesa del fondo con el abrigo colgado en la silla y el cuaderno sobre la mesa, cerrado, algo que Erik interpretó como una señal de que la conversación que querían tener no era de anotar.

La miró durante un momento antes de sentarse. Habían pasado casi dos meses desde el día de la detención. Habían hablado por teléfono con regularidad, con la frecuencia que requerían los avances del caso y los artículos que Erik publicaba, pero no habían vuelto a estar en el mismo espacio físico desde que Marta regresó a Lleida a finales de enero. Se había marchado sin hacer ningún gesto particular de despedida, que era también su estilo, y Erik lo había registrado sin comentarlo porque algunos gestos son más honestos en su ausencia que en su presencia.

—Regresa al valle —dijo Erik, mirándola.

—Tenía que recoger unas cosas en la comisaría. El expediente tiene partes que Puig necesitaba que revisara en persona. —Hizo una pausa—. Y quería ver cómo está el río.

Tomó un sorbo de café. Erik no preguntó más porque no necesitaba. Había aprendido durante las semanas de trabajo compartido que las razones de Marta nunca eran exactamente las que articulaba y que la diferencia entre las razones articuladas y las razones reales era un espacio que ella no invitaba a explorar y que respetar ese límite era parte del acuerdo implícito que los dos habían construido.

—¿Cómo va el artículo que me dijiste? —preguntó Marta.

—El largo. —Erik envolvió las manos alrededor del vaso de café —. Sigue en proceso. No sé bien qué forma tiene todavía. Sé de qué trata y sé que necesita existir, pero la forma correcta de existir todavía no la he encontrado.

—¿Qué trata?

—De lo que le pregunté a usted el día de la detención. Cuánto tiempo llevaba en el valle antes de que nadie lo viera de verdad. — Una pausa—. Pero también de por qué es posible que alguien lleve ese tiempo en un lugar y siga siendo invisible. No como culpa individual de las personas que lo rodeaban sino como algo más estructural, más difícil de nombrar.

—La economía del silencio.

—Sí. Y las condiciones que hacen que esa economía se sostenga. Que no son solo económicas, aunque la economía sea parte de ello. Son también culturales, institucionales, relacionadas con cómo los lugares construyen su identidad colectiva alrededor de lo que quieren ser y lo que esa construcción deja fuera de lo visible.

Marta asintió levemente.

—El alcalde dijo algo en la reunión del Consell que sigo pensando —dijo.

—¿El que prefería no saber?

—Sí. Lo que más me interesa de esa frase no es la parte del prefería, que es la que más atención recibió. Es la parte del no saber. Porque implica que había algo que saber. Que la información estaba disponible de alguna forma, aunque fuera fragmentada, aunque requiriera juntarla deliberadamente. Y que la decisión de no juntarla era exactamente eso: una decisión, aunque no fuera una decisión articulada, aunque nadie se sentara a tomarla de forma consciente.

—Las decisiones que más pesan son las que nadie tomó conscientemente —dijo Erik—. Porque cuando nadie las tomó conscientemente, nadie se siente responsable de ellas. Y cuando nadie se siente responsable, nada cambia.

Marta lo miró.

—¿Eso es lo que va a escribir?

—Eso es parte de lo que voy a escribir. —Erik dejó el café sobre la mesa—. Lo otro es la pregunta de qué cambia ahora. Si algo cambia. El Consell aprobó la semana pasada un protocolo de coordinación entre cuerpos policiales en zonas de turismo de alta montaña. Baqueira anunció un sistema de identificación voluntaria para visitantes menores de edad. Puig me dijo que la Guardia Civil y los Mossos tienen ahora un canal directo de comunicación de incidencias en la comarca que antes no existía.

—¿Y?

—Y todo eso son cosas buenas. Son cosas que deberían haber existido antes y que ahora existen porque el costo de que no existieran resultó ser demasiado alto para seguir ignorando. Pero no sé si es suficiente. No sé si cualquier protocolo es suficiente para cambiar lo que Casadesús describió con esa frase sobre preferir no saber. Porque ese mecanismo no es institucional. Es más profundo que eso. Es la forma en que una comunidad decide colectivamente qué le resulta tolerable mirar y qué prefiere que siga en los márgenes de lo visible.

Marta estuvo callada durante un momento que no era de vacío sino de algo que estaba pensando con cuidado antes de decirlo.

—Hay algo que Puig me dijo cuando fui a la comisaría esta mañana —dijo finalmente—. Me dijo que en los últimos dos meses ha recibido tres consultas de vecinos del valle sobre cosas que no habían mencionado antes. Cosas pequeñas: algo que habían visto, algo que alguien les había contado, algo que no habían conectado con nada en su momento y que ahora, con lo que saben, se

preguntan si deberían haber conectado. —Hizo una pausa—. Puig dice que en veinte años no había recibido nada parecido. Que la gente del valle no hablaba con él de esa manera. Que la confianza necesaria para traer una duda a la comisaría sin tener la certeza de que es relevante no existía antes de este invierno.

—¿Y ahora existe?

—En pequeña escala. Frágil. Pero existe. —Marta miró la mesa —. No sé si eso es suficiente. No lo creo. Pero es algo que antes no estaba y que ahora está. Y las cosas que antes no estaban y ahora están tienen valor aunque sean pequeñas y frágiles, porque son el principio de algo que puede crecer o puede desaparecer dependiendo de lo que haga la gente que tiene la responsabilidad de mantenerlo.

Era una formulación más esperanzadora de lo que Erik esperaba escuchar de Marta, y eso le produjo algo parecido a la sorpresa, aunque conocía suficientemente bien a esa persona como para saber que la esperanza en ella nunca era ingenua sino la versión más dura y más honesta de esperar, la que reconoce los límites de lo posible sin renunciar a lo que dentro de esos límites todavía puede hacerse.

—¿Y usted? —preguntó Erik.

—¿Yo qué.

—¿Qué hace ahora.

Marta tardó en responder, no porque no supiera la respuesta sino porque la respuesta tenía más capas de las que cabían en una sola frase y estaba eligiendo cuál de ellas decir.

—He pedido el traslado a una unidad nueva que la coordinación de Lleida está poniendo en marcha. Análisis predictivo de patrones de desaparición en zonas de alta densidad turística. El caso del valle fue lo que convenció al sergent major de que hacía falta algo así. Que el problema no era solo la gestión de los casos individuales sino la detección temprana de los patrones que los conectan.

—Un sistema para ver lo que los sistemas anteriores no veían.

—Algo así. No soy optimista sobre los sistemas, en general. Pero me parece que la alternativa de no intentarlo es peor que intentarlo y fallar.

—¿Cuándo empieza?

—En junio, si los trámites van bien.

—¿Y hasta entonces?

—Hasta entonces, el expediente del caso. Las identificaciones que siguen pendientes. Las familias que siguen esperando. —Una pausa más breve—. Y el proceso judicial, que va a necesitar que alguien que estuvo en la investigación desde el principio esté disponible para el equipo de la fiscalía cuando lo necesiten.

—Meses de trabajo todavía.

—Sí. Los casos que duran mucho en construirse tardan lo mismo en cerrarse. Y algunos no se cierran del todo nunca.

Lo dijo sin dureza ni resignación, con la entonación de quien describe las condiciones de su trabajo como son y no como le gustaría que fueran, que era también una forma de respeto hacia el trabajo y hacia las personas que lo hacían necesario.

La conversación derivó hacia cosas más pequeñas durante los veinte minutos siguientes, hacia los detalles del expediente que Marta había revisado esa mañana en la comisaría, hacia una pregunta de Erik sobre el estado del análisis del teléfono prepago encontrado en la furgoneta de Coma, cuyo análisis de memoria interna había producido tres semanas antes un conjunto de datos que la fiscalía había catalogado como relevantes para establecer la cronología completa del caso pero que no estaría disponible públicamente hasta el inicio del proceso judicial. Hacia la pregunta, todavía sin respuesta definitiva, de cuántos casos adicionales podría conectar ese teléfono con el perfil del acusado.

Esa pregunta seguía abierta. Probablemente seguiría abierta durante meses. Era el tipo de apertura que el caso llevaría consigo durante todo el proceso judicial, la incompletitud honesta de una investigación que había avanzado enormemente desde la llegada de Marta al valle en enero pero que todavía no había llegado al punto en que todas las preguntas tuvieran respuesta, porque ese punto en casos de esa magnitud rara vez existía de la forma limpia en que uno lo imagina cuando empieza a trabajar.

A la una y cuarto, la dueña del bar empezó a preparar las mesas para el almuerzo con esa eficiencia silenciosa de los que hacen lo mismo todos los días y han convertido los gestos en algo automático que el cuerpo ejecuta sin necesidad de que la mente lo dirija. Marta y Erik salieron sin que nadie dijera que era el momento de irse, simplemente porque los dos lo supieron al mismo tiempo.

En la calle, la luz de la una del mediodía de abril tenía esa calidad que el Pirineo en primavera producía durante las horas centrales del día, antes de que el sol cayera detrás de las cimas del oeste y la temperatura bajara de nuevo con la rapidez de los lugares que no saben hacerlo gradualmente. Era una luz que no tenía nada de invernal, que hacía que las fachadas de piedra de la calle Mayor tuvieran un color más cálido que en enero, que revelaba en los edificios una textura que la luz baja del invierno no alcanzaba.

—¿Cuánto tiempo más va a quedarse? —preguntó Erik.

—Hasta el jueves. Tengo reuniones con Puig el miércoles y revisión del material de evidencia el jueves por la mañana. El jueves por la tarde regreso a Lleida.

—¿Volverá al valle?

—Depende de lo que pida el proceso judicial. —Una pausa—. Probablemente sí.

Caminaron hacia el norte por la calle Mayor, sin un destino articulado, con ese andar de las personas que siguen en la misma dirección porque no han decidido todavía en cuál otra ir. Las tiendas

del centro tenían las persianas subidas y algunas de ellas exhibían en los escaparates la transición de temporada que el comercio local hacía cada primavera, sustituyendo el equipamiento de esquí por el equipamiento de senderismo y ciclismo de montaña con la eficiencia de quien ha practicado ese cambio suficientes veces como para saber exactamente qué va dónde.

—Hay algo que quiero decirle —dijo Erik, cuando llegaron a la altura del puente sobre el Garona.

Marta esperó.

—Llevo dos meses intentando entender qué ha cambiado en mí después de este invierno. No qué ha cambiado en el caso ni en el valle sino en mí, específicamente. Y lo que he llegado a es esto: ya no puedo mirar el valle sin ver las dos cosas al mismo tiempo. La que siempre vi y la que aprendí a ver este invierno. La postal y lo que había debajo de la postal. Y no estoy seguro de si eso es un problema o si es simplemente lo que significa mirar de verdad.

Marta lo miró durante un momento antes de responder.

—Yo no sé mirar de ninguna otra forma —dijo—. Siempre vi las dos cosas. Es la razón por la que este trabajo es difícil y también la razón por la que es el trabajo correcto.

—¿No le pesa?

—Pesa. Pero pesan más las cosas que no se miran.

Era una respuesta que Erik no iba a encontrar en ningún informe ni en ningún expediente judicial ni en ningún protocolo institucional. Era la respuesta de una persona que había elegido su forma de estar en el mundo con una claridad que no necesitaba justificarse a sí misma pero que en ese momento le resultó útil escuchar, como resultan útiles las cosas que ya sabías pero que hasta que alguien las dice en voz alta no tienen el peso que merecen.

Se detuvieron en el puente sobre el Garona. El río abajo era completamente diferente al río de enero: no el hilo oscuro y casi silencioso del invierno sino el agua plena y ruidosa del deshielo, con su color verde oscuro y su velocidad de río que ha acumulado meses de nieve y ahora los devuelve. Las piedras del cauce eran visibles en los puntos menos profundos, cubiertas de una capa de algas que en enero no existían y que en abril eran la señal más visible de que algo había cambiado en la biología del lugar aunque la geografía siguiera siendo la misma.

—¿Ha visto las cimas? —preguntó Marta.

Erik miró hacia el norte. Las cimas que cerraban el valle en esa dirección, las mismas que en enero habían sido masas blancas e indistintas contra el cielo, eran en abril algo diferente: todavía nevadas en las partes más altas, pero con la roca visible en las laderas medias, esa roca oscura y áspera de los Pirineos que aparecía en primavera como el esqueleto del territorio, lo que siempre había estado ahí debajo de todo lo que lo cubría durante el invierno.

—Sí —dijo Erik.

—El valle es más pequeño sin la nieve —dijo Marta—. Lo pensé cuando llegué esta mañana por el túnel. En enero el blanco lo hacía parecer más grande. Sin blanco, es lo que es. Más vulnerable.

Era una observación que podría haber sido solo meteorológica o topográfica y que no era ninguna de las dos cosas, o era las dos cosas y algo más al mismo tiempo, que era también la forma en que Marta hablaba de las cosas que le importaban de verdad.

Erik pensó en el artículo que no había terminado todavía. El largo. El que trataba del silencio y de la economía del no querer saber y de las condiciones estructurales que hacen posible que el horror prospere en los márgenes de lo que una comunidad decide ver. Pensó que parte de lo que faltaba en ese artículo era exactamente lo que Marta acababa de decir: que el valle sin la nieve

era más pequeño y más vulnerable. Que la blancura del invierno, que era también la blancura de la narrativa que el valle había construido durante décadas sobre sí mismo, producía una sensación de amplitud y de perfección que ocultaba la escala real del lugar, su fragilidad, su dependencia de condiciones que no controla y de decisiones que no siempre toma bien.

Un valle más pequeño y más vulnerable era también un valle más honesto. La pregunta era si ese tipo de honestidad podía sostenerse o si, cuando llegara el próximo invierno y la nieve volviera a cubrir todo, el instinto de volver a ser la postal sería más fuerte que el recuerdo de lo que había debajo.

No lo sabía. Nadie lo sabía todavía. Era demasiado pronto para saberlo con la certeza de los hechos consumados, y Erik había aprendido ese invierno que las certezas que se construían antes de tener los hechos que las sostuvieran valían menos que la incomodidad honesta de seguir con la pregunta abierta.

—¿Qué va a hacer usted cuando cierre el expediente? —preguntó Marta.

—No cierra todavía.

—Ya lo sé. Cuando cierre.

Erik miró el río durante un momento.

—Hay un libro —dijo—. Me propusieron escribirlo en febrero. Una editorial de Barcelona. Quieren la historia completa del caso, desde dentro, con el contexto del valle y la investigación y las familias y todo lo que hay entre los expedientes y la crónica periodística.

—¿Va a hacerlo?

—Estoy pensándolo. —Una pausa—. No sé si me quedo en el valle o si este invierno fue la razón que me faltaba para irme definitivamente. No lo tengo claro todavía.

—¿Y cuándo lo tendrá claro?

—Cuando lo sepa —dijo Erik—. Que es una respuesta insatisfactoria pero es la única honesta.

Marta hizo algo inesperado en ese momento: se rió. No una risa grande ni calculada para producir efecto, sino una risa breve y genuina, del tipo que escapa cuando algo resulta reconocible de una forma que no se había anticipado. Erik la miró con algo parecido a la sorpresa, porque en los dos meses de trabajo compartido había aprendido a leer a Marta con una precisión considerable pero la risa seguía siendo algo que no había aprendido a anticipar.

—Es exactamente la misma respuesta que doy yo cuando me preguntan cuándo terminarán los casos difíciles —dijo Marta—. Que cuando lo sepa.

Siguieron en el puente un momento más, mirando el río que bajaba hacia el sur con la urgencia del deshielo, con el sonido del agua llenando el espacio que el silencio del invierno había tenido durante meses. No había esquiadores en las calles. No había coches con matrículas de Barcelona buscando aparcamiento. El centro de Vielha en la primera semana de abril de esa primavera tenía una quietud que no era exactamente el silencio del verano ni el silencio de los días de semana en temporada alta, sino algo más específico y más difícil de nombrar: la quietud de un lugar que está digiriendo algo que le ha ocurrido y que todavía no ha terminado de entender del todo qué forma tendrá cuando termine de digerirlo.

Erik sacó el cuaderno del bolsillo del abrigo y lo abrió en una página en blanco. Escribió la fecha. Luego escribió: *Lo que deja el deshielo cuando termina: el terreno tal como es.* Lo miró durante un momento. Lo cerró y lo guardó.

Marta le tendió la mano cuando llegaron a la bifurcación de la calle donde sus caminos se separaban, ella hacia la comisaría para la última revisión del día, él hacia la redacción para el artículo de la tarde. Era un gesto que en otro contexto podría haber resultado

formal pero que en este resultó exactamente proporcional a lo que era: el reconocimiento de dos personas que habían trabajado en el mismo espacio durante un tiempo intenso y que habían llegado a ese punto con más claridad de la que tenían al principio, aunque no toda la claridad que el caso todavía necesitaría para tener las respuestas que las familias merecían.

Erik estrechó la mano de Marta con la firmeza de los apretones que significan algo más que la despedida educada.

—Cuando el libro exista —dijo Erik—, si existe, necesitaré hablar con usted.

—Lo sé —dijo Marta—. Cuando exista, hablamos.

Se fue hacia el norte, hacia la comisaría, con el mismo paso que Erik había aprendido a reconocer durante esas semanas: no de prisa sino con propósito, la diferencia siendo que la prisa reacciona al tiempo y el propósito lo construye. Erik la miró caminar durante un momento antes de girarse en la otra dirección.

En la redacción, Marc estaba en su despacho de cristal con el teléfono en la oreja y la expresión de alguien que está escuchando algo que no le sorprende pero que tampoco resulta fácil escuchar. Erik dejó el abrigo en la percha, abrió el ordenador, y empezó a revisar las notas del cuaderno de esa mañana, las del río y las del bar de la calle del Forn y la bifurcación donde los dos se habían despedido con ese apretón de manos que en el valle de Arán en la primera semana de abril de ese año había tenido el peso de las cosas pequeñas que contienen mucho más de lo que parecen contener.

Las víctimas sin identificar seguían sin identificar. El juicio no comenzaría antes de un año. El corredor del Nere todavía guardaba preguntas que el deshielo de las próximas semanas podría responder o podría no responder. Los hoteles que habían cerrado no reabrirían en la próxima temporada. Los empleados que habían perdido sus contratos estaban buscando trabajo en otros lugares. El

valle estaba digiriendo. El valle estaba, en el sentido más físico de la palabra, deshielándose.

Erik abrió una página nueva en el procesador de texto y escribió el primer párrafo del artículo que llevaba semanas intentando escribir y que esa tarde, por razones que no podría explicar con total precisión, era el momento de empezar. No el artículo sobre el cierre de la temporada ni el artículo sobre el protocolo de coordinación aprobado por el Consell ni la crónica del expediente judicial. El largo. El que trataba de la pregunta de Casadesús y de la economía del no querer saber y de lo que significa pertenecer a un lugar que ha fallado de formas que no son de nadie en particular y que son de todos al mismo tiempo.

Lo escribió durante cuatro horas, con la concentración específica de los textos que llevan tiempo esperando ser escritos y que cuando finalmente se les abre espacio salen con una claridad que los borradores preparados de antemano rara vez tienen. Cuando llegó a la última frase de la última sección, la que hablaba de lo que quedaba cuando el invierno cedía el territorio, la que intentaba describir la diferencia entre la blancura que cubre y la tierra que emerge, la frase que cerraba sin resolver porque la resolución habría sido mentira y la incomodidad honesta de la pregunta abierta era lo único que el texto podía ofrecer sin traicionar todo lo que lo había precedido, la escribió dos veces antes de dejarla como quedó.

El valle sin nieve era más pequeño y más vulnerable. Y más honesto. Y esa honestidad, frágil y tardía y con el costo que tenía, era lo único que quedaba ahora que el invierno había terminado. Lo único a lo que valía la pena aferrarse mientras se esperaba saber qué hacía el valle con ella.

Capítulo 12

El verano que nadie esperaba

Lo que un valle aprende cuando ya no puede pretender que no sabe

El valle de Arán en julio era un territorio que costaba reconocer.

No porque hubiera cambiado en sus elementos fundamentales, que seguían siendo los mismos de siempre: la misma cuenca rodeada de cimas, el mismo Garona bajando desde los altos pastos hacia Francia con la velocidad del deshielo completo de verano, los mismos pueblos de piedra oscura en los fondos de valle con sus tejados de pizarra que el sol calentaba de una manera completamente distinta a como los calentaba en enero. Pero la ausencia de nieve lo transformaba con una radicalidad que Erik no había anticipado cuando decidió quedarse. Había vivido suficientes veranos en el valle de niño, lo había conocido en todas sus estaciones antes de marcharse a Barcelona, y aun así el regreso del invierno al verano en ese año específico tenía una textura diferente a cualquier transición de temporada que recordara. Era como si el invierno que habían pasado hubiera añadido una capa de significado a cada tramo de carretera, a cada sendero, a cada franja de bosque que en enero había sido escenario de trabajo y que en julio era simplemente paisaje, verde y húmedo y completamente ordinario bajo el sol de media mañana.

Los turistas de verano eran pocos y distintos.

Ciclistas que subían la Bonaigua desde el lado catalán con esa concentración específica de los que se han propuesto algo físicamente difícil y han decidido que el paisaje es el premio al final del esfuerzo. Familias con niños pequeños que venían a la montaña

buscando el fresco que las ciudades del litoral no daban en julio, con las mochillas de tela y las botas de senderismo y una disposición de las vacaciones que no tenía nada que ver con la disposición del fin de semana de esquí. Algunos grupos de mayores que recorrían los senderos del fondo de valle con bastones de trekking y mapas de papel, los mismos mapas que en enero habían estado cubiertos de nieve. No eran treinta mil personas en un fin de semana. Eran quizás tres mil en toda la semana, distribuidas por el territorio con una dispersión que hacía que el valle pareciera casi vacío comparado con lo que había sido en temporada alta, y que esa aparente vacuidad resultara, sorprendentemente, como una forma de respirar que Erik no sabía que el valle necesitaba hasta que la vio.

Él había dejado el Diari de la Vall en junio.

No fue una ruptura dramática. Marc Torrent lo entendió antes de que Erik terminara de explicarlo, con ese entendimiento de los que han estado en el mismo espacio profesional durante suficiente tiempo como para ver venir las decisiones antes de que sean formuladas. Erik le había dicho que necesitaba tiempo para el libro, que el ritmo del periódico local y el ritmo de un proyecto de esa magnitud no eran compatibles, que el libro requería una atención sostenida que el periódico y sus plazos diarios no podían dar. Marc lo había escuchado con los brazos cruzados y la expresión de alguien que ya lo sabía y que solo está esperando a que el otro también lo sepa, y al final le había dicho dos cosas. La primera, que el Diari siempre tendría espacio para sus colaboraciones si quería seguir escribiendo sobre el valle. La segunda, que lo que había hecho ese invierno era el mejor periodismo que el periódico había publicado en veinte años y que eso no cambiaba por mucho que ahora se fuera.

Erik le había dado las gracias con la incomodidad de quien no sabe bien qué hacer con el reconocimiento pero entiende que rechazarlo sería ingrato, y había vaciado su mesa en un cuarto de hora porque nunca había sido de los que acumulan objetos personales en los espacios de trabajo.

El contrato con la editorial de Barcelona estaba firmado desde mayo. Había un plazo de entrega que era apretado pero no imposible si mantenía el ritmo que había establecido durante las semanas de junio, escribiendo por las mañanas en el apartamento de la calle Sant Miquèu con las ventanas abiertas al sonido del verano del valle, que era completamente diferente al sonido del invierno: pájaros que en enero no existían, el murmullo del agua en las fuentes que en enero estaban congeladas, el ruido de los niños en la calle por la tarde, que era el ruido de los niños de un pueblo pequeño que ha recuperado sus propias calles cuando los adultos que llegan los fines de semana de temporada ya no las ocupan.

El libro avanzaba con la lentitud y la densidad de los textos que tienen demasiado que decir para apresurarse. Erik había aprendido a no combatir esa lentitud sino a trabajar con ella, a entender que algunos días el avance era de doscientas palabras perfectamente asentadas y que esas doscientas palabras valían más que dos mil palabras apresuradas. Había aprendido también que escribir sobre el invierno desde el verano tenía una perspectiva específica que desde dentro del invierno no existía, una distancia que no hacía las cosas más frías sino más visibles, como ocurre con los paisajes que se entienden mejor cuando uno ha salido de ellos y puede ver su forma completa desde fuera.

La pregunta de si quedarse en el valle o marcharse seguía sin tener respuesta definitiva.

Eso también lo había aprendido: que algunas preguntas no tienen respuesta en el momento en que se formulan y que intentar forzarla antes de que estuviera disponible era una forma de hacerse daño innecesario. Estaba en el valle porque el libro lo requería y porque en julio el valle era un lugar diferente al que era en enero y esa diferencia le parecía importante de conocer antes de decidir si era el lugar en que quería seguir viviendo. Eso era todo lo que sabía con certeza, y de momento era suficiente.

Un martes de la segunda semana de julio, mientras trabajaba en el capítulo del libro que trataba de los expedientes archivados y de la imposibilidad del sistema para conectar lo que existía en fragmentos dispersos en tres jurisdicciones distintas, el teléfono vibró con un número de Lleida que reconoció de inmediato.

—¿Está en el valle? —preguntó Marta.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo más?

—No lo sé. Unos días. Quizás una semana.

Una pausa breve.

—Yo también. Llegué ayer. —Otra pausa, más corta—. Hay un sendero que quiero ver. El que va desde Arties siguiendo el Valarties hasta el refugio de Colomèrs. Nunca lo caminé en invierno y en verano quería verlo. No por el caso. Solo por verlo.

Erik procesó la información de que Marta había regresado al valle en julio fuera de servicio, sin una razón de expediente que lo justificara, con la única razón declarada de querer ver un sendero que no había visto. Esa declaración era suficientemente honesta como para ser incompleta, y la incompletitud era también suficientemente honesta como para no requerir más explicación.

—¿Cuándo va? —preguntó Erik.

—Mañana por la mañana. Temprano. Si quiere acompañarme.

—¿A qué hora?

—A las siete. En la plaza de Arties.

—Estaré ahí.

El miércoles amaneció con el cielo cubierto de esas nubes altas de verano que en el Pirineo no suelen producir lluvia hasta la tarde pero que filtran la luz del sol de una forma que la hace menos intensa y más difusa, más cómoda para caminar. Erik salió de Vielha

en coche a las seis y cuarenta y aparcó en el pequeño aparcamiento de Arties a las siete menos cinco, cuando la plaza central del pueblo todavía tenía la quietud de los pueblos de montaña en verano antes de que los turistas que se alojan en las casas rurales salgan a desayunar. Arties en julio era un lugar completamente diferente a lo que era en diciembre, cuando Paula Giró había salido a caminar una tarde y no había regresado. El mismo pueblo con otra piel.

Marta llegó en el utilitario de alquiler que había recogido en Lleida, a las siete en punto, con las botas de montaña puestas y la mochila pequeña al hombro con lo que necesitaba para una caminata de día. Sin el cuaderno visible, aunque Erik habría apostado a que estaba en la mochila. Sin el abrigo técnico de los meses anteriores. Con una chaqueta ligera de montaña y el aspecto de alguien que ha decidido estar en un lugar diferente al que suele estar y que esa decisión le resulta, aunque no lo dijera así, algo que se parece a un descanso.

Caminaron durante cuatro horas.

El sendero del Valarties seguía el cauce del río del mismo nombre desde Arties hasta los lagos de montaña de Colomèrs, subiendo gradualmente por un valle lateral que en invierno estaba completamente nevado y en julio tenía esa vegetación de alta montaña que crecía con una urgencia específica de los lugares donde la temporada de crecimiento es corta y los que viven en ella lo saben sin necesidad de que nadie se lo explique. Había flores silvestres en los bordes del sendero, de esas que no tienen nombre común en castellano pero que los guías de flora del Pirineo catalán enumeran con la precisión de los catálogos que alguien preparó porque le importaban. El río era ruidoso y claro, con ese verde transparente del agua de deshielo tardío que en los lagos altos duraría hasta agosto. El aire a dos mil metros en julio en el Pirineo tenía una calidad que Erik siempre había sabido que existía y que en los meses de invierno en el valle había echado de menos sin darse cuenta completamente de que la echaba de menos.

No hablaron mucho durante las primeras dos horas. Era el tipo de silencio que produce caminar por un lugar que requiere atención, donde el sendero tiene sus propias demandas de concentración y donde el paisaje es suficientemente denso como para que el silencio no sea incómodo sino simplemente la respuesta adecuada al entorno.

Cuando llegaron al primer lago, un espejo de agua oscura rodeado de roca y con las cimas todavía nevadas reflejadas en la superficie, se sentaron en una piedra plana que había en el borde del sendero con la perspectiva que tenía el lago al frente y el valle que habían subido detrás. Era uno de esos puntos del Pirineo donde la geografía hace todo el trabajo de comunicar lo que el lenguaje no puede, donde la escala de las cosas y la quietud del lugar producen algo que en las ciudades se llama perspectiva y que en la montaña simplemente es lo que hay.

Marta miró el lago durante un rato sin decir nada.

—En enero, cuando llegué —dijo finalmente—, lo primero que hice fue mirar el mapa topográfico del valle. El que tenía en la pensión con las chinchetas en la pared. Y lo que vi era un sistema de valles y ríos y pistas de esquí y carreteras. Una geografía funcional. —Hizo una pausa—. Ahora veo lo mismo y veo algo diferente.

—¿Qué ve?

—El espacio que hay entre los mapas. Lo que no está cartografiado porque nadie consideró que valiera la pena cartografiarlo. En enero ese espacio era donde buscábamos. Ahora es solo paisaje. Pero no puedo verlo como solo paisaje.

Erik lo entendía. Era la misma cosa que había intentado articular en el libro en un capítulo que seguía revisando porque no terminaba de estar contento con cómo quedaba, el problema siendo que lo que intentaba describir era exactamente eso: la imposibilidad de volver a ver un lugar de una sola forma cuando has aprendido a verlo de dos.

No era un problema de lenguaje sino un problema de experiencia que el lenguaje intentaba capturar sin conseguirlo del todo.

—¿Cómo va el traslado? —preguntó Erik.

—La unidad de análisis predictivo empieza oficialmente en septiembre. Estoy coordinando los protocolos con el equipo de coordinación de Lleida y con dos universidades que van a colaborar en el desarrollo del modelo estadístico. —Una pausa—. Es un trabajo que no tiene el ritmo que tiene la investigación activa. Hay días que echo de menos la urgencia. Y luego me recuerdo a mí misma para qué sirve lo que estamos construyendo y el ritmo más lento deja de ser un problema.

—¿Para qué sirve?

—Para que dentro de cinco años, cuando aparezca una anomalía estadística en el área de influencia de una estación de esquí, o de un parque temático, o de cualquier zona de alta densidad turística donde el flujo de personas crea el tipo de invisibilidad que permite que ciertas cosas ocurran sin ser vistas, el sistema lo identifique antes de que sean cuarenta días. —Una pausa más larga—. Para que la próxima vez que alguien envíe un mensaje que dice no es la primera, haya alguien que ya lo sepa antes de que el mensaje llegue.

Era una formulación que tenía la estructura de la esperanza sin tener su sentimentalismo, que era la única forma de esperanza que Erik había aprendido a tomar en serio: la que reconoce los límites de lo posible sin renunciar a empujar esos límites hacia donde pueden llegar.

—¿Y el caso? —preguntó Erik—. El estado actual.

—El juicio está previsto para el primer trimestre del año que viene. El fiscal me dijo la semana pasada que el expediente está en condiciones suficientes para sostener los cargos. —Una pausa—. Las dos identificaciones pendientes de abril se resolvieron en mayo. Son dos personas cuyos familiares no sabían que había algo por lo que

buscar porque nunca denunciaron la desaparición. Las familias fueron notificadas.

—¿Cómo lo recibieron?

—Como se recibe siempre. Con la mezcla específica de devastación y alivio que produce saber algo que durante años fue un vacío. El alivio no cancela la devastación. Pero el vacío era peor que cualquiera de los dos.

Siguió mirando el lago durante un momento.

—Laura Valls sigue sin aparecer —dijo Marta—. El rastreo del corredor, una vez completado el deshielo, no encontró nada en el área que habíamos cubierto. El juez instructor ha autorizado la ampliación del radio de búsqueda hacia el norte del corredor, hacia el área del Port de la Bonaigua. Ese trabajo comienza en agosto, cuando las condiciones del terreno lo permitan.

La mención de Laura Valls puso algo en el aire entre los dos que no requería ser comentado. Era el peso específico de los casos que no cierran del todo, de las preguntas que siguen abiertas aunque el proceso judicial avance, de las familias que esperan con una paciencia que no es resignación sino la única forma de seguir que les queda. Erik pensó en los padres de Laura que había visto en la calle Mayor en abril, caminando con ese paso de los que han aprendido a estar en un lugar porque es el lugar donde puede llegar la noticia que esperan. Seguían en el valle. Había visto a la madre la semana anterior en la panadería de la calle Artau, comprando con la normalidad mínima de quien ha aprendido a hacer los gestos cotidianos aunque el cotidiano haya cambiado de forma irreversible.

—¿Cree que la encuentran? —preguntó Erik.

Marta tardó en responder, y esa tardanza era su honestidad visible, el tiempo que usaba para no decir lo que no podía sostener.

—El equipo de agosto tiene más información que el de enero. El análisis del teléfono prepago de Coma produjo datos de localización

aproximada de varios de los casos que en enero no teníamos. Uno de esos datos apunta a una zona del corredor norte que el rastreo de febrero y marzo no alcanzó porque estaba técnicamente inaccesible con la nieve. —Una pausa—. No prometo lo que no puedo garantizar. Pero hay más razones para buscar ahora que en cualquier momento anterior.

Era lo más que podía decirse honestamente. Era, también, más de lo que las familias habían tenido durante mucho tiempo.

Comieron el almuerzo que cada uno había llevado en la mochila sentados en la misma piedra con el lago al frente, con el silencio de los lagos de alta montaña a su alrededor, que era el silencio más completo que existe porque no es ausencia de ruido sino la presencia de un ruido tan constante y tan antiguo, el viento sobre el agua y el agua sobre la roca, que el cerebro deja de registrarlo como ruido y lo procesa como silencio. Había otro grupo de caminantes en el borde opuesto del lago, lo suficientemente lejos como para que fueran siluetas en movimiento y no personas con cara ni conversación audible. El cielo seguía cubierto de nubes altas que la tarde convertiría probablemente en tormenta, aunque a esa hora todavía era solo el filtro que suavizaba la luz y hacía que el color del lago fuera más intenso de lo que habría sido con sol directo.

—¿Ha podido hablar con el padre de Ane Urresti? —preguntó Erik, en un momento de la tarde.

—Sí. En junio, cuando el proceso judicial avanzó a la fase de acusación formal. Joseba Urresti estuvo aquí con su hijo. El chico tiene diecisiete años ahora. —Una pausa—. Vino al corredor. No a la zona exacta del hallazgo, que sigue siendo área restringida del expediente, sino al sendero. Caminó por el sendero que bordea el Nere con su padre. Yo estaba a distancia.

—¿Por qué fue?

—Me preguntó si podía. Le dije que sí. —Marta comió en silencio durante un momento—. El chico quería ver el lugar. No lo

que pasó en el lugar. El lugar. Hay personas que necesitan ver dónde ocurrieron las cosas para poder empezar a encontrar el sitio donde alojar lo que ocurrió. No es algo que yo pueda juzgar.

Erik pensó en eso. Pensó en Sergi Palau y en la tarde de octubre de hace cuatro años en que lo había conocido en el bar Eth Pònt y le había recomendado el sendero del Tuc dera Molsa, y en los meses siguientes en que había llevado esa conversación consigo sin saber qué hacer con ella, y en el invierno que acababa de pasar en que finalmente había encontrado el lugar correcto donde ponerla. No había ido al corredor del Nere. No lo había necesitado. El lugar donde alojar lo que le correspondía alojar lo había encontrado en otro sitio, en el trabajo, en el artículo y en el libro y en las conversaciones con las familias que habían llamado cuando el artículo del sábado de febrero llegó a sus teléfonos como la primera señal de que alguien estaba mirando de verdad.

—¿Cómo va la declaración pericial? —preguntó Marta, que era también su forma de preguntar por el libro sin preguntar directamente.

—Estoy en la parte más difícil. El análisis del sistema. No la cronología del caso sino las condiciones que lo hicieron posible. El capítulo que trata de por qué los expedientes no se conectaron durante años, de cómo el sistema estaba diseñado para gestionar casos individuales y no para reconocer patrones que existían entre casos, de cuál fue el papel de la presión económica de la estación en la decisión institucional de clasificar las desapariciones como voluntarias.

—¿Cómo lo está enfocando?

—Con mucho cuidado. —Erik dejó los restos del almuerzo en la mochila—. No quiero acusar a individuos concretos de complicidad que no puedo demostrar. Quiero describir un sistema que produjo resultados que ningún individuo en particular habría elegido conscientemente. Esa es una distinción que importa, aunque sea

difícil de hacer sin que parezca que estoy justificando lo que no puede justificarse.

—La distinción entre la incapacidad y la elección.

—Exactamente. Y entre la elección consciente y la elección que nadie tomó porque el sistema estaba diseñado para que no hubiera que tomarla.

Marta asintió con la lentitud de quien reconoce un problema que conoce bien.

—Es el mismo problema que tenemos al diseñar el nuevo sistema de análisis predictivo —dijo—. Que los sistemas que producen resultados malos raramente están diseñados con la intención de producirlos. Están diseñados para producir resultados buenos en las condiciones que sus diseñadores anticiparon, y cuando las condiciones son diferentes, el sistema falla de formas que sus diseñadores no quisieron pero que tampoco previnieron porque no imaginaron que pudieran ocurrir. Y la diferencia entre no querer y no imaginar, cuando el resultado es el mismo, es una diferencia que importa moralmente pero que no cambia nada para las personas que pagaron el costo.

Era una formulación que Erik anotó mentalmente con la velocidad específica de los periodistas que escuchan algo que necesitan. La deuda de Marta con el pensamiento preciso era también una de las cosas que había aprendido a valorar durante los meses de trabajo compartido, esa calidad de articular exactamente lo que quería decir sin más y sin menos, sin los rodeos que hacen que algunas frases parezcan más sabias de lo que son y que las suyas parecieran siempre exactamente tan sabias como lo que contenían.

Emprendieron el regreso hacia las dos y media, cuando el cielo había comenzado a espesar con la promesa de tormenta de la tarde que en el Pirineo en julio llegaba con la puntualidad de los fenómenos que llevan suficiente tiempo siendo predecibles como

para ser confiables. El descenso por el sendero del Valarties era más rápido que la subida y tenía una naturaleza diferente, más mecánica, con el peso del cuerpo trabajando a favor de la gravedad en lugar de contra ella, y con la perspectiva del valle abajo que se ampliaba progresivamente a medida que bajaban, mostrando la forma completa de la cuenca con su río central y sus pueblos en los fondos y las carreteras siguiendo los mismos trazados que habían seguido durante siglos porque la geografía no deja muchas opciones a los que necesitan moverse por ella.

A mitad del descenso, en un punto donde el sendero se ensanchaba junto a un tramo del río que corría con más velocidad que en el resto del trayecto, se detuvieron un momento porque el sonido del agua era especialmente intenso ahí, con esa energía de los ríos en los puntos donde el desnivel aumenta y el agua lo expresa sin contención.

—¿Ha pensado en el valle diferente en verano que en invierno? —preguntó Marta.

La pregunta no era retórica. Era una pregunta real sobre la percepción, sobre si la experiencia del invierno había alterado la forma en que Erik veía el lugar que había conocido en todas sus estaciones desde niño.

—Completamente diferente —dijo Erik—. Aunque la geografía sea la misma. Es como leer el mismo texto después de saber cómo termina. No cambia lo que dice el texto, pero cambia lo que ves cuando lo lees.

—¿Y qué ves ahora que antes no veías?

Erik miró el río durante un momento antes de responder.

—La escala real del lugar. En invierno la nieve lo engrandecía. Lo hacía parecer más perfecto y más grande de lo que es. Sin la nieve, el valle es lo que siempre fue: un espacio de montaña de tamaño mediano, con gente que lleva siglos encontrando formas de vivir en él, con sus tensiones y sus silencios y sus cosas que

funcionan bien y sus cosas que fallan. No es un escenario. Es un lugar.

—¿Y eso le parece mejor o peor?

—Mejor —dijo Erik, sin dudarlo—. Los escenarios son más hermosos pero no puedes vivir en ellos. Los lugares son lo que son y eso al menos es real.

Siguieron bajando. El primer trueno llegó cuando estaban a veinte minutos de Arties, todavía lo suficientemente lejos como para ser un aviso y no una urgencia, y aceleraron el paso con la eficiencia de quien ha caminado suficiente tiempo en montaña como para saber que los truenos en el Pirineo en julio tienen una escala temporal que es la escala de lo que va a ocurrir de todas formas y lo único que se puede hacer es no estar en el lugar equivocado cuando ocurra.

Llegaron a la plaza de Arties cuando las primeras gotas empezaban a caer, grandes y separadas, la señal de que la tormenta todavía estaba eligiendo si sería intensa o moderada. Se refugiaron bajo el soportal de la iglesia románica que presidía la plaza con la solidez de ocho siglos de piedra y que en esos ocho siglos debía haber visto llegar tormentas suficientes como para no darles mayor importancia.

La plaza de Arties en julio. El mismo lugar donde en diciembre Paula Giró había salido a caminar una tarde y donde alguien la había visto por última vez. Las mismas piedras, el mismo soportal, el mismo campanario. Sin nieve. Con un grupo de turistas que corrían desde el aparcamiento hacia el bar con las manos sobre las cabezas y las risas de los que están en vacaciones y la tormenta es una anécdota, no una amenaza.

—Cada vez que pase por aquí —dijo Marta—, esta plaza va a ser dos cosas al mismo tiempo.

—Sí —dijo Erik—. Así funciona cuando uno sabe algo que no puede desaber.

La tormenta llegó con más fuerza de la que habían anticipado, con el agua golpeando los adoquines de la plaza con esa intensidad específica de las tormentas de verano en alta montaña, que son breves y violentas y dejan el aire más limpio de lo que estaba antes como si el mundo hubiera decidido en diez minutos lavar todo lo que se había acumulado durante días. Bajo el soportal de la iglesia de Arties, con el agua cayendo delante de ellos como una cortina que no alcanzaba donde estaban parados, Erik y Marta esperaron el fin de la tormenta con la paciencia de los que saben que las tormentas en el Pirineo en julio no duran más de lo que necesitan durar.

—¿Cuándo vuelve a Lleida? —preguntó Erik.

—El jueves —dijo Marta.

—¿Y al valle?

—En agosto, por el rastreo del corredor norte. —Una pausa—. Y cuando el juicio comience, probablemente. La fiscalía va a necesitar que esté disponible.

—¿Cómo de seguido?

Marta miró la tormenta durante un momento.

—Lo que haga falta.

Era una respuesta que no decía más de lo necesario y que decía todo lo que era preciso, que era su forma habitual de responder a las preguntas que tenían respuestas más largas de lo que la pregunta pedía. Erik la recibió como siempre recibía esas respuestas: con el reconocimiento de que la economía de palabras de Marta era también una forma de precisión, de que las frases cortas que dejaban espacio no eran evasión sino la forma de decir exactamente lo que había que decir sin añadir lo que la cortesía podría tentarle a añadir y que no pertenecía ahí.

La tormenta duró diecisiete minutos. Al final dejó la plaza de Arties con los adoquines brillantes bajo el cielo que empezaba a abrirse, con ese olor a tierra mojada que en alta montaña tiene una

intensidad que en otros lugares no existe porque la tierra de aquí lleva más tiempo siendo lo que es y guarda el olor más profundamente. Algunos de los turistas que habían corrido a refugiarse salían de nuevo con los teléfonos levantados para fotografiar el arco iris que se había formado sobre las cimas del este con la precisión decorativa de los fenómenos atmosféricos que parecen haber sido puestos ahí para ese efecto exacto.

Marta y Erik caminaron hacia los coches aparcados al otro lado de la plaza.

Junto a los coches, antes de que cada uno abriera el suyo, Marta se detuvo y lo miró con la atención que Erik había aprendido a reconocer durante el invierno como la atención de trabajo, diferente de la atención social, sin los pequeños gestos de cortesía que la gente usa para indicar que está presente. Era la atención de alguien que está viendo algo y decidiendo qué hacer con lo que ve.

—El libro —dijo Marta—. Cuando esté terminado. Antes de que salga. ¿Puedo leerlo?

Erik tardó un momento en entender exactamente qué estaba pidiendo, porque la pregunta era simple en su formulación y más compleja en lo que implicaba: que Marta quería leer el libro antes de su publicación no como revisora de hechos sino como algo diferente, como alguien que había sido parte de lo que el libro narraba y que tenía el derecho a ver cómo esa narración la incluía y cómo la trataba.

—Puede leerlo —dijo Erik—. Lo que no puedo garantizar es que cambie todo lo que le parezca que debería cambiarse.

—No le estoy pidiendo que lo cambie todo. Le estoy pidiendo que me lo deje leer.

—Entonces sí.

Marta asintió con la brevedad de quien ha obtenido lo que necesitaba y no requiere elaborar más. Abrió el coche, dejó la

mochila en el asiento de atrás, y antes de subir se giró una última vez hacia Erik con la expresión de alguien que tiene una cosa más que decir y que está eligiendo exactamente las palabras correctas para decirla.

—La pregunta que me hizo el día de la detención —dijo—. Cuánto tiempo llevaba ese hombre en el valle antes de que nadie lo viera de verdad.

—La recuerdo.

—Doce años. Esa es la respuesta que le di. Doce años de temporadas, de presencia regular, de ser parte del paisaje sin ser visto como parte del problema. —Una pausa—. Y lo que no le dije entonces, porque no era el momento, es que doce años de invisibilidad no ocurren solo por la habilidad del que se oculta. Ocurren también porque el sistema en el que se mueve no está diseñado para verlo. Y cambiar ese sistema es el trabajo que viene después. El trabajo que no tiene el ritmo urgente de la investigación activa pero que es el único que puede prevenir que la misma historia se repita en el próximo valle con la próxima estación y el próximo invierno.

Era la formulación más completa que Marta había hecho del trabajo que venía, y la hizo en el aparcamiento de Arties bajo el cielo que empezaba a despejarse después de la tormenta, con el arco iris todavía visible sobre las cimas y los adoquines todavía brillantes del agua, con la misma plaza donde en diciembre Paula Giró había salido a caminar y donde el verano había devuelto las sillas de las terrazas y las risas de los turistas y todo lo ordinario de los lugares que siguen siendo ellos mismos aunque lo que ocurrió en ellos haya cambiado para siempre lo que significan para los que lo saben.

Erik la miró durante el tiempo que duró esa frase, registrando cada parte de ella con la atención específica de los que escriben y que saben cuándo algo merece ser preservado exactamente como fue dicho.

—Eso va en el libro —dijo.

Marta hizo algo que era casi una sonrisa y que en ella tenía el peso de las cosas que se expresan raramente y que por eso pesan más cuando aparecen.

—Ya lo suponía —dijo.

Subió al coche. Arrancó. Salió del aparcamiento por la carretera que bajaba hacia Vielha siguiendo el curso del río, hacia el norte, con la luz de la tarde de julio filtrándose entre las nubes que la tormenta había dejado al retirarse y que el Garona abajo devolvía en reflejos lentos sobre su superficie verde y oscura.

Erik se quedó junto a su coche durante un momento mirando cómo el vehículo de alquiler desaparecía en la curva. Luego miró la plaza de Arties, donde los turistas habían vuelto a las terrazas con sus cafés y sus bocadillos y sus teléfonos, con la normalidad recuperada de los que estaban de vacaciones y la tormenta había sido simplemente un paréntesis en el plan del día.

La misma plaza. El mismo pueblo de piedra oscura con el tejado de pizarra de la iglesia recortado contra el cielo que se aclaraba. El mismo valle con sus valles laterales y sus ríos y sus senderos que en invierno habían sido rutas de trabajo y en verano eran rutas de ocio y que en ningún caso eran simplemente lo que parecían, porque los lugares donde ocurren cosas guardan las cosas que ocurrieron en ellos con la misma fidelidad implacable con que la montaña guarda lo que le depositan bajo la nieve, sin editar, sin decidir qué merece ser conservado y qué no, sin la misericordia de olvidar.

El valle sabía lo que había pasado en él.

Los pasos siguientes, los que había descrito Marta en el aparcamiento con esa economía de palabras que era también su forma de precisión, eran los pasos que decidirían si ese saber se convertía en algo que cambiara la forma en que el valle funcionaba o si se quedaba como saber sin consecuencia, que era la forma más

dolorosa de saber porque tenía todo el peso de conocer y ninguno de la posibilidad de actuar sobre ese conocimiento.

Erik abrió el coche. Dejó la mochila en el asiento de atrás. Antes de arrancar, sacó el cuaderno del bolsillo interior del abrigo y lo abrió en la última página escrita. Debajo de las notas del día, debajo de la fecha y de las observaciones del sendero y de lo que Marta había dicho junto al lago, escribió la última cosa que había dicho en el aparcamiento, con la letra pequeña y apretada que usaba cuando algo merecía ser preservado exactamente como fue dicho.

Doce años de invisibilidad no ocurren solo por la habilidad del que se oculta. Ocurren también porque el sistema en el que se mueve no está diseñado para verlo.

Lo miró durante un momento. Cerró el cuaderno. Arrancó el coche y salió del aparcamiento de Arties hacia la carretera que llevaba de regreso a Vielha, por el mismo camino que Marta había tomado unos minutos antes, siguiendo el río que en julio llevaba el agua de todos los inviernos acumulados y que seguía corriendo hacia el norte con la indiferencia perfecta de los ríos que no tienen opinión sobre lo que ocurre en sus orillas.

El valle de Arán en julio, con su verde y su río y sus cimas todavía nevadas en lo más alto y sus pueblos de piedra en los fondos, era un lugar que había aprendido algo ese invierno. Si lo que había aprendido duraría, si la pequeña confianza que Puig describía construyéndose entre los residentes y las instituciones crecería o se evaporaría con la siguiente temporada de nieve, si el protocolo aprobado por el Consell cambiaría algo de verdad o sería el tipo de protocolo que existe para que nadie pueda decir que no existía, esas preguntas no tenían respuesta todavía porque sus respuestas vivían en el tiempo que vendría y que nadie podía anticipar con más certeza que la de la esperanza honesta, la que reconoce sus propios límites y trabaja dentro de ellos.

Erik conducía por la carretera que seguía el Garona hacia Vielha, con las ventanas del coche bajadas y el aire de julio entrando con su

temperatura de media tarde, que era el mismo aire de siempre pero que olía diferente al aire de enero, a tierra viva y a agua clara y a las flores pequeñas del sendero del Valarties que no tenían nombre en castellano pero que existían de todas formas, cada temporada, en los bordes de los caminos que la nieve cubría en invierno y que en verano revelaban de nuevo con esa insistencia de las cosas que vuelven porque es lo que hacen, porque volver es su forma de existir.

El valle respiraba.

EPÍLOGO

Lo que la montaña recuerda

El otoño que llegó sin que nadie lo esperara del todo

Hay una fotografía que Erik Vidal guardó en el cajón de su escritorio desde el primer día en que llegó a sus manos, a finales de enero, enviada por una fuente que nunca dio más explicaciones que el hecho de enviarla. No la publicó entonces. No la publicó después, cuando el caso llenó las portadas de todos los medios nacionales y habría tenido el tipo de valor editorial que los editores describen como irresistible. La guardó porque entendió desde el principio que había imágenes que no pertenecen a los titulares sino a otra categoría de verdad más difícil de clasificar, la categoría de las cosas que uno mira despacio y en silencio y que funcionan como recordatorio de algo que el ruido del proceso periodístico podría hacer olvidar si uno no tuviera cuidado.

En la fotografía se ve una pista de esquí al atardecer. La nieve tiene esa tonalidad entre azul y gris que solo existe en los veinte minutos anteriores a que la oscuridad de alta montaña lo devore todo. En el centro del encuadre, apoyados contra el tronco de un pino, hay dos esquís. Y cruzados sobre la nieve, con una geometría demasiado ordenada para ser accidental, dos bastones.

No hay nadie en la imagen.

En octubre del año siguiente, con el juicio en marcha y el primer borrador del libro terminado y el invierno acercándose con la puntualidad de los inviernos del Pirineo que no avisan sino que simplemente llegan, Erik sacó la fotografía del cajón y la miró durante un tiempo que no supo calcular. Siguió siendo la misma

fotografía. La nieve seguía teniendo ese color imposible. Los bastones seguían cruzados con esa precisión que no era accidente sino firma. Y la pista seguía vacía en la forma específica en que están vacíos los lugares donde alguien estuvo y ya no está, que es diferente a la vacuidad de los lugares donde nadie ha estado nunca.

La miró y pensó en lo que Marta había dicho junto al lago en julio: que doce años de invisibilidad no ocurren solo por la habilidad del que se oculta sino también porque el sistema en el que se mueve no está diseñado para verlo. Pensó en el alcalde Casadesús y en su confesión de que prefería no saber, que había recibido en esa reunión del Consell como el gesto más honesto de la noche y que en los meses posteriores había seguido siendo la frase que más pensaba cuando intentaba entender no al hombre detenido sino a todo lo que lo había rodeado durante doce temporadas sin que nadie pusiera el nombre correcto a lo que veía.

El juicio llevaba tres semanas en marcha. La fiscalía había presentado su caso con la solidez que el expediente permitía, que era considerable, y la defensa había ejercido su derecho a cuestionar la cadena de custodia de algunas evidencias y la metodología del análisis forense en puntos específicos que eran previsibles y que el equipo de la fiscalía había anticipado. Era el ritmo lento y metódico de los procesos judiciales complejos, que desde fuera parecía insatisfactoriamente pausado y que desde dentro era la única velocidad que la seriedad del proceso admitía. Marta había declarado la semana anterior, con la precisión que Erik conocía y con la misma economía de lenguaje que usaba en todo, respondiendo las preguntas de ambas partes con la exactitud de quien ha vivido cada dato del expediente y sabe distinguir lo que puede afirmar de lo que solo puede inferir, línea que en el estrado de un tribunal importa más que en cualquier otra conversación.

El protocolo de coordinación entre cuerpos policiales en zonas de turismo masivo que el Consell Generau había aprobado en primavera llevaba el nombre de Laura Valls. Era un detalle que la familia había pedido a las instituciones como única condición para no

impugnar el proceso de aprobación, y que las instituciones habían aceptado con la facilidad específica de las concesiones que cuestan poco a quien las hace y mucho a quien las pide. El protocolo llevaba el nombre de Laura porque Laura seguía sin ser encontrada, y hay formas de honrar a las personas que el lenguaje institucional puede producir aunque el lenguaje institucional rara vez entienda del todo lo que está honrando.

El rastreo del corredor norte, el que Marta había mencionado en agosto con ese cuidado específico de quien no quiere prometer lo que no puede garantizar, había encontrado en septiembre lo que los análisis del teléfono prepago habían indicado que podría encontrar. La familia de Laura Valls había recibido la notificación un martes por la tarde. Erik lo supo por Marta esa misma noche, en una llamada breve que no necesitó más palabras que las que llevaban la información exacta y el silencio posterior, que era también una forma de estar presentes en algo que no tenía formas adecuadas de ser recibido.

Dos de los catorce casos archivados seguían sin resolverse en términos de identificación forense. El laboratorio trabajaba con lo que tenía, que era material en condiciones de conservación que complicaban el análisis, y el juez instructor había prorrogado el plazo del trabajo forense hasta bien entrado el invierno siguiente. Las familias de esas dos personas esperaban con el único tipo de paciencia disponible en esas circunstancias, que era la paciencia de los que ya no tienen alternativa a la paciencia y que han aprendido, a fuerza de tiempo, que esperar sin fecha de cierre es también una forma de presencia, de negarse a que la ausencia se vuelva definitiva antes de que los hechos la confirmen.

Baqueira Beret abriría la temporada siguiente en diciembre con el sistema de identificación digital voluntaria para visitantes menores de edad que había anunciado en febrero como parte de las medidas de respuesta a la crisis. El sistema había sido cuestionado por grupos de privacidad digital que señalaban que voluntaria era un término que en entornos de presión social rara vez significaba lo que

decía, y había sido defendido por las familias de las víctimas que lo veían como algo insuficiente pero tangible, el tipo de respuesta que existe para que nadie pueda decir que no hubo respuesta aunque ninguna respuesta pueda devolver lo que ya fue perdido. Erik lo había escrito con esa precisión en el artículo que publicó la semana en que se hizo oficial el sistema, sin defender ni atacar sino describiendo las tensiones entre lo que era posible y lo que era necesario, que rara vez coincidían de forma limpia y que en este caso coincidían menos que en casi ningún otro.

El libro estaba en manos de la editorial para la revisión editorial final.

Cuando lo había enviado a finales de septiembre, después de nueve meses de trabajo, Erik había sentido algo que no era exactamente alivio ni exactamente satisfacción sino algo más parecido al momento en que uno suelta algo que ha llevado mucho tiempo y descubre que los brazos recuerdan el peso aunque ya no lo estén cargando. El libro era lo más largo y lo más difícil que había escrito, no en términos técnicos sino en términos de lo que requería sostener mientras se escribía: la tensión permanente entre el rigor de los hechos y la justicia hacia las personas que los hechos nombraban, entre la necesidad de narrar con distancia analítica y la imposibilidad de tener distancia de algo que había ocurrido en el lugar donde uno vivía y que había conocido desde dentro mientras ocurría. Era un libro que no se podía escribir sin haber estado ahí, y que tampoco se podía escribir solo desde adentro, que era también la descripción de todo lo que Marta y él habían construido durante ese invierno en la imposible geografía entre la investigación y el periodismo.

Marta lo había leído en agosto, tal como le había pedido. Le había mandado dos páginas de comentarios escritos con la misma letra apretada de sus cuadernos, con observaciones puntuales sobre hechos concretos que necesitaban ser precisados, con una sola nota al margen que no era corrección sino algo distinto, una frase escrita en el borde de la página que describía el capítulo sobre el corredor

forestal. La nota decía: *esto es lo que ocurrió*. Nada más. Tres palabras que en esa letra específica de esa persona específica tenían el peso de la confirmación más difícil de dar, la que no era de los hechos técnicos sino de la verdad más amplia de lo que el libro intentaba ser.

Erik la había guardado junto a la fotografía de los bastones en el cajón del escritorio.

En octubre, con el primer frío llegando desde el Port de la Bonaigua y la nieve en las cimas que aún no había bajado a los fondos de valle pero que en las semanas siguientes lo haría con la puntualidad de los inviernos del Pirineo, Erik terminó de revisar las últimas galeradas que la editorial le había enviado para aprobación final. Era trabajo mecánico que el ojo hacía casi solo después de haber leído el mismo texto tantas veces que las palabras perdían su peso individual y se convertían en formas sobre la página, en el paisaje que uno ya no mira sino que simplemente reconoce. Pero en algunos puntos el ojo se detenía, encontraba algo que seguía teniendo peso aunque el resto hubiera perdido el suyo, y esos puntos eran invariablemente los mismos: la frase de Casadesús sobre preferir no saber; la descripción de la llamada a Joseba Urresti el día que el laboratorio confirmó la identificación; el párrafo sobre los bastones cruzados en la nieve, que había escrito cuatro veces antes de dejar la versión que quedó porque era la que conseguía decir lo que necesitaba sin decir demasiado.

Había una frase al final de ese párrafo que seguía siendo, meses después de haberla escrito, la que más le costaba leer sin detenerse. Decía: *La pista vacía no es lo mismo que la pista segura, y la diferencia entre esas dos cosas es el espacio donde vivió el horror durante doce inviernos.*

No era la frase más elegante del libro. Era la más verdadera.

Una tarde de mediados de octubre, cuando la luz del final del día tenía ya esa calidad de oblicuidad creciente que anunciaba que el invierno no estaba lejos, Erik salió del apartamento de la calle Sant

Miquèu y caminó hacia el sur, hacia el puente sobre el Garona. El río en octubre era diferente al río de julio: menos pleno, más quieto, con el nivel bajando de nuevo después del deshielo y con los bordes empezando a tener esa rigidez de los materiales que se preparan para el frío con la lentitud de los procesos que no necesitan apresurarse porque llevan tiempo suficiente haciéndolo. En algunas piedras del cauce había una finísima capa de hielo apenas visible que no era todavía el hielo del invierno sino el anuncio de él, el primero de los signos que en el valle nadie malinterpretaba porque llevaban generaciones aprendiendo a leerlos.

Se quedó en el puente durante un rato largo mirando el río, que era también su forma de no pensar en nada específico sino de dejar que lo que estaba pensando se organizara solo, sin la intervención del esfuerzo consciente que a veces ordenaba las cosas en el orden equivocado.

El año había sido muchas cosas al mismo tiempo. Había sido el año en que el libro existió y el año en que el juicio empezó y el año en que el corredor norte fue rastreado y el año en que Laura Valls recibió el nombre de un protocolo. Había sido el año en que Marta trasladó su trabajo a la unidad de análisis predictivo y el año en que Puig recibió las tres consultas de residentes del valle que en veinte años no habían consultado a la comisaría por cosas que no estaban completamente seguras de que fuera necesario consultar. Había sido el año en que dos hoteles de la carretera de acceso a la estación no abrieron y el año en que los padres de Laura Valls recibieron una llamada un martes por la tarde que confirmaba lo que llevaban meses temiendo sin poder confirmarlo.

Y había sido el año en que Erik decidió que iba a quedarse en el valle. No porque hubiera resuelto la pregunta de si pertenecía ahí, que seguía sin tener una respuesta limpia. Sino porque había entendido que esa pregunta, la de si uno pertenece a un lugar, era la pregunta equivocada. La pregunta correcta era más difícil y más honesta: qué hace uno con el lugar al que regresó, qué responsabilidad se tiene con un lugar que ha fallado de formas que

uno no supo ver a tiempo, qué significa quedarse en un sitio cuando quedarse implica sostener una mirada que antes era más cómoda apartar.

No había una respuesta a esa pregunta que cabiera en una frase o en un artículo o, con toda probabilidad, en un solo libro. Era el tipo de pregunta que se respondía viviendo en ella, que es también la única forma honesta de responder a ciertas preguntas, las que no tienen el privilegio de poder contestarse desde fuera.

El frío del río subía desde el cauce con esa húmedad específica del agua que empieza a enfriarse y que en las orillas producía una niebla baja y tenue que no era todavía la niebla densa del invierno sino su prefiguración, la niebla que llega cuando el aire está más frío que el agua y el agua se niega a ceder sin dejar rastro de sí misma. Era una niebla que en otras circunstancias habría parecido simplemente un fenómeno atmosférico y que en octubre de ese año específico, en ese valle específico, con todo lo que ese año había depositado en la memoria de quienes lo habían vivido, tenía algo de imagen que volvía: la niebla del Port de la Bonaigua que en enero bajaba al valle con la opacidad de algo que no era meteorología sino moral, que era lo que Marta había dicho en una de las primeras conversaciones serias que habían tenido, antes incluso de que la investigación tuviera el nombre que después tuvo.

La niebla que baja del Port de la Bonaigua no es meteorología. Es opacidad moral.

Había algo en esa formulación que seguía siendo verdad aunque el horror tuviera ahora nombre y expediente y sala de juzgado. La opacidad no desaparecía con la detención ni con el juicio ni con los protocolos aprobados y los sistemas rediseñados. Se reducía, quizás. Se hacía más difícil de sostener para quienes la habían sostenido sin saberlo. Pero los sistemas que aprenden a no ver tardan en aprender a ver, y los valles que han construido su identidad sobre una imagen de sí mismos que omitía parte de lo que ocurría en ellos

no se transforman en un invierno ni en un año ni probablemente en una sola generación.

Lo que cambiaba era más pequeño y más importante que la transformación total. Lo que cambiaba era la presencia de algunas personas que ahora miraban de otra forma, que habían aprendido que la pista vacía no era lo mismo que la pista segura, que el silencio cómodo tenía un precio que rara vez pagaban quienes lo construían. Lo que cambiaba era Puig recibiendo consultas que antes no llegaban. Era el pistero que en la temporada siguiente haría su ronda de control mirando cada rincón de la pista con una atención que antes no tenía, que no daría por sentado que la pista vacía era sinónimo de pista indemne.

La montaña recordaba lo que la gente prefería olvidar. Eso era lo que Erik había escrito en el último párrafo del libro, y era también lo que pensaba ahora en el puente sobre el Garona, con el río debajo y la niebla baja y el frío de octubre anunciando el invierno con esa paciencia de los fenómenos que saben que el tiempo juega a su favor. La montaña recordaba no con la nostalgia de los que añoran sino con la indiferencia de la materia que conserva sin editar, que guarda lo que le depositan sin decidir qué merece ser guardado y qué no, que devuelve con el deshielo lo que recibió con la nieve con la misma imparcialidad con que recibe el peso de los esquiadores y el peso de todo lo demás.

Y alguien, al fin, había decidido escucharla.

No una persona sola. No un héroe de novela con una sola motivación limpia. Sino la suma improbable de una inspectora que llegó sin ser esperada y un periodista que regresó sin saber bien por qué, de un técnico de mantenimiento que había anotado anomalías en un cuaderno personal durante años por si algún día alguien preguntaba, de un guarda forestal jubilado que guardaba en un archivador verde las cosas que no tenían explicación porque las cosas que no tienen explicación se recuerdan, de una recepcionista de hotel que llevaba quince temporadas viendo lo que el valle

prefería que no se viera, de un editor que al final dijo publica con la firmeza de quien ha decidido que ya es suficiente el precio de no hacerlo.

La suma de todas esas decisiones pequeñas, tomadas por personas que no sabían que las estaban tomando en el mismo momento ni que se estaban sumando a algo más grande que cada una de ellas, era lo que había producido lo que el caso había producido. No era la historia de una investigación brillante ni de un periodismo heroico ni de un sistema institucional que funcionó bien. Era la historia más complicada y más verdadera de cómo las cosas que necesitan ocurrir a veces ocurren cuando suficientes personas deciden simultáneamente, sin coordinarlo, que el costo de no hacerlas ya es demasiado alto.

Erik se alejó del puente cuando la niebla del Garona empezó a subir más y el frío de las siete de la tarde de octubre se instaló con la determinación de los fríos que no son todavía el frío del invierno pero tampoco son ya el frío de ninguna otra estación. Caminó de vuelta hacia la calle Sant Miquèu por la calle Mayor, que en octubre tenía esa quietud de los meses de temporada baja cuando los residentes recuperan el espacio de su propio pueblo con la tranquilidad de los que han esperado suficiente tiempo como para que la recuperación resulte genuina y no simplemente el interludio entre dos masas de visitantes.

En el cajón del escritorio seguía la fotografía de los bastones cruzados en la nieve.

La noche antes de enviar las galeradas corregidas a la editorial, Erik la sacó una última vez. La puso sobre el escritorio bajo la luz de la lámpara, junto al cuaderno con la nota de Marta en el margen y junto al primer mensaje de J.M. que había imprimido semanas después de recibirlo y que había guardado porque era el principio de algo que entonces no sabía que iba a ser lo que fue.

Miró los tres objetos durante un rato.

La pista vacía al atardecer. Los bastones cruzados con esa geometría que no era accidente. La nieve con ese color que solo existe en los veinte minutos anteriores a que la oscuridad lo devore todo.

Y pensó que el invierno que venía, el que llegaría en semanas con su nieve nueva y sus turistas y sus telesillas en movimiento, era también el invierno en que un pistero haría su ronda de control con ojos diferentes. En que un inspector de turno miraría cada rincón de las pistas con una atención que antes no tenía. En que un sistema que había sido diseñado para no ver empezaría, lentamente, a aprender la diferencia entre la pista que parece vacía y la pista que lo está.

No era suficiente. Nunca lo era, nunca lo sería completamente.

Pero la montaña lo recordaría.
